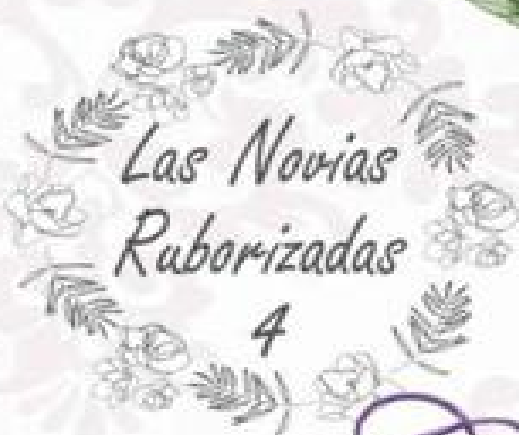




Las Novias
Ruborizadas

4

*Un
Capitán
para
Clarissa*

CATHERINE BILSON



Un Capitán para Clarissa

Las Novias Ruborizadas Libro 4

Catherine Bilson

Copyright en inglés 2024

Copyright en español 2024

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos, entre otros, fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permita expresamente la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos.

Las historias, los nombres, los personajes y los eventos representados en esta publicación son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas), lugares, edificios y productos reales es pura coincidencia y no intencional.

Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo Quince
16. Capítulo Dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho
19. Capítulo Diecinueve

20. Capítulo Veinte

21. Capítulo Veintiuno

22. Capítulo Veintidós

Otros libros de la autora Catherine Bilson



Capítulo Uno

EL SOL SE PONÍA SOBRE ATENAS, PROYECTANDO UN resplandor dorado sobre las antiguas ruinas que se alzaban por encima de la bulliciosa ciudad. El Partenón se elevaba desde la Acrópolis como una corona, contemplando las concurridas calles de abajo, que ahora se asentaban en su rutina vespertina. Los comerciantes voceaban a los transeúntes, pregonando sus mercancías. Caballos y carros rodaban por las estrechas calles empedradas, esquivando a los niños que jugaban, mientras mujeres de coloridos atuendos regateaban por productos frescos en los puestos del mercado.

Lady Clarissa Creighton serpenteaba entre la multitud, su espíritu aventurero vigorizado por la animada ciudad. Sus ojos brillaban de curiosidad ante la rica variedad de historia y cultura que la rodeaba. El sol ardiente había decolorado su cabello castaño a un tono dorado pálido; lo llevaba suelto alrededor de los hombros, habiéndose escapado de la simple cinta que era todo lo que había usado para atarlo. Hacía mucho tiempo que se había negado a usar sombrero, prefiriendo sentir el calor del sol en su rostro, para horror de los elementos más recatados de la alta sociedad que criticaban su bronceado "poco femenino" y las pecas esparcidas por su nariz y pómulos.

—¡No vayas tan rápido, querida! —exclamó una voz, interrumpiendo el ensueño de Clarissa. Al volverse, divisó a Helena, la Marquesa Viuda de Glenkellie, y a su hermana, la Condesa Ginori. Las dos ancianas eran la viva imagen del estilo aristocrático excéntrico, tan unidas como hermanas a pesar de las décadas que habían pasado separadas cuando Helena se fue a Escocia para casarse. Sus risas resonaban como campanillas de plata mientras se acercaban.

—¿No es hermoso? —dijo Helena, señalando hacia el Partenón. Luego le dirigió a Clarissa una sonrisa traviesa—. Aunque, por supuesto, no tan hermoso como los solteros elegibles que hemos encontrado para ti, querida.

—En efecto —asintió la Condesa, su acento aún conservando un deje italiano incluso después de casi setenta años viviendo en Inglaterra—. Nos hemos asegurado de que tu estancia en Atenas sea de lo más emocionante, ¡tanto cultural como románticamente!

Clarissa ahogó un gemido, sintiendo que su alma aventurera se marchitaba un poco ante la idea de sus intromisiones. Aun así, nunca podía llegar a molestarse del todo por los esfuerzos casamenteros del dúo. La habían tomado bajo su protección después de conocerla en Italia el año pasado, y la habían invitado a unirse a ellas en Grecia, un viaje que de otro modo nunca habría podido permitirse.

—Gracias por sus esfuerzos —dijo diplomáticamente, intentando mantener cualquier rastro de sarcasmo fuera de su tono—. Espero con interés conocer a estos caballeros de los que hablan.

—¡Esa es la actitud! —Helena juntó las manos con deleite—. No te decepcionarás, te lo aseguro, querida.

—Ciertamente —asintió firmemente la Condesa—. Hemos organizado una pequeña fiesta en nuestro hotel esta noche, donde los conocerás. Solo los mejores pretendientes han sido elegidos, naturalmente.

Mientras las tres mujeres continuaban su exploración de Atenas, Clarissa solo pudo reírse de los esfuerzos casamenteros de las ancianas hermanas. Ya se había acostumbrado mucho a ellos, habiendo pasado el último año evitando a los muchos pretendientes que intentaban imponerle en Italia. Por el momento, sin embargo, estaba más que feliz de sumergirse en la rica historia y cultura que la rodeaba, su alma aventurera imperturbable ante la bien intencionada interferencia de sus amigas.



La fiesta nocturna estaba en pleno apogeo, el gran salón de baile del elegante hotel ateniense rebosante de color y movimiento. El aroma de las flores llenaba el aire, mezclándose con la luz parpadeante de docenas de velas que proyectaban sombras danzantes en las paredes. Los músicos tocaban un animado vals, y Clarissa se encontró marcando el ritmo de la música con el pie.

Helena y la Condesa, sin embargo, estaban demasiado ocupadas escrutando la sala en busca de solteros elegibles para darse cuenta. Frecuentemente juntaban sus cabezas para susurrar emocionadas, asintiendo hacia uno u otro caballero.

—¡Ahí está! —exclamó de repente Helena, señalando hacia un joven alto con un bigote perfectamente encerado y cabello impecablemente engominado. Agarró el brazo de Clarissa,

propulsándola hacia el pobre e insospechado caballero—. Clarissa, permíteme presentarte al Sr. Montgomery. Viene de una familia muy respetable y es heredero de una vasta propiedad en Hampshire —su voz bajó a lo que probablemente pensaba que era un susurro, ¡pero en realidad era lo suficientemente alto como para ser escuchado por todos los que estaban cerca!

—Encantada, estoy segura —respondió Clarissa entre dientes, forzando una sonrisa mientras hacía una reverencia ante el sorprendido Sr. Montgomery. Su mirada se detuvo en su cabello decolorado por el sol y su rostro pecoso, y casi podía escuchar sus pensamientos desaprobadores.

—Señorita Creighton —dijo finalmente, inclinándose rígidamente en respuesta. Mientras intercambiaban cortesías, Clarissa ahogó un bostezo detrás de su abanico, deseando estar en cualquier otro lugar menos allí. En el Partenón, tal vez, o en cualquiera de las interesantes ruinas que aún no había tenido la oportunidad de explorar...

—¡Encantador! ¡Simplemente encantador! —declaró la Condesa, tomando el brazo de Clarissa y alejándola del Sr. Montgomery—. Ahora, permíteme presentarte al Sr. Abernathy, un apuesto capitán naval.

Antes de que Clarissa pudiera protestar, se encontró cara a cara con el Capitán Abernathy, que parecía tener al menos el doble de su edad.

—Señorita Creighton —gruñó el Capitán Abernathy, inclinando ligeramente la cabeza. Ahogando un suspiro, Clarissa se preparó para otra tediosa conversación sobre el clima o los barcos.

—¡Clarissa, querida! —afortunadamente Helena la salvó unos minutos después, apareciendo de nuevo a su lado—. ¡Hay alguien a quien simplemente debes conocer!

¿Otro más? Clarissa gimió interiormente, aunque forzó una sonrisa educada mientras se daba la vuelta. Entonces su corazón dio un vuelco.

Edward Dalton se encontraba frente a ella, con una lenta sonrisa extendiéndose por su apuesto rostro que hizo que su pulso se acelerara. ¡Edward! Lo conocía desde la infancia —su padre había manejado asuntos legales para los Dalton durante muchos años antes de heredar su condado— y aunque habían pasado muchos años desde la última vez que lo había visto, su presencia familiar era un alivio bienvenido en medio de un mar de caras nuevas.

—¡Señor Dalton! —exclamó, olvidando momentáneamente su irritación anterior con los casamenteros en general—. Qué sorpresa verlo aquí en Atenas.

—Señorita Creighton... pero no, por supuesto que ahora es Lady Clarissa —dijo cálidamente, tomando su mano y llevándola a sus labios. Su beso en los nudillos fue suave, pero su toque

envió un escalofrío de conciencia por su columna—. El placer es todo mío. Debo decir que se ha vuelto aún más hermosa desde la última vez que la vi.

—Adulador —lo acusó, aunque sus labios se curvaron en una sonrisa genuina por primera vez esa noche. Al caer en una conversación fácil con Edward, no pudo evitar notar las miradas de aprobación intercambiadas entre Helena y la Contessa. Parecían muy complacidas con el aparente resultado de sus esfuerzos de casamenteras.

—¿Le gustaría bailar, Lady Clarissa? —preguntó Edward, extendiendo su mano con un floreo. Había un destello de picardía en su mirada, y Clarissa dudó solo una fracción de segundo antes de colocar su mano en la de él.

—Muy bien, señor Dalton —dijo con primor, ignorando el pequeño estremecimiento que la recorrió cuando sus dedos cálidos y fuertes se cerraron alrededor de los suyos.

—Dime, Clarissa —dijo Edward en voz baja, acercándola más mientras la música se elevaba a su alrededor—, ¿qué te trae a Atenas? Nunca esperé verte aquí.

—Ni yo esperaba verte a ti —admitió ella, bajando la mirada hacia su fuerte mandíbula—. Estaba viajando con mi tía y mi tío en su luna de miel en Italia. Sin embargo, mi tía tuvo gemelos hace unos meses, así que decidieron quedarse en Florencia hasta que los niños sean un poco mayores. No obstante, Lady Glenkellie y la Contessa Ginori me invitaron amablemente a unirme a su grupo para esta excursión a Grecia.

—¿En serio? —Sonaba sorprendido—. ¿Sin un miembro masculino de la familia como chaperón? Siempre tuviste un espíritu aventurero. —La ligereza de su tono no disfraza del todo el ligero filo en sus palabras, y Clarissa se estremeció.

—La necesidad tiene cara de hereje —respondió, intentando sonreír—. Además, no pude resistir la oportunidad de viajar a una ciudad tan fascinante.

—No, supongo que no podías. —La sonrisa de Edward era conocedora—. Atenas tiene mucho que ofrecer a quienes están dispuestos a correr riesgos.

Giraron de nuevo, y Clarissa se encontró reflexionando sobre el repentino interés de Edward en ella. No era en absoluto mal recibido; de hecho, se sentía bastante halagada por ello. Sin embargo, había un ligero filo en sus cumplidos, una oscuridad bajo ellos que no podía identificar del todo. Alejó el pensamiento, decidida a no dejar que arruinara su disfrute del momento.

—Señor Dalton —dijo después de un momento, tratando de evitar que su voz temblara—, es una sorpresa verlo tan lejos de casa. ¿Qué lo trae a Grecia?

—Ah, Lady Clarissa —dijo misteriosamente, y sus ojos se oscurecieron por un momento antes de brillar de nuevo—, digamos simplemente que la vida tiene sus giros y vueltas.

La música llegó a su fin, y se separaron, cada uno haciendo una reverencia al otro. Clarissa se encontró considerando las palabras de Edward y preguntándose qué secretos podría estar ocultando. Por ahora, sin embargo, le permitiría cortejarla... incluso si esa desagradable vocecita en el fondo de su mente seguía preguntando por qué su atención la hacía sentir un poco como un ratón siendo observado por un gato.



Helena y la Contessa intercambiaron miradas jubilosas mientras observaban a Edward y Clarissa charlando animadamente. Ambas habían simpatizado con el señor Dalton y acordaron que sería un pretendiente muy elegible para la mano de Clarissa. Charlando emocionadas, susurraron juntas sobre grandes bodas, sin que ninguna de las dos fuera consciente de la secreta ansiedad de Clarissa.

—¿Ves, hermana? —dijo Helena con una sonrisa satisfecha—. Te dije que nuestros esfuerzos de casamenteras tendrían éxito. ¡Míralos! Como si se conocieran de toda la vida.

—En efecto —asintió la Contessa, con los ojos brillantes de placer—. ¡Y qué pareja tan hermosa hacen! Siempre supe que mi Clarissa capturaría el corazón de algún apuesto hombre de mundo, y el señor Dalton ciertamente encaja en esa descripción. ¡Sus padres estarán encantados!

A pesar de sus recelos, Clarissa se encontró disfrutando cada vez más de la compañía de Edward conforme avanzaba la noche. Era un excelente conversador, lleno de historias de sus viajes, además de poder hablar con conocimiento sobre política, literatura, arte y muchos otros temas. Era difícil mantener una distancia cautelosa frente a tanto ingenio y encanto.

—Dime, Lady Clarissa —dijo Edward, inclinándose cerca mientras paseaban juntos por los jardines iluminados por la luna—, ¿alguna vez has considerado escribir? Tus pensamientos son tan perspicaces, creo que a muchos les interesaría escuchar tus opiniones.

Ella se sonrojó ante el cumplido, su corazón revoloteando a pesar de su convicción de que él debía tener motivos ulteriores. —Yo... he intentado hacerlo, pero a nadie le ha interesado leer mis garabatos antes. —Lo miró a través de sus pestañas; él la miraba como si fuera la criatura más fascinante que jamás hubiera conocido.

—Nunca subestimes el poder de tus palabras —dijo seriamente—. Tienes un punto de vista único que merece ser compartido.

—Gracias, señor Dalton —murmuró, con las mejillas rosadas de placer, aunque no podía quitarse del todo la sensación de que Edward Dalton le estaba ocultando otro lado de sí mismo.

En los días siguientes, parecía que Edward estaba en todas partes donde Clarissa se giraba. Ya fuera por accidente o por diseño, seguían encontrándose mientras recorrían los bulliciosos mercados atenienses y se maravillaban con las antiguas ruinas. Cada encuentro dejaba a Clarissa más intrigada y a la vez más inquieta, su cautela inicial erosionada por sus constantes atenciones. De pie junto a él en la Acrópolis, contemplando la ciudad que se extendía abajo, Clarissa se encontró cuestionando sus propios instintos. Tal vez, pensó, lo había juzgado mal. Tal vez sus intenciones eran completamente honorables después de todo, y sus sospechas infundadas.

—Lady Clarissa —dijo Edward suavemente, su voz apenas audible sobre el sonido del viento—, espero que no encuentre mis atenciones intrusivas. Es simplemente que... bueno, no puedo evitarlo. Su espíritu vivaz y mente aguda me atraen como una polilla a la llama.

—Señor Dalton —respondió ella vacilante, su corazón dividido entre la esperanza y la incertidumbre—, debo admitir que disfruto de su compañía, por inesperada que sea. Pero no puedo evitar preguntarme por qué, después de todos estos años, deberíamos encontrarnos de nuevo en un lugar tan improbable.

—Quizás —sugirió él con un atisbo de sonrisa—, el destino nos ha reunido una vez más, dos almas gemelas que de otro modo nunca habrían tenido la oportunidad de reencontrarse.

Clarissa sonrió ante la idea. Tal vez fuera una tontería creer en el destino, pero aquí, donde se decía que una vez los propios dioses caminaron entre los mortales, casi podía creerlo.

Ella reconocía que *quería* creerlo. Quería creer que un hombre mundano e inteligente como Edward Dalton realmente la consideraba digna de su atención. De todos los ansiosos pretendientes que habían estado revoloteando a su alrededor desde que su hermana se casó con un duque, ni uno solo había tratado a Clarissa como si tuviera cerebro, y estaba completamente harta de ello. El respeto de Edward por su intelecto y su disposición a escuchar sus opiniones eran diferentes, y a pesar de la cautela que no podía quitarse de encima, sus atenciones estaban empezando a tener un efecto en sus emociones.

En medio de los bulliciosos mercados de Atenas, Clarissa se detuvo para admirar un puesto adornado con vibrantes sedas y delicados encajes.

—Clarissa —la voz de Edward interrumpió sus pensamientos—, debo decir que ese tono de azul complementaría exquisitamente sus ojos.

—Gracias, señor Dalton —respondió ella distraídamente, su mente aún divagando sobre su tía mientras miraba un hermoso vestido de bautizo. El nacimiento de los gemelos en Florencia había sido una bendición inesperada, pero también había dejado a Clarissa con un nuevo sentido de

responsabilidad. No podía cargar a su tía con su presencia durante un momento tan delicado, así que se había aventurado a Atenas, ansiosa por explorar su rica historia y cultura.

—¿Se encuentra bien, Clarissa? —preguntó Edward, con preocupación grabada en sus apuestas facciones al notar su expresión distante.

—Bastante bien, gracias —le aseguró ella, forzando una sonrisa—. Simplemente estaba pensando en mi tía Marianne y las recientes adiciones a la familia.

—Ah, sí, la alegre llegada de los gemelos —reflexionó Edward, sus ojos brillando con una emoción indescifrable—. Una sorpresa encantadora para todos los involucrados, estoy seguro.

—En efecto —convino Clarissa, aunque su corazón dolía al pensar en perderse los preciosos momentos con sus nuevos primos.

Mientras continuaban su paseo por el mercado, Clarissa se encontró observando a Edward más de cerca. Su encanto y buena apariencia eran innegables, pero había algo acechando bajo la superficie que no podía identificar del todo. Una corriente subyacente de secretismo que la inquietaba.

—Clarissa —comenzó Edward, aclarándose la garganta—. He estado queriendo preguntar sobre la nueva propiedad de su padre en Creighton Hall. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que visité mi hogar, y echo de menos la belleza del campo inglés.

—Ah, sí, Creighton Hall es ciertamente un lugar encantador —rememoró Clarissa, sus ojos nublándose de nostalgia—. Debo confesar, sin embargo, que mi corazón siempre ha anhelado más... aventura y la libertad de explorar el mundo más allá de nuestras fronteras.

—Hablado como una verdadera exploradora —elogió Edward—. Usted es en verdad una joya rara.

—Gracias —respondió ella, sonrojándose a pesar de sus persistentes sospechas.

Al llegar a las afueras del mercado, Clarissa notó a un hombre acercándose a Edward, su rostro oscurecido por la sombra de su sombrero de ala ancha. Sin decir palabra, le entregó a Edward una pequeña nota doblada antes de desaparecer entre la multitud.

—Discúlpeme —dijo Edward en voz baja, deslizando la misiva de su misterioso corresponsal en el bolsillo de su abrigo—. Un asunto de negocios.

—Por supuesto —asintió Clarissa, pero su curiosidad se había avivado por el extraño encuentro y el hecho de que Edward aparentemente había estado esperando que alguien se reuniera con él aquí en medio de Atenas. Quería creer que era un hombre amable sin malas intenciones hacia ella o cualquier otra persona, pero había demasiados secretos rodeándolo.

—¿Continuamos nuestra exploración de Atenas? —preguntó Edward, ofreciendo su brazo con una encantadora sonrisa que no logró disipar del todo las preocupaciones de Clarissa.

—Sí —dijo finalmente, colocando su mano en su brazo mientras caminaban más adentro de la ciudad antigua, su estado de ánimo ensombrecido por preguntas sin respuesta.

Al doblar una esquina, se encontraron con varios niños locales jugando una especie de juego del pillapilla, su risa contagiosa. En cuestión de momentos, Clarissa se encontró uniéndose, ayudando a una de las niñas más pequeñas a escapar del que "la llevaba", y riendo con deleite ante el agradecimiento de la niña. Al mirar a Edward, lo vio observándola con una sonrisa nostálgica y se preguntó de nuevo qué estaba ocultando.

—Señor Dalton... —comenzó vacilante—. Sé que solo recientemente hemos renovado nuestra relación, pero no puedo quitarme la sensación de que no es mera casualidad que usted esté aquí. ¿Hay algo que no me está diciendo?

La sonrisa de Edward se desvaneció por un momento antes de recomponerse. —Clarissa, siempre fue usted mucho más perceptiva de lo que la mayoría de la gente le da crédito. Pero le aseguro que mis razones para estar presente en Atenas son completamente inocentes —sonrió encantadoramente—. Un amante de la historia y la cultura como yo difícilmente podría resistirse a visitar una ciudad tan antigua, después de todo.

—Supongo que no —suspiró Clarissa, su encanto haciendo efecto sobre sus sospechas. Por ahora, al menos, dejaría sus preguntas a un lado. Pero sabía que no podría ignorarlas para siempre.

—Venga —dijo Edward, ofreciendo su brazo de nuevo—. Hay mucho más de esta maravillosa ciudad por ver.

Sintiéndose un poco más ligera de corazón, Clarissa aceptó su invitación para explorar, lista para disfrutar el día con un viejo amigo. Aunque las dudas aún persistían en su mente, decidió permitir que las soleadas calles de Atenas ahuyentaran sus temores, al menos por ahora.



Capítulo Dos

EL SOL PONIENTE PROYECTABA LARGAS SOMBRAS SOBRE LA calle empedrada donde Edward Dalton se encontraba de pie, sintiendo la mirada del otro hombre sobre él. Un lord inglés de no más de veintitrés años, el joven tenía un aspecto altivo e impaciente, como si esperara ser obedecido al instante.

—Señor Dalton —dijo el joven lord con evidente desdén—, ha estado evadiendo el pago de sus deudas durante demasiado tiempo. Perdió mucho en las cartas, y yo tengo sus pagarés.

Edward se movió incómodo, sintiendo un hilo de sudor corriendo por su nuca. No pudo pensar inmediatamente qué decir; había esperado evitar este encuentro por completo, pero se encontró acorralado en un callejón por dos hombres armados y obligado a caminar varias millas bajo el calor del día para presentarse ante su acreedor.

—Le aseguro, mi lord, que tendré el dinero muy pronto —dijo finalmente, intentando sonar confiado.

—¿En serio? —El lord arqueó una ceja—. ¿Y cómo piensa conseguir tal suma?

—Bueno, yo... —Edward miró nerviosamente a su alrededor, luego bajó la voz—. Estoy cortejando a una heredera —confesó—. Una encantadora joven con una dote muy cuantiosa. Creo que le pediré su mano dentro de una semana.

El sol se hundía más, proyectando un resplandor anaranjado sobre Atenas. El otro hombre consideró sus palabras, entrecerrando los ojos con sospecha.

—¿Y por qué debería creerle, señor Dalton? Usted es conocido por hacer grandes promesas y dejar a sus acreedores sin pagar. Su presencia en Grecia cuenta la historia de cómo tuvo que huir de Inglaterra porque sus deudas se hicieron demasiado grandes.

El corazón de Edward latía con fuerza en su pecho, pero se obligó a sonreír y parecer tranquilo.

—Entiendo su reticencia —dijo, poniendo su expresión más sincera—. Pero esta vez es diferente, se lo aseguro. Esta joven es la hija de un rico conde, su hermana está casada con un duque. Su familia es influyente y rica más allá de lo imaginable. Soy un viejo amigo de la familia, y creo que ella ya siente cierta inclinación por mí.

Observó el rostro del otro hombre en busca de alguna señal de que lo había convencido. Finalmente, el joven lord suspiró, pareciendo resignado.

—Muy bien —dijo—. Tiene una semana para proporcionar pruebas de este compromiso, señor Dalton. Si no puede hacerlo, le diré a todos los que vea que usted es poco fiable e indigno de confianza.

Tragando saliva con dificultad, Edward asintió, sonriendo débilmente.

—Por supuesto, mi lord. No lo decepcionaré.

Mientras el lord se daba la vuelta y se alejaba, Edward se quedó solo en las calles empedradas, los últimos rayos de sol desapareciendo detrás de él. El peso de sus mentiras le robaba el aliento, pero no veía otra salida. La desesperación lo impulsaba ahora; Edward Dalton era un hombre al borde de la ruina o la redención. Solo el tiempo diría hacia qué lado caería.

Tan pronto como el joven noble desapareció de la vista, otro hombre emergió de las sombras. El corazón de Edward dio un vuelco enfermizo cuando vio al prestamista griego, su mirada fija en Edward con una intensidad fría que lo hizo estremecer.

—Señor Dalton —dijo el hombre en un inglés con fuerte acento, su voz baja y amenazante—. Le oigo hablar de dotes y riquezas futuras. Quiero mi dinero ahora. Sus promesas no significan nada para mí.

Edward luchó por mantener la compostura, aunque su corazón latía con fuerza y el sudor le picaba en la frente. Sabía mejor que nadie que este era un hombre con el que no se debía jugar, y aunque había sido paciente hasta ahora, Edward podía sentir que su paciencia se estaba agotando.

—Por favor, señor —comenzó, maldiciéndose cuando su voz tembló a pesar de todos sus esfuerzos por sonar confiado—. Le juro que una vez que me case con Lady Clarissa, su dote será más que suficiente para pagar mis deudas con usted y con todos los demás. Tiene mi palabra.

El prestamista se burló con desprecio sin disimular.

—Su palabra vale menos que nada. ¿Y cómo planea poner sus manos en su dinero? ¿Viajar de vuelta a Inglaterra y nunca regresar aquí, olvidando su deuda conmigo? —Negó lentamente con la cabeza—. No, señor Dalton. Quiero mi dinero ahora.

El pánico apretó la garganta de Edward. Desesperadamente, buscó alguna forma de aplacar al peligroso hombre que estaba frente a él, y entonces se le ocurrió una idea, tan repulsiva que le

hizo sentir físicamente enfermo incluso al contemplarla. Pero si lo salvara...

—Tal vez haya otra manera —dijo vacilante, forzándose a mirar al prestamista a los ojos—. Lady Clarissa es la hija de un conde adinerado, y su hermana está casada con un duque. Si algo le sucediera... —Tragó saliva con dificultad—. Podría valer más como rescate que como dote. Apenas podía creer lo que acababa de sugerir, pero pareció tener el efecto deseado. Los ojos del prestamista se entrecerraron, y por un momento Edward se atrevió a esperar que su desesperada jugada pudiera funcionar.

—Continúe —dijo el hombre, con un brillo oscuro en sus ojos.

—Su familia pagaría cualquier cosa por verla regresar sana y salva —dijo Edward, aunque su voz apenas superaba un susurro—. Y si usted la entregara...

Su implicación quedó suspendida en el aire entre ellos. El prestamista guardó silencio, sus ojos fijos intensamente en el rostro de Edward.

Un escalofrío de sudor frío recorrió la espalda de Edward mientras esperaba la decisión del prestamista griego. El aire se sentía pesado, preñado de una sensación de fatalidad inminente.

—¿Es bonita? —preguntó finalmente el prestamista, rompiendo la tensión.

—¿Q-qué? —tartamudeó Edward, tomado por sorpresa por la pregunta.

—Lady Clarissa —dijo el hombre con impaciencia—. La chica inglesa que está proponiendo como garantía. ¿Es bonita?

Desconcertado, Edward dudó. ¿Por qué importaba si Clarissa era atractiva o no? Pero no se atrevió a negarse a responder.

—Sí —admitió a regañadientes—. Lo es.

—Bien. —El prestamista sonrió, una expresión escalofriante que envió un estremecimiento por la columna vertebral de Edward—. Entonces encuentro aceptable su oferta. Pero recuerde esto, señor Dalton —se inclinó cerca, su aliento caliente en el oído de Edward—, si me traiciona, vivirá para arrepentirse.

Con esa terrible advertencia, se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad, dejando a Edward solo para soportar el peso de su terrible elección. Se sentía como si estuviera de pie al borde de un precipicio, con las piernas temblando y a punto de desplomarse bajo él. ¿Qué había hecho? Desesperado por evitar la bancarrota, había entregado a Clarissa —dulce e inocente Clarissa, que confiaba implícitamente en él— en manos de un extraño sin escrúpulos.

Hundiéndose en un banco cercano, Edward enterró la cabeza entre sus manos. El frío de la piedra se filtraba a través de sus pantalones, pero apenas lo notaba. Rodeándose con sus brazos, intentó

detener los escalofríos que recorrían su cuerpo. Sentía como si la oscuridad que había engullido al prestamista ahora se cerrara sobre él, ahogándolo en culpa y desesperación.

—Dios me ampare —susurró con voz quebrada—. ¿Qué he hecho?

La enormidad de lo que acababa de hacer cayó sobre él como un alud, y Edward se dobló sobre sí mismo, rodeando sus costillas con los brazos mientras el miedo atenazaba su corazón. Había entregado a Clarissa en manos del inescrupuloso prestamista, arruinado su reputación, casi con certeza la había condenado a muerte... todo para salvarse de la ruina financiera. Y ahora, no había vuelta atrás. La decisión estaba tomada, y lo único que Edward podía hacer ahora era esperar a que las consecuencias se desarrollaran.



Era la mitad de la noche, el hotel envuelto en un pesado silencio. La luz parpadeante de la linterna proyectaba sombras siniestras en las paredes mientras el prestamista griego guiaba a un grupo de hombres a través de los pasillos oscuros. Con cada paso que daban, su presencia amenazadora crecía, como una soga apretándose alrededor de los cuellos de los huéspedes desprevenidos que dormían tras las puertas cerradas.

Cuando llegaron a la puerta de Clarissa, el prestamista sacó una llave, el metal reflejando la luz de la linterna. La insertó en la cerradura, girándola con un suave clic que resonó en el silencioso pasillo. Lenta y cuidadosamente, empujó la puerta hacia adentro, y sus hombres se deslizaron dentro, silenciosos como sombras.

Clarissa yacía profundamente dormida en su cama, los rizos sueltos enmarcando su rostro. Su respiración era lenta y pareja, sus sueños no perturbados por la amenaza que se acercaba cada vez más.

Despertó de repente, incorporándose en la cama cuando unas manos ásperas la agarraron, cubriendo su boca con un paño antes de que pudiera gritar. Sus ojos se abrieron de par en par con terror mientras su corazón se aceleraba, y luchó contra sus captores. Sin embargo, su agarre era fuerte, y en cuestión de segundos estaba atada de pies y manos y depositada en un saco como si fuera ganado.

—¡Suéltlenme! —gritó, pero su voz fue ahogada por la gruesa tela. Pataleó, intentando gritar de nuevo, pero las cuerdas alrededor de sus muñecas y tobillos la sujetaban con fuerza.

Sus gritos de auxilio fueron ignorados mientras uno de los hombres la cargaba sobre su hombro y la llevaba afuera. El fresco aire nocturno la hizo temblar, pero no era solo por el frío: estaba

aterrorizada. Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo, su vida había dado un vuelco en un instante.

Mientras se alejaban de la casa, Clarissa intentó comprender lo que estaba pasando, sus pensamientos acelerados. ¿Cómo habían entrado en su habitación? ¿Quiénes eran estos hombres y qué querían de ella? Pero la pregunta más importante era: ¿Qué iba a pasarle ahora?

Por asustada que estuviera, Clarissa sabía que no podía dejarse llevar por la desesperación. Si se rendía, estaría perdida; la única oportunidad que tenía era mantener la cabeza fría y estar atenta a cualquier oportunidad de escape. Si lograba liberarse, podría encontrar ayuda y volver a un lugar seguro.

—Piensa, Clarissa, piensa —se susurró a sí misma, las palabras inaudibles sobre los pasos de los hombres y su respiración pesada—. Necesitas encontrar una manera de salir de esto.

Parecía imposible, por supuesto, pero tenía que considerar sus opciones. Por muy remotas que fueran las posibilidades, se negaba a aceptar que no hubiera esperanza.

No son griegos, se dio cuenta de repente cuando los hombres hablaban entre sí. Había vivido en Atenas el tiempo suficiente para reconocer el idioma, aunque no entendiera mucho. Estos hombres hablaban una lengua diferente, y aunque no podía identificarla, estaba segura de que no era griego.

El sonido bajo sus pies cambió de botas sobre piedra a botas sobre madera, y el hombre que la cargaba se detuvo. Clarissa se revolvió contra él y recibió un fuerte golpe en la pierna por su molestia, haciéndola gritar de dolor. Una voz enojada le gritó algo, las palabras ininteligibles pero su significado claro.

El corazón de Clarissa latía con fuerza mientras la voz continuaba enfadada. No tenía idea de lo que vendría después, pero sabía que no sería bueno. Intentó mirar a su alrededor, pero la gruesa tela del saco sobre su cabeza bloqueaba toda la luz, dejándola en completa oscuridad.

De repente, fue arrojada sobre una superficie dura. Un momento después, le quitaron el saco de la cabeza, y se encontró parpadeando contra la tenue luz de una lámpara. Después de unos segundos, pudo ver correctamente.

Descubrió que estaba en una habitación diminuta, sin nada en ella excepto la estrecha litera adosada a la pared, la misma en la que estaba sentada.

—¿Quiénes son ustedes? —exigió, el miedo y la ira haciendo temblar su voz—. ¿Qué quieren de mí?

Uno de los hombres que la había arrebatado de la casa la miró con desdén, recorriéndola de arriba abajo de una manera que la hizo sentir profundamente incómoda, especialmente dado que

aún estaba vestida solo con su camisón. Agarró la delgada manta de la cama, envolviéndose con ella.

Una voz afilada ladró una orden en esa lengua extranjera, y los ojos del hombre se abrieron con temor, asintiendo y retrocediendo fuera de la habitación.

No, el *camarote*, se dio cuenta Clarissa, sintiéndose estúpida por no haberlo reconocido de inmediato. Debía estar a bordo de un barco.

—¿Adónde me llevan? —preguntó, su voz aguda por el miedo.

Otro hombre entró en el umbral, alto y fornido, con cicatrices que desfiguraban un rostro que alguna vez pudo haber sido apuesto. Le sonrió con desprecio y habló en un inglés fuertemente acentuado.

—Tu padre —dijo en tono burlón—, pagará lo que sea que pida por tu regreso seguro, ¿no es así?

Clarissa tragó saliva, forzando su voz a mantenerse firme a pesar del terror que corría por sus venas. —Sí —respondió, con la barbilla en alto en señal de desafío—. Él es el Conde de Creighton, y no escatimaré gastos para garantizar mi seguridad.

El capitán soltó una risa gutural, sus ojos estrechándose con diversión. —¿Crees que me arriesgaría a navegar por donde la Marina inglesa tiene influencia? El oro de tu padre no me sirve de nada si termino con el cuello estirado.

Se inclinó más cerca, su aliento caliente y nauseabundo contra su cara. —No, mi querida niña. Son los mercados de esclavos de Argel donde me conseguirás un buen precio.

El estómago de Clarissa se revolvió ante sus palabras, la bilis subiendo por su garganta. Luchó por mantener la compostura, sus pensamientos acelerados mientras consideraba su próximo movimiento.

—Por favor —susurró, su voz apenas audible—. Le suplico que reconsidere. Debe haber otra manera.

El capitán simplemente sonrió con desprecio ante su súplica, claramente disfrutando de su miedo y desesperación. —Guarda tus súplicas para el mercado, niña —se burló, antes de darse la vuelta y cerrarle la puerta en la cara. Una llave girando en la cerradura cimentó su nueva realidad – una prisionera.

No entres en pánico. No entres en pánico, Clarissa intentó ordenarse a sí misma. Pero mientras miraba alrededor del sucio camarote, desesperada por encontrar algo útil que pudiera ayudarla a escapar, el sonido de los maderos crujiendo y el lento balanceo le indicaron que incluso si pudiera salir del camarote, ya era demasiado tarde.

El barco había zarpado.



Capítulo Tres

EL SOL SE PONÍA, PROYECTANDO UN RESPLANDOR DORADO-ANARANJADO sobre el mar Mediterráneo mientras el capitán Rafael de Silva permanecía de pie en la cubierta de su barco, con el viento agitando su cabello castaño oscuro mientras escudriñaba el horizonte en busca de cualquier señal de peligro. Nacido en el seno de una noble familia portuguesa, había caído en desgracia cuando la Guerra Peninsular destruyó su hogar ancestral. Ahora su navío formaba parte de un escuadrón que patrullaba los mares en busca de piratas y corsarios que acechaban a gente inocente.

Rafael se apoyó en la barandilla, observando un banco de peces voladores que surgía del agua. Un ave marina se lanzó en picado para atrapar uno de ellos, dispersando al resto en todas direcciones.

—¡Capitán! —gritó uno de sus tripulantes desde la cubierta principal, sacándolo de sus pensamientos—. ¡Vela avistada por la proa de estribor!

Rafael se giró para mirar en la dirección indicada, entrecerrando los ojos hacia la distancia.

—Conozco ese barco —dijo después de un momento, reconociendo la disposición de las velas—. Ghazi Khadra, con sus viejas artimañas. —La otra embarcación estaba cerca de la costa norteafricana, probablemente esperando evitar las patrullas que operaban mar adentro. Ladró órdenes a su tripulación, virando su barco para interceptar al corsario.

—Ponnos al lado de ese barco —ordenó—. Y apuntad vuestras armas hacia él.

—¡Al pairo! —bramó su contramaestre, repitiendo la orden en portugués, inglés y bereber cuando los hombres a bordo del otro barco fingieron no entender.

Rafael sonrió mientras los corsarios se miraban entre sí nerviosamente. Enarbolando la bandera argelina, difícilmente podían fingir no entender su propio idioma.

—¡Qewwed! —gritó uno de ellos en respuesta, con un gesto grosero.

—Dispara un tiro de advertencia —ordenó Rafael. Sus artilleros ya tenían los cañones cargados, y apenas hubo un momento de demora antes de que la cubierta temblara bajo sus pies, con el estruendo resonando sobre el agua. El disparo rebotó sobre las olas, salpicando apenas a quince pies frente a la proa del corsario.

—¿Cree que devolverán el fuego, capitán? —preguntó su primer oficial.

—Ghazi Khadra no es estúpido —respondió Rafael, sin dejar de observar la otra embarcación—. Sabe que los superamos en armamento. Me imagino que ahora mismo está bajo cubierta, escondiendo su botín mal habido y rezando para que no encontremos sus compartimentos secretos.

—¿No lo arrojará por la borda? —preguntó el primer oficial, mirando el agua detrás del corsario.

—No, es demasiado codicioso. Si cree por un momento que podría quedarse con algo, no lo tirará. No sabe quién capitanea este barco; no sabe que nos hemos encontrado antes. —Rafael sonrió, mostrando los dientes—. La última vez que nos encontramos, yo estaba a bordo de un barco de la Marina británica, y tuvimos que retirarnos, dejar ir a Khadra, porque un buque de guerra francés apareció en el horizonte. ¿Esta vez? Esta vez, tendré a ese ladrón traficante de esclavos entre rejas.

El corsario estaba arriando las velas ahora en obediencia a los gritos cada vez más iracundos del contramaestre, y el primer oficial se apartó de Rafael para ordenar que arriaran sus propias velas. En solo unos minutos, los dos barcos quedaron inmóviles en el agua, lado a lado, y Rafael se acercó a la barandilla.

—¿Dónde —dijo, en su propio idioma— está Ghazi Khadra?

Vio cómo la conmoción recorría a los hombres que tenía enfrente. Vio cómo se les iba la fanfarronería, mientras sus hombres apuntaban con sus rifles a los corsarios. No había forma de fingir que eran comerciantes honestos si Rafael sabía que Ghazi Khadra era su capitán.

—¡*Hadremt!* —rugió una voz profunda—. ¡Luchad, cobardes! —pero los corsarios estaban lamentablemente mal preparados, la mayoría de ellos armados solo con pistolas y hojas oxidadas. Unos pocos se abalanzaron hacia adelante, hubo una breve ráfaga de disparos y cinco cuerpos de corsarios cayeron a la cubierta.

—¿Te gustaría intentarlo de nuevo? —dijo Rafael cortésmente—, ¿o dejamos de perder el tiempo, Khadra?

El capitán corsario se escabulló de detrás de sus hombres, su rostro feo y cicatrizado era una máscara de furia. —¿Quién eres tú, cachorro? —siseó en un mal portugués.

—¿No me recuerdas? —Rafael cambió con fluidez al inglés—. ¿Qué tal ahora?

Los ojos de Khadra se agrandaron, y miró con perplejidad el abrigo de Rafael.

—En efecto, la última vez que nos encontramos, yo llevaba el abrigo de la Marina británica —aclaró Rafael—. Ahora navego para mi propio Rey y país. Manteniendo el Mediterráneo limpio de escoria corsaria.

Khadra escupió en la cubierta. Uno de sus hombres le habló en voz baja, señalando a Rafael y sus hombres, obviamente tratando de razonar con Khadra.

—Estáis superados en número y en armamento —dijo Rafael con calma—. Dejad las armas y viviréis.

Las armas estaban cayendo al suelo antes de que Khadra abriera la boca para dar la orden, haciendo que la expresión del capitán corsario se tornara brevemente aún más asesina, antes de que los hombres de Rafael comenzaran a cruzar a su barco para asegurarlo.

—Registradle a fondo —advirtió Rafael—. Probablemente tenga más cuchillos encima que dedos tenéis vosotros. Tirad cada uno de ellos por la borda, aseguradlo y empezad a registrar el barco.

—¡No tienes autoridad para detenernos, ni para registrar mi barco! —protestó Khadra furiosamente mientras manos rudas lo cacheaban, sacando cuchillos de sus mangas, botas e incluso una hoja delgada de su larga barba.

—Las cartas de instrucción que llevo de siete gobiernos diferentes parecen argumentar lo contrario —respondió Rafael con calma—. Incluyendo al Dey de Argel, por cierto. Ya que esa es la bandera que estás enarbolando hoy... Efectivamente tengo autoridad sobre ti.

—Somos comerciantes legales —intentó afirmar Khadra.

Incluso sus propios hombres lo miraron de reojo, y Rafael se echó a reír. —Por supuesto que lo sois. Puros como la nieve recién caída.

—¡Capitán! —Sus hombres ya estaban subiendo de abajo, haciéndole señas—. Hemos encontrado algo que debería ver.

Una docena de niños y niñas jóvenes fue la triste visión que lo recibió en una pequeña habitación en la bodega del barco, cada uno con un collar de hierro cerrado alrededor del cuello y cadenas que los aseguraban a la pared.

—Griegos —dijo el contraamaestre en voz baja mientras Rafael fruncía el ceño ante la visión—. De Atenas, arrancados de sus familias en plena noche. Destinados a ser vendidos en el mercado de Argel.

—Suficiente para colgar a Khadra, incluso sin contar lo que probablemente esté contrabandeando. Libéralos y llévalos a la Santa Dorotéia. —Girando sobre sus talones, Rafael

volvió a subir por la estrecha escalera hasta la cubierta superior. Se detuvo antes de salir por la escotilla cuando algo en el tosco suelo de madera llamó su atención: un trozo de encaje blanco. Agachándose, Rafael recogió el trozo, frotándolo entre sus dedos. Un encaje muy fino, sin duda, pensó, y entrecerró los ojos. Volviéndose, miró a su alrededor. Una puerta estaba abierta a su izquierda.

Al mirar dentro, no vio nada fuera de lo común: una pequeña litera vacía con una manta áspera era el único mobiliario. El olor de un orinal sin vaciar asaltó su nariz, y hizo una mueca, retrocediendo.

—¿Capitán? —el contraмаestre se acercó a su lado.

—Alguien estaba encarcelado aquí. —Rafael señaló el candado en la puerta, una rareza en un barco. Solo había dos a bordo de su propio barco, la Santa Dorotéia, y estaban en su propia cabina y en el armario de licores—. Un prisionero de alto valor, creo. Tal vez una mujer. —Le mostró al contraмаestre el trozo de encaje—. Quizás eso era lo que Khadra estaba tomando tiempo para esconder, antes de mostrarse.

—Si está aquí, la encontraremos, Capitán —prometió el contraмаestre, antes de girarse para gritar órdenes de buscar en el barco nuevamente.

¿Dónde escondería Khadra a una mujer? Rafael frotó el trozo de encaje entre sus dedos otra vez. En sus propios aposentos, sospechaba, y dirigió sus pasos hacia la cabina del capitán.



Era todo lo que Clarissa podía hacer para conseguir suficiente aire en sus pulmones para mantenerse consciente. En un momento, estaba acostada en la dura litera de su prisión, al siguiente la puerta se había abierto de golpe y el capitán corsario estaba sobre ella, con los ojos abiertos de pánico.

—No harás ni un solo sonido —juró.

Inmediatamente preguntándose si el rescate podría estar de alguna manera cerca, Clarissa abrió la boca y gritó con todas sus fuerzas.

Un poderoso revés en la cara la mareó por un momento, y luego un grueso trozo de tela le fue empujado en la boca, la mordaza asegurada detrás de su cabeza, y fue arrojada sobre el hombro musculoso del corsario y llevada fuera. Ella pateó y gritó, agitándose frenéticamente; sintió que su camisón se enganchaba en una astilla de madera y se rasgaba mientras luchaba, pero el

corsario no se detuvo. Fue llevada a través del barco, arrojada sin ceremonia y sus manos y pies atados juntos, y luego metida en un baúl, la tapa cerrada de golpe.

Apenas podía moverse, y apenas podía respirar a través de la mordaza. Estaba completamente oscuro dentro del baúl, y no estaba segura si las manchas negras que nadaban frente a sus ojos eran producto de su imaginación o debido a la falta de aire.

Un fuerte estruendo cerca hizo que sus ojos se abrieran. ¿Un cañón? ¿Estaban bajo fuego? *¡Por favor, no me dejes morir atada en un baúl!*

Silencio.

El balanceo del barco se suavizó, y ella sintió que habían disminuido la velocidad, tal vez se habían detenido. Se escucharon gritos distantes, luego una breve descarga de disparos, luego botas sobre madera.

¿Rescate? Intentó gritar a través de la mordaza, pero el esfuerzo la hizo sentir mareada.

Espera, pensó. Buscarán aquí. Espera hasta que los oigas.

Las botas resonaron cerca, y ella intentó gritar. Intentó emitir cualquier sonido, pero solo pudo lograr el más débil de los gemidos. Intentó patear contra el lado del baúl, pero no pudo moverse más que unos pocos centímetros en sus estrechos confines; sus pies descalzos no hacían ningún sonido contra la pesada madera.

Las botas se alejaron de nuevo y Clarissa no pudo evitarlo; comenzó a llorar. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras las botas de sus potenciales rescatadores se desvanecían. Intentó tragar aire, pero la oscuridad se cerró a su alrededor.



Rafael miró alrededor de la cabina con el ceño fruncido. No había ningún lugar aquí lo suficientemente grande como para ocultar a una mujer, a menos que... su mirada cayó sobre el pesado baúl marino junto a la cama, medio cubierto con mantas. Agachándose, abrió la tapa y se quedó boquiabierto ante la belleza que había dentro.

Cabello con mechas doradas enmarcaba un rostro pálido y manchado de lágrimas, y una figura esbelta que apenas estaba cubierta por un camisón rasgado adornado con caro encaje blanco. Joven, hermosa, rubia y de buena cuna por su aspecto, no era de extrañar que Khadra hubiera mantenido este premio encerrado y hubiera tratado de ocultarla. Valdría una fortuna en los mercados de esclavos de Argel.

—¿Dónde diablos te encontró? —murmuró Rafael, inclinándose para sacar a la chica del baúl. No parecía estar consciente, y Rafael maldijo mientras le quitaba la mordaza demasiado apretada de la boca y se inclinaba para comprobar que aún respiraba. Sería típico de Khadra asfixiar a la chica por accidente mientras intentaba ocultarla. Cortó las ataduras que le sujetaban los tobillos y las muñecas, maldiciendo al corsario entre dientes.

El pecho de la chica subía y bajaba mientras tomaba un respiro más profundo, y Rafael apartó la mirada de su figura, agarrando una de las mantas para cubrirla más apropiadamente antes de retroceder. Despertar y encontrar a un hombre extraño inclinado sobre ella probablemente la aterrorizaría después de lo que sin duda ya había pasado. —¿Capitán? —se volvió para encontrar al contramaestre en la puerta.

—Encontré a la mujer. —Rafael hizo un gesto hacia la chica en la cama.

El contramaestre echó un vistazo y silbó, largo y bajo. —¡Con razón Khadra trató de esconderla! —Precisamente. No quiero asustarla más. Me quedaré aquí y la vigilaré; asegura a toda la tripulación corsaria y pon ambos barcos en marcha hacia Valletta. —Deberían llegar a Malta antes del amanecer, y el gobierno maltés era uno de los signatarios del acuerdo anti-corsario bajo el cual Rafael estaba operando. Se harían cargo de los corsarios y su barco, y organizarían el regreso de los jóvenes griegos a sus hogares.

Quedaba por ver qué se haría con la hermosa joven.



Capítulo Cuatro

EL MUNDO PARECÍA MECERSE SUAVEMENTE MIENTRAS CLARISSA RECUPERABA la conciencia poco a poco. Sus párpados se abrieron con dificultad, revelando el entorno desconocido del camarote del capitán corsario. Parpadeó, intentando disipar la neblina que nublaba su mente y aturdí sus sentidos. El camarote estaba tenuemente iluminado por un único farol parpadeante que proyectaba sombras ondulantes sobre las paredes de madera adornadas con cartas de navegación e instrumentos náuticos.

El aroma a sal y madera antigua impregnaba el aire, mezclándose con el tenue olor a tabaco. Clarissa sintió la textura áspera de una manta bajo sus dedos, envuelta cómodamente alrededor de sus hombros para protegerla del frío que traía el aire del océano. A medida que su visión se aclaraba, notó una figura de pie cerca, sus rasgos tomando forma gradualmente. No era el capitán corsario, sino un desconocido: un hombre alto y moreno con aspecto de halcón, que vestía lo que parecía un uniforme naval, aunque el corte y el color no le resultaban familiares. Se acurrucó más bajo la manta y lo observó. Era alto y rudamente apuesto, con cabello oscuro enmarcando un rostro fuerte y bronceado. Sus ojos eran particularmente llamativos: de un verde mar cautivador que parecía contener en su interior las profundidades del océano mismo.

El oficial de la marina habló, con evidente preocupación grabada en su frente. Clarissa frunció el ceño mientras trataba de descifrar sus palabras. No era italiano, un idioma en el que era razonablemente fluida después de más de un año en el país, ni griego, ni francés. Casi podía captar algunas de las palabras...

—Lo siento —dijo en inglés—. No entiendo.

—Tranquilícese, mi señora —respondió él en un inglés asombrosamente perfecto y sin acento, con una voz profunda y reconfortante—. Ahora está a salvo.

—Gracias —murmuró ella, esforzándose por comprender completamente la situación. El recuerdo de su desmayo volvió de golpe, una ola abrumadora que la dejó sintiéndose vulnerable y expuesta.

—¿Quién es usted? ¿Qué ha pasado?

Su mirada firme parecía ofrecer un salvavidas en el tempestuoso mar de sus emociones. —Soy el Capitán Rafael de Silva, del barco portugués *Santa Dorotéa* —dijo con calma—. Realizamos patrullas anticorsarias en estas aguas y hemos capturado este barco. Atracaremos en el puerto de La Valeta en Malta dentro de unas horas.

—Oh. —Luchando por comprender el repentino cambio de circunstancias, Clarissa permaneció muy quieta.

—¿De dónde la secuestró Khadra, y cuándo? —preguntó Rafael suavemente.

—Oh... Atenas. —Se esforzó por reconstruir la odisea que había vivido—. Hace cuatro... ¿cinco días? No lo sé. Estaba oscuro todo el tiempo en el camarote. Él abría la puerta y me daba comida, creo que dos veces al día. —Cada vez se había acurrucado contra la pared, aterrorizada por lo que él pudiera intentar hacerle. La comida había sido escasa —pan duro y una botella de vino de sabor repugnante— pero se había forzado a tragarla, decidida a intentar mantener sus fuerzas para la lucha que vendría.

—Entiendo. —Rafael asintió lentamente, sin apartar sus ojos de los de ella—. ¿Puede decirme su nombre? —preguntó.

—Clarissa Creighton —dijo ella—. No necesita hablarme como si fuera una simple. He sufrido un susto terrible, pero voy a estar bien.

Una sonrisa floreció en su rostro aguileño, haciéndolo de repente mucho más atractivo, y ella le devolvió la sonrisa.

—Me alegra ver que aún conserva su espíritu, al menos. Bien. —Hizo un gesto a su alrededor—. Debemos permanecer a bordo de esta desagradable embarcación hasta que atracamos en La Valeta por la mañana. ¿Puedo intentar encontrarle algo para cubrirla mejor, y quizás algo de comer?

—Sí —dijo Clarissa, dándose cuenta de que estaba muerta de hambre—. Por favor. —Se incorporó torpemente, agarrando la manta mientras se deslizaba.

Rafael mantuvo la mirada apartada, notó Clarissa, y a pesar de su persistente confusión y desorientación, sintió que podía confiar en este capitán portugués de impactantes ojos verde mar. Por ahora, al menos, depositaría su fe en él y esperaría que, juntos, pudieran navegar las inciertas aguas que les esperaban.

No permitió que nadie más entrara en el camarote, deteniendo a un hombre en la puerta y luego trayéndole una comida sencilla de pan, queso y un vino mucho mejor que cualquiera que hubiera probado en los últimos días. Permaneció de pie junto a la puerta hasta que ella terminó de comer, y luego dijo:

—Montaré guardia fuera de su puerta hasta la mañana. No debe temer que su sueño sea perturbado, y mañana, determinaremos nuestro rumbo.



Entraron en el puerto de La Valeta en las primeras horas de la mañana, recibidos por las autoridades que estaban contentas de hacerse cargo de los corsarios y comprometerse a devolver a los cautivos griegos a Atenas.

Rafael había dejado a Clarissa sola para que descansara, segura en el camarote del capitán con dos de sus hombres más confiables vigilando la puerta, pero regresó para preguntarle qué quería hacer.

—Hay familias inglesas en Malta que estarían encantadas de acogerla —comenzó.

Ella inmediatamente negó con la cabeza. —Necesito llegar a Florencia. Lady Glenkellie y Lady Ginori habrán enviado noticias allí de mi desaparición y mi tía estará fuera de sí.

Rafael asintió pensativamente. —Podría llevar algún tiempo encontrar un barco que se dirija a Italia. La llevaré yo mismo.

—Oh... pero ¿no tiene usted otros compromisos? —Clarissa dudó en pedirle más. Ya le debía la vida.

—Soy dueño de mi propio destino —dijo él, con cierta arrogancia—. Yo determino la disposición de mi barco y adónde irá. La llevaré a Livorno, y de allí a Florencia.

—Bueno... gracias —dijo ella finalmente.

Rafael inclinó la cabeza. —Veré si se puede conseguir ropa más adecuada para usted antes de que partamos de La Valeta —dijo bastante abruptamente, antes de dejarla sola de nuevo.

Más tarde ese día, una joven mujer rascó en la puerta. —Soy Ana —dijo en inglés con acento, con una sonrisa y una pequeña reverencia—. El capitán de Silva, él me contrató para ser su doncella. Vamos a Florencia, ¿sí?

—Sí —dijo Clarissa con alivio.

—Tengo vestido aquí para usted. Más, en otro barco. ¿Usted cambia, y nos vamos?

Por supuesto, dejarían el barco corsario aquí, se dio cuenta Clarissa, y Rafael había enviado a Ana y la ropa para que Clarissa pudiera parecer respetable mientras se trasladaba al otro barco. Se había dado cuenta, en algún momento durante las oscuras horas de la noche, que estaba completamente arruinada, a pesar de haber sido rescatada antes de que lo peor pudiera ocurrirle. Su desaparición de Atenas no podía explicarse. Lady Glenkellie y Lady Ginori habrían armado un alboroto, por lo que no las culparía; habrían entrado en pánico por su desaparición. Reaparecer en Italia más de una semana después, en un barco portugués, sin explicación de lo que le había sucedido... Bueno, sería un escándalo del más alto orden.

Pero por ahora, apartó esos pensamientos y se cambió al vestido que Ana le había traído. Era un vestido simple y modesto de color azul pálido, con cuello alto y mangas largas. Clarissa se lo puso agradecida, aliviada de salir del camisón sucio y rasgado que había estado usando durante días.

Cuando salió del camarote, Rafael la estaba esperando en la cubierta. Se había cambiado a un uniforme fresco, y parecía en todos los sentidos el apuesto capitán naval.

—¿Está lista, mi señora? —preguntó, ofreciéndole su brazo.

Ella lo tomó, sintiendo un extraño aleteo en su estómago. —Sí, Capitán —dijo, tratando de mantener su voz firme.

Desembarcaron del barco corsario y se dirigieron al otro barco, un elegante y moderno navío que ondeaba la bandera portuguesa. La tripulación se afanaba, preparándose para la partida, y Rafael solo les hizo un gesto con la cabeza, indicándoles que fueran abajo.

Ana los guió con confianza hacia un amplio y ventilado camarote en la popa del barco. —El camarote del capitán, señorita —dijo con un asentimiento—. Él dice, usted segura aquí. Cerradura en puerta, ¿ve? —Levantó una llave—. Cerramos puerta y estamos seguras.

Clarissa asintió, sintiendo que la invadía una sensación de alivio. Estaba a salvo, y estaba con un hombre en quien podía confiar. Rafael había sido amable con ella desde el momento en que la encontró en el barco corsario, y sentía hacia él una gratitud que no podía expresar con palabras.

El balanceo y el crujido del barco pronto le hicieron saber a Clarissa que habían zarpado, y se acomodó en el bajo banco acolchado junto a las ventanas de la popa, disfrutando de poder mirar el mar después de tantos días confinada en un pequeño camarote. Quizás Rafael incluso les permitiría salir a cubierta más tarde para tomar un poco de aire fresco; lo necesitaba desesperadamente, pero entendía que en un barco lleno de hombres podría no ser posible.

Por el rabillo del ojo, Clarissa vislumbró un movimiento en el suelo cerca de sus pies. Con un pequeño grito, levantó los pies del suelo y los metió debajo de ella. —¡Ratas!

Ana se giró desde donde estaba haciendo la cama. Sin embargo, después de echar un vistazo, la doncella se rio. —No hay ratas aquí, señorita. Mire. No es una rata. ¡Es un gato!

Clarissa se rio de su propia tontería cuando el gato salió arrastrándose de su escondite, mirándola con ojos verde brillante. Una criatura negra y elegante, el felino parecía bien alimentado y saludable, obviamente un miembro bienvenido de la tripulación. —Hola, minino. —Inclinándose, extendió la mano hacia el gato, quien olisqueó sus dedos brevemente pero no se dignó a permitirle acariciarlo, retrocediendo y alejándose antes de escabullirse por un pequeño hueco cortado en una de las tablas de la puerta.

—Bueno, parece que tiene libre acceso a todo el barco —murmuró Clarissa con un suspiro de pesar, antes de volver su mirada a la ventana, observando cómo la costa de Malta se alejaba lentamente en la distancia.

El sol estaba alto y Malta hacía tiempo que había desaparecido de la vista cuando un golpe en la puerta anunció el regreso del capitán. Rafael esperó a que Ana abriera la puerta para dejarlo entrar, ofreciendo a la doncella un respetuoso toque de cabeza en respuesta a su profunda reverencia, antes de que sus ojos se dirigieran inmediatamente a Clarissa sentada junto a la ventana.

—Pensé que tal vez le gustaría subir a cubierta y tomar un poco de aire fresco —sugirió, una sonrisa acudiendo a sus labios cuando Clarissa se puso de pie de inmediato—. Ah. ¿La idea le agrada?

—¡He estado encerrada durante días. Un poco de sol en mi rostro sería muy bienvenido! —declaró ella.

Rafael asintió y le hizo un gesto para que lo precediera, ya que el pasillo sería demasiado estrecho para que caminaran del brazo. Ana los seguía por detrás.

Mientras Clarissa subía la estrecha escalera hacia la cubierta, una sombra negra se deslizó entre sus piernas, casi haciéndola tropezar. Detrás de ella, oyó a Rafael decir algo en portugués que pensó podría ser una maldición.

—¿Está bien, señorita Creighton? Fernando no tiene cuidado de bajo cuyos pies se mete.

—Fernando, ¿ese es el nombre del gato? Es una hermosa bestia. —Al llegar a cubierta, Clarissa respiró una gran bocanada de aire fresco del mar, suspirando de placer cuando el viento le levantó el cabello de su cuello caliente.

—Lo toleramos porque es el mejor cazador de ratas en alta mar. —Rafael se unió a ella, colocando una mano bajo su codo y guiándola hacia la barandilla, lejos de donde los hombres se apresuraban a apretar cuerdas y ajustar velas—. Solo no se deje engañar para tocar su vientre, sin

importar cómo pueda tentarla mostrándolo mientras yace sobre su espalda. Es una trampa viciosa y su mano no escapará ilesa. Sus dientes son lo suficientemente afilados como para penetrar incluso guantes de cuero.

Clarissa se rio. —¡Le agradezco la advertencia, señor! Seguramente habría caído en esa trampa, y probablemente sin guantes, pues no tengo ninguno.

—Lamento que no hayamos tenido tiempo de obtenerle un guardarropa más completo —dijo Rafael, con tono de disculpa—. Comprar una cantidad significativa de ropa elegante para damas probablemente habría llamado más la atención de lo que usted o yo habríamos deseado, creo.

—¡Oh, por favor crea que no tengo quejas! —Clarissa alisó su mano sobre sus faldas—. Todo en mi situación actual es una mejora infinita sobre la anterior, desde la ropa y el paisaje hasta la compañía.

Él inclinó la cabeza en una pequeña reverencia. El barco se sacudió en ese momento, cambiando de dirección para virar con el viento, una enorme botavara balanceándose sobre sus cabezas mientras las velas se movían, y Rafael extendió instintivamente la mano para estabilizar a Clarissa. Sin embargo, ella ya había cambiado su peso, bastante cómoda y confiada incluso cuando la barandilla en la que estaban se inclinó hacia las olas.

—Usted es una marinera experimentada, creo —murmuró él—. Obviamente, navegó hasta aquí desde Inglaterra en algún momento, ¿no?

—Hace dos años, más o menos —miró hacia adelante, pensando en su destino—. Mi tía Marianne se casó, y su esposo tiene familia en Italia. Planearon una luna de miel e invitaron a mi hermana Diana y a mí a unirnos. Diana se casó el año pasado y regresó a Inglaterra, pero yo elegí quedarme. —No añadió que estaba desafiando los deseos de sus padres en este punto; las cartas de su madre exigiendo que Clarissa regresara a Inglaterra se habían vuelto más frecuentes y más estridentes en los últimos meses. Clarissa sabía muy bien lo que le esperaba en casa. En el mejor de los casos, una temporada en Londres donde se esperaría que hiciera un gran partido. En el peor, un pretendiente ya elegido para ella.

—¿Y tu tío y tu tía siguen en Italia?

—En Florencia, sí. Mi tía tuvo gemelos hace unos meses y no estuvo bien después del parto, y eran bastante pequeños, como dicen que suelen ser los gemelos a veces. Decidieron quedarse en Florencia por un tiempo, y me ofrecieron la oportunidad de viajar a Grecia cuando dos parientes mayores decidieron hacer un viaje a Atenas.

—¿Estas son las damas de las que hablaste? —Rafael era un buen oyente, pensó Clarissa; callado y atento, sus ojos nunca dejaban su rostro mientras ella hablaba.

—Lady Ginori y Lady Glenkellie —Clarissa asintió. Aún no había revelado el alcance de su relación, ni el hecho de que no era simplemente "señorita Creighton", pero sabía que debía hacerlo ahora. Tomando un profundo respiro, dijo—: Lady Glenkellie es la marquesa viuda, su hijo es el caballero con quien se casó mi tía. Lady Ginori es su hermana, la condesa Ginori.

—Parientes bien conectados —señaló Rafael, pero no pareció desconcertado.

Clarissa decidió no explicar que la relación se basaba tenuemente en que Marianne había estado casada una vez con su tío. No importaba cómo se veían entre sí; Marianne consideraba a Clarissa su sobrina y ninguna tía podría haber sido más querida. —Mi padre es un conde —admitió.

Rafael solo asintió, y Clarissa parpadeó. Había esperado una reacción un poco más fuerte ante tal revelación.

—Las damas habrán puesto Atenas patas arriba buscándote —murmuró Rafael, y Clarissa hizo una mueca.

—Desafortunadamente. Sí.

Sus ojos verde mar estaban pensativos mientras la miraba, pero no hizo más preguntas. Solo le ofreció su brazo y la invitó a caminar por la cubierta para estirar las piernas un rato. Clarissa ciertamente apreció la oportunidad y aceptó con gusto.

Permanecieron en cubierta durante media hora más o menos, antes de que uno de los hombres le gritara algo a Rafael en portugués.

—Lamentablemente, me llaman a mis deberes —dijo después de responder brevemente al hombre—. Te acompañaré de vuelta al camarote. Aunque tengo el respeto de mis hombres, sería mejor si tú y Ana permanecieran en el camarote a menos que yo esté allí para escoltarlas. Me aseguraré de que puedan salir a cubierta al menos dos veces al día, y deberíamos estar en Livorno a más tardar mañana por la noche.

Clarissa le agradeció con genuina apreciación por tomarse el tiempo, y ella y Ana regresaron al camarote del capitán. El gato Fernando las acompañó, arrojándose al suelo y rodando para mostrar una delgada franja blanca en su lustroso vientre peludo.

—¡No lo toques! —exclamó Clarissa cuando Ana arrulló y se inclinó para acariciar al gato—. El capitán me advirtió que no tocara su vientre, no sea que nos saque sangre.

—Ah, un malvado demonio que nos tienta así —regañó Ana al gato—. Fuera de aquí.

Fernando rodó, bostezó y saltó al asiento de la ventana junto a Clarissa. Sentándose, envolvió su cola pulcramente alrededor de sus patas delanteras y la miró fijamente. Clarissa extendió una mano cautelosa y esta vez, el gato se dignó a permitir su toque, inclinándose hacia la caricia mientras ella le acariciaba suavemente la cabeza brillante.

Perdida en sus pensamientos, Clarissa permaneció donde estaba durante horas, acariciando al gato y mirando las olas ondulantes, hasta que un golpe en la puerta anunció la llegada de una comida para ellas, entregada por un muchacho tímido que no podía mirar directamente a ninguna de las dos mujeres.

Después de la horrible comida que le habían dado como prisionera en el barco corsario, y la simple comida de la noche anterior, la comida que les trajeron ahora parecía un festín para Clarissa. Pan plano fresco, carnes y quesos en finas lonchas, aceitunas y pequeños tomates, acompañados de uvas y melocotones y una jarra de jugo de fruta fresca cuyo sabor Clarissa no pudo identificar inmediatamente.

—*Rummien* —dijo Ana en su propio idioma cuando Clarissa preguntó, luego intentó en italiano —. *Melograno*?

—¿Granada? —Eso pensó Clarissa que era.

—*Iva*, ¡sí! —Ana asintió con entusiasmo—. ¿Te gusta?

—Delicioso. —Clarissa estaba muerta de hambre. Trató de no comportarse como una glotona, comiendo de manera elegante y forzándose a ir más despacio para que Ana pudiera tener su parte, pero cuando Ana se limpió los dedos con una servilleta y dijo que había terminado, Clarissa terminó hasta el último trozo de comida en la bandeja.

—Debería descansar, señorita —sugirió Ana mientras Clarissa bebía los últimos sorbos del dulce jugo de granada, y Clarissa asintió. Sus párpados ya comenzaban a caer. El terror la había mantenido sin dormir adecuadamente desde que la sacaron de su cama en medio de la noche en Atenas hace casi una semana, incluso cuando Rafael estaba de guardia frente a su puerta la noche anterior. Ahora se sentía cálida y segura, y con el estómago lleno, se acomodó en la cama sorprendentemente cómoda, cerró los ojos y cayó en un sueño profundo y tranquilo.



Capítulo Cinco

EL SOL DORADO ASOMABA POR EL HORIZONTE, PROYECTANDO un cálido resplandor sobre la piel clara de Clarissa mientras permanecía de pie junto a la barandilla de la Santa Dorotéia, casi en calma sobre el tranquilo Mar Mediterráneo en las primeras horas de la mañana. El suave balanceo del barco la sumía en un estado contemplativo mientras contemplaba el mar resplandeciente. Su cabello, aclarado por el sol y alborotado por la brisa salada, enmarcaba su expresión pensativa.

—Capitán de Silva —llamó, volviéndose hacia donde Rafael estaba cerca, con los ojos fijos en el horizonte—. ¿Puedo hacerle una pregunta bastante personal?

Los ojos verde mar de Rafael brillaron con vacilación, pero asintió.

—Por supuesto, mi señora.

—Hábleme de su familia —él le interesaba, este enigmático capitán portugués.

Él dudó, tirando del puño de su chaqueta antes de responder.

—Mi padre y mis hermanos mayores murieron en la guerra. Me correspondió a mí convertirme en el cabeza de familia y cuidar de mi madre y mi hermana.

La mirada de Clarissa se suavizó con simpatía.

—Qué terrible —murmuró—. ¿Qué edad tenía usted?

—Doce años —respondió Rafael, con la mirada distante mientras hablaba, su voz teñida de tristeza—. Tuvimos que abandonar nuestro hogar.

—¿Es por eso que se unió a la Marina inglesa? —preguntó Clarissa, con su curiosidad picada.

—En efecto —dijo, con una pequeña y triste sonrisa jugando en las comisuras de su boca—. Mi madre encontró refugio en Inglaterra, y me alisté en su marina para poder mejorar mis perspectivas y mantener a mi familia. Así es también como llegué a hablar tan bien el inglés.

—¿Y ahora tiene su propio barco, navegando bajo la bandera portuguesa? —le instó, esperando aprender más sobre él.

—Una vez que finalmente fue seguro regresar a Portugal —respondió, su voz cargada de emoción—, encontramos nuestra finca en un estado de casi ruina. La guerra había cobrado su precio, y quedaba poco del hogar que una vez conocí. Ejercer mi oficio en el mar era la única forma en que podía recaudar los fondos para siquiera comenzar a restaurar nuestras fortunas.

El corazón de Clarissa se dolía por él.

—Solo puedo imaginar lo difícil que debe haber sido para usted y su familia —murmuró.

Rafael sonrió levemente, aunque la tristeza aún persistía en sus ojos.

—Fue un gran desafío —admitió—, pero sabía que era mi deber restaurar nuestro hogar y proveer para mi madre y mi hermana. Su bienestar siempre ha sido mi máxima prioridad.

—Su dedicación a su familia es verdaderamente encomiable, Capitán —comentó Clarissa, con evidente admiración—. Muchos se habrían derrumbado ante tal adversidad, pero usted la ha enfrentado de frente y se ha mantenido firme en su determinación.

—Gracias, Lady Clarissa —respondió, inclinando la cabeza humildemente—. Pero simplemente estoy haciendo lo que cualquier hombre honorable haría en mi lugar.

—Quizás —concedió ella, sin apartar los ojos de su rostro—. Pero creo que se necesita un individuo excepcional y poco común para mantener tal fuerza de carácter y convicción frente a una adversidad abrumadora.

Él sonrió ligeramente e inclinó la cabeza, pero no dijo más, apartando la mirada de ella y dirigiéndola hacia las velas, que aún colgaban casi inertes de los mástiles.



Era una criatura curiosa, esta hija de un conde inglés. Había conocido a muchas como ella durante sus años en Inglaterra, pero ninguna era tan franca como Lady Clarissa Creighton. Tampoco podía imaginar que alguna de ellas hubiera soportado tan bien la prueba que ella había sufrido. Ella hablaba de las dificultades que *él* había soportado, ¡pero él nunca había sido secuestrado por corsarios y amenazado con ser vendido en una subasta de esclavos a un terrible destino!

—Capitán, usted ha hablado de su familia y las dificultades que soportaron durante la guerra —comenzó Clarissa de nuevo, con curiosidad brillando en sus ojos azules—. Pero, ¿qué hay de las

tierras que ahora le corresponde proteger? ¿Puede describirme la belleza de Portugal y su hogar ancestral?

Rafael dudó por un momento, su corazón henchido de amor y orgullo. Dirigió su mirada hacia el oeste en dirección a su tierra natal, como si intentara hacer aparecer la imagen de su hogar ante él, y luego comenzó a hablar.

—Portugal es una tierra de contrastes, Lady Clarissa —dijo, su voz llena de calidez y afecto—. Desde las exuberantes y verdes colinas del norte hasta los escarpados acantilados del sur azotados por el sol, hay una belleza que es a la vez salvaje e indómita, pero también profundamente serena.

Hizo una pausa por un momento, recordando los ondulantes viñedos que rodeaban la finca de su familia, las vibrantes hojas verdes contrastando con la rica tierra oscura debajo.

—Nuestras tierras se encuentran anidadas en un valle, bañadas por la luz del sol y bendecidas con una tierra fértil que produce una abundancia de cultivos y finas uvas para nuestros empeños vinícolas. Un río lo atraviesa, proporcionando sustento a los campos y una suave canción para acompañar el susurro de la brisa que agita los árboles.

Mientras hablaba, una sonrisa nostálgica jugaba en las comisuras de su boca, sus ojos verde mar brillando con los recuerdos de una época más feliz.

—Antes de la guerra, nuestra finca era un lugar de risas y alegría, lleno de las voces de familiares y amigos que se reunían para celebrar las muchas bendiciones de la vida. El aire estaba impregnado con el aroma del jazmín y las flores de naranjo, mezclándose con el aroma terroso de los viñedos, creando un perfume que era a la vez embriagador y vigorizante.

—Sus palabras pintan una imagen vívida, Capitán —murmuró Clarissa, sus ojos suavizándose con empatía—. Debe haber sido verdaderamente desgarrador ver un lugar tan hermoso devastado por los horrores de la guerra.

—En efecto, lo fue —admitió Rafael en voz baja, sus facciones ensombrecidas por la tristeza al recordar aquella primera visión de su hogar, los viñedos quemados, las pocas personas que quedaban destrozadas y aterrorizadas—. Pero creo que con tiempo, amor y perseverancia, podremos restaurar nuestro hogar a su antigua gloria. Porque no es solo la tierra en sí lo que ocupa un lugar especial en mi corazón, sino el espíritu de las personas que viven en ella: mi familia, mis amigos y todos aquellos que han estado a nuestro lado incluso en los momentos más oscuros. Mi madre dirige nuestra finca con gran habilidad durante mi ausencia, ya que aún necesitamos los fondos que gano capitaneando mi barco.

—Su familia suena verdaderamente extraordinaria —dijo ella, con admiración brillando en sus ojos—. Y si me permite decirlo, capitán de Silva, usted ha demostrado una gran humildad a pesar de su noble linaje.

—Ah, pero Lady Clarissa —respondió Rafael con una sonrisa irónica—, es la adversidad la que a menudo nos enseña las lecciones más valiosas de la vida. No tuve más remedio que aprender de los desafíos que el destino ha puesto en mi camino.

—En efecto —reflexionó ella, recordando a los innumerables nobles arrogantes que había conocido en Inglaterra—. Y sin embargo, tantas personas de cuna noble parecen incapaces de comprender esa simple verdad.

—Quizás aún no se han enfrentado a las pruebas que les obligan a confrontar su propia humanidad —sugirió él, con la voz teñida de tristeza.

—Hábleme de su hermana, Isabella —se aventuró Clarissa, con voz suave e invitadora—. La mencionó antes, y no puedo evitar preguntarme qué tipo de persona es.

El rostro de Rafael se suavizó al pensar en su traviesa hermana menor. —Ah, minha irmã —comenzó, con un tono que mezclaba afecto y exasperación—. Isabella es una fuerza a tener en cuenta. Siempre ha estado llena de vida y energía, incluso cuando nuestras circunstancias estaban en su peor momento.

—¿De verdad? —Clarissa se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes de curiosidad—. Cuénteme más.

—Isabella una vez convenció a uno de nuestros vecinos de que había descubierto un manantial mágico en el bosque cerca de nuestra finca —relató, con un destello travieso iluminando sus ojos verde mar—. Juró que podía hacer retroceder el tiempo y devolver la juventud a todos los que bebieran de sus aguas.

—¡Cielos! —exclamó Clarissa, llevándose la mano a la boca para ahogar una risita—. ¿Y alguien realmente la creyó?

—Por desgracia, sí —admitió Rafael con una sonrisa irónica—. Varios de nuestros vecinos más crédulos partieron ansiosamente en busca de esa legendaria fuente, solo para regresar con las manos vacías y completamente empapados después de que Isabella los llevara directamente a un estanque bastante profundo.

Clarissa negó con la cabeza, su risa ahora sin restricciones. —Qué maravilloso debe ser tener una hermana tan vivaz e imaginativa.

—En efecto, es una fuente constante de diversión y deleite —concordó Rafael, su propia risa disminuyendo mientras contemplaba la brillante extensión de agua frente a él. Los juguetones

recuerdos de su pasado dieron paso momentáneamente a una reflexión más sombría, y su frente se arrugó con el peso de sus responsabilidades.

Como capitán de la Santa Dorotéia, Rafael llevaba sobre sus hombros las vidas de su tripulación y la seguridad de aquellos a quienes protegían. Sin embargo, incluso mientras navegaba por las traicioneras aguas del Mediterráneo, sus pensamientos nunca estaban lejos de su familia en Portugal y el deber que tenía para con ellos.

—¿Capitán? —preguntó Clarissa suavemente, con preocupación en su voz al notar el cambio en su actitud—. ¿Está todo bien?

—Discúlpeme —murmuró, ofreciéndole una pequeña sonrisa tranquilizadora—. Simplemente estaba pensando en mis deberes, como capitán y como hermano.

—Ah —asintió ella, comprendiendo—. Debe ser difícil equilibrar las responsabilidades de ambos roles, especialmente cuando a menudo parecen estar en conflicto entre sí.

—En efecto —admitió él, con la mirada introspectiva—. Hay momentos en los que me pregunto si realmente estoy haciendo lo mejor para mi familia al estar tan lejos de ellos, pero luego recuerdo que también es mi deber proteger a otros de los peligros que acechan en estos mares.

—A veces, las elecciones más difíciles que tomamos son las que realmente nos definen —dijo Clarissa suavemente.

—Es usted perspicaz, para alguien tan joven —dijo Rafael pensativo, con la mirada fija en ella—. Y si me permite decirlo... bastante diferente de otras damas inglesas de buena cuna que he conocido. —Una suave brisa jugaba con el cabello decolorado por el sol de Clarissa, su negativa a usar un sombrero le otorgaba un encanto rebelde que cautivaba la atención de Rafael.

Ella sonrió un poco y apartó la mirada, pero él no había hecho una pregunta, y ella no ofreció ninguna explicación. Se quedaron juntos, observando el mar en calma.

—La familia también es importante —dijo Clarissa de repente, rompiendo el cómodo silencio que se había instalado entre ellos—. De hecho, mi hermana Diana es la única razón por la que alguna vez querría volver a Inglaterra.

Sorprendido, la miró. —¿No sus padres, o su hogar?

—No. —Su rostro estaba quieto y sereno mientras hablaba—. Me aman, y yo los amo, pero sus expectativas sobre mí no son las que puedo cumplir. Diana, a diferencia de ellos, me acepta exactamente como soy.

—Su hermana debe ser alguien verdaderamente especial —respondió Rafael.

—En efecto, lo es —concordó Clarissa, con la voz llena de afecto—. Diana es la única persona a quien amo incondicionalmente. Siempre ha sido una fuente de bondad y apoyo, y no me

sorprendió que un duque viera su valía y la tomara como esposa. —Clarissa sonrió, un despliegue deslumbrante que hizo que el corazón de Rafael se acelerara.

—La brisa está aumentando —notó él, viendo que los rizos de ella comenzaban a agitarse—. Será mejor que la acompañe abajo y me ocupe de mis deberes.

—Gracias por dedicarme este tiempo, capitán. —Le hizo una elegante pequeña reverencia—. He disfrutado nuestra conversación.

—Yo también —dijo él, sorprendido al descubrir que lo decía en serio. Conversar con jóvenes damas de buena cuna era normalmente un asunto complicado, lleno de trampas y códigos ocultos que Rafael no tenía ni la paciencia ni la inclinación de descifrar. Hablar con Clarissa se sentía refrescantemente directo; ella decía lo que pensaba sin envolverlo en un lenguaje bonito o acertijos.

—Deberíamos llegar a Livorno por la mañana —señaló Rafael mientras acompañaba a Clarissa de vuelta a su camarote—. La calma nos ha retrasado un poco, pero esperemos que ahora avancemos a buen ritmo.

—Gracias una vez más por escoltarme. —Ella miró por encima de su hombro mientras avanzaba por el estrecho pasillo—. No sé qué habría hecho sin su ayuda.

—Intentaré escoltarla a cubierta de nuevo más tarde —dijo un poco torpemente, y ella le dirigió otra vez esa sonrisa deslumbrante.

—Se lo agradeceré, pero no se sienta obligado. Esto ha sido más que suficiente.

Por una sonrisa así, a un hombre se le podría convencer de hacer muchas cosas, reflexionó Rafael mientras regresaba a cubierta y se dirigía hacia donde su primer oficial tenía el timón.



Los últimos rayos del sol proyectaban un resplandor dorado sobre las ondulantes olas, pintando el horizonte en tonos rosados y anaranjados. Una suave brisa agitaba las velas de la Santa Dorotéia, mientras Rafael y Clarissa se encontraban de nuevo uno al lado del otro en la barandilla, con los ojos fijos en el impresionante panorama que tenían ante ellos.

—Qué belleza —murmuró Clarissa, con voz suave y reverente—. Me recuerda a un verso de uno de mis poetas favoritos, Lord Byron: «Ella camina en belleza, como la noche / De climas sin nubes y cielos estrellados».

—Ah, ¿tiene usted gusto por la poesía, Lady Clarissa? —preguntó Rafael, mirándola con renovada apreciación.

—En efecto, Capitán —respondió ella, con una sonrisa juguetona en los labios—. Encuentro que las palabras tienen un poder propio, capaz de capturar la esencia de un momento o un sentimiento.

—Entonces quizás pueda compartir un verso de uno de mis propios poetas favoritos, Luís de Camões —ofreció Rafael, volviendo su mirada al mar—. «Todo callado están cielo y tierra y viento, / Las ondas por la playa sosegadas, / En el mar los peces adormecidos, / Y la noche calla como en un sueño».

—Hermoso —suspiró Clarissa, claramente conmovida por su recitación—. Hay una profundidad de anhelo en esas palabras que resuena en mi alma.

—La poesía tiene una manera de revelar nuestros deseos más profundos, incluso cuando no somos conscientes de ellos —reflexionó Rafael.

—Cierto —convino Clarissa, perdida en sus pensamientos—. A veces, se necesita la combinación adecuada de palabras para ayudarnos a entender lo que se oculta en nuestros corazones.

A medida que el cielo se oscurecía, las estrellas comenzaron a salpicar la vasta extensión sobre ellos, añadiendo encanto a la escena. Rafael no pudo evitar notar cómo la luz plateada de la luna bailaba sobre el cabello de Clarissa, y sintió un anhelo desconocido agitándose en su interior.

—Capitán —se aventuró Clarissa vacilante, con voz apenas audible—. ¿Ha considerado alguna vez que quizás nuestras vidas, como los versos de un poema, están destinadas a seguir cierto ritmo o estructura?

—Un pensamiento intrigante, Lady Clarissa —respondió Rafael, volviéndose hacia ella—. Pero creo que siempre hay espacio para giros y vueltas inesperados, al igual que las impredecibles corrientes del mar.

—Quizás —concedió ella—. Y sin embargo, es en esos momentos imprevistos donde a menudo encontramos el mayor significado y belleza.

—En efecto —concordó él suavemente, con el corazón acelerado mientras el espacio entre ellos parecía reducirse, atraídos por una fuerza irresistible que ninguno podía comprender plenamente. Un grito de uno de sus marineros hizo que Rafael volviera a la realidad, y dio un paso atrás, maldiciéndose en silencio por insensato. Esto —fuera lo que fuese— era una locura, una insensatez provocada por la luz de la luna y la cercanía de una mujer hermosa. Lady Clarissa Creighton, hija de un conde inglés, no era para alguien como él, y cuanto antes se convenciera de ello, mejor.

—Será mejor que la escolte abajo —dijo, con tono cortante—. Estaremos en Livorno por la mañana, y contrataré un carruaje para escoltarla a Florencia.

Clarissa inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias —fue todo lo que dijo, pero él sintió sus ojos sobre él, y la perplejidad en su rostro ante su repentino distanciamiento era evidente.

No es para ti, se recordó Rafael en silencio mientras la escoltaba de vuelta a su camarote y la dejaba al cuidado de Ana. *Ella no es para ti*.



Capítulo Seis

UNA CACOFONÍA DE VOCES Y EL CRUIR DE las jarcias llenaban el aire, mientras el aroma del mar salado se mezclaba con el de pescado fresco del mercado cercano cuando la Santa Dorotéia se deslizó suavemente hacia su amarre en el puerto de Livorno. El capitán Rafael de Silva estaba de pie en la cubierta de madera, sus ojos verde mar observando la bulliciosa escena frente a él. Se volvió hacia Clarissa, que se apoyaba en la barandilla, mirando la actividad alrededor del ajetreado puerto.

—Permítame ayudarla, mi señora —Rafael extendió una mano callosa, ofreciendo apoyo mientras ella pisaba la pasarela. Clarissa, siempre intrépida, miró su mano ofrecida, luego a sus ojos, y le lanzó una sonrisa traviesa.

—Gracias, capitán, pero creo que puedo arreglármelas —dijo, pisando hábilmente la plancha sin ayuda. Rafael admiró su independencia, aunque no pudo reprimir un ceño preocupado mientras ella navegaba el precario cruce.

—¡Enrique! —llamó Rafael a uno de sus tripulantes—. Consíguenos un carruaje, por favor.

—¡Sim, capitão! —respondió el marinero, apresurándose a cumplir la petición.

Mientras esperaban, Clarissa miró distraídamente el barco en el amarre vecino, preparándose para zarpar mientras los últimos pasajeros subían a bordo. Una figura alta llamó su atención, y entrecerró los ojos; ¡conocía esa forma!

—¡Tío Alex! —gritó. Sobresaltado, Alex se dio la vuelta, su rostro era una imagen de incredulidad y alivio al ver a su sobrina de pie en el muelle.

—¡Clarissa! —Se apresuró hacia ella, con los brazos abiertos para un abrazo.

El corazón de Clarissa se hinchó de felicidad al ver la imagen familiar de su querido tío, su rostro grabado con conmoción y alegría al verla sana y salva.

—¡Clarissa, querida! —exclamó Alex, su voz cargada de emoción. La envolvió en sus brazos, abrazándola con fuerza como para asegurarse de que realmente estaba allí y no era solo una aparición nacida de sus más profundas esperanzas.

—Tío Alex —murmuró Clarissa, con lágrimas en los ojos mientras se aferraba a él—. Me alegro tanto de verte.

—¿Dónde has estado? —Se echó hacia atrás, agarrándola por los hombros, mirándola de arriba a abajo—. No puedo decirte lo angustiada que estaba Marianne cuando recibimos la carta de mi madre diciendo que habías desaparecido de Atenas.

Clarissa hizo una mueca, imaginando demasiado bien lo angustiada que habría estado su tía.

—Estaba a punto de embarcar en un navío hacia Grecia —Alex señaló el barco, suspiró cuando el capitán se acercó a él—. Un momento, Clarry. Necesito que bajen mi equipaje —Habló rápidamente con el capitán en italiano fluido, antes de volver a ella. Por primera vez, miró más allá de ella hacia Rafael, que esperaba pacientemente, y sus cejas se arquearon.

—Clarissa Creighton. Dime que no te fugaste de Grecia con un hombre —La furia oscureció su rostro mientras miraba a Rafael.

—¡No! —Clarissa le agarró del brazo cuando Alex dio un paso adelante, con expresión amenazante—. Tío Alex, eso no es lo que pasó —Miró a su alrededor; varias personas los observaban con evidente interés—. Necesitamos hablar en un lugar privado.

—De vuelta a bordo de la Santa Dorotéia —invitó Rafael en voz baja—. Capitán Rafael de Silva, a su servicio —hizo una educada reverencia a Alex.

—Oh, lo siento mucho... este es mi tío Alex... el Marqués de Glenkellie —Vio la sorpresa en el rostro de Rafael, dándose cuenta de que no le había dicho lo alto que era el rango de Alex—. Tío, puedes confiar en el capitán de Silva. Te lo prometo. Él es el héroe de esta historia.

—¿Lo es, en verdad? —dijo Alex secamente, pero permitió que Rafael los guiara a él y a Clarissa de vuelta a bordo de la Santa Dorotéia y al camarote del capitán.

—Muy bien —Alex se cruzó de brazos, mirando de Rafael a Clarissa—. Cuéntenme la verdadera historia.

Clarissa dudó ahora, dándose cuenta de que Alex probablemente se enfurecería mucho en su nombre una vez que ella explicara. Rafael habló, llenando el silencio.

—Mi señor, este barco es parte de una patrulla anti-corsarios a través del sur del Mediterráneo. Hace tres días, interceptamos a un conocido corsario que navegaba a lo largo de la costa norteafricana, ondeando la bandera argelina. Al abordarlo, encontré a Lady Clarissa encarcelada.

—¿En un barco corsario? —Alex descruzó los brazos, sus ojos ardiendo—. ¿Cómo...?

—Me llevaron en medio de la noche —dijo Clarissa rápidamente—. Me desperté y estaban en mi habitación de hotel. Me pusieron una bolsa en la cabeza y me llevaron antes de que pudiera siquiera gritar.

Alex se llevó una mano a la boca horrorizado y se hundió para sentarse en la única silla de la mesa, pareciendo que sus piernas no lo sostendrían. —¿Acaso... fuiste...? —no parecía ser capaz de hacer la pregunta.

—Me querían en buenas condiciones, así que no, nadie me tocó —dijo Clarissa en voz baja—. El capitán corsario dijo que iba a ser vendida en Argel.

Rafael dijo algo muy rápido en italiano. Clarissa no captó cada palabra, pero estaba bastante segura del significado. *Las vírgenes alcanzan un precio más alto.*

Alex parecía que estaba a punto de vomitar, pero en su lugar se puso de pie y extendió su mano hacia Rafael. —Capitán de Silva, las palabras no pueden expresar mi gratitud por su heroísmo al rescatar y proteger a Clarissa.

—Su agradecimiento es bienvenido, señor, pero no hay necesidad de elogios tan efusivos —respondió Rafael, con un tono modesto—. No fue más que mi deber.

—Quizás —concedió Alex, su expresión tornándose sobria mientras consideraba los peligros que Clarissa había enfrentado—. Pero fue usted quien afrontó esos peligros, y por eso, estaré eternamente agradecido.

Rafael se movió incómodo, poco acostumbrado a tal elogio. —Mi deber es proteger a quienes lo necesitan en alta mar. La seguridad de la señorita Clarissa era primordial, y estoy agradecido por la oportunidad de haber sido de utilidad.

—Su sentido del deber le honra, Capitán —Alex estudió a Rafael pensativamente por un momento antes de continuar—. A la luz de todo lo que ha hecho por nosotros, le extiendo una invitación para que se quede con nosotros como invitado de honor en Florencia. Mi esposa ciertamente querrá conocerlo, e insisto en que nos permita el placer de expresar nuestra gratitud adecuadamente.

Rafael dudó, mirando a Clarissa, cuyo rostro se iluminó con esperanza y aliento. A pesar del atractivo de pasar más tiempo en su compañía, se mantuvo consciente de su posición y la incongruencia de aceptar una oferta tan generosa.

—Mi señor, su amabilidad es abrumadora —dijo finalmente, con voz baja y sincera—. Pero temo que sería una imposición de mi parte aceptar tal hospitalidad.

—Capitán de Silva —replicó Alex, con un rastro de diversión en su tono—, le aseguro que su presencia no sería ninguna imposición. Más bien, nos traería gran alegría y satisfacción hospedar

a alguien que ha demostrado un carácter tan excepcional. Le debemos una deuda que no podemos pagar.

Rafael miró a Clarissa de nuevo, sus ojos brillando con anticipación. El deseo de quedarse a su lado luchaba contra su innato sentido de la propiedad, pero finalmente, ya no pudo negar la conexión que se había formado entre ellos.

—Muy bien, mi señor —accedió, con un atisbo de sonrisa tirando de las comisuras de su boca—. Si insiste, aceptaré su amable invitación. Prometí ver a la señorita Clarissa sana y salva hasta Florencia, y aún no he completado esa tarea.

—¡Excelente! —Alex juntó las manos con deleite—. Espero conocer mejor al hombre que salvó a mi querida sobrina.

El hombre de Rafael regresó pronto a los muelles con un carruaje alquilado listo para llevarlos a Florencia. Rafael ayudó a Clarissa a subir al lujoso interior, sus mejillas sonrojadas de emoción ante la perspectiva de su viaje.

—Gracias, Capitán —susurró ella, sus dedos demorándose en los de él un momento más de lo necesario. Él inclinó la cabeza, apartando la mirada, y ayudó a Ana a sentarse junto a ella en el asiento de cara al frente, mientras Rafael y Alex se sentaban de espaldas al conductor.

Cuando el carruaje comenzó a moverse, Alex se inclinó hacia adelante, con curiosidad grabada en su rostro. —Clarissa, querida, aún tengo algunas preguntas sobre tu... aventura, si te sientes con ánimos de hablar de ello.

Percibiendo la incomodidad de Clarissa, Rafael intervino rápidamente: —Quizás sería mejor si le diéramos a la señorita Clarissa algo de tiempo para recuperarse de su calvario antes de profundizar en tales asuntos.

—Por supuesto —cedió Alex, su preocupación evidente—. Tienes toda la razón, Rafael. No hablaremos más de ello hasta que estés lista, mi querida sobrina.

—Gracias, tío —murmuró Clarissa, su gratitud palpable.

Sin embargo, a medida que avanzaba el día y el ondulante campo toscano se desplegaba a su alrededor como un tapiz esmeralda, la determinación de Alex se debilitó. Las preguntas parecían brotar de sus labios sin control, como un arroyo que no podía ser contenido.

—¿Quiénes eran estos piratas? ¿Cómo llegaron a secuestrarte?

—En verdad, tío, yo... —Clarissa vaciló, su mirada volando hacia Rafael en busca de apoyo.

—Tal vez podríamos hablar de otra cosa, Lord Glenkellie —sugirió Rafael con suavidad, sin apartar los ojos de Clarissa—. Como la belleza de la Toscana, por ejemplo. Han pasado años desde la última vez que visité esta región, y debo decir que solo se ha vuelto más encantadora.

—Ah, sí —asintió Alex, su atención momentáneamente desviada—. Los viñedos, los pueblos antiguos, el arte... esta tierra es verdaderamente un tesoro.

A medida que la conversación se desviaba hacia temas más inocuos, la tensión de Clarissa se alivió y comenzó a disfrutar del viaje nuevamente. Con Rafael a su lado, sentía que podía enfrentar cualquier cosa, incluso las preguntas indiscretas de un tío bien intencionado, aunque excesivamente curioso.

—Gracias —le susurró a Rafael, mientras pasaban junto a una pintoresca villa anidada entre cipreses, su techo de terracota brillando bajo el sol de la tarde.

—Siempre, mi señora —respondió él, su mano rozando la de ella con el más ligero de los toques, enviando un escalofrío por su columna vertebral.



El sol se hundió bajo el horizonte, proyectando un cálido resplandor sobre las antiguas calles de Florencia mientras el carruaje se detenía ante las puertas de la villa Ginori, que era tan opulenta que Clarissa siempre había pensado que debería llamarse palazzo. Clarissa observó a través de la ventana cómo las ornamentadas puertas de hierro forjado se abrían con un chirrido, revelando un exuberante patio lleno de fragantes rosas y naranjos.

—Basta de evasivas, Clarissa —comenzó Alex, su voz adoptando un tono de preocupación mientras entraban en los terrenos de la villa—. Debo saber qué ocurrió durante tu calvario.

—Tío, por favor —susurró Clarissa, sus ojos suplicantes. Pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta, como si estuvieran cautivas por los mismos recuerdos de los que buscaba escapar.

Viendo su lucha, Rafael intervino. —Con su permiso, Conte, yo relataré los eventos que llevaron a la seguridad de la señorita Clarissa —su voz era firme, reconfortante. Mientras miraba a los ojos de Clarissa, ella se encontró asintiendo, agradecida por su intervención.

—Muy bien —cedió Alex, su mirada fija en Rafael con una intensidad nacida del amor y la preocupación por su sobrina.

—Al descubrir el barco corsario, entramos en batalla con ellos —comenzó Rafael, omitiendo tácticamente los detalles más angustiosos—. Prevalecimos, y fue en las secuelas que encontré a la señorita Clarissa, atada y escondida. Sus intenciones eran claras... —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas— planeaban venderla al mejor postor.

—¡Dios mío! —murmuró Alex, su rostro palideciendo ante la implicación—. Rafael, no puedo agradecerle lo suficiente por rescatar a mi sobrina de tal destino.

—Por favor, señor, era mi deber y honor proteger a la señorita Clarissa —respondió Rafael, desviando humildemente el elogio.

Mientras descendían del carruaje, Alex se volvió hacia Rafael. —Debe quedarse con nosotros, Capitán de Silva. Le debemos una gran deuda, y nos sentiríamos honrados de tenerlo como nuestro invitado; sé que el Conte no aceptará que se niegue, después de lo que ha hecho por Clarissa.

—Mi señor, yo... —Rafael vaciló, reacio a imponer más a sus amables anfitriones.

—Por favor, capitán —lo animó Clarissa, con los ojos brillantes de gratitud—. Insistimos.

—Muy bien —cedió—. Gracias por su amabilidad, Lord Glenkellie.

La gran puerta de la villa se abrió de par en par, y allí, enmarcada en el umbral, se encontraba una hermosa mujer pelirroja con un elegante vestido de seda y una expresión de asombro en su rostro.

—¿Alex? ¿Qué pasó, por qué no estás...? ¡Clarissa! —Con un grito de alegría, la mujer pelirroja bajó corriendo las escaleras con los brazos extendidos.

—¡Tía Marianne! —exclamó Clarissa en respuesta, apresurándose a abrazar a su tía.

—Mi querida niña —exclamó Marianne, envolviendo a Clarissa en su suave abrazo—. Estoy tan agradecida de tenerte de vuelta, sana y salva.

—Gracias, querida tía —respondió Clarissa, con la voz temblorosa por la emoción—. Estoy feliz de estar contigo de nuevo, de verdad.

—Adentro, adentro; debo saber qué pasó. —Marianne, la marquesa de Glenkellie, supuso Rafael, recordándose a sí mismo dirigirse a ella como Lady Glenkellie, le lanzó una mirada curiosa mientras conducía a Clarissa de vuelta a las escaleras—. ¿Y quién es ese hombre tan apuesto que has traído contigo?

Su tono no fue lo suficientemente bajo, y Rafael escuchó cada palabra. Sintió que sus mejillas se sonrojaban y tuvo que luchar contra la inclinación de dar media vuelta y huir, de vuelta a su barco y sus comodidades familiares.

En su lugar, permitió que Alex lo guiara escaleras arriba y dentro del palazzo.

Clarissa le estaba dando a Marianne la versión breve y altamente editada de su aventura. Marianne se llevó una mano a la garganta, con el rostro tornándose blanco como un fantasma, antes de volver a atraer a Clarissa hacia su abrazo, sosteniéndola con fuerza.

Mientras las dos mujeres compartían su tierno momento, Rafael no pudo evitar sentirse como un extraño en este mundo desconocido. El opulento entorno del palazzo contrastaba fuertemente con los confines desgastados por el mar de su barco, haciéndolo sentir fuera de lugar entre los ricos tapices y los suelos de mármol.

—Capitán de Silva —dijo Marianne, dirigiendo su atención hacia él—. No podemos agradecerle lo suficiente por devolvernos a nuestra querida Clarissa.

—Por favor, marquesa —respondió Rafael, con un tono sincero pero humilde—, fue mi deber y honor proteger a Lady Clarissa. Lo haría de nuevo sin dudarlo.

—Su modestia solo nos hace estar más agradecidos, capitán —replicó ella, con los ojos brillando de sinceridad—. Es usted un verdadero caballero.

—¿Qué es lo que oigo? —exclamó una nueva voz, y un caballero mayor entró a zancadas en la habitación—. ¿Me engañan mis ojos? ¡Es la pequeña Clarissa, sana y salva!

Clarissa aceptó un abrazo del hombre mayor, quien momentos después fue presentado a Rafael como el Conte Ginori, relacionado con los Glenkellie por haberse casado con la tía de Alex. El Conte inmediatamente reiteró la insistencia de Alex de que Rafael debería ser su invitado de honor, y llamó a un lacayo para que le mostrara una habitación de huéspedes.

A medida que avanzaba la noche, Rafael se encontró en desacuerdo con la grandiosidad del palazzo. La cena servida era más extravagante que cualquier cosa que se hubiera puesto ante él, pero también era evidente que la gran variedad de platos exóticos no era nada fuera de lo común para la casa Ginori. Admiraba el exquisito arte que adornaba las paredes, pero su corazón anhelaba la simplicidad de su barco y el océano que había sido su hogar durante tantos años. Sin embargo, no podía negar que la compañía de Clarissa le proporcionaba una sensación de pertenencia en medio de este paisaje extraño.

Ella se sentó frente a él durante la cena, su hermoso rostro animado mientras hablaba de los lugares que había visto en Atenas, evitando hábilmente cualquier pregunta que tendiera hacia el tema de su partida de esa ciudad.

Después de la cena, Rafael se sintió sofocado y se disculpó para salir. De pie en la terraza, respirando el aire fragante con azahar, de alguna manera no se sorprendió al escuchar suaves pasos detrás de él.

—Capitán —dijo Clarissa suavemente, acercándose para unirse a él donde estaba en la terraza con vista a los jardines iluminados por la luna—. Espero que no encuentre todo esto demasiado abrumador. Puede que vivamos de manera diferente, pero compartimos los mismos valores y amor por la aventura.

—Gracias, mi señora —respondió él, conmovido por sus perspicaces palabras—. Aunque pueda sentirme fuera de lugar entre estos magníficos alrededores, su presencia me hace sentir bienvenido y cómodo. Me siento contento sabiendo que he encontrado una amiga en usted, Lady Clarissa.

—En efecto —respondió ella, con voz cálida y sincera—. Me complace haber encontrado también un verdadero amigo en usted.

Él dudó, y luego preguntó:

—Han pasado muchos años desde la última vez que estuve en Florencia, y tuve poco tiempo para explorarla entonces. ¿Me haría el honor de acompañarme en una exploración de la ciudad mañana? Tengo entendido que ha vivido aquí durante algunos meses.

—En efecto, y creo que he visto todos los sitios turísticos principales al menos dos veces —Clarissa rio—. Pero estaré encantada de verlos de nuevo, con usted. Le pediré al conde que ponga un carruaje a nuestra disposición por la mañana.

Él hizo una reverencia, y ella respondió con una pequeña cortesía antes de darse la vuelta. Mientras la veía volver al interior, Rafael se maravilló de su resistencia; hacía solo unos días que apenas había sido rescatada de un destino espantoso, y aparentemente no estaba peor por la experiencia. Sospechaba que cualquier otra joven dama de buena cuna habría caído en un desmayo permanente, pero no Lady Clarissa.



El sol de la mañana proyectaba un resplandor dorado sobre la ciudad de Florencia, mientras Rafael y Clarissa salían a las bulliciosas calles. Se detuvieron un momento, absorbiendo la vibrante energía que parecía pulsar en el aire a su alrededor.

—¿Está lista para explorar, mi señora? —preguntó Rafael, con sus ojos verde mar brillando de anticipación.

—Por supuesto, capitán de Silva —respondió Clarissa, su risa sonando como una campana—. Guíe el camino.

Serpentearon por las estrechas calles empedradas, pasando por mercados bulliciosos y patios tranquilos llenos de flores fragantes. Cada nueva vista parecía deleitar a Rafael, desde el imponente Palazzo Vecchio hasta los elegantes arcos del Ponte Vecchio que se extendían sobre el río Arno.

Cuando Clarissa y Rafael doblaron una esquina, el sol de la mañana iluminó la gran fachada de Santa Maria del Fiore, proyectando un resplandor etéreo sobre sus intrincadas tallas de mármol. La visión les quitó el aliento, y por un momento, toda conversación cesó mientras permanecían asombrados ante la magnífica catedral.

—Verdaderamente, no hay ningún lugar como Florencia —murmuró Rafael, rompiendo el silencio que había caído entre ellos.

—En efecto —concordó Clarissa, con sus ojos aún fijos en la majestuosa estructura frente a ellos—. Y estoy agradecida de poder compartir su belleza contigo.

Su ensoñación fue interrumpida por la aproximación de un grupo de jóvenes nobles elegantemente vestidos, que se pavoneaban hacia ellos con un aire de presunción. Sus muecas de desdén eran evidentes mientras evaluaban el uniforme de Rafael, que, aunque impecablemente pulcro, carecía de los ostentosos adornos que engalanaban sus propias prendas.

—Ah, Lady Clarissa, ¡ha vuelto de su viaje! —se burló uno de los hombres, su voz rezumando condescendencia—. Qué casualidad encontrarla aquí en compañía de... un marinero.

—El capitán de Silva es mucho más que un simple marinero —replicó Clarissa, con un tono gélido—. Es un hombre de honor y valentía. —Su tono implicaba que esas cualidades no eran compartidas por ninguno de los jóvenes petimetres frente a ella.

—Sus palabras nos hieren, mi lady —comentó otro noble, sonriendo con suficiencia a sus compañeros—. Seguramente no espera que creamos que este marinero común pueda ofrecerle algo más allá de cuentos de peces y agua salada.

Rafael apretó la mandíbula, pero contuvo su lengua, no deseando provocar una escena. Sin embargo, Clarissa no dejaría pasar tales insultos sin respuesta.

—Quizás —dijo ella, con la voz cargada de desdén—, si pasaran menos tiempo acicalándose y más tiempo aprendiendo de aquellos a quienes desdeñan tan arrogantemente, podrían descubrir que hay mucho que ganar de la sabiduría de los demás.

—En efecto —añadió Rafael en voz baja, con la mirada fija en el grupo—. El mundo es vasto y está lleno de maravillas, y no es necesario llevar una corbata de seda para apreciar su belleza o entender sus complejidades.

—Vamos, Rafael —dijo Clarissa, tomando su brazo—. No tengo deseo de desperdiciar más de nuestro tiempo con aquellos que no pueden ver más allá de su propia vanidad.

Mientras se alejaban, Rafael sintió una oleada de admiración por Clarissa y su firme integridad. A pesar de su estatus de alta cuna, se negaba a tolerar tal comportamiento grosero, incluso de aquellos en su propio círculo social.

—Perdóneme si hablé fuera de lugar, mi lady —dijo Rafael—. No deseaba extralimitarme.

—En absoluto —respondió Clarissa, dándole un apretón tranquilizador en el brazo—. Te agradezco que hayas estado a mi lado frente a sus palabras irreflexivas. Un verdadero amigo no abandona a otro para enfrentar el desprecio solo.

Su simple declaración resonó profundamente en Rafael. En ella, había encontrado no solo una mujer cautivadora, sino un espíritu afín que veía más allá de las apariencias, hasta el corazón interior.

Clarissa los guió por una calle lateral tranquila, dejando atrás el desagradable encuentro. Pronto se vieron inmersos una vez más en los paisajes y sonidos de la vida local. Mientras Rafael observaba las cestas de flores colgantes y los pintorescos cafés a su alrededor, se dio cuenta de que Clarissa los había llevado deliberadamente a un lugar apacible. Su sensibilidad hacia sus sentimientos después del enfrentamiento con los nobles lo conmovió.

Cuando llegaron a una pequeña librería escondida en un patio, Clarissa los condujo dentro. —Creo que te gustará este lugar —dijo con una sonrisa juguetona.

La tienda era acogedora e invitadora, con estanterías repletas de libros y curiosos adornos. Los ojos de Rafael se iluminaron mientras examinaba la ecléctica selección, y en poco tiempo ambos se perdieron en una animada discusión sobre autores favoritos y títulos oscuros que habían descubierto.

En ese momento, rodeado de libros con Clarissa, Rafael sintió un sentido de pertenencia que rara vez había conocido. Aunque provenían de mundos diferentes, sus pasiones compartidas salvaban la brecha. Una profunda comprensión fluía entre ellos, junto con algo más: una emoción que aún no sabía cómo nombrar, pero que se sentía tan natural como el cambio de las mareas.



Capítulo Siete

MIENTRAS EL ORNAMENTADO CARRUAJE TRAQUETEABA SOBRE LOS ADOQUINES, Helena, la Marquesa Viuda de Glenkellie, se aferraba al reposabrazos dorado con una ansiedad que le blanqueaba los nudillos. A su lado se sentaba su hermana, igualmente perturbada, la Contessa Ginori, cuyos labios se movían en una oración silenciosa. La grandiosa villa Ginori se alzaba ante ellas, su fachada un testimonio de la grandeza florentina, pero no ofrecía consuelo alguno a las mujeres atormentadas por la calamidad que había caído sobre la joven puesta a su cargo.

—Santo cielo, si algo le ha ocurrido a Clarissa —murmuró Helena, las palabras apenas escapando de su mandíbula apretada—, jamás me lo perdonaré.

—Ni yo —convino la Contessa—. ¡Pensar que tal desgracia pudiera ocurrir bajo nuestras propias narices!

El carruaje se detuvo bruscamente y, sin esperar al lacayo, Helena saltó de su asiento, su urgencia desafiando las normas de etiqueta esperadas de una mujer de su posición. Subió los escalones de mármol a toda prisa, el sonido de sus tacones un impaciente redoble contra la piedra. La Contessa la siguió apresuradamente, sus faldas de seda susurrando mientras ondeaban tras ella.

Cuando las grandes puertas se abrieron, revelando la extensión de mármol del vestíbulo, una visión en muselina pálida detuvo sus corazones frenéticos. Allí estaba Clarissa, notablemente ilesa, su cabello besado por los rayos afectuosos del sol —un halo rebelde que se negaba al confinamiento de un sombrero.

—¡Clarissa! —exclamó Helena, abalanzándose hacia adelante. Sus brazos envolvieron a la joven en un abrazo que era parte fervor maternal, parte alivio incrédulo. La Contessa,

momentáneamente desconcertada, pronto cedió a su propia preocupación, uniéndose al abrazo con un fervor que desmentía su habitual compostura.

—¡Cielos! ¿A qué viene todo este alboroto? —preguntó Clarissa, su voz una reprimenda juguetona que bailaba al borde de la propiedad.

—Niña, temíamos que te hubieras perdido, raptada por bandidos o algo peor —respondió Helena, su tono regañón pero teñido de un miedo residual.

—En efecto, desapareces sin dejar rastro ni palabra, ¿y esperas que no nos preocupemos? —añadió la Contessa, sus ojos brillantes con lágrimas de alivio contenidas.

—Perdonadme —dijo Clarissa, su sonrisa dulcemente amorosa—. Pero como veis, estoy perfectamente a salvo y sana.

Helena estudió el semblante de Clarissa, buscando cualquier indicio de angustia que pudiera traicionar su valiente fachada. Al no encontrar ninguno, se permitió un suspiro medido, levantándose el peso de la pesadumbre.

—Muy bien —declaró Helena, su espíritu indomable reafirmandose—. Debes contarnos cada detalle de tu inesperado regreso, pero primero, te ruego que nos permitas un momento para recomponernos. Me temo que mis nervios están bastante destrozados.

—Los míos también —coincidió la Contessa, las comisuras de su boca curvándose hacia arriba a pesar de la prueba—. Mandaré que traigan té. Creo que una infusión fuerte es necesaria. —Mirando más allá de Clarissa, alzó las cejas ante el caballero alto y desconocido que justo descendía por la escalera—. Y, creo, ¿algunas presentaciones?

—¡Oh! —Clarissa se giró, su sonrisa floreciendo—. Lady Helena, Contessa Ginori, permítanme presentarles al Capitán Rafael de Silva.

Rafael dio un paso adelante, su porte confiado pero desprovisto de arrogancia. Hizo una profunda reverencia, su cabello oscuro cayendo ligeramente hacia adelante al hacerlo.

—Un honor conocerlas a ambas —dijo, su voz llevando el cálido timbre de su Portugal natal.

—El Capitán es la razón por la que estoy aquí —dijo Clarissa, mientras el grupo avanzaba hacia el salón y una criada salía corriendo a buscar el té—. Tuve una especie de aventura, y él heroicamente vino a mi rescate.

Helena estaba bastante segura de que Clarissa estaba subestimando drásticamente lo que exactamente había sucedido en un esfuerzo por ahorrarles preocupaciones, pero no se podía negar el hecho de que estaba aquí, aparentemente sana y salva, y con un compañero de lo más intrigante.

Rafael volvió a hablar—. Lamento que nuestro encuentro se produzca en circunstancias tan inusuales.

—En efecto —respondió Lady Helena, ardiendo de curiosidad por él—. No es frecuente encontrar a un héroe en el salón de uno.

'Héroe' era un título que parecía sentar incómodamente sobre los anchos hombros de Rafael. Se removió, ofreciendo una humilde sonrisa—. Simplemente un hombre en el lugar adecuado cuando se me necesitaba, mi señora. Las circunstancias no deben confundirse con el valor.

—No obstante —intervino la Contessa—, todos estamos ansiosos por escuchar acerca de estas circunstancias. —Hizo un gesto elegante hacia un sofá—. Por favor, Capitán, deleítenos con su relato.

Con sus atenciones fijas en él, Rafael relató los eventos que habían llevado al regreso seguro de Clarissa. Su narración fue escasa en detalles sobre sus propias acciones; se centró en cambio en la precisión de las maniobras, la cooperación de su tripulación a bordo del Santa Dorotéia, y la afortunada sincronización que les había permitido interceptar el navío de los corsarios.

—Afortunadamente, pudimos asegurar la liberación de Lady Clarissa antes de que pudiera ocurrirle algún daño —concluyó.

—Capitán de Silva, su humildad no puede ocultar el coraje requerido para enfrentarse a tales villanos —dijo la Contessa, agitando un dedo hacia él.

—En efecto —añadió Lady Helena, su mirada demorándose en las facciones compuestas de Rafael—. Uno no simplemente se topa con corsarios y sale victorioso por mera casualidad. Su habilidad es evidente, señor, y estamos muy agradecidas por ella.

—Su gratitud es más que suficiente recompensa —respondió Rafael, dirigiendo un respetuoso asentimiento hacia las dos mujeres antes de permitir que sus ojos se posaran en Clarissa.

—Entonces nos aseguraremos de que nuestro agradecimiento sea ampliamente transmitido —dijo Lady Helena, el sentimiento repetido por el asentimiento aprobatorio de la Contessa. Mientras se acomodaban en la conversación, reconfortados por el té que ahora humeaba en delicadas tazas de porcelana, las damas se encontraron cada vez más impresionadas —no solo por las hazañas de Rafael, sino por la gracia mesurada con la que llevaba su heroísmo.

Después de que la conversación hubiera disminuido y las sombras del atardecer se alargaran dentro de los grandiosos muros del palazzo, Helena, con un brillo travieso en sus ojos, hizo señas a Clarissa para que la siguiera a un nicho privado lejos de los demás. El pesado brocado de su vestido susurró contra el suelo de mármol mientras guiaba a la joven con determinación.

—Ven, querida —comenzó Helena, bajando la voz en tono conspirativo cuando alcanzaron el aislamiento de las ventanas cubiertas de terciopelo—. Debes satisfacer la curiosidad de una anciana. Sospecho que hay más en la historia de tu rescate de lo que has dejado entrever. Dime la verdad, ¿qué piensas de nuestro apuesto Capitán de Silva?

Clarissa sintió que sus mejillas se calentaban bajo el agudo escrutinio de Helena. No estaba acostumbrada al disimulo, y menos aún con esta mujer que desafiaba las convenciones como lo hacía con la moda: con audacia y sin preocuparse por los murmullos que la seguían.

—El capitán de Silva es, en efecto... notable —admitió Clarissa, eligiendo sus palabras con cuidado, pero sin poder ocultar la admiración que impregnaba su tono—. Posee tanto valentía como amabilidad. Y su conversación es tan cautivadora como encomiables son sus acciones.

—Ah, «cautivadora» —repitió Helena, ampliando su sonrisa—. Una palabra apenas suficiente para la luz que vi bailando en tus ojos, niña. Pero vamos —dijo, suavizando su burla con una suave palmadita en la mano de Clarissa—, no necesitas ponerte una armadura conmigo. Habla con franqueza, como solemos hacer tú y yo.

—Muy bien —concedió Clarissa, dejando aflorar su habitual franqueza—. Hay una cierta... conexión, no puedo negarlo. Es raro encontrar a un caballero tan genuino, tan sincero. Me habla no como a una flor delicada que debe ser protegida, sino como a una igual, capaz de comprender los peligros a los que se enfrenta.

La expresión de Helena cambió a una de satisfacción, sus ojos brillando con picardía y calidez.

—Eso es precisamente lo que esperaba oír. Ahora, pasemos a asuntos más urgentes —dijo con una inclinación de cabeza conocedora justo cuando Rafael se acercaba a ellas.

—Disculpen la interrupción, señoras —comenzó Rafael, sus ojos verde mar encontrándose con los de Clarissa con una facilidad que hablaba de su aventura compartida—. Lady Clarissa, ¿podría imponerme para tener el placer de su compañía mañana por la mañana? Pensé que quizás un paseo a caballo por el campo nos ofrecería aire fresco y un respiro de los recientes acontecimientos.

—Una invitación extendida con suma gracia, Capitán —interrumpió Helena antes de que Clarissa pudiera responder, su aprobación casi tangible—. Y creo que será aceptada con igual gracia, ¿no es así, Clarissa? El Conde tiene un buen número de excelentes caballos en sus establos que estará encantado de proporcionar para su uso.

—En efecto —respondió Clarissa, encontrando la mirada de Rafael con una sonrisa alegre—. Me encantaría acompañarlo, Capitán de Silva.

—Excelente —dijo Rafael—. Lo esperaré con ansias.

—Entonces está decidido —concluyó Helena, dando un paso atrás para permitir a los dos un momento de privacidad en su despedida—. Disfruten la noche, ustedes dos. Pero no demasiado tarde, ¿eh? —añadió con un guiño, sin dejar duda de que esperaba escuchar todos los detalles de su excursión a su regreso.



El sol de la mañana era suave en su ascenso, proyectando un tenue rubor sobre las colinas ondulantes mientras Rafael y Clarissa cabalgaban lado a lado. El ritmo de los cascos de sus caballos sobre la tierra era una puntuación constante a la sinfonía del canto de los pájaros que anunciaba el amanecer. La risa de Clarissa, libre y despreocupada, se elevaba en el aire mientras navegaban por el exuberante campo toscano.

—Mira allí —señaló hacia un bosquecillo de olivos, cuyas hojas verde plateado brillaban a la luz—. ¿No parece como si el mismo paisaje nos diera la bienvenida?

La conexión entre ellos fluía y refluía como la marea, una fácil camaradería que hablaba de una creciente familiaridad. Mientras recorrían el camino, flanqueado por cipreses centinelas en guardia, se encontraron en un antiguo puente de piedra que se arqueaba con gracia sobre un arroyo susurrante.

—¿Descansamos un rato? —sugirió Rafael, desmontando con ágil gracia. Extendió una mano para ayudar a Clarissa a bajar de su montura, pero ella saltó al suelo con la espiritual independencia que marcaba su carácter.

—Gracias, Capitán, pero parece que mis piernas aún no han olvidado su función —bromeó, sacudiéndose el traje de montar con rápidos movimientos.

Se acomodaron bajo la sombra de un viejo roble, sus ramas extendidas como si quisieran abrazar a los viajeros que buscaban descanso bajo sus ramas. Clarissa recogió un puñado de flores silvestres, sus pétalos suaves y delicados en su palma.

—Dime, Rafael —comenzó, usando su nombre de pila por primera vez, su voz bajando a una cadencia más íntima—, ¿qué sueños albergas en tu corazón?

Él arrancó una brizna de hierba, haciéndola girar pensativamente entre sus dedos.

—Restaurar el legado de mi familia, ver nuestros viñedos florecer una vez más —su mirada se perdió en los campos, hacia alguna visión distante que solo él podía ver—. Y quizás, encontrar a alguien que comparta mi amor por la imprevisibilidad del canto del océano.

—¿Y tú, Lady Clarissa? —Rafael volvió su atención hacia ella, la intensidad de su mirada un suave desafío.

Con una sonrisa nostálgica, se colocó un mechón rubio rebelde detrás de la oreja.

—Sueño con la aventura, con una vida definida no por las convenciones sino por la pasión y el propósito. Ser vista por quien soy, en lugar de lo que la sociedad espera que sea.

El aire entre ellos pareció vibrar con posibilidades no expresadas, el momento cargado extendiéndose como el horizonte ante ellos. Sus ojos se encontraron, y en ese intercambio silencioso, las semillas de algo más profundo echaron raíces, cada uno percibiendo en el otro un espíritu afín.

—Quizás —dijo Rafael suavemente, la palabra flotando entre ellos como una promesa—, no somos tan diferentes en nuestros deseos.

—Quizás no —coincidió Clarissa, su corazón haciendo eco de su sentimiento incluso mientras percibía las complejidades que tal reconocimiento traería. Por ahora, sin embargo, se permitió simplemente disfrutar de la compañía del hombre a su lado, cuya presencia se sentía tan natural y necesaria como la luz del sol que se filtraba a través de las hojas sobre ellos.



Más tarde esa noche, el gran salón del palazzo zumbaba con el parloteo de la élite florentina, reunida para una velada organizada por la Contessa. Damas con vestidos de seda y caballeros con abrigos a medida se mezclaban bajo las arañas de cristal que proyectaban un cálido resplandor sobre la sala.

—Capitán de Silva —dijo la Contessa, su voz rica con la promesa de intriga mientras lo guiaba entre la multitud—. Permítame presentarle a algunas de las damas más elegibles de Florencia.

Con cada presentación, Rafael ofrecía una sonrisa educada y una cortés reverencia, sus palabras medidas y amables. Sin embargo, era evidente para cualquier observador perspicaz que su atención fluctuaba, atraída inexorablemente de vuelta hacia Clarissa.

Su risa se elevaba por encima del suave murmullo de la conversación, y Rafael se encontró cautivado por el espíritu vivaz que parecía iluminar la sala. Era un faro de sinceridad en un mar de artificios, desafiando las normas con su ingenio y franqueza.

—Gracias, Contessa —habló Rafael con una diplomacia practicada, excusándose de otro círculo de admiradoras—. Sus conocidas son encantadoras.

Sin embargo, mientras se retiraba, su mirada buscó a Clarissa una vez más. En su presencia, el peso de sus humildes medios y la cruda realidad de sus limitadas perspectivas palidecían en comparación con la innegable conexión que surgía cada vez que sus caminos se cruzaban.

La velada avanzaba, con el tintineo de las copas y el suave crujir de las sedas sirviendo de telón de fondo a esta sutil danza de miradas y verdades a medias.

Llegó el momento en que los primeros acordes de un vals comenzaron a resonar por el gran salón, y Rafael sintió un impulso hacia Clarissa que superaba el mero deber o la cortesía. Navegó por el mar de invitados hasta que se plantó frente a ella, ofreciéndole su mano con una respetuosa reverencia.

—Lady Clarissa, ¿me concede este baile? —inquirió, sin que su voz dejara traslucir nada del tumulto que se agitaba en su interior.

Con una sonrisa que eclipsaba a las arañas de luces sobre sus cabezas, ella puso su mano en la de él.

—Sería un placer absoluto, capitán de Silva.

Mientras tomaban su lugar entre el remolino de bailarines, el mundo pareció reducirse solo a ellos dos. El calor de la mano de Clarissa posada suavemente sobre su hombro, la sutil fragancia a lavanda que escapaba de sus rizos... estas pequeñas intimidades provocaron en Rafael una emoción que era a la vez excitante y aterradora.

Se movían juntos como si fueran parte de la misma melodía, cada paso y giro una conversación sin palabras entre almas gemelas. A su alrededor, la multitud se difuminaba en un borrón de color y luz, sus risas mezclándose con las notas del vals.

—Sus habilidades de navegación no se limitan a alta mar, por lo que parece —bromeó Clarissa, con los ojos iluminados de alegría.

—En efecto, navegar por un salón de baile requiere su propio conjunto de cartas de navegación —respondió Rafael, con las comisuras de los labios elevándose en una sonrisa involuntaria—. Aunque debo confesar que la compañía marca toda la diferencia.

Su química era innegable, y no pasó desapercibida. Desde la periferia, miradas de admiración y conjeturas susurradas seguían cada uno de sus movimientos. Eran un enigma, una pareja que traspasaba los límites de lo esperado, pero que encajaba con una naturalidad que hablaba de un entendimiento más profundo.

Cuando la música alcanzó su crescendo, Rafael y Clarissa se detuvieron lentamente, compartiendo una mirada que se prolongó un suspiro de más, cargada de emoción no expresada.

Los aplausos se elevaron a su alrededor, rompiendo el hechizo, y se separaron con una mutua renuencia.

—Gracias por el baile, capitán —dijo Clarissa, con la voz más suave ahora, como si fuera reacia a romper la armonía que los había envuelto.

—El placer ha sido todo mío —respondió Rafael, con el corazón acelerado por un fervor que no se atrevía a nombrar.

La velada continuó su flujo y reflujo, pero Rafael se sentía a la deriva, atrapado en la corriente de sus propios deseos conflictivos. Fue entonces cuando Alex, con las facciones grabadas de gravedad, se acercó y tiró suavemente de su manga, apartándolo de las festividades.

—Capitán de Silva, ¿podría hablar con usted en privado? —el tono de Alex no dejaba lugar a negativas, y Rafael asintió, excusándose con discreción.

Encontraron refugio en la relativa calma de una antecámara aislada, con el ruido de la fiesta como un murmullo distante tras las puertas cerradas.

—Algo le preocupa, Lord Glenkellie —observó Rafael, notando la solemnidad que se había instalado en el semblante del otro hombre.

—En efecto, así es —admitió Alex, mirando a Rafael a los ojos—. Se trata de Clarissa y la delicada naturaleza de sus circunstancias. —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de implicaciones, y Rafael sintió una opresión en el pecho mientras se preparaba para lo que estaba por venir.

—Capitán, usted es un hombre de mundo, y confío en su discreción —comenzó Alex, sin apartar la mirada—. Lo que ocurrió en Atenas con Clarissa... aún no es de conocimiento común aquí en Florencia. Pero los rumores son criaturas insidiosas; se reproducen en silencio y se propagan con la rapidez de un incendio forestal.

Los ojos de Rafael se entrecerraron con preocupación. Entendía muy bien el poder de la reputación, especialmente para una dama de la posición de Clarissa.

—Su desaparición, las circunstancias de su regreso... —continuó Alex—, no se pueden ocultar por mucho tiempo, considerando el escándalo que mi madre y mi tía armaron, con toda razón, cuando descubrieron que había desaparecido en Atenas. Clarissa necesita la protección de un matrimonio respetable, y lo necesita pronto, antes de que su reputación se vea irreparablemente manchada.

El peso de las palabras de Alex se asentó sobre Rafael como un manto, pesado y sofocante. Percibió la súplica no expresada detrás de ellas, y su honor luchó contra una potente mezcla de

emociones. Su mente corría con visiones de Clarissa: su risa animada, el fuego en sus ojos cuando expresaba su opinión. La idea de que su reputación fuera mancillada era intolerable.

—Lord Glenkellie, no soy más que un humilde capitán —dijo Rafael después de un momento, su voz traicionando el tumulto en su interior—. Tengo mi puesto, mis deberes, pero poco más que ofrecer. La fortuna de mi familia no es lo que era.

—Creo que usted sabe tan bien como yo que el valor de un hombre se mide por mucho más que el peso de sus arcas —replicó Alex, con un tono firme, pero no exento de compasión.

—En efecto, pero conocer el propio valor y demostrarlo a los ojos de la sociedad son dos cosas muy distintas —contraatacó Rafael. El recuerdo del castillo semiderruido de su familia y el viñedo descuidado que alguna vez floreció bajo su cuidado pesaba mucho sobre él—. Clarissa no es una dama cualquiera, y merece una vida de comodidad y seguridad.

—Piénselo, amigo mío. Solo le pido eso —instó Alex antes de dejar a Rafael solo con el eco de sus pensamientos.

El silencio envolvió a Rafael mientras permanecía allí, con el murmullo de la velada más allá de las paredes como un recordatorio distante del mundo por el que navegaba, un mundo donde el amor y el deber navegaban por mares tumultuosos. Su corazón susurraba el nombre de Clarissa, pero su mente resonaba con la duda, atrapado entre el ferviente deseo de cortejarla adecuadamente y el temor corrosivo de que nunca podría darle la vida que ella merecía tan ampliamente.

—Carácter y sentimientos —murmuró para sí mismo, repitiendo las palabras de Alex como si fueran un salvavidas lanzado a las agitadas aguas de su duda. La presencia de Clarissa había traído una vitalidad a su vida que no se había dado cuenta de que faltaba. Su audaz franqueza y su vivaz intelecto se equiparaban a su propio espíritu indomable. ¿Sería suficiente?

—¿Puede el amor ser realmente ciego a las crudas realidades de la riqueza y la posición? —reflexionó Rafael en voz alta, con la voz apenas por encima de un susurro. Las risas y la música de la velada parecían burlarse de su conflicto interno, sirviendo como un recordatorio de la alegría que se sentía justo fuera de su alcance. En la soledad del pasillo tenuemente iluminado, Rafael consideró la posibilidad de que quizás podría ofrecer algo mucho mayor que las riquezas: una asociación de respeto mutuo y comprensión, el tipo que podría capear cualquier tormenta.

—Quizás la forma más verdadera de valentía sea enfrentar los propios miedos por el bien del amor —concluyó, la idea arraigándose como la primera luz del amanecer que atraviesa la oscuridad. Con un suspiro decidido, se apartó de la pared, su resolución endureciéndose con cada

paso mientras se dirigía de vuelta al salón de baile, de vuelta a Clarissa, y a cualquier futuro que pudiera desarrollarse con ella a su lado.



Capítulo Ocho

EL CIELO AZUL DESPEJADO SOBRE FLORENCIA PROMETÍA UN día hermoso. Sin embargo, el clima glorioso poco hacía para aliviar los pensamientos inquietos de Rafael mientras contemplaba pensativamente por la ventana de su opulenta suite en la Villa Ginori. Su mente estaba consumida por la incertidumbre sobre si confesar o no sus crecientes sentimientos por Clarissa. El recuerdo de las significativas palabras de Alex sobre la necesidad de un matrimonio rápido y respetable para ella pesaba sobre él.

Rafael dejó escapar un suspiro cansado, sus emociones turbulentas. Se preocupaba profundamente por Clarissa, más de lo que podría haber imaginado. Sin embargo, continuaba cuestionándose si podría proporcionarle la vida que merecía como hija de un conde.

Sus reflexiones conflictivas fueron interrumpidas por un golpeteo urgente en la puerta de la cámara. Antes de que Rafael pudiera responder, la puerta se abrió de golpe revelando a un mensajero sin aliento que vestía el uniforme del barco de Rafael.

—¡Capitán de Silva! —exclamó el mensajero—. Vengo con noticias de suma importancia.

El corazón de Rafael se encogió con un mal presentimiento. —Habla, hombre. ¿Ha habido problemas con la Santa Dorotéia?

—No, Capitán. Traigo noticias sobre su hermana. —El mensajero vaciló solo un momento—. Otro barco portugués, el Santa Luisa, atracó en Livorno hace unas horas y el capitán transmitió noticias de su familia. Su hermana, la señorita Isabella, ha caído gravemente enferma.

Rafael se tambaleó ante la noticia, apoyándose contra el alféizar de la ventana mientras una oleada de angustia crecía dentro de él. Isabella era más que solo su hermana: era el corazón gentil de su familia, una luz que lo guiaba a casa incluso a través de las tormentas más oscuras. Imaginar su vida ahora pendiendo precariamente de un hilo era un golpe que Rafael apenas podía comprender.

—Dime... dímelo todo —logró decir con voz ronca, su propia voz sonando extraña a sus oídos.

El mensajero relató cada detalle que conocía sobre la repentina fiebre y la tos desgarradora de Isabella. Con cada palabra, el miedo y la desesperación de Rafael crecían. Su amada hermana lo necesitaba, pero la mujer que había capturado su corazón estaba aquí en Florencia. Estaba dividido entre dos elecciones imposibles, ninguna de las cuales podía soportar tomar.

Pero en el fondo, Rafael sabía que su rumbo había sido trazado desde el momento en que escuchó el nombre de Isabella. Ella era su familia, su hogar; no le fallaría ahora cuando más lo necesitaba. Armándose de valor, se volvió hacia el mensajero que esperaba con nueva convicción.

—Regresa a la Santa Dorotéia y prepárate para zarpar de inmediato —ordenó—. Te seguiré tan pronto como pueda despedirme aquí, y regresaremos a Portugal a toda velocidad. —Una imagen fugaz de Clarissa surgió en su mente: su cabello suelto besado por el sol, su franqueza intrépida que lo había encantado y desafiado por igual. Todo en él protestaba contra el mero hecho de dejarla ahora, pero su deber lo llamaba a casa. Apretando los puños, dejó escapar un grito de frustración.

—¿Rafael? —Una voz en la puerta lo hizo girar, y vio a Alex parado allí, mirándolo con preocupación—. ¿Ocurre algo malo?

—En efecto.

—¿Esto tiene que ver con lo que hablamos anoche? —Alex arqueó una ceja y pareció sorprendido cuando Rafael negó con la cabeza.

—No, he recibido graves noticias de casa. Mi hermana está gravemente enferma, tal vez incluso... —No pudo ni siquiera expresar sus pensamientos—. Debo ir con ella. Y sin embargo...

—Hizo un gesto impotente—. Mi deber también está aquí.

—Clarissa no es un deber, Rafael —discrepó Alex de inmediato—, y sé que ella sería la primera en decirte que debes ir con tu hermana de inmediato, sin demora.

Aun así, Rafael podía ver el conflicto en el rostro de Alex. Alex era el tutor de Clarissa aquí en Italia, y salvaguardar su reputación era un deber que tomaba en serio. No podía pasar mucho tiempo antes de que se difundiera la noticia de su desaparición de Atenas, y el escándalo no se calmaría hasta que estuviera casada respetablemente.

Rafael dudó, pensando, antes de plantear delicadamente una pregunta. —Soy consciente de que usted y Lady Glenkellie han permanecido en Florencia tanto tiempo debido a las dificultades del viaje de regreso a Inglaterra con sus hijos tan pequeños. Pero se me ocurre que podría ofrecer

una solución a varios problemas a la vez, si me acompañaran de regreso a Portugal y aceptaran mi hospitalidad por un tiempo, dividiendo así su viaje a casa en etapas más suaves.

Y dándome tiempo para ver si Clarissa podría ser feliz en mi hacienda, como mi esposa, no añadió, pero mientras Alex lo estudiaba, estaba bastante seguro de que el otro hombre comprendía astutamente.

—Tendremos que prepararnos para partir de inmediato —dijo Alex pensativamente.

—Una partida apresurada, lo siento... a menos que desee esperar otro barco para llevarlos a Portugal —pensó en sugerir Rafael.

Alex negó con la cabeza decisivamente. —No. Honestamente, preferiría irme de Florencia antes de que la noticia de la escapada de Clarissa en Atenas llegue a la ciudad. Mi madre puede quedarse con su hermana, pero estoy más que feliz de comenzar nuestro viaje a casa. Si me disculpas, Rafael, buscaré a mi esposa y haremos nuestro equipaje; estaremos listos para partir en unas pocas horas como máximo. ¿Podrías encontrar a Clarissa y avisarle de nuestros planes?

Rafael abrió la boca para decir que seguramente ese no era su lugar, pero Alex ya había salido de la habitación, caminando con confianza como el ex oficial militar que era, acostumbrado a dar órdenes y a que fueran obedecidas.

Con una sonrisa irónica, Rafael se dispuso a cumplir la tarea que Alex le había encomendado. Tenía poco que empacar, solo la bolsa de pertenencias que había traído consigo de su barco, así que la dejó con el sirviente para que se encargara y salió en busca de Clarissa.

La encontró en el jardín, sentada en un banco frente a una hermosa estatua de la diosa Diana, escribiendo en el diario que había aprendido que rara vez estaba lejos de sus manos. Ella dejó su lápiz al verlo, una sonrisa de bienvenida apareció fácilmente en su rostro.

—Capitán de Silva. ¡Únase a mí! —La sonrisa se deslizó de su rostro al notar su expresión seria —. Parece que algo le preocupa.

—Me temo que he recibido noticias preocupantes. —Tomando asiento en el banco junto a ella, Rafael le comunicó las malas noticias sobre la enfermedad de su hermana.

Clarissa reaccionó exactamente como su tío había predicho.

—¿Por qué sigues aquí, Rafael? ¡Debes irte inmediatamente!

Él no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en su rostro.

—Me iré antes del anochecer... y tú vendrás conmigo.

Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa, y Rafael se apresuró a explicar:

—Ya he hablado con tu tío, quien me encontró justo después de que recibiera la noticia. Le he ofrecido a Lord y Lady Glenkellie la oportunidad de hacer su viaje de regreso a Inglaterra por

etapas, aceptando el transporte a bordo de la Santa Dorotéia hasta Portugal, y luego la hospitalidad de mi finca por un tiempo. Él se mostró complacido en aceptar.

Clarissa lo miró fijamente por un momento antes de que su sonrisa regresara, ensanchándose más que nunca en su rostro.

—¿A Portugal? —suspiró.

—En efecto. Podré mostrarte mi hogar —En ese momento, solo podía pensar en una cosa que deseaba más que eso, que sería llegar allí con ella y encontrar a Isabella sana y salva.

Clarissa se puso de pie de un salto y le echó los brazos al cuello, sorprendiéndolo nuevamente al besarle la mejilla.

—¡Debo ir a hacer las maletas! ¡No retrasaremos mucho tu partida, lo prometo! —gritó por encima del hombro mientras corría hacia la villa.



Al final, Rafael se adelantó a caballo para asegurarse de que la Santa Dorotéia estuviera preparada para zarpar lo antes posible. Sin embargo, no pasaron muchas horas antes de que un carruaje llegara al muelle y Alex bajara, girándose para ayudar a bajar a su esposa y a Clarissa, seguidas por Jean, la fiel doncella de Marianne. Marianne y Jean acunaban cuidadosamente a un bebé cada una mientras se dirigían hacia el barco.

—Permítanme —Rafael bajó ágilmente a tierra—. Hola, pequeño —saludó al niño en brazos de Marianne, quien lo miró con sus grandes ojos azules—. ¿Me dejarás llevarte a bordo del barco de forma segura? —Sabía que los niños aún no tenían un año y que los Glenkellie habían permanecido tanto tiempo en Italia por temor a su salud, pero a él le parecían bien crecidos y fuertes.

—Mi hijo, Edward —murmuró Alex, con evidente orgullo en su tono—. Y Jean tiene a nuestra hija Eleanor.

Ambos niños tenían el cabello rojo de su madre. La pequeña Eleanor parecía ser la más valiente de los dos, pues extendió sus brazos hacia Rafael expectante.

—Ven entonces, mi señora —Rafael rió, tomando a la niña en sus brazos y llevándola fácilmente por la pasarela. Alex lo siguió con su hijo, y las tres mujeres los siguieron confiadamente sin esperar asistencia.

Rafael había hecho lo mejor que pudo en el tiempo limitado que había tenido para preparar cómodos aposentos en su barco para el grupo. Alex y Marianne tendrían el camarote del capitán,

por supuesto, y los dos a cada lado habían sido rápidamente desocupados y reacondicionados con los mejores artículos que se pudieron conseguir con tan poco aviso, uno hecho cómodo para Clarissa y otro para Jean y los gemelos. El carpintero del barco acababa de terminar de instalar un cerrojo en el interior de la puerta de Clarissa y salió apresuradamente, haciendo una reverencia respetuosa, cuando Rafael llevó a Clarissa a la puerta.

—Para garantizar tu seguridad —Rafael señaló el cerrojo—. Espero que lo encuentres cómodo —Echó un vistazo alrededor, viendo la cama cubierta con un colchón de plumas de ganso, la alfombra de brillantes diseños en el suelo. Hizo una mueca—. Lamento que no hayamos tenido tiempo de obtener muebles más cómodos para ti.

—Esto es todo encantador —dijo Clarissa con firmeza—. Gracias, Capitán. Aprecio mucho tus esfuerzos y los de tu tripulación.

—Mucho más cómodo que el barco que nos trajo de Inglaterra —coincidió Jean desde el camarote de enfrente.

—Capitán —llamó una voz, y Rafael se volvió para ver al contramaestre al final del pasillo, con una expresión llena de urgencia—. La marea.

—Muy bien —Rafael asintió, antes de volverse hacia sus invitados—. Me disculpo, pero la marea no espera a nadie, y debemos tener la Santa Dorotéia más allá de los muros del puerto antes de que cambie la marea.

—Ve —dijo Clarissa con una cálida sonrisa—, estaremos muy bien aquí. Océpate de tu barco.

Le hizo una rápida reverencia, apenas escuchando las palabras de aliento de los demás, y se dirigió de vuelta a la cubierta, un hervidero de actividad con hombres corriendo en todas direcciones, asegurando barriles y cajas y preparando líneas para zarpar.

—Hora de concentrarse —murmuró Rafael para sí mismo, tratando de sacudirse la vívida imagen en su mente de la cálida sonrisa de Clarissa y sus grandes ojos azules. Necesitaba pensar en otro par de ojos ahora, los de su hermana Isabella, del mismo verde mar que los suyos, siempre riendo y brillantes de alegría cada vez que él volvía a casa. Esperaba desesperadamente que fuera el caso esta vez.

—¡Suelten las amarras! —ordenó, su voz profunda cortando a través del caos en la cubierta—. ¡Tú... fuera, a menos que vayas rumbo a Portugal con nosotros! —Cambió al italiano para ladrarle a uno de los estibadores locales que todavía estaba tratando de discutir con su intendente. El hombre frunció el ceño, pero se apresuró a bajar por la pasarela antes de que la retiraran.

Durante los siguientes minutos, el aire se llenó con los gritos de los hombres y el crujir de las maderas, el traqueteo de los cabrestantes girando y el susurro de cuerdas y velas. Para un

extraño, la actividad podría parecer frenética, pero para el ojo satisfecho de Rafael, la tripulación de la Santa Dorotéia se movía como una máquina bien engrasada, cada hombre en su lugar correcto, realizando su tarea asignada con precisión practicada.

No tardaron nada en rodear el rompeolas. Rafael giró el timón, guiando la proa hacia mar abierto mientras el contramaestre rugía órdenes para izar la vela mayor. Las velas atraparon la brisa y la Santa Dorotéia avanzó con fuerza, cortando las olas mientras ganaba velocidad.

—Aguanta, Isabella —susurró Rafael al viento—. Ya voy.



Capítulo Nueve

LOS DEDOS DE CLARISSA RECORRIERON LA SUPERFICIE PULIDA de caoba del escritorio. Un cuenco de plata sobre él contenía una variedad de frutas frescas. Incluso se habían colgado cortinas para enmarcar la pequeña claraboya, filtrando la luz del sol de la tarde y proyectando un cálido resplandor sobre la acogedora cabina. Cada detalle hablaba de un anfitrión preocupado por la comodidad y el placer de su invitada.

Se hundió en el colchón relleno de plumón de ganso, con una sonrisa jugueteando en sus labios. El alojamiento en el barco del capitán de Silva distaba mucho de la húmeda celda en la que la habían mantenido aquellos terribles corsarios. Era propio de Rafael ocuparse de todas sus necesidades, incluso en medio del caos de su apresurada partida de Italia. Su galantería no conocía límites.

Un ligero golpe en la puerta la sobresaltó de sus pensamientos.

—Adelante —llamó, alisando los pliegues de su vestido de muselina azul.

La puerta se abrió para revelar al apuesto capitán en persona, tan elegante como siempre con su camisa blanca impecable y pantalones negros. Su corbatín estaba ligeramente torcido, sin duda debido al trabajo de su partida una hora antes; la Santa Doroteia se había asentado en un balanceo constante mientras cortaba las olas, rumbo al hogar portugués de Rafael.

—Lady Clarissa —hizo una reverencia—. Confío en que encuentra su camarote de su agrado.

—Más que satisfactorio, capitán —le sonrió—. Me atrevo a decir que me ha mimado bastante. ¿Cómo me readaptaré a la vida en tierra después de tanto lujo?

Rafael se rio, con sus ojos verde mar brillando.

—Es mi más sincero placer. Después de su terrible experiencia, no merece nada menos que lo mejor.

Señaló el cuenco de frutas.

—Adquiridas frescas esta mañana para su deleite; lo mejor que Livorno tiene para ofrecer.

—Qué considerado —Clarissa seleccionó una baya roja madura y la mordió, deleitándose con la explosión de dulzura en su lengua. El jugo manchó sus labios y los secó con una servilleta de lino—. Piensa en todo, capitán.

—No, no en todo —una sombra cruzó brevemente sus hermosos rasgos, pero rápidamente los controló en una expresión neutral—. La dejaré descansar.

Con otra ligera reverencia, giró sobre sus talones y salió, cerrando la puerta suavemente tras él.

Clarissa soltó un lento suspiro, un poco irritada consigo misma. Cada encuentro con el apuesto capitán la dejaba cada vez más agitada, aunque se esforzaba por no demostrarlo. Él era un perfecto caballero, atento pero reservado.

Pero en momentos descuidados, una tristeza insondable parecía apoderarse de él, sin duda preocupación por su hermana Isabella, o quizás las cargas de mantener a flote su finca ancestral. Anhelaba desentrañar los misterios detrás de esos ojos cautivadores.

Clarissa sacudió la cabeza. No sería bueno entretener tales pensamientos peligrosos, incluso si la tentación estaba resultando más difícil de resistir con cada día que pasaba en su embriagadora presencia. Después de todo, ella era una dama, y él un simple capitán de mar, a pesar de sus modales galantes. Cualquier unión entre ellos sería de lo más inadecuada... ¿no es así?

Suspirando, seleccionó un volumen encuadernado en cuero de los sonetos de Shakespeare de la pequeña pila de libros que habían sido colocados en el escritorio y se acomodó para leer, dejando que las palabras familiares del Bardo calmaran su mente turbada mientras el barco avanzaba hacia Portugal.



La brisa impregnada de sal azotaba mechones de cabello sobre el rostro de Clarissa mientras emergía a la cubierta bañada por el sol de la Santa Dorotéia. Entornando los ojos contra el resplandor, divisó al capitán Rafael cerca del timón, su alta figura una silueta impresionante contra el cielo azul.

Como si sintiera su presencia, se volvió, una cálida sonrisa adornando sus rasgos cincelados.

—Lady Clarissa, un placer verla esta mañana —ejecutó una media reverencia cortesana—. Confío en que sus aposentos fueron lo suficientemente cómodos como para que lograra una buena noche de sueño.

—Más que adecuados, gracias —hizo una ligera reverencia—. Aunque confieso que me encontré anhelando una bocanada de aire fresco.

—Por supuesto —Rafael señaló a los miembros de la tripulación que se afanaban en sus tareas—. Es bienvenida a tomarse su tiempo en cubierta cuando lo desee, con o sin su tía o su doncella. Le aseguro que estará completamente a salvo entre mis hombres; he hablado con ellos.

Clarissa inclinó la cabeza agradecida, aunque una pequeña parte de ella se erizó ante la implicación de que necesitaba protección. No era una flor delicada que se marchitara al primer indicio de adversidad. ¿Acaso no había soportado el cautiverio con admirable fortaleza?

Como si leyera sus pensamientos, los ojos de Rafael brillaron con diversión.

—No pretendía ofenderla, mi señora. Simplemente deseo que esté cómoda durante nuestro viaje.

—No me ha ofendido, capitán —le favoreció con una sonrisa pícaro—. Soy bastante capaz de cuidarme sola. Pero aprecio su preocupación de todos modos.

Rafael se rio, un sonido rico y melodioso que envió un curioso escalofrío por su columna vertebral.

—De eso no tengo ninguna duda —se volvió hacia el timón, sus largos dedos ajustando hábilmente su rumbo—. ¿Tiene interés en la navegación, Lady Clarissa?

—Debo confesar que lo encuentro bastante fascinante —se acercó, observando cómo consultaba la brújula y hacía ajustes minuciosos a las velas—. La noción de que uno puede trazar un camino a través del vasto e impredecible mar usando solo el sol y las estrellas y unos pocos instrumentos... es bastante notable.

—En efecto —los ojos de Rafael brillaban con entusiasmo mientras se lanzaba a una explicación de las diversas herramientas y técnicas que empleaba. Clarissa escuchó con atención, maravillándose de la profundidad de su conocimiento.

Cuán diferente era esto de las tediosas conversaciones de salón a las que estaba acostumbrada, todo chismes ociosos y cortesías superficiales. Con Rafael, podía participar en un discurso verdaderamente estimulante, sus mentes chocando entre sí como el pedernal contra el acero.

Mientras el sol comenzaba su perezoso descenso hacia el horizonte, pintando las olas en tonos de oro y naranja, Clarissa se encontró reacia a volver a su camarote. La compañía era demasiado agradable.

Quizás unos momentos más disfrutando de su presencia no serían tan inapropiados. Después de todo, era natural buscar la compañía de un espíritu afín en un viaje tan largo. Y si su corazón latía un poco más rápido en su presencia, bueno... seguramente era solo el resultado del vigorizante aire marino.

Sí, eso debía ser. ¿Qué más podría ser?

Rafael le cedió el timón a su primer oficial con un gesto de agradecimiento, luego se volvió hacia Clarissa con una cálida sonrisa.

—¿Le gustaría dar un paseo por la cubierta conmigo, Lady Clarissa? He estado demasiado tiempo quieto en el timón y me gustaría estirar las piernas.

El corazón de Clarissa saltó ante la perspectiva de pasar más tiempo en su compañía, aunque se esforzó por mantener una apariencia tranquila.

—Estaría encantada, Capitán. Guíe el camino.

Mientras deambulaban por la cubierta, con la brisa salada alborotando sus cabellos y ropas, Rafael preguntó:

—¿Confío en que encuentra sus alojamientos adecuados? Me disculpo porque no sean tan lujosos como a los que sin duda está acostumbrada.

—Tonterías —respondió Clarissa con un gesto desdeñoso de su mano—. Después de mi calvario en ese terrible barco corsario, esto se siente absolutamente palaciego. Y la compañía es infinitamente más agradable —le dedicó una sonrisa juguetona.

Rafael se rió, con los ojos arrugándose en las comisuras de una manera que hizo revolotear el estómago de Clarissa.

—Me alegra oírlo. Debo confesar que encuentro nuestras conversaciones muy estimulantes. Es un placer poco común discutir de literatura con alguien tan culto y perspicaz como usted.

Clarissa se ruborizó de placer ante el cumplido.

—Hablando de literatura, he estado queriendo preguntarle sobre la poesía que me recitó en la Villa Ginori. Las palabras eran tan hermosamente inquietantes, pero me temo que no estoy familiarizada con el poeta. Camões, ¿verdad?

—Ah, sí —el rostro de Rafael se iluminó con entusiasmo—. Luís de Camões es considerado uno de los más grandes poetas en lengua portuguesa. Su obra épica, "Os Lusíadas", es una obra maestra de la literatura renacentista. Cuenta la historia del viaje de Vasco da Gama a la India, entrelazada con la historia y mitología de Portugal.

—Qué fascinante —murmuró Clarissa, intrigada—. Me gustaría mucho leerlo algún día, pero me temo que mi portugués es lamentablemente inadecuado, ¡en realidad, inexistente!

Los ojos de Rafael brillaron con picardía.

—Bueno, tendremos que remediar eso, ¿no? Aunque no tengo una copia a bordo, sé que hay una traducción al inglés de Os Lusíadas en mi casa. Estaré encantado de prestársela.

El corazón de Clarissa se hinchó de gratitud y algo más profundo, algo que no se atrevía a nombrar.

—Me encantaría, Capitán de Silva. Gracias.

—¿Podríamos buscar remediar el otro problema también, Lady Clarissa?

Sin estar segura de a qué se refería, ella parpadeó mirándolo.

—¿El otro problema?

—Su falta de portugués.

Ella se rió, el sonido llevado por la suave brisa marina.

—Soy una alumna entusiasta, Capitán de Silva. Enséñeme.

Él asintió, su expresión volviéndose más seria.

—Empecemos con algo simple. "Bom dia" significa "buenos días".

—Bom dia —repitió Clarissa, las palabras extranjeras sintiéndose extrañas pero emocionantes en su lengua.

—Excelente —elogió Rafael, sus ojos brillando con aprobación—. Ahora, intente "obrigado". Significa "gracias".

—Obrigado —repitió ella, las comisuras de su boca tirando hacia arriba en una sonrisa.

Continuaron de esta manera, Rafael guiándola pacientemente a través de los fundamentos de su lengua materna, Clarissa absorbiendo cada palabra como una esponja. Se deleitaba con la forma en que las frases portuguesas rodaban de su lengua, la cadencia melodiosa de su voz enviando escalofríos por su columna vertebral.

Se acomodaron en un lugar tranquilo en la proa, Clarissa sentándose en un gran rollo de cuerda sin prestar mucha atención al estado de su vestido, Rafael apoyándose en la barandilla cerca, y continuaron la lección, la risa de Clarissa derramándose ocasionalmente mientras su lengua se enredaba con las palabras desconocidas.

El sol comenzó a ponerse en un resplandor de gloria, pintando el cielo en una impresionante gama de naranjas y rosas. Clarissa guardó silencio mientras contemplaba, sus ojos abiertos de asombro.

—Es magnífico, ¿verdad? —suspiró, su voz apenas por encima de un susurro—. He visto algunas puestas de sol gloriosas en Italia, pero creo que nunca he visto nada tan hermoso como esto.

Rafael asintió en acuerdo.

—En efecto, es un espectáculo digno de contemplar.

Clarissa se volvió hacia él con una rápida sonrisa, y se sorprendió al encontrarlo mirándola a ella, no al cielo. Su corazón se detuvo ante la intensidad en sus ojos. Por un momento, olvidó cómo respirar, perdida en la profundidad de su mirada.

Pero entonces, tan rápido como había llegado, el momento pasó, y Rafael apartó la mirada, aclarándose la garganta.

—Deberíamos entrar —dijo, su voz ronca—. Se está haciendo tarde, y su tía y su tío se estarán preguntando qué ha sido de usted.

Sin embargo, Alex y Marianne no parecían en absoluto preocupados por dónde había estado cuando bajó, y Clarissa se encontró preguntándose exactamente de qué hablaban siempre Alex y Rafael tan seriamente. ¿Era sobre ella? Seguramente, Alex no podía estar considerando... cortó el pensamiento antes de permitirse siquiera pensarlo, riéndose en cambio de la expresión seria en el rostro del pequeño Edward mientras intentaba atrapar a Fernando el gato, que era demasiado astuto para dejarse capturar por un niño pequeño, pero parecía estar divertido con el juego de todos modos.



Un golpe en la puerta un poco más tarde resultó ser el grumete del barco, preguntando en un inglés entrecortado si podía poner la mesa para la cena, y si permitirían al capitán unirse a ellos.

—Estaremos encantados —dijo Alex con firmeza—, ya que hemos desalojado al capitán de su camarote, ¡lo mínimo que podemos hacer es invitarlo a cenar en él con nosotros!

Rafael entró con una amplia sonrisa; Clarissa se halagó pensando que se volvió aún más cálida cuando sus ojos se posaron en ella. Ella dio un paso adelante para saludarlo, agradeciéndole nuevamente por las comodidades que la Santa Doroteía les proporcionaba.

La conversación fluyó tan suavemente como el vino que Rafael sirvió, sus palabras bailando entre temas con la misma gracia sin esfuerzo que el barco cortando las olas. La risa y el calor alrededor de la mesa hicieron que Clarissa se sintiera como en casa, de una manera que no había sentido realmente desde que Diana había regresado a Inglaterra.

A medida que avanzaba la comida, Rafael introdujo un nuevo juego, desafiando a Clarissa a crear una historia usando solo un puñado de palabras aparentemente no relacionadas. Ella aceptó la tarea, tejiendo un cuento de aventura e intriga que los dejó a todos pendientes de cada una de sus palabras.

—Tienes un don para contar historias —elogió Rafael, con los ojos brillantes de admiración mientras Marianne aplaudía a su sobrina.

Clarissa agachó la cabeza, un rubor complacido coloreando sus mejillas. —Siempre me ha fascinado el poder de las palabras —confesó—. La forma en que pueden transportarte a otro mundo, hacerte sentir cosas que nunca creíste posibles.

—Deberías ser escritora, Clarissa —sugirió Marianne—. De verdad, siempre lo he pensado. La manera en que puedes relatar un simple incidente y tener a todos fascinados, o riendo, es extraordinaria.

Clarissa pensó en su diario, en las páginas de notas que había escrito durante sus viajes y las ideas a medio formar que tenía para publicar un diario de viaje cuando llegaran a casa. Su expresión se ensombreció ligeramente al planear el espectro de la segura desaprobación de su padre. Quizás Marianne y Alex podrían acceder a publicarlos en su nombre. No le importaba el dinero que pudiera ganar —podrían donarlo a una organización benéfica para huérfanos—, pero ver sus palabras impresas sería maravilloso, un logro que nadie podría arrebatarse jamás.

Sin importar a quién hubiera elegido su padre para que se casara.

Rafael la observaba, con expresión pensativa. —Y sin embargo, hay algunas cosas que las palabras por sí solas no pueden capturar —dijo en voz baja.

A Clarissa se le cortó la respiración ante la intensidad de su mirada, las emociones no expresadas que se arremolinaban entre ellos.

Pero entonces, tan rápido como había llegado, el momento pasó, y Rafael se levantó de su asiento, ofreciéndole su brazo. —¿Damos un paseo por la cubierta, Lady Clarissa? —preguntó, con voz cuidadosamente neutral—. El mar está muy tranquilo esta noche; no creo que estemos avanzando, pero me gustaría revisar las cosas y pensé que tal vez te apetecería tomar un poco de aire antes de retirarte.

Clarissa miró a Alex en busca de permiso, contenta de ver su asentimiento. Su corazón aún latía con fuerza cuando puso su mano en el hueco del codo de Rafael. Mientras salían al fresco aire nocturno, no pudo sacudirse la sensación de que algo había cambiado entre ellos, un sutil cambio que la emocionaba y aterrorizaba a partes iguales.

Mientras paseaban por la cubierta, con la brisa salada del mar azotando las faldas de Clarissa, no pudo evitar maravillarse por la fácil camaradería que había florecido entre ellos. Parecía extraño pensar que hacía solo unas pocas semanas eran perfectos desconocidos, unidos por las circunstancias más improbables.

—Debo confesar —dijo Rafael, con voz baja e íntima en la oscuridad—, que me encuentro bastante envidioso de tus aventuras, Lady Clarissa. Haber visto tanto del mundo, haber experimentado tal libertad...

Clarissa lo miró, sorprendida por el tono melancólico de su voz. —Pero seguramente tú has tenido tu propia cuota de aventuras, Capitán. La Marina debe haberte llevado a todo tipo de lugares exóticos, muchos más de los que yo he visto.

Rafael se rio, pero había poco humor en el sonido. —Ah, pero hay una diferencia entre ver el mundo a través del lente del deber y verlo a través del lente de la curiosidad. Me temo que he tenido demasiado de lo primero y no lo suficiente de lo segundo.

Clarissa consideró esto por un momento, con el ceño fruncido en reflexión. —Quizás —dijo lentamente—, no sea demasiado tarde para cambiar eso. Después de todo, la vida no es más que una serie interminable de oportunidades para reinventarse.

Rafael la miró. —Lo haces sonar tan simple.

—¡Oh, pero lo es! —exclamó Clarissa, con el rostro iluminado de entusiasmo—. Todo lo que se necesita es un poco de coraje y la voluntad de abrazar lo desconocido. Y por lo que he visto de ti, Capitán Rafael de Silva, posees ambas cualidades en abundancia.

Durante un largo momento, Rafael simplemente la miró, su expresión indescifrable bajo la luz de la luna. —Eres una mujer extraordinaria, Lady Clarissa —murmuró, con la voz ronca de emoción—. Me encuentro completamente asombrado por ti.

El corazón de Clarissa se aceleró en su pecho, su piel hormigueando de conciencia cuando él extendió la mano para colocar un rizo rebelde detrás de su oreja. El toque fue fugaz, apenas perceptible, pero envió un escalofrío de anhelo por todo su cuerpo.

—Rafael —susurró, su nombre una súplica y una oración al mismo tiempo.

Pero antes de que él pudiera responder, el momento fue interrumpido por el sonido de pasos que se acercaban, y se separaron de un salto como niños culpables, con las mejillas sonrojadas y la respiración agitada.

Mientras el marinero pasaba, saludando respetuosamente a su capitán, Clarissa no pudo evitar sentir una punzada de decepción. Pero cuando miró de nuevo a Rafael, vio la misma emoción reflejada en sus ojos, y supo que fuera lo que fuera esto entre ellos, estaba lejos de terminar.

Rafael pareció recomponerse, enderezando la espalda, antes de hablar más formalmente. —Lady Clarissa, me preguntaba si estarías interesada en ayudarme a trazar nuestro rumbo esta noche.

El corazón de Clarissa dio un vuelco ante la perspectiva de pasar más tiempo a solas con él. —Estaría encantada, Capitán —respondió, tratando de mantener una apariencia de compostura a

pesar de las mariposas que revoloteaban en su estómago.

Rafael la condujo a la mesa de navegación, donde un mapa desplegado yacía iluminado por el suave resplandor de los faroles. Comenzó a explicarle las complejidades de la navegación náutica, su voz profunda y melodiosa bañándola como una caricia.

Mientras señalaba su posición actual y los diversos instrumentos utilizados para determinar su ruta, Clarissa se encontró cada vez más distraída por la forma en que la luz jugaba sobre sus rasgos cincelados, la manera en que sus ojos brillaban con pasión mientras hablaba del mar.

—Es un equilibrio delicado —reflexionó Rafael, trazando con un dedo el borde del mapa—. Uno siempre debe estar atento a los vientos, las corrientes, la posición de las estrellas. Pero cuando lo consigues, no hay nada parecido.

Clarissa asintió, con la mirada fija en él. —Es como un baile, en cierto modo. Una asociación entre el barco y el mar.

Los ojos de Rafael se abrieron con sorpresa, luego se arrugaron en las esquinas mientras sonreía.

—Exactamente. Debo decir, Lady Clarissa, que tienes una comprensión notable de estas cosas para alguien que ha pasado tan poco tiempo en el mar.

Ella sintió que un rubor subía a sus mejillas ante su elogio. —Siempre me ha fascinado la idea de la exploración, de descubrir nuevas tierras y culturas. Supongo que he leído todos los libros que he podido encontrar sobre el tema.

—Puedo imaginarte al frente de una expedición, liderando el camino para explorar ciudades perdidas y civilizaciones desconocidas —murmuró Rafael, haciéndola reír un poco.

—¡No puedo imaginar a ningún hombre que siguiera a una dama en tal empresa!

—Yo sí puedo —dijo Rafael, dejando claro en su tono que él era uno de esos hombres.

Clarissa sonrió, mirando hacia las estrellas mientras él le señalaba las constelaciones, sintiendo una calidez completamente desconocida en compañía de este hombre inusual, este capitán portugués que no solo le había salvado la vida, sino que le estaba ofreciendo tantas experiencias nuevas, todo sin la más mínima expectativa a cambio de su amabilidad.

—Ven —dijo Rafael de repente—. El viento está aumentando un poco y volveremos a zarpar. ¡Tú nos guiarás a través de las estrellas esta noche, mi señora! —Su mano bajo el codo de ella la guió suavemente para que se parara frente al timón de radios del barco, casi tan alto como ella.

Los ojos de Clarissa se agrandaron, su corazón acelerándose ante la perspectiva. —Pero no sé cómo —protestó, incluso mientras sus dedos se curvaban alrededor de la madera lisa del timón.

—Entonces te enseñaré —respondió Rafael, moviéndose para pararse detrás de ella, su presencia fuerte y sólida enviando escalofríos por su columna vertebral.

Suavemente, colocó sus manos sobre las de ella, guiando sus movimientos mientras señalaba las constelaciones arriba. —Allí, ¿ves? —murmuró, su aliento cálido contra su oído—. Esa estrella brillante es Polaris, la Estrella del Norte. Es nuestra guía constante, siempre señalando el camino a casa.

Clarissa asintió, su respiración entrecortándose en su garganta mientras se recostaba en su abrazo, saboreando la sensación de sus brazos alrededor de ella. Por un momento, se permitió imaginar que esta era su vida, que podrían navegar los mares juntos para siempre, explorando nuevas tierras y un nuevo amor.

Pero demasiado pronto, el momento fue interrumpido por el sonido de risas desde la cubierta de abajo. Marianne y Alex, del brazo, entraron a la vista, sus ojos iluminados con picardía al ver a la pareja en el timón.

—Vaya, vaya —llamó Marianne, su voz burlona—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Una lección de navegación?

Clarissa sintió que sus mejillas se sonrojaban, y se apartó de Rafael, repentinamente consciente de la impropiedad de su abrazo. Pero Rafael simplemente sonrió, sus ojos nunca dejando los de ella mientras respondía: —En efecto, Lady Glenkellie.

Con una última mirada prolongada, la acompañó de vuelta a su camarote, su mano cálida contra la parte baja de su espalda. En la puerta, hizo una pausa, su mirada intensa mientras le recordaba que cerrara el cerrojo detrás de ella.

—Buenas noches, Clarissa —susurró, su voz baja y llena de promesas—. Dulces sueños.

A medida que pasaban los días, su conexión solo se fortalecía, las semillas de la amistad floreciendo en algo más profundo, más trascendental. Pero siempre había ojos sobre ellos: la tripulación, Marianne, Alex, un recordatorio constante del mundo más allá de sus momentos robados.

Clarissa se encontró anhelando más, una oportunidad para explorar la profundidad de sus sentimientos sin el peso de las expectativas de la sociedad sobre ellos. Pero por ahora, saborearía cada precioso momento, cada roce de su mano contra la suya, cada sonrisa secreta intercambiada a través de una cubierta llena de gente.

Porque en esos momentos, sabía que sin importar lo que deparara el futuro, su corazón pertenecería para siempre al hombre que le había mostrado las estrellas.



Capítulo Diez

CLARISSA SE ENCONTRABA EN LA BARANDILLA DEL BARCO, con la mirada fija en el horizonte mientras el sol se hundía lentamente en el mar. El viento azotaba su cabello, soltando mechones de su peinado, pero ella no le prestaba atención. Sus pensamientos estaban consumidos por Rafael, por la forma en que su presencia parecía llenar cada rincón del barco, cada rincón de su corazón.

Lo sintió antes de verlo, sus pasos suaves contra la cubierta.

—Clarissa —murmuró, poniéndose a su lado—. ¿Está todo bien?

Ella forzó una sonrisa, apartando la mirada de la interminable extensión azul.

—Por supuesto —mintió—. Solo admiraba la vista.

Rafael la estudió por un largo momento, sus ojos verde mar escrutando su rostro.

—Pareces preocupada —observó suavemente—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Clarissa dudó, las palabras atascadas en su garganta. ¿Cómo podía contarle la frustración que la carcomía, la sensación de que él se estaba conteniendo, manteniendo alguna parte de sí mismo encerrada? Conocía su preocupación por su hermana, su desesperada necesidad de volver a casa, pero aun así, anhelaba más.

—Solo estoy cansada —dijo al fin, la media verdad amarga en su lengua—. Ha sido un largo viaje.

Rafael asintió, su mirada suavizándose con comprensión.

—Ya no falta mucho —le aseguró—. Estamos haciendo buen tiempo. Haremos escala en Gibraltar mañana por uno o dos días, y con vientos favorables, deberíamos llegar a Lisboa en una semana.

Clarissa sintió una punzada ante sus palabras, un dolor repentino y agudo en el pecho. La idea del final de su viaje, de la inevitable separación que les esperaba, era casi más de lo que podía

soportar. Pero apartó ese sentimiento, forzando un tono ligero en su voz al responder:

—Debo admitir que me alegraré volver a ver tierra.

Rafael se rio, un sonido cálido y rico en el crepúsculo.

—Yo también —coincidió—. Pero extrañaré esto, extrañaré la libertad del mar abierto. —Hizo una pausa, su mirada persistiendo en el rostro de ella—. Y la compañía —añadió suavemente.

El corazón de Clarissa dio un salto ante sus palabras, un destello de esperanza encendiéndose en su pecho. Pero lo sofocó, recordándose las realidades que les esperaban en tierra. Rafael tenía sus deberes, su familia que considerar, y ella... ella tenía una vida a la que volver, un futuro que navegar.

—Entonces deberíamos aprovechar al máximo el tiempo que nos queda —dijo, con voz cuidadosamente ligera—. Antes de que las exigencias del mundo real vuelvan a caer sobre nosotros.

Rafael sonrió, con un toque de tristeza en los ojos.

—En efecto, deberíamos —concordó. Le ofreció su brazo, su toque gentil mientras la guiaba lejos de la barandilla—. ¿Damos una vuelta por la cubierta? Las estrellas están particularmente hermosas esta noche.

Clarissa asintió, permitiéndole que la condujera por las desgastadas tablas. Sabía que los próximos días serían agridulces, una maraña de alegría y tristeza a medida que su tiempo juntos llegaba a su fin. Pero por ahora, saborearía cada momento, cada precioso segundo en su compañía.

Porque al final, sabía que eso era todo lo que podrían tener jamás. Momentos robados bajo las estrellas, recuerdos para llevar consigo hacia el futuro incierto que les esperaba a ambos. Y por ahora, eso tendría que ser suficiente.



La Santa Dorotéia se deslizó con gracia en el bullicioso puerto de Gibraltar, sus velas arriándose suavemente mientras la tripulación se ocupaba de sus tareas con precisión experimentada. La cacofonía del puerto los recibió: vendedores pregonando sus mercancías, marineros gritando órdenes y el distante traqueteo de los carruajes tirados por caballos navegando por las calles empedradas. Una brisa salada traía consigo la mezcla de olores de pescado fresco y especias exóticas de tierras lejanas.

—Lady Clarissa —comenzó Rafael, extendiendo caballerosamente una mano para ayudarla a bajar por la pasarela—, supongo que estás ansiosa por nuestra pequeña excursión a tierra mientras mi tripulación repone nuestras provisiones y carga mercancía.

—En efecto, Capitán de Silva —respondió Clarissa con un brillo juguetón en los ojos, aceptando su mano—. A pesar de las comodidades de la Santa Dorotéia, confieso que me he cansado del incesante balanceo de las olas y anhelo sentir tierra firme bajo mis pies.

—Entonces no perdamos tiempo —dijo Rafael, con los ojos brillando de diversión.

Al pisar el muelle, Clarissa se maravilló ante el vibrante tapiz de vida que se desplegaba ante ellos. Los estibadores descargaban cajas de mercancías, mientras los comerciantes organizaban sus coloridos puestos bajo toldos a rayas. El aire zumbaba con el melódico murmullo de varios idiomas entremezclándose en una sinfonía de comercio.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó ella, con la curiosidad picada por la variedad de vistas y sonidos.

—Permíteme ser tu guía —respondió Rafael, ofreciéndole su brazo. Navegaron entre la multitud de gente, atrayendo miradas curiosas mientras caminaban: una pareja impresionante, sin duda, con el cabello de Clarissa besado por el sol brillando como oro hilado y la presencia imponente de Rafael inconfundible incluso en la animada multitud.

Su camino los llevó por callejones estrechos bordeados de tiendas pintorescas, donde el aroma del pan recién horneado se mezclaba con el atractivo aromático de las hierbas mediterráneas. Clarissa no pudo resistirse a mirar por una ventana que exhibía intrincados encajes, sus dedos ansiando tocar los delicados patrones.

—¿Admiras tal artesanía? —preguntó Rafael, notando su interés.

—Mucho —respondió ella, con los ojos brillantes—. Cada pieza cuenta una historia, tejida con cuidado y dedicación. —Tocó el monedero en su bolsillo, considerando cuánto dinero le quedaba—. ¿Crees que podríamos entrar y preguntar por los precios? Podría comprar algunas piezas, una para Marianne y otra para mi madre, tal vez.

Rafael accedió, y Clarissa estaba segura de que su presencia imponente fue de ayuda mientras regateaba con el tendero, quien afortunadamente hablaba un excelente inglés. Los precios eran mucho más bajos de lo que hubiera esperado pagar en Inglaterra o incluso en Italia, y terminó comprando no solo encaje para Marianne y su madre, sino también para Diana.

Rafael habló en un español rápido mientras Clarissa terminaba su transacción, señalando varias piezas más de encaje. El tendero se inclinó obsequiosamente e hizo un segundo paquete, Clarissa

supuso que para la madre y la hermana de Rafael, y acordó enviar ambos paquetes de vuelta al barco de inmediato mientras ellos continuaban sus exploraciones.

Clarissa se ajustó el sombrero, entrecerrando los ojos para mirar el formidable Peñón de Gibraltar. El camino por delante serpenteaba empinadamente, un desafío que estaba ansiosa por abrazar.

—¿Estás segura de que estás preparada para esta subida? —preguntó Rafael con un brillo burlón en los ojos.

—Sin duda —respondió Clarissa con una sonrisa—. He enfrentado muchas montañas sociales; seguramente una física no puede ser más intimidante.

—Touché —dijo él, riendo suavemente—. Entonces conquistemos este pico juntos.

Mientras ascendían, el aire se volvía más fresco, impregnado con el sabor salado del mar. Los gritos de las gaviotas resonaban a su alrededor, mezclándose con el lejano zumbido del bullicioso puerto abajo. Las faldas de Clarissa susurraban contra el camino rocoso, cada paso un testimonio de su determinación. Los monos de Berbería se escabullían al acercarse, obviamente intrigados pero demasiado tímidos para acercarse, por lo que Clarissa se sintió más aliviada que apenada, ¡tenían dientes grandes!

—Mira allí —señaló Rafael, deteniéndose finalmente al llegar a la cima—. La vista... vale cada esfuerzo.

Habían alcanzado un mirador, y Clarissa jadeó. Debajo de ellos se extendía una extensión de mar azul, salpicada de barcos como juguetes flotando en un estanque cerúleo. La tierra se desplegaba en un tapiz de verdes y marrones, bordeado por la resplandeciente costa.

—Magnífico —suspiró, con los ojos abiertos de asombro.

—En efecto —coincidió Rafael, aunque su mirada permanecía fija en ella—. Una vista para recordar.

—Gracias por traerme aquí —dijo ella con sinceridad, volviéndose para mirarlo—. Es... —Vaciló, buscando palabras que pudieran encapsular su gratitud.

—Una aventura —sugirió él, con voz cálida.

—Precisamente —afirmó ella, sintiendo una oleada de camaradería con él—. Una aventura.

Se demoraron unos momentos más, absorbiendo el panorama antes de comenzar el descenso. Clarissa se sentía más ligera, animada por la experiencia compartida y la creciente conexión entre ellos.

El barco permanecería en Gibraltar durante la noche, y Marianne había pedido a Alex que reservara habitaciones para ellos en un hotel para la noche, para que ella y Clarissa pudieran

bañarse adecuadamente y lavar su ropa. Alex, siempre complaciente con cada capricho de su esposa, había reservado rápidamente una suite en el mejor hotel de Gibraltar e invitó a Rafael a unirse a ellos para cenar en el restaurante del hotel.

El establecimiento exudaba elegancia, su gran fachada prometía una velada de placer refinado.

—¿Cómo estuvo vuestra excursión? —preguntó Marianne, su llamativo cabello rojo captando la luz de las velas mientras se sentaban.

—Esclarecedora —respondió Clarissa, lanzando una mirada a Rafael—. E vigorizante.

—Excelente. —Alex levantó su copa—. Por nuevos horizontes.

—Por nuevos horizontes —repitieron, chocando las copas mientras se servía el primer plato.

La comida se desarrolló en una sinfonía de sabores: delicadas sopas, carnes succulentas y postres decadentes, todo acompañado de una animada conversación. Rafael y Clarissa intercambiaron ingeniosas réplicas, sus palabras fluyendo tan suavemente como el buen vino.

Cuando la velada llegaba a su fin, Clarissa sintió que la invadía una sensación de satisfacción, un sentimiento de pertenencia que no había anticipado. El elegante entorno, la agradable compañía y las experiencias compartidas del día se combinaron para crear un recuerdo que atesoraría.

—Hasta nuestra próxima aventura —murmuró Rafael mientras se separaban para pasar la noche, su voz una suave caricia.

—Hasta entonces —respondió ella, con el corazón ligero y esperanzado.

La habitación del hotel estaba lujosamente amueblada, con pesadas cortinas de terciopelo borgoña, una cama con dosel adornada de brocado y una ornamentada lámpara de araña que proyectaba un suave resplandor. Sin embargo, a pesar del lujoso entorno, Clarissa se sentía inquieta. Yacía sobre el mullido colchón, mirando al techo.

—¿Por qué no puedo encontrar consuelo aquí? —murmuró para sí misma, girándose de lado. La quietud de la habitación se sentía opresiva, muy lejos del suave balanceo de la Santa Doroteía que se había vuelto extrañamente reconfortante. Echaba de menos los crujidos rítmicos de las maderas, el lejano llamado de las aves marinas y, lo más desconcertante, echaba de menos a Rafael.

—Clarissa, ¿estás despierta? —la voz de Marianne flotó a través de la puerta contigua, una suave interrupción a sus reflexiones.

—Sí, Marianne —respondió Clarissa, sentándose y alisando su camisón—. Me temo que el sueño me elude esta noche.

—Ven, únete a mí un momento —invitó Marianne. Su tono contenía una calidez que trascendía su complicada relación. Al cruzar a la habitación de Marianne, Clarissa la encontró sentada junto

a la ventana, con una humeante taza de té en la mano.

—¿Dónde está el tío Alex? —preguntó Clarissa.

—Inquieto también —admitió Marianne—. Salió a dar un paseo. Siéntate conmigo. —Dio una palmadita en el asiento de la ventana a su lado—. Ahora dime, ¿es el barco lo que echas de menos o su capitán? —Los ojos de Marianne brillaban con picardía conocedora.

—Quizás ambos —admitió Clarissa, tomando el asiento ofrecido—. Pero más que eso, añoro la sensación de propósito que siento a bordo de la Santa Dorotéia.

—Ah, la emoción de la aventura —comentó Marianne, con la mirada fija en el puerto iluminado por la luna—. Es un poderoso atractivo.

—Ciertamente —asintió Clarissa, sintiendo una punzada de añoranza al imaginar el barco meciéndose suavemente en la bahía—. No sé cómo me adaptaré de nuevo a la vida constreñida que me espera en casa, tía Marianne —dijo en voz baja, y Marianne extendió la mano para tomar la de Clarissa.

—Me pregunto si hicimos lo correcto al traerte en este viaje —dijo Marianne pensativa, y los ojos de Clarissa volaron al rostro de su tía, con una negación sorprendida brotando de sus labios. Marianne negó con la cabeza—. Escúchame. Después de lo que te sucedió en Atenas...

—¡Eso no fue culpa tuya! —insistió Clarissa vehementemente—. Y si no hubiera ocurrido, ¡nunca habría conocido a Rafael... quiero decir, al capitán de Silva!

—En efecto —dijo Marianne en voz baja, mirándola con una expresión curiosa en el rostro, antes de esbozar una pequeña sonrisa resignada—. Bueno. No tiene sentido llorar sobre la leche derramada. ¡Has tenido suficientes aventuras para varias vidas, Clarissa!

Tendrán que durarme toda esta vida, pensó Clarissa con tristeza, volviendo la cabeza para mirar por la ventana. Una vez que regrese a Londres, mi madre nunca me dejará fuera de su vista hasta que esté casada con algún lord apropiadamente serio que nunca me dejará ni siquiera pensar en aventuras de nuevo.



La mañana llegó con los tonos dorados del amanecer colándose por las cortinas. Clarissa se vistió rápidamente, ansiosa por volver a la Santa Dorotéia. El bullicioso puerto de Gibraltar ya estaba vivo de actividad mientras el grupo se preparaba para dejar el hotel.

—Buenos días, milady —la saludó Jean con un breve asentimiento, con los gemelos de dos años aferrados a sus faldas como percebes querúbicos.

—Buenos días, Jean —respondió Clarissa alegremente, agachándose para tomar a uno de los niños en sus brazos—. ¿Y cómo están mis pequeños marineros favoritos hoy? ¿Listos para volver a bordo del barco?

—Llenos de energía, como siempre —respondió Jean, su actitud práctica suavizada por su sonrisa afectuosa.

Mientras el barco zarpaba hacia Lisboa, Clarissa se encontró deleitándose con las simples tareas de cuidar a los gemelos. Su risa era contagiosa, su curiosidad sin límites una fuente constante de diversión. Ya fuera persiguiendo a un niño travieso o consolando una rodilla raspada, ella abrazaba cada momento con entusiasmo.

—Quédate quieto, Edward —instruyó Clarissa suavemente, pasando un paño húmedo por la mejilla del niño donde se había manchado con mermelada—. No debes correr como loco durante el desayuno, o acabarás pareciendo un desarrapado. Y no podemos permitir eso, ¿verdad? —El niño se retorció y rió, antes de plantarle un beso ligeramente pegajoso en la mejilla y salir corriendo para unirse a su hermana en el juego con sus juguetes.

Jean observó la interacción, riendo en voz baja. —Tiene un don con ellos, milady —observó.

—Gracias, Jean —respondió Clarissa, sintiendo una oleada de orgullo ante el cumplido—. Son una compañía encantadora.

El día pasó en un torbellino de actividad, el barco cortando las aguas azules con gracia mientras salía del Estrecho de Gibraltar y entraba en el amplio Océano Atlántico.

La Santa Dorotéia se mecía suavemente en las aguas bañadas por la luz de la luna, sus maderas crujiendo suavemente en la noche. Clarissa, con sus faldas susurrando levemente con cada paso, se movía hábilmente por el camarote tenuemente iluminado. Una pequeña linterna emitía un cálido resplandor, iluminando su rostro sereno mientras persuadía a los gemelos para que se acostaran.

Desde su posición ventajosa junto a la puerta, Rafael observaba en silencio y admiración. La luz parpadeante captaba los tonos dorados en su cabello decolorado por el sol, haciéndolo parecer como si estuviera hilado con hebras de luz solar. Sus manos, gentiles pero firmes, acunaban a los niños con una facilidad que parecía innata.

—Shhh, cariños —arrulló, reuniendo a los inquietos niños en sus brazos. Comenzó a mecerse, un movimiento rítmico destinado a calmarlos. Su voz, tierna y melodiosa, se entretejía en el aire como un delicado hilo.

—Mientras la luna su vigilia mantiene

Durante toda la noche

Mientras el cansado mundo duerme
Durante toda la noche
Sobre tu espíritu suavemente deslizándose
Visiones de deleite revelando

Respira un sentimiento puro y sagrado

Durante toda la noche —cantó, con tonos suaves y melodiosos. La nana, una antigua melodía popular traducida de su original galés, flotaba a su alrededor, su suave cadencia llenando la habitación. Los llantos de los gemelos comenzaron a disminuir, reemplazados por gemidos intermitentes que se hacían más débiles con cada momento que pasaba.

—Clarissa, ¿puedo ayudar? —preguntó Rafael, entrando en el camarote. Su voz era baja, cuidando de no sobresaltar a los ya inquietos niños.

—Gracias, Capitán —respondió ella, sus ojos encontrándose con los de él con una sonrisa agradecida—. Ambos están saliendo los dientes, pobrecitos. Envié a Jean a dormir en mi camarote; está exhausta después de varias noches sin dormir. Un cuento distractor podría hacer maravillas.

—Muy bien —dijo él, sentándose a su lado y extendiendo la mano para acariciar la mejilla enrojecida de Eleanor; la niña se calmó un poco y lo miró con curiosidad—. ¿Alguna vez te conté sobre la vez que burlamos a un corsario cerca de Madeira?

—Cuéntame —instó Clarissa, dividiendo su atención entre Rafael y los gemelos.

—Bueno, comenzó como todas las buenas historias: con una tormenta —empezó Rafael, con un tono conspirativamente bajo. Se lanzó a la historia, tejiendo una narrativa rica en maniobras audaces y situaciones de peligro. Mientras hablaba, la risa de Clarissa resonaba suavemente en el espacio cerrado, mezclándose con los gemidos cada vez más silenciosos de los niños.

—Tus aventuras siempre son tan emocionantes —comentó ella, con los ojos brillantes de diversión.

—Emocionantes quizás, pero a menudo llenas de peligro —respondió Rafael, su mirada persistiendo en el rostro de ella—. A diferencia de tu empresa actual, que parece igualmente desafiante.

—Los niños son mucho más impredecibles que cualquier tormenta o corsario —dijo ella con una risita—. Pero infinitamente más gratificantes.

Rafael asintió pensativo, sin apartar los ojos de ella. —Puedo verlo.

Por fin, los párpados de los gemelos comenzaron a caer, arrullados por el efecto combinado del suave balanceo de Clarissa y la absorbente historia de Rafael. Pronto, estaban acurrucados

pacíficamente en sus camas, sus pequeños pechos subiendo y bajando con cada respiración.

—Que duerman bien, cariños —murmuró Clarissa, apartando un rizo rebelde de la frente de uno de los niños.

—Tu toque tiene una magia propia —observó Rafael en voz baja, con evidente admiración.

—Quizás —respondió ella, volviéndose para mirarlo de frente—. O quizás sea simplemente el amor que uno siente por aquellos a quienes cuida.

—De cualquier manera, es un don —dijo él con sinceridad.

—Gracias —dijo Clarissa, suavizando su voz, y por un largo momento simplemente se miraron el uno al otro, con palabras no dichas flotando en el espacio entre ellos.

—Buenas noches, Clarissa —dijo finalmente Rafael, con un tono de voz teñido de reluctancia. Se dirigió hacia la puerta del camarote, lanzando una última mirada al sereno cuadro detrás de él.

—Buenas noches, Capitán —respondió ella, su sonrisa persistiendo incluso después de que él hubiera desaparecido en las sombras del barco.



Clarissa estaba de pie junto a la barandilla del barco, sus dedos aferrando la madera fría y desgastada mientras contemplaba la extensión infinita del mar. El sol se había hundido bajo, pintando el horizonte occidental con tonos de oro y carmesí, proyectando un camino brillante a través del agua. Una suave brisa jugaba con los mechones sueltos de su cabello aclarado por el sol, trayendo consigo el sabor salado del océano.

—¿Alguna vez te preguntas qué hay más allá de esa línea? —La voz de Rafael rompió el silencio tranquilo, apartando su atención de la vista hipnotizante. Él estaba de pie a su lado, su alta figura perfilada contra el sol poniente, sus ojos verde mar reflejando la miríada de colores del cielo.

—¿Más allá del horizonte? —reflexionó Clarissa, frunciendo ligeramente el ceño—. Supongo que sí. Parece prometer tanto: aventura, oportunidad, quizás incluso un nuevo comienzo.

—En efecto —concordó Rafael, una mirada pensativa cruzando sus rasgos rudos—. El futuro es tan vasto e impredecible como el mar mismo. Trazamos nuestro rumbo, pero los vientos y las olas tienen su propia voluntad.

—Como la vida —añadió ella, lanzándole una mirada furtiva—. Planeamos y esperamos, pero a menudo somos arrastrados por fuerzas más allá de nuestro control.

—Cierto —dijo él suavemente, considerando sus palabras—. Sin embargo, son esas mismas incertidumbres las que hacen que el viaje valga la pena, ¿no es así? Los momentos inesperados,

los caminos inexplorados... nos moldean, nos convierten en quienes estamos destinados a ser.

—Hablando de caminos inexplorados —comenzó Clarissa, su tono teñido de curiosidad—, ¿qué futuro te imaginas para ti mismo? ¿Volverás al viñedo de tu familia?

Rafael se apoyó en la barandilla, su mirada distante. —Nuestro viñedo... Guarda muchos recuerdos, tanto dulces como amargos. Deseo restaurarlo, devolver la vida a la tierra que ha sustentado a mi familia durante generaciones. Pero más que eso, anhelo ver a mi madre y a mi hermana prosperar, asegurarme de que conozcan la paz y la felicidad una vez más.

—Qué nobles aspiraciones —comentó Clarissa, con genuina admiración en su voz—. Llevas una pesada carga, Rafael. Sin embargo, la soportas con tanta gracia.

—Gracias, Clarissa —respondió él, sus ojos encontrándose con los de ella con una intensidad que aceleró su corazón—. ¿Y tú? ¿Qué aguarda a Lady Clarissa Creighton a su regreso a Inglaterra?

—Ah, Inglaterra —suspiró ella, su expresión volviéndose nostálgica—. Supongo que volveré a las expectativas habituales: bailes, compromisos sociales, la búsqueda incesante de un partido adecuado. Sin embargo, después de todo lo que he visto y experimentado, esas cosas parecen tan triviales ahora.

—Quizás porque has descubierto un tipo diferente de realización —sugirió Rafael, su voz cargada de comprensión—. Una que no se puede encontrar dentro de los confines de las estructuras de la sociedad.

—Sí —admitió ella en voz baja—. Este viaje ha abierto mis ojos a mucho más: a la riqueza de diferentes culturas, a la belleza del mundo más allá de las costas de Inglaterra. Y... a la profundidad de la conexión humana.

—Conexión —repitió Rafael, su mirada suavizándose mientras se detenía en ella—. Es algo poderoso, ¿no es así? Trasciende la distancia, la posición social, incluso las barreras del lenguaje.

—Hablando de lenguaje —dijo Clarissa, volviéndose para mirarlo directamente—. Tu familia... deseo causar una buena impresión. Han pasado por tanto, y quiero mostrarles el debido respeto. ¿Me enseñarías algunas frases más en portugués? Lo suficiente para saludar a tu madre y a tu hermana y agradecerles su hospitalidad.

Rafael parpadeó, momentáneamente desconcertado por su sincera petición. Luego, una lenta sonrisa se extendió por su rostro. —Por supuesto, Clarissa. Será un honor.

—Gracias —dijo ella, con evidente alivio en su voz—. He aprendido algunos conceptos básicos, pero suenan tan torpes cuando los digo. Temo que pueda ofenderlos en lugar de impresionarlos.

—En absoluto —la tranquilizó—. Tu esfuerzo por sí solo hablará por sí mismo. Pero comencemos con algo simple. Repite después de mí: "Muito prazer em conhecê-la" —"Encantada de conocerla".

—Meu-to pra-zher em con-he-che-la —intentó ella, frunciendo el ceño en concentración.

—Cerca —rió él—. Intentémoslo una vez más. Muito prazer em conhecê-la.

—Mui-to praz-er em con-he-ce-la —repitió ella, mejorando su pronunciación.

—Excelente —dijo Rafael, asintiendo con aprecio—. Aprendes rápido.

—Solo porque tengo un excelente maestro —bromeó ella, encontrando su mirada con determinación.

—Entonces continuemos —dijo él, inclinándose más cerca, su proximidad creando una burbuja íntima en medio del ajetreado barco—. Esta es importante: "Obrigado pela hospitalidade" —"Gracias por su hospitalidad".

—Obri-gado pela hos-pi-ta-li-da-de —recitó ella, su voz ganando confianza con cada sílaba.

—Perfecto —dijo Rafael suavemente, su admiración por ella creciendo con cada palabra—. Lo harás maravillosamente, Clarissa. Mi familia quedará muy impresionada.

—Gracias, Rafael —dijo ella, sus ojos brillando con aprecio—. Tu fe en mí significa más de lo que crees.

—Intentemos algo un poco más desafiante —sugirió Rafael.

—¿Más difícil que «Muito prazer em conhecê-la»? —bromeó ella, arqueando una ceja con picardía.

—En efecto —respondió él con una sonrisa—. Repite después de mí: «O jardim da minha mãe é muito bonito». Significa «El jardín de mi madre es muy hermoso».

Clarissa respiró hondo, formando las palabras poco familiares con cuidado deliberado. —Oh zhar-deem dah mee-nya may eh moo-ee-to bo-nee-to.

—Casi lo tienes —corrigió Rafael con suavidad, sus dedos marcando el ritmo de la frase en la barandilla de madera—. Escucha atentamente: «O jardim da minha mãe é muito bonito». Presta especial atención a los sonidos nasales.

—Por supuesto, esos complicados nasales —dijo ella, poniendo los ojos en blanco juguetonamente. Lo intentó de nuevo, esta vez con mayor precisión—. O jardim da minha mãe é muito bonito.

—¡Perfecto! —exclamó Rafael, juntando las manos con genuino deleite—. Tienes oído para los idiomas, Lady Clarissa.

—O quizás solo un tutor muy persuasivo —replicó ella, con los ojos brillando de diversión.

—La adulación te llevará lejos —respondió él, con un tono ligero pero su mirada permaneciendo en la de ella un momento más de lo necesario.

—Entonces continuaré empleándola generosamente —dijo ella, riendo—. ¿Qué sigue en nuestra lista?

—Intenta esto: «A comida está deliciosa», que significa «La comida está deliciosa».

—Ah co-mee-da es-ta de-li-ci-o-sa —repitió ella, su acento aún teñido de sus raíces inglesas, pero mejorado no obstante.

—¡Excelente! —proclamó Rafael, su orgullo por ella palpable—. Con cada palabra, te vuelves más segura. Tus esfuerzos están dando frutos espléndidamente.

—Solo porque lo haces tan agradable —admitió ella, sus mejillas sonrojándose ligeramente bajo su mirada aprobatoria.

—Esa es la mejor manera de aprender —dijo él, con voz cálida y alentadora—. Cuando es más que mero estudio, cuando se convierte en una aventura compartida.

—Una aventura, sin duda —repitió ella, sonriéndole mientras las sombras del atardecer se alargaban a su alrededor.



Capítulo Once

EL SANTA DOROTÉIA SE DESLIZABA A TRAVÉS DE la niebla matutina, adentrándose en el bullicioso puerto de Lisboa. Clarissa estaba de pie en la proa, aferrándose a la barandilla de madera con los nudillos blancos, sus manos delatando su anticipación. El sabor salado era intenso en su lengua y fresco en sus mejillas, ya sonrosadas por la emoción y la fresca brisa marina.

—Lady Clarissa —la voz de Rafael se abrió paso entre los graznidos de las gaviotas y los gritos de los estibadores. Ella se giró para verlo de pie a su lado, su cabello oscuro revuelto por el viento.

—Capitán de Silva —respondió ella, con un tono juguetón en su voz—. Parece que mi nueva aventura está a punto de comenzar.

—En efecto —Rafael rio cálidamente—. ¿Desembarcamos? He dispuesto un carruaje para recoger a las damas y los niños, que los llevará a la finca de mi familia, y caballos para Lord Glenkellie y para mí.

—Estaremos listas para partir enseguida —dijo Clarissa, aunque sabía que Jean tenía todo empacado y listo para partir, y que sus baúles solo necesitaban ser cargados en el carruaje que los esperaba.

En menos de una hora, descendieron del barco al muelle empedrado. La ciudad de Lisboa se extendía ante ellos, con sus estrechas calles y plazas soleadas que los invitaban, un caleidoscopio de actividad y color. Clarissa apenas podía mirar de un lado a otro, con los ojos abiertos de curiosidad mientras saltaban de una escena a otra: un grupo de niños persiguiendo a un perro errante, un pescadero gritando sobre su captura, una mujer con un chal rojo equilibrando una cesta sobre su cabeza.

—Lisboa es... animada —dijo finalmente, claramente fascinada.

—Se podría decir que te refleja, mi lady —bromeó Rafael, y Alex, de pie cerca, alzó las cejas y rio en voz baja.

—La adulación no te llevará a ninguna parte, Capitán —replicó Clarissa, aunque no pudo evitar sonreír.

Su conversación fue interrumpida por la llegada de un carruaje, sus paneles de madera pulida brillando bajo el sol. El cochero se quitó la gorra ante Rafael, quien asintió en reconocimiento.

—Después de usted, mi lady —dijo Rafael, ofreciendo su mano para ayudarla a subir al carruaje.

—Qué galante —dijo Clarissa, pero de todos modos puso su mano en la de él. Él la ayudó a subir y ella se hundió con un suspiro de placer en el asiento bien acolchado, sorprendida por el lujo inesperado. Por muy empobrecida que pudiera estar la familia de Rafael, él mismo tenía los modales de un noble, como se evidenció de nuevo cuando ayudó a Marianne a subir al carruaje después de ella, luego a Jean y a los gemelos. Tomando a ambos niños de Jean, los entregó a los brazos expectantes de Marianne y Clarissa antes de ayudar a la doncella a subir.

—Es todo un caballero, ese —comentó Jean mientras Rafael cerraba la puerta del carruaje. Él y Alex montaron sus caballos, y la pequeña caravana se puso en marcha.

—El Capitán de Silva es ciertamente un caballero muy fino —coincidió Marianne—. ¿No lo crees, Clarissa? —Intercambió una sonrisa cómplice con Jean.

Sin estar lista para discutir sus sentimientos hacia Rafael, Clarissa murmuró algo no comprometedor y dirigió su atención a los gemelos. Sabía que iba a ser un día largo y aburrido para ellos, y haría todo lo posible por mantenerlos entretenidos. Rafael les había dicho que su finca se encontraba a varias horas de viaje al norte y al este de Lisboa, y que deberían llegar en un día, por lo que no habría necesidad de buscar una posada para pasar la noche.

Un bache en el camino tosco devolvió a Clarissa a su entorno, y se inclinó hacia adelante, agarrando el marco de la ventana, su boca abriéndose cada vez más con cada milla que recorrían. El campo portugués se extendía ante ella; colinas onduladas cubiertas de verde y oro, salpicadas de casitas blancas y olivares. El aire olía dulcemente a jazmín y llevaba el zumbido de las cigarras, una orquesta natural que la conmovió profundamente.

—Qué hermoso país —dijo Marianne suavemente a su lado, y ella asintió, incapaz de apartar los ojos de la vista.

El carruaje entró en un pintoresco pueblo y se detuvo frente a una posada. Rafael estaba en la puerta antes de que Clarissa pudiera siquiera alcanzarla.

—Cambiaremos los caballos aquí, y tomaremos una comida —dijo, ofreciendo su mano para ayudarla a bajar—. He parado aquí muchas veces y conozco bien al posadero.

Un hombre sonriente salió a recibirlos calurosamente, conduciéndolos adentro y, para sorpresa de Clarissa, a través del edificio y hacia una terraza cubierta al otro lado.

—¡Oh, qué vista tan maravillosa! —exclamó, acercándose al muro bajo que bordeaba la terraza y mirando hacia el amplio valle más allá.

—¿Ves ese hueco en las colinas? —Rafael vino a pararse a su lado y señaló. Ella entrecerró los ojos para seguir su dirección antes de asentir—. Ese es el camino a Torre do Rochedo.

—¿Tu finca? —Se volvió para mirarlo—. ¿Qué significa el nombre?

—Torre en la roca. Acantilado. —Se encogió de hombros—. Ya verás; ¡es un nombre apropiado! —Estoy deseando verlo.

El posadero salió de nuevo entonces, con dos sirvientes a su lado, todos ellos llevando bandejas cargadas de comida. Clarissa se sentó junto a Marianne, se le hizo la boca agua cuando un verdadero festín fue puesto ante ellos.

Había una hogaza de pan amarillo crujiente llamada broa, hecha con harina de maíz, queso blanco de oveja fuerte, salchichas de pollo ahumadas, aceitunas, higos, y un plato de pequeñas judías amarillas secas muy saladas y adictivas, todo servido con un vino blanco ligero. Era comida sencilla, pero Clarissa la encontró deliciosa y así se lo dijo al posadero en su vacilante portugués, lo que le hizo sonreír aún más ampliamente.

—¿Qué dijo? —preguntó Clarissa a Rafael cuando el hombre habló rápidamente en portugués antes de apresurarse de vuelta al interior.

—Dijo que lo mejor está por venir. —Rafael rio ante su expresión—. Se enorgullece de sus postres, y debo estar de acuerdo: sus pastéis de nata son de los mejores que he probado jamás, y su toucinho do céu... ¡ah! —Besó sus dedos—. ¡Verdaderamente celestial!

Los pastéis de nata eran deliciosas tartaletas de crema de huevo en una delicada masa hojaldrada que se deshacía en la boca, y el toucinho do céu, que Rafael explicó significaba 'tocino del cielo', era en realidad un denso pastel dulce de manteca con un fuerte sabor a almendra.

Clarissa tuvo que estar de acuerdo. Los postres eran, en efecto, mejores que la comida.

—Creo que nos han malacostumbrado —dijo, mirando con nostalgia la bandeja de tartas de natillas y dándose cuenta de que no podía comer ni un bocado más—. Considerando que esta fue nuestra primera comida en Portugal, ¡su hogar tiene mucho que superar, capitán de Silva!

—Tu primera comida en Portugal —la corrigió Alex. Ella lo miró sorprendida, y luego recordó que él había pasado muchos años en el ejército luchando contra los franceses. Su mirada era sombría mientras contemplaba la terraza, y ella se preguntó qué pensamientos ocupaban su mente; ciertamente no del fértil y verde valle que se extendía ante ellos, supuso.

Marianne puso una mano sobre la de Alex, dándole un breve apretón. Él pareció volver al presente y sonrió levemente.

—Aunque debo admitir que nunca he comido una comida tan excelente en tu país antes, Rafael. Fue magnífica.

Se demoraron un rato más, permitiendo que la comida se asentara. Clarissa se encontró regresando al borde de la terraza, sentándose esta vez en el muro bajo y admirando la vista. Después de unos minutos, Rafael vino a acompañarla.

—¿Es hora de irnos? —preguntó Clarissa.

—Pronto. Dejaremos que los caballos descansen unos quince minutos más —no parecía inclinado a conversar, simplemente se sentó a su lado y miró el valle.

—Dime —dijo Clarissa al fin, incapaz de soportar el silencio por más tiempo—, ¿qué nos espera en tu hogar?

—Recuerdos —dijo Rafael después de un momento, con expresión distante—. Y tal vez fantasmas.

—¿Fantasmas? —Sus cejas se arquearon con curiosidad.

—No literales —dijo con una leve sonrisa—. La guerra dejó heridas en la tierra, pero también en su gente. Mi familia lleva esas heridas, como verás.

—Entonces enfrentaremos esos fantasmas juntos —declaró ella con firmeza.

—Juntos —acordó Rafael, y por primera vez desde que se conocieron, pensó que vio un atisbo de vulnerabilidad en sus ojos oscuros.

Partieron poco después. A medida que viajaban más hacia el interior, el exuberante paisaje verde fue reemplazado por afloramientos rocosos y antiguos muros de piedra. Clarissa notó los viñedos, antes cuidadosamente atendidos, ahora ahogados por las malas hierbas. La entristecía; como tantas otras cosas que había visto en este viaje, era un testimonio silencioso de la guerra y el abandono.

El carruaje finalmente pasó por la brecha en las colinas que Rafael había mencionado y subió una pendiente empinada hacia un castillo encaramado al borde de un acantilado escarpado. Clarissa contuvo el aliento mientras miraba por la ventana su destino. Torre do Rochedo era una estructura alta y cuadrada con una torre central que se elevaba cinco o seis pisos, sus muros de piedra desgastados pero aún fuertes, con almenas que se alzaban hacia el cielo. Sin embargo, incluso desde aquí, podía ver los signos de decadencia; almenas desmoronándose en montones de escombros, hiedra trepando por ventanas donde el cristal se había roto hace mucho tiempo, y partes del muro exterior yaciendo en ruinas.

—Es más grande de lo que suponía —dijo Marianne en voz baja a su lado, inclinándose para mirar por la ventana—. Y en mucho mejor estado que la mayoría de los castillos en Portugal que Napoleón no destruyó por completo. La torre del homenaje central, al menos, parece bastante intacta.

Cuando el carruaje se detuvo, Clarissa tuvo que resistir el impulso de saltar ansiosamente. Quería causar una buena impresión a la madre y la hermana de Rafael, que presumiblemente esperaban para recibirlos dentro, y así se compuso. Juntando las manos en su regazo para evitar que temblaran, esperó hasta que Rafael abrió la puerta y ofreció su mano para ayudarla a descender.

—Bienvenida a Torre do Rochedo —dijo con orgullo mientras ella bajaba del carruaje—. Bienvenida a mi hogar.

Clarissa puso un pie calzado con zapatilla en el empedrado del patio, sintiéndose casi reverente, y se giró lentamente para observar la mezcla de grandeza y decadencia. Este lugar hablaba de siglos de historia, de batallas ganadas y perdidas, de una familia aferrándose a la dignidad a pesar de la pérdida y el empobrecimiento.

—Tu hogar —dijo suavemente, mirándolo—. Es magnífico, Rafael. Un monumento a la resistencia.

—Gracias —inclinó ligeramente la cabeza, aunque ella vio más emoción en sus ojos de lo que sus palabras pudieran haber sugerido.

Juntos, caminaron hacia la entrada, y Clarissa solo podía imaginar las historias que estos muros podrían contar. Aunque desgastado por el tiempo y la historia, Torre do Rochedo no era menos majestuoso por su edad. Se erguía como un símbolo de resiliencia, un hogar apropiado para el hombre que la estaba guiando al interior. La gran puerta de madera se abrió cuando subían los escalones, y una mujer estaba allí, con el rostro iluminado de alegría.

—Mamá —dijo Rafael, y había un espesor en su tono, una aspereza poco familiar.

Lucia de Silva era una mujer pequeña, menuda y algo encorvada por la edad y las penurias, pero su presencia llenaba el espacio. Sus ojos, cansados y arrugados aunque estuvieran, brillaban de felicidad, y se apresuró hacia adelante, con ansiedad en cada paso aunque parecía costarle esfuerzo, y echó sus brazos alrededor de su hijo.

—Meu filho —murmuró, su voz cargada de emoción.

—Madre —la voz de Rafael estaba igualmente ahogada. La abrazó fuertemente, luego se apartó, agarrando sus hombros, y dijo urgentemente—: ¿Isabella?

La sonrisa de Lucia fue toda la respuesta que necesitaba, y Clarissa sintió que un peso se levantaba de sus hombros. Había temido que llegaran solo para descubrir que la hermana de

Rafael había muerto de alguna enfermedad.

—Dice que Isabella estuvo enferma de neumonía pero que ya se ha recuperado —susurró Alex mientras Lucia hablaba rápidamente con su hijo en portugués.

—Gracias a Dios —murmuró Marianne, y Clarissa hizo eco del sentimiento.

Rafael recordó sus modales entonces, y los presentó a su madre. Clarissa ya sabía que Rafael había enviado un mensajero por delante; su llegada no era una sorpresa para Lucia. La mujer mayor saludó calurosamente a Alex y Marianne, antes de que Rafael se volviera para presentar a Clarissa.

—Lady Clarissa, bienvenida a nuestro hogar —dijo Lucia en un inglés acentuado pero claro, sonriendo cálidamente a Clarissa—. Es un honor para nosotros recibirla.

—Muchas gracias, señora de Silva —respondió Clarissa, haciendo una profunda reverencia. Al enderezarse, observó el sencillo vestido de Lucia. Estaba bien hecho, pero la tela estaba gastada y descolorida; aquí y allá, pequeños parches mostraban dónde se habían realizado cuidadosas reparaciones. Por lo que había visto de la propiedad hasta ahora, parecía lo mismo. Aunque la casa aún se mantenía en pie, su antigua gloria hacía mucho que se había desvanecido, y Clarissa sospechaba que Lucia manejaba un presupuesto ajustado para mantener las cosas funcionando. Admiraba mucho a la mujer mayor, aun sabiendo que la madre de Rafael no siempre había aprobado a su hijo.

—Por favor, entren y descansen. Deben estar cansados después de su viaje —Lucia les hizo un gesto para que la siguieran al interior de la casa—. Se han preparado habitaciones para todos ustedes, aunque espero que disculpen cualquier deficiencia.

Clarissa miró a su alrededor. Las paredes encaladas estaban cubiertas de tapices, pero eran viejos y descoloridos, desgastados en algunos lugares. En algún momento debieron haber sido gloriosos, pero el tiempo había hecho mella en ellos. Los muebles también eran sencillos, sillas de madera lisa con respaldos de caña tejida, algunas mesitas pequeñas y un par de aparadores.

—Su hospitalidad es de lo más generosa —aseguró Clarissa a Lucia con sinceridad, siguiéndola a una pequeña sala de estar que, aunque algo deteriorada, estaba limpia y ordenada, con un fuego en la chimenea que añadía un agradable calor a la fresca habitación.

—Debo ir con Isabella —se excusó Rafael, dejándolas al cuidado de su madre mientras Lucia llamaba a un par de criadas.

Clarissa estuvo a punto de preguntar si podía ir con Rafael, ansiosa por conocer a su hermana, pero se contuvo y sonrió educadamente cuando una de las criadas le hizo un gesto para que la siguiera.

Las habitaciones de huéspedes habían sido claramente preparadas a toda prisa, con las ventanas abiertas de par en par para dejar entrar el aire fresco, y la ropa de cama retirada y reemplazada por sábanas limpias. Aunque los muebles eran sencillos, Clarissa encontró su habitación encantadora y se dio cuenta de que, aunque los edificios habían sobrevivido a los franceses, gran parte del mobiliario original podría haber sido tomado y quemado como leña, y las finanzas restringidas de la finca significaban que no podían permitirse gastar mucho en habitaciones de huéspedes raramente utilizadas.

Aun así, la cama parecía lo suficientemente cómoda, y había una pequeña mesa y una silla junto a la ventana donde podría sentarse a escribir cartas si lo deseaba. Agradeció a la criada en su vacilante portugués, recibiendo una tímida sonrisa y una profunda reverencia a cambio antes de que la chica se apresurara a salir, regresando poco después con una bandeja que llevaba un plato de fruta en rodajas, algunos trozos de pastel y una cafetera.

—Oh, qué encantador —dijo Clarissa, buscando con la mirada si habría una tetera escondida en algún lugar. Nunca le había gustado el café. Bueno, había una jarra de buen tamaño con leche a un lado; simplemente bebería eso.

—*Você não gosta de café?* —preguntó la criada, señalando la cafetera cuando Clarissa solo se sirvió leche en su taza.

Clarissa pudo adivinar el significado, aunque no entendiera las palabras exactas. Señaló la cafetera, arrugó la nariz, negó con la cabeza y sonrió disculpándose. La criada asintió y desapareció, y Clarissa esperó no haberla ofendido. Al probar un bocado del pastel, descubrió que estaba delicioso, con un fuerte sabor a miel, canela y clavo. ¡Definitivamente podría acostumbrarse a los postres portugueses!

La criada regresó con una gran jarra de zumo de uva, y Clarissa sonrió felizmente. Le agradeció lo mejor que pudo. Se llevaron la cafetera, y Clarissa disfrutó de su merienda en solitaria paz, contemplando la vista desde la ventana.

Un golpe en la puerta unos minutos después resultó ser Rafael, que se quedó fuera cuando ella abrió.

—Isabella desea conocerte —dijo, sonriendo ampliamente—. Estoy tan aliviado de tenerla a salvo y recuperándose, que me encuentro incapaz de negarle nada.

—¡Me encantaría conocerla! —Clarissa se levantó inmediatamente—. Estoy muy ansiosa por hacer su conocimiento.

Rafael le ofreció su brazo para escoltarla, y subieron otro tramo de escaleras hasta el siguiente piso del castillo, que evidentemente era el área familiar. Rafael se detuvo frente a una puerta de

madera, golpeó una vez y luego la abrió sin esperar respuesta.

Clarissa atravesó el umbral, sus ojos adaptándose a la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas de gasa. La habitación estaba escasamente amueblada, pero prevalecía una especie de elegante sencillez. En el centro de la habitación, apoyada contra una montaña de almohadas, yacía Isabella.

—Lady Clarissa —Isabella la saludó con una voz débil pero clara, hablando inglés tan perfectamente como su hermano. Su piel estaba fantasmalmente pálida, casi transparente, y oscuras sombras enmarcaban sus ojos, aunque estos eran brillantes e inteligentes—. Es un honor conocerla.

—El honor es mío, Isabella —dijo Clarissa calurosamente, acercándose para tomar asiento junto a la cama—. He oído tanto sobre ti y tu gran fortaleza en este momento difícil.

—Fortaleza —Isabella esbozó una débil sonrisa—. Paciencia sería más preciso, creo.

—La paciencia es algo que a menudo me encuentro faltando —confesó Clarissa, esperando provocar otra sonrisa de la chica—. Pero creo que tú debes haberla aprendido bien.

—Cuando uno no tiene más remedio que estar postrado en cama todo el día, uno aprende paciencia por necesidad más que por virtud —respondió Isabella, aunque sus ojos parecían más brillantes ahora.

—Tal vez pueda ofrecerte alguna distracción —sugirió Clarissa, inclinándose hacia delante con un aire conspiratorio—. Rafael me dice que eres toda una erudita, con una mente aguda y amor por la literatura.

—¿Eso dice? —La expresión de Isabella se suavizó, y miró a su hermano, que estaba de pie en silencio junto a la puerta—. Siempre supo cómo halagarme.

—Halago o no, me encantaría escuchar tus pensamientos sobre algunos de mis libros favoritos —continuó Clarissa, sintiendo que había dado en el clavo—. Y quizás contarte algunas de mis propias historias.

—Eso suena encantador —dijo Isabella, con color en las mejillas—. Ha pasado demasiado tiempo desde que pude disfrutar de una buena conversación.

—Entonces recuperaremos el tiempo perdido —dijo Clarissa con firmeza, acomodándose en su silla—. Dime, ¿cuáles eran tus historias favoritas cuando eras niña?

—Oh, muchas —dijo Isabella, su voz ganando fuerza mientras hablaba—. Pero mis recuerdos favoritos son de Rafael contándome las leyendas de nuestros antepasados. Las hacía cobrar vida, así que sentía que estaba junto a ellos en la batalla o cabalgaba con ellos por las llanuras. Este viejo castillo se convertía en un lugar vivo y respirante cuando me contaba sus cuentos.

—Ah, el poder de una buena historia —Clarissa asintió, comprendiendo—. Las palabras pueden convertir incluso los días más aburridos en grandes aventuras.

—Sí —Isabella sonrió, sus ojos brillando—. En esta habitación, han sido mi escape.

—Entonces crearemos nuevas historias juntas —le prometió Clarissa, sintiendo una afinidad con la mujer más joven—. Cada día es una oportunidad para un nuevo comienzo, sin importar lo que la vida nos depare.

—Gracias, Lady Clarissa —dijo Isabella con sinceridad—. Ya has traído luz a mi día.

—Llámame Clarissa, por favor —insistió Clarissa, extendiendo la mano para tomar suavemente la de Isabella—. Somos amigas, ¿no?

—Sí, Clarissa —El rostro de Isabella se iluminó con una sonrisa—. Amigas, en efecto.

De pie en silencio junto a la puerta, Rafael sonrió también.



Capítulo Doce

LA LUZ DEL SOL SE FILTRABA A TRAVÉS de las cortinas de encaje, proyectando delicadas sombras sobre Isabella mientras reposaba en la cama, apoyada en mullidas almohadas. Sus mejillas finalmente tenían un tono rosado en lugar del pálido de la enfermedad.

Clarissa se sentó al borde de su asiento, sintiéndose como si fuera a estallar de preguntas. Durante los últimos días sentada junto a la cama de Isabella, había aprendido a moderar su tendencia natural a charlar y presionar, permitiendo que la otra chica descansara. Pero ahora, viendo que la fuerza y la vitalidad comenzaban a regresar, Clarissa apenas podía contener su ansiedad por conocer realmente a la dulce hermana menor de Rafael.

—Oh, Bella, no puedes imaginar lo aliviada que estoy de verte recuperándote por fin —dijo Clarissa, resistiendo el impulso de abrazar efusivamente a la otra chica—. He estado terriblemente preocupada.

Isabella sonrió suavemente, extendiendo la mano para estrechar la de Clarissa.

—Tu presencia me ha dado tanto consuelo, Clarissa. Saber que estabas aquí, deseando mi recuperación con tu terca determinación —Sus ojos brillaron con alegría.

Clarissa se rio.

—Bueno, si hay algo que soy, es testarudamente obstinada cuando me propongo algo. El pobre Rafael no tuvo oportunidad una vez que insistí en quedarme para ayudar.

—Mi hermano tiene la suerte de haber encontrado una amiga tan leal en ti. Espero que sepas lo profundamente agradecidos que estamos todos.

Amiga. La palabra se le atascó en la garganta a Clarissa. Por supuesto que Isabella pensaría en ella como una amiga, un miembro adoptado de la familia. No podía adivinar los sentimientos decididamente poco fraternales que Clarissa albergaba por Rafael.

—Soy yo quien le debe todo a Rafael, como bien sabes —Clarissa ya había contado a Isabella la historia de cómo Rafael la había rescatado del barco corsario—. Hacerte compañía es lo mínimo que puedo hacer —Sacudiéndose los anhelos melancólicos de que Rafael pudiera pensar en ella como algo más que una amiga algún día, Clarissa forzó una sonrisa brillante—. Ahora, simplemente tienes que contarme todo lo que hay que saber sobre crecer aquí. Estoy infinitamente fascinada por tu hogar y tu familia.

—Será mi mayor placer —respondió Isabella calurosamente, con los ojos iluminados de entusiasmo—. Pero primero, insisto en que compartas más de tus propias historias. Rafael mencionó que pasaste tiempo en Italia, ¿no?

Clarissa asintió, su mente ya dando vueltas con recuerdos de las colinas bañadas por el sol y los exuberantes viñedos. Los meses que había pasado recorriendo el campo habían sido algunos de los más despreocupados de su vida.

—En efecto, quedé completamente cautivada por la belleza de todo aquello...

Mientras las dos jóvenes hablaban y reían, intercambiando historias de momentos preciados y sueños para el futuro, comenzó a formarse un vínculo inquebrantable. Nacida de alegrías y luchas compartidas, una amistad duradera echó raíces.

Unos días después, finalmente recuperada lo suficiente como para salir de su habitación de enferma por más de una hora o dos a la vez, Isabella guió a Clarissa por los extensos terrenos de la finca de los de Silva, mientras la cálida brisa les alborotaba el cabello.

Al doblar una curva en el camino, los viñedos aparecieron a la vista. A Clarissa se le cortó la respiración. Las hileras de vides, antes prístinas, ahora estaban ahogadas por las malas hierbas, sus ramas retorcidas se extendían hacia el cielo como dedos esqueléticos. Era un crudo recordatorio del peaje que la guerra había cobrado a la tierra y a su gente.

—Me rompe el corazón verlos así —dijo Isabella suavemente, su voz teñida de tristeza—. Aunque nunca los he visto de otra manera, mamá y Rafael me han contado historias: estos viñedos eran una vez el orgullo de nuestra familia.

Clarissa extendió la mano y dio un apretón reconfortante a la de Isabella.

—Pueden volver a serlo —dijo, su mente ya zumbando con posibilidades—. En Italia, vi viñedos que habían sido devastados por enfermedades y negligencia, pero con trabajo duro y dedicación, fueron devueltos a la vida.

Los ojos de Isabella se agrandaron, una chispa de esperanza encendiéndose en ellos.

—¿De verdad crees que es posible?

—Lo creo —dijo Clarissa firmemente, su mirada recorriendo las vides descuidadas. Casi podía imaginarlas cargadas de uvas maduras y jugosas, el aire lleno del aroma embriagador del vino fermentando—. No será fácil, pero nada que valga la pena lo es.

Rafael se acercó a ellas, su frente arrugada de preocupación. Había escuchado su conversación y se sintió obligado a intervenir.

—Aprecio su entusiasmo, Lady Clarissa —comenzó, su voz profunda teñida con un toque de resignación—, pero me temo que la tarea puede ser más desalentadora de lo que se da cuenta.

Clarissa se volvió para enfrentarlo, con la barbilla levantada en desafío.

—Capitán de Silva, entiendo sus reservas, pero creo firmemente que con el enfoque y la dedicación adecuados, podemos revivir estos viñedos y asegurar el futuro financiero de su familia.

Rafael suspiró, pasándose una mano por el pelo oscuro.

—La guerra ha cobrado un alto precio en nuestra tierra. La mayoría de las vides fueron quemadas, y el nuevo crecimiento es joven y frágil. Llevará años de trabajo duro e inversión significativa devolverlas a su antigua gloria.

—Pero no es imposible —replicó Clarissa, sus ojos brillando con determinación—. Y las recompensas potenciales son inmensas, no solo financieramente, sino para el espíritu de su familia y la comunidad local.



Mientras Rafael escuchaba sus apasionadas palabras, no pudo evitar sentir que una chispa de esperanza se encendía en su pecho. Quizás ella tenía razón. Quizás esta era la oportunidad que había estado buscando, una oportunidad de reconstruir no solo los viñedos, sino su propio sentido de propósito y pertenencia.

—Admiro su espíritu —dijo al fin, con una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de su boca—. Y debo admitir que su propuesta tiene mérito. Pero debemos ser realistas sobre los desafíos que nos esperan. No será un camino fácil.

Clarissa encontró su mirada, su propia sonrisa radiante de optimismo.

—Nada que valga la pena lo es, Capitán. Pero juntos, creo que podemos superar cualquier obstáculo.

Rafael sintió una oleada de gratitud hacia Clarissa por su inquebrantable fe en el potencial de la finca de su familia. Su entusiasmo era contagioso, y se encontró considerando la propuesta más

seriamente.

Miró a Isabella, que prácticamente vibraba de emoción. —¿Qué piensas, Bella? ¿Podríamos realmente devolver la vida a los viñedos?

Isabella juntó las manos, con los ojos brillando de esperanza. —¡Oh, Rafa, imagínalo! Las vides cargadas de uvas, el aire lleno del dulce aroma del vino... Sería como un sueño hecho realidad.

Rafael asintió lentamente, su mente ya corriendo con la logística de tal empresa. Requeriría inversiones significativas de tiempo, trabajo y recursos. Pero si pudieran lograrlo...

Se volvió hacia Clarissa, su expresión seria. —Esto no será una tarea fácil. Tendremos que limpiar las malas hierbas, podar las vides y probablemente replantar secciones enteras. Pasarán años de duro trabajo antes de que veamos un rendimiento significativo.

Clarissa le sostuvo la mirada sin pestañear, su determinación evidente en la firmeza de su mandíbula. —Entiendo los desafíos, Capitán. Pero también veo la increíble oportunidad que tenemos ante nosotros. No solo para su familia, sino para toda la comunidad. ¡Imagine los empleos que podría crear, el impulso económico que podría proporcionar a su gente!

Rafael sintió un destello de admiración por su visión y su compasión. No solo pensaba en sí misma o incluso en su familia, sino que estaba considerando el impacto más amplio que podría tener tal proyecto. Su mente corría mientras consideraba las implicaciones del plan. Los viñedos habían sido parte del legado de su familia durante generaciones, pero la necesidad de ganar dinero rápidamente siempre lo había arrastrado al mar, para ejercer el oficio que conocía con su barco. Ahora, con el estímulo de Clarissa, podía ver un camino diferente desplegándose ante él, volviendo a las profundas raíces de su familia en esta tierra.

—Debo admitir —dijo lentamente, su mirada vagando por las colinas bañadas por el sol—, que la idea de pasar mis días en tierra, cuidando las vides y supervisando la finca, no carece de atractivo.

—Tiene una rara oportunidad, Capitán —dijo Clarissa suavemente, sus ojos azules fijos en su rostro con una súplica sincera—. De crear algo duradero, algo que perdurará mucho después de que nos hayamos ido.

Sus palabras tocaron una fibra sensible en él, resonando con un anhelo profundo que había reprimido durante mucho tiempo. El mar había sido su amante durante tanto tiempo, exigiendo su atención y devoción. Pero la finca, los viñedos... ofrecían un tipo diferente de desafío, un tipo diferente de satisfacción.

—Significaría renunciar a mi barco —meditó en voz alta—. Dejar la Santa Dorotéia en manos de otra persona.

—Pero piense en lo que ganaría —respondió Clarissa, sus ojos brillando con convicción—. Una oportunidad de reconstruir, de crear algo nuevo y hermoso. Y... —vaciló, un leve rubor coloreando sus mejillas—. Estaría aquí, con su familia. Con aquellos que lo aman.

El corazón de Rafael se agitó en su pecho ante sus palabras, ante la promesa implícita que contenían. ¿Podría atreverse a esperar que ella llegara a quererlo como algo más que un amigo? ¿Que algún día compartiera su vida, sus sueños?

—Mire esto, Rafael —exclamó, señalando una vid particularmente nudosa y vieja—. Esta ha sobrevivido a tanto. Imagine en lo que podría convertirse con un poco de cuidado y atención.

Sonrió ante su entusiasmo, maravillándose de la manera en que parecía encontrar belleza y potencial en todo lo que veía. —Requerirá mucho trabajo —advirtió, incluso cuando la esperanza se encendía en su pecho—. Las vides están en malas condiciones, y el suelo necesitará ser cuidado.

—Pero valdrá la pena —insistió Clarissa, volviéndose para mirarlo—. ¿No puedes verlo, Rafael? ¿Las uvas madurando en la vid, el vino fluyendo libremente una vez más? ¿El legado de tu familia, restaurado a su antigua gloria?

Sus palabras pintaron una imagen vívida en su mente, y por un momento, casi pudo saborear el vino rico y con cuerpo en su lengua. Era un sueño que nunca se había atrevido a albergar, un futuro que nunca se había permitido imaginar.

Pero con Clarissa a su lado, todo parecía posible.

—Tengo algunos ahorros —se encontró diciendo, su mente ya corriendo hacia adelante—. Suficiente para mantenernos mientras trabajamos en los viñedos. No será fácil, pero...

—Pero será una aventura —terminó Clarissa por él, su sonrisa más brillante que el sol en lo alto. Rafael miró a Clarissa, sus ojos brillando con entusiasmo y determinación. En ese momento, se dio cuenta de que su vida estaba a punto de cambiar irrevocablemente. El llamado del mar, que una vez había sido su compañero constante, ahora parecía distante y apagado en comparación con la promesa de un futuro con Clarissa y el renacimiento del legado de su familia.

—Nunca pensé que diría esto —comenzó Rafael, su voz baja y sincera—, pero estoy listo para dejar atrás mi vida en el mar. Este viñedo, esta tierra... es donde pertenezco.

Isabella dejó escapar un grito de alegría y aplaudió antes de lanzarse hacia él, echándole los brazos al cuello. —¡Oh, hermano! ¡Nada podría ser más maravilloso!

Encontró la mirada de Clarissa por encima de la cabeza de su hermana. Ella también sonreía con alegría, su cabello besado por el sol dorado bajo la luz, y Rafael supo en su corazón que quería

ver esa sonrisa todos los días de su vida. Estaba listo para el desafío de restaurar los viñedos, de reconstruir el legado de su familia, pero quería a Clarissa a su lado, como su esposa.

Después de observarla estas últimas semanas, ya no dudaba que ella pudiera ser feliz en Torre do Rochedo. Ella e Isabella ya eran grandes amigas. Su madre la adoraba y había dejado caer un sinfín de indirectas poco sutiles a Rafael sobre casarse y sentar cabeza. Y después de todo, Alex ya había dejado bastante claro que su propuesta sería bienvenida, incluso necesaria para salvaguardar la reputación de Clarissa después del incidente del corsario.

Solo necesitaba encontrar el momento y las palabras adecuadas para pedírselo. Liberándose del entusiasta abrazo de Isabella, Rafael ofreció un brazo a cada una.

—Vengan. Volvamos al castillo y contémosle a Mamma lo que hemos decidido. Creo que estará complacida, ¿no creen?

—Creo que no hay nada que la haría más feliz —rio Clarissa, tomando su brazo.

—Oh, se me ocurre una cosa —dijo Rafael enigmáticamente—. Pero eso tendrá que esperar un poco más.



Capítulo Trece

RAFAEL, CLARISSA E ISABELLA CAMINABAN DEL BRAZO DE regreso al castillo en lo alto del acantilado, hablando y riendo, la alegría impregnándolos a los tres. Al llegar al patio, Isabella se disculpó, corriendo hacia el castillo y dejando a Rafael y Clarissa solos en los adoquines.

Rafael miró a Clarissa, frunciendo el ceño. —Clarissa... hay algo que he querido decirte —dijo. Su corazón casi saltó de su pecho. ¿Podría ser...? —¿Sí? —dijo ansiosamente, pero antes de que él pudiera decir otra palabra, fueron interrumpidos por el sonido de cascos y la llegada de dos caballos.

Curiosa, Clarissa se volvió para mirar a los recién llegados, y una visión impensable se desarrolló ante sus ojos. Dos caballeros, tan inesperados como familiares, cabalaron a través del arco de piedra y entraron en la finca familiar de los de Silva.

Los rasgos apuestamente libertinos del Sr. Edward Dalton mostraban una expresión de absoluto asombro cuando su mirada se posó en Clarissa. —¡Lady Clarissa! Confieso que me alegro enormemente de verla aquí. Cuando oí hablar de su desaparición de Atenas, temí que le hubiera ocurrido algún destino terrible, pero aquí está, tan radiante como siempre.

Antes de que Clarissa pudiera reunir el ingenio para responder, el segundo caballero desmontó su caballo y se inclinó en una grácil reverencia. —Clarissa, mia cara, qué deliciosa sorpresa —dijo Mario, Conte de Bardolino, su melíflu acento italiano acariciando su nombre.

Clarissa solo los miró fijamente, incapaz de hablar, con el corazón acelerado. ¿Dos hombres de su pasado, materializándose aquí en Portugal? Desafiaba toda creencia.

Hizo una reverencia, agradecida por la excusa para componerse. —Sr. Dalton, Conte de Bardolino, esto es ciertamente un placer inesperado. No tenía idea de que ninguno de ustedes planeara visitar Portugal.

Edward se acercó, sus ojos azules recorriéndola con franca admiración. —Una feliz coincidencia, sin duda. Me encontré con Lady Glenkellie en Florencia, donde me informó que usted había sido recuperada sana y salva de su misteriosa desaparición y estaba en camino de regreso a Inglaterra. Pero encontrarla aquí... —Se interrumpió, su mirada recorriendo el rústico patio, posándose en Rafael con una mirada de apenas disimulado desprecio.

La mente de Clarissa daba vueltas. Hace solo unos momentos, había estado compartiendo un momento privado con Rafael en este mismo lugar, casi segura de que él estaba a punto de proponerle matrimonio. Ahora, con estos dos intrusos de su antigua vida, todo se sentía trastocado, incierto.

Forzó una sonrisa. —La familia de Silva ha sido lo suficientemente amable como para alojarme en mi viaje. Vengan, permítanme presentarlos. Capitán Rafael de Silva, este es el Conte di Bardolino, y el Sr. Edward Dalton.

Rafael se inclinó rígidamente mientras Clarissa hacía las presentaciones. —Bienvenidos, caballeros. Son muy bienvenidos a Torre do Rochedo, pero ¿a qué debemos el placer de su compañía?

El Conte sonrió ampliamente, aparentemente ajeno a la corriente subyacente de tensión. —¡Ah, Capitán de Silva! Estaba visitando a unos parientes en Florencia cuando llegó el Sr. Dalton, y me enteré de que Lady Clarissa estaba aquí en Portugal. Por un capricho, simplemente tuve que venir a presentar mis respetos.

Mario era muy joven, no mayor que la propia Clarissa, y parecía infantil en comparación con Rafael. Su excusa era transparentemente débil. Clarissa suspiró interiormente. Mario había puesto sus ojos en su hermana Diana el verano anterior cuando visitaron su hermosa finca en las orillas del Lago de Garda. Ahora que Diana se había casado con su duque y ya no estaba disponible, parecía que Mario había dirigido su atención hacia Clarissa. Tendría que desalentarlo firmemente.

El Sr. Dalton, sin embargo, fijó en Rafael una mirada fría. —En efecto. Toda una coincidencia, encontrar a Clarissa aquí, ¿no es así?

El corazón de Clarissa se hundió ante la apenas velada acusación en el tono de Edward. Miró a Rafael, viendo el músculo de su mandíbula tensarse.

—Coincidencia o no —respondió Rafael con serenidad—, *Lady Clarissa* es una invitada de honor en el hogar de mi familia. Confío en que lo recordará durante su estancia.

Los dos hombres parecieron evaluarse mutuamente, el aire entre ellos chispeando con una rivalidad no expresada. La inquietud de Clarissa creció. ¿Cómo se había vuelto su vida tan

complicada tan rápidamente?

Dio un paso adelante, decidida a desactivar la situación. —Estoy segura de que están cansados por sus viajes. Tal vez, Capitán, ¿podría presentar a los caballeros a la Senhora de Silva y ella podría encontrarles alojamiento?

Rafael dudó un momento, luego asintió. —Por supuesto. Por favor, síganme. —Mientras se llevaba a los hombres, Clarissa captó el más breve atisbo de algo crudo y vulnerable en sus ojos verde mar.

Pero se esfumó en un instante, dejándola preguntándose si simplemente lo había imaginado. Con un suspiro, se dio la vuelta y fue a buscar a Marianne, su cabeza dando vueltas con preguntas y su corazón pesado con una creciente sensación de presagio.

Cuando Clarissa bajó la gran escalera más tarde esa tarde, se sorprendió al encontrar a Edward esperándola al pie, su postura casual pero confiada mientras se apoyaba contra la ornamentada barandilla.

—Ah, Clarissa —la saludó con una sonrisa encantadora que una vez habría hecho que su corazón aleteara—. Esperaba que pudiéramos tener un momento para charlar.

Clarissa forzó una sonrisa, tratando de ignorar la inquietud que le recorría la columna. —Por supuesto. ¿Damos un paseo por los jardines?

Él le ofreció su brazo y ella lo tomó, permitiéndole guiarla afuera. Caminaron en silencio por unos momentos, el único sonido el crujir de la grava bajo sus pies.

Finalmente, Edward habló. —Debo confesar, Clarissa, que me encuentro bastante perplejo por tu repentina partida de Atenas. En un momento estábamos disfrutando de la compañía del otro, y al siguiente, te habías ido sin decir palabra.

El estómago de Clarissa se retorció. ¿Cómo podría explicar posiblemente la verdad de lo que había sucedido? —Yo... lo siento. Todo fue bastante repentino.

Él dejó de caminar, volviéndose para mirarla con el ceño fruncido. —¿Repentino? Clarissa, desapareciste en medio de la noche. Tu familia estaba frenética de preocupación. Y ahora, encontrarte aquí, en Portugal de todos los lugares...

Ella se erizó ante su tono, ante la acusación no dicha detrás de sus palabras. —¿Difícilmente creo que mi paradero sea de tu incumbencia, Sr. Dalton!

Sus ojos se entrecerraron. —¿No? Y sin embargo, no hace mucho tiempo, esperaba que lo fueran. Pensé que quizás tú y yo... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza—. Pero ahora veo que estaba equivocado.

El corazón de Clarissa se hundió. En otro tiempo, sus palabras la habrían emocionado, pero ahora solo la llenaban de una vaga sensación de arrepentimiento. —Yo... lo siento si te di la impresión equivocada. Pero mis sentimientos... han cambiado.

Él la miró fijamente durante un largo momento, con la mandíbula apretada. Luego, dejó escapar una risa sin humor. —¿Cambiado? ¿O simplemente nunca fueron lo que yo creía que eran?

Ella desvió la mirada, incapaz de enfrentarse a sus ojos. —Señor Dalton...

—No, no se moleste —dijo fríamente—. Lo entiendo perfectamente. Solo espero, por su bien, que sus nuevos afectos no estén mal depositados.

Con eso, giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas, dejando a Clarissa sola en el jardín, con el corazón pesado por el peso de las palabras no dichas.

Mientras Clarissa observaba la figura en retirada de Edward, escuchó el sonido de pasos que se acercaban. Al volverse, se encontró cara a cara con el Conte de Bardolino, sus atractivas facciones iluminadas con una sonrisa juvenil.

—¡Clarissa, mia cara! —exclamó, haciendo una profunda reverencia y besando su mano—. ¡Qué deliciosa sorpresa encontrarte aquí!

A pesar de su estado de ánimo melancólico, Clarissa no pudo evitar sonreír ante su exuberancia. Recordó el enamoramiento del Conte con su hermana Diana la temporada anterior, cómo la había seguido como un cachorro ansioso. Ambas hermanas no habían hecho más que divertirse con sus atenciones.

—Mario —lo saludó calurosamente, sin temor a usar su nombre de pila, ya que había llegado a verlo casi como un hermano durante su tiempo en Italia—. Debo confesar que estoy bastante sorprendida de verte aquí también. ¿Qué te trae a Portugal?

Él agitó una mano con despreocupación. —Oh, ya sabes cómo es. Un poco de ansia por viajar, un deseo de aventura. Y, por supuesto, la oportunidad de disfrutar una vez más de tu radiante presencia.

Clarissa se rió, sacudiendo la cabeza. —Eres incorregible, Mario. Pero me temo que me encontrarás como una compañía bastante pobre en este momento.

Su ceño se frunció con preocupación. —¿Por qué? ¿Qué sucede? ¿Ese odioso de Dalton te ha estado molestando? Insistió en acompañarme desde Florencia y admito que no me he encariñado con él.

Ella suspiró. —No es nada, en realidad. Solo un pequeño desacuerdo entre amigos.

Mario chasqueó la lengua con simpatía. —Ah, las pruebas y tribulaciones del corazón. Pero no temas, mia bella! Me esforzaré por levantar tu ánimo con mi ingenio encantador y mi apariencia

deslumbrante.

Clarissa no pudo evitar divertirse con sus ocurrencias. Comparado con la tranquila intensidad de Rafael, Mario parecía casi infantil en su entusiasmo. Se encontró preguntándose cómo le estaría yendo a Rafael con las llegadas inesperadas.

Como si hubieran sido invocadas por sus pensamientos, Lucia e Isabella aparecieron, sus rostros iluminados con sonrisas de bienvenida.

—¡Conte! Me gustaría presentarle a mi hija, Isabella —dijo Lucia.

Mario se detuvo en seco, mirando fijamente a Isabella, quien se veía particularmente encantadora esa tarde con un vestido de seda verde mar pálido, sus brillantes rizos negros cayendo alrededor de sus hombros.

Clarissa se rió en silencio para sí misma mientras Mario tropezaba con sus palabras, su mirada sin apartarse nunca del rostro de Isabella. Por su parte, Isabella parecía igualmente cautivada por el joven conde italiano, sonrojándose y sonriendo tímidamente mientras él se inclinaba sobre su mano.

Lucia cruzó una mirada con Clarissa y sonrió, la sonrisa satisfecha de una madre que ha encontrado un pretendiente adecuado para su descendencia y ha visto un resultado inmediato. Clarissa le devolvió la sonrisa a Lucia, honestamente agradecida; si Mario transfería sus atenciones a Isabella, eso era un problema menos del que Clarissa tenía que preocuparse.

Los días pasaron en un torbellino de actividad, con Isabella y Lucia tomando a su cargo el entretenimiento de sus invitados, disfrutando obviamente de tener Torre do Rochedo llena de huéspedes una vez más. Clarissa se vio arrastrada a sus animadas conversaciones, agradecida por la distracción de sus pensamientos problemáticos. Sin embargo, incluso mientras reía y bromeaba con los demás, no podía sacudirse la sensación de inquietud que se había asentado en la boca de su estómago.

Al menos Mario ahora parecía completamente encantado con Isabella. Su mirada seguía a la hermosa joven dondequiera que iba, sus ojos iluminados con admiración y asombro.

Clarissa observaba a la pareja mientras paseaban por los jardines, con las cabezas inclinadas cerca la una de la otra en íntima conversación. La risa argentina de Isabella resonaba por los terrenos, y la risa correspondiente de Mario enviaba una punzada de envidia a través del corazón de Clarissa. No por los afectos de Mario, sino por la fácil camaradería que los dos parecían compartir.

No pudo evitar contrastar sus interacciones despreocupadas con el comportamiento distante de Rafael. Desde la llegada de los nuevos invitados, había estado notablemente ausente, sus deberes

aparentemente ocupando todo su tiempo. Clarissa intentaba decirse a sí misma que era mera coincidencia, que su alejamiento no tenía nada que ver con ella, pero el dolor en su pecho contaba una historia diferente.

A medida que los días se extendían hasta convertirse en una semana, las dudas e inseguridades de Clarissa crecieron. Se encontró vagando por los pasillos de la finca, esperando vislumbrar a Rafael, solo para encontrarse con la decepción a cada paso. Las pocas veces que lo veía, él estaba distante y formal, sus ojos verde mar cerrados ante su mirada inquisitiva.

Con cada día que pasaba, el corazón de Clarissa se rompía un poco más. Había pensado... había esperado... que quizás hubiera algo especial entre ellos. Que la conexión que sentía no era solo un producto de su imaginación. Pero ahora, enfrentada a la fría indiferencia de Rafael, se veía obligada a enfrentar la dolorosa verdad.

Lo había perdido. Antes de haberlo tenido realmente.

Marianne encontró a Clarissa sentada en el jardín, con los ojos fijos en el horizonte lejano. La Marquesa se sentó en el banco junto a su sobrina, su aguda mirada captando la expresión melancólica de Clarissa.

—¿Qué te preocupa, querida? —preguntó Marianne suavemente.

Clarissa suspiró, sus dedos retorciéndose en los pliegues de su vestido. —Es Rafael —admitió, su voz apenas por encima de un susurro—. Me ha estado evitando desde que el señor Dalton y el Conte llegaron. Temo haber hecho algo para ofenderlo.

La frente de Marianne se arrugó pensativamente. —No creo que ese sea el caso —dijo lentamente—. De hecho, sospecho todo lo contrario.

Clarissa se volvió para mirar a su amiga, con la confusión grabada en sus facciones. —¿Qué quieres decir?

—Creo que Rafael está celoso —dijo Marianne simplemente.

Una risa sobresaltada escapó de los labios de Clarissa. —¿Celoso? ¿De quién? ¿Del señor Dalton? ¿Del Conte? Eso es absurdo.

Marianne negó con la cabeza.

—¿Lo es? Tienes historia con ambos hombres. No es descabellado pensar que Rafael pueda sentirse amenazado por su presencia.

Clarissa consideró esto por un momento, su corazón aleteando con una tímida esperanza. ¿Podría ser cierto? ¿Podría la distancia de Rafael ser una manifestación de celos en lugar de indiferencia? Recordó sus interacciones antes de la llegada de sus invitados. Las miradas furtivas, las suaves bromas, la innegable atracción entre ellos. Todo se había sentido tan real, tan prometedor. Pero

luego todo había cambiado.

—No lo sé, Marianne —dijo Clarissa con incertidumbre—. Ha estado tan frío. Tan distante. Si realmente le importara, ¿no querría pasar tiempo conmigo, sin importar quién más estuviera aquí?

Marianne sonrió con complicidad.

—Los hombres pueden ser criaturas tontas, querida. A menudo dejan que su orgullo e inseguridades nublen su juicio, y los celos son la peor de las emociones, como Alex podría decirte —Extendió la mano y apretó la de Clarissa—. Si quieres respuestas, debes buscarlas tú misma.

Clarissa respiró hondo, su determinación endureciéndose. Marianne tenía razón. No podía quedarse sentada esperando que Rafael viniera a ella. Tenía que tomar acción.

Poniéndose de pie, Clarissa alisó sus faldas y cuadró los hombros.

—Voy a buscarlo —declaró—. Voy a preguntarle directamente si he hecho algo para ofenderlo.

Marianne asintió aprobatoriamente.

—Bien. No dejes que evada la pregunta. Exige la verdad.

Con una sonrisa agradecida, Clarissa partió en busca de Rafael, su corazón latiendo con una mezcla de anticipación y temor. De una forma u otra, tendría su respuesta.



Rafael irrumpió en los establos, su mente una tempestad de emociones conflictivas. La visión de Clarissa con esos dos hombres, la forma fácil en que les sonreía, el brillo en sus ojos... era más de lo que podía soportar.

Ensilló su caballo con movimientos bruscos y agresivos, con la mandíbula apretada. Necesitaba alejarse, aclarar su mente. Averiguar qué demonios iba a hacer con estos sentimientos que amenazaban con consumirlo.

—¿Huyendo de nuevo, hijo mío?

Rafael se dio la vuelta para ver a Lucia apoyada en la puerta del establo, con los brazos cruzados y una mirada conocedora en su rostro.

—No estoy huyendo —espetó—. Tengo trabajo que hacer.

Lucia arqueó una ceja.

—¿Trabajo que convenientemente te lleva lejos de cierta dama inglesa y sus pretendientes?

Las manos de Rafael se detuvieron en la silla de montar. Esa era la cuestión, ¿no? ¿Qué podría él, un noble portugués sin un centavo con un castillo en ruinas y un viñedo descuidado, ofrecerle a una mujer como Clarissa? Mejor mantener la distancia, dejarla libre para elegir entre los dos pretendientes que podían ofrecerle la vida que merecía.

—No tengo... —Tragó saliva con dificultad—. No tengo ninguna oportunidad. Por eso necesito mantenerme alejado.

Los ojos de Lucia se suavizaron.

—Oh, Rafael. ¿No lo ves? Ella se preocupa por ti. Cualquiera con ojos puede verlo.

Rafael negó con la cabeza.

—Ella merece algo mejor que yo, Mamma. Mejor que esta vida.

—¿Y qué hay de lo que ella quiere? —preguntó Lucia suavemente—. ¿Siquiera se lo has preguntado?

Rafael apartó la mirada, su mandíbula trabajando. No, no se lo había preguntado. Había estado demasiado asustado de la respuesta.

—El orgullo es una cosa curiosa, querido —dijo Lucia—. Puede hacernos hacer cosas tontas. Como alejar a las personas que amamos porque creemos que no somos lo suficientemente buenos para ellas.

Los ojos de Rafael volvieron rápidamente a los de ella.

—Yo no...

—¿No lo haces? —Lucia sonrió—. No dejes que tu orgullo arruine esto, Rafael. Habla con ella. Dile cómo te sientes. Antes de que sea demasiado tarde.

Con eso, Lucia se dio la vuelta y salió de los establos, dejando a Rafael solo con sus pensamientos. Apoyó su frente en el cuello de su caballo, cerrando los ojos.

¿Podría su madre tener razón? ¿Podría Clarissa realmente preocuparse por él, a pesar de todo? El pensamiento hizo que su corazón se acelerara y sus palmas sudaran.

Pero la alternativa... la idea de perderla, de verla enamorarse de alguien más... eso era insoportable.

Rafael suspiró y quitó su silla de montar, acariciando el cuello de su caballo en disculpa antes de guardar los arreos y salir del establo. No más huidas. Su decisión estaba tomada. Hablaría con Clarissa. Pondría su corazón a sus pies y rezaría para que ella lo aceptara.

Y si no lo hacía... bueno, al menos sabría que lo había intentado.

Sabía que había estado evitando a Clarissa, sabía que su comportamiento le estaba causando dolor. Pero no podía evitarlo. Cada vez que la veía con Dalton o el Conte, riendo de sus bromas o

escuchando atentamente sus historias, unos celos amargos se alzaban dentro de él, amenazando con ahogarlo.

¿Cómo podía competir con ellos? ¿Con su riqueza y títulos y encanto natural? Él era solo un humilde capitán de barco, luchando por mantener a flote la finca de su familia. ¿Qué podría ofrecerle a una mujer como Clarissa? ¿Una finca en ruinas y un futuro incierto? El Conte era rico y titulado, Dalton un aristócrata inglés; cualquiera de los dos seguramente sería mucho más aceptable como pretendiente que él.

El sonido de pasos detrás de él lo sacó de sus pensamientos. Se giró para ver a la misma Clarissa acercándose, su expresión determinada.

—Rafael —dijo ella, deteniéndose frente a él—. Necesito hablar contigo.

Él tragó saliva con dificultad, su corazón acelerándose ante su proximidad.

—Por supuesto —logró decir, su voz áspera—. ¿Qué sucede?

Clarissa respiró hondo, como si se estuviera preparando.

—¿He hecho algo para ofenderte? —preguntó sin rodeos.

Rafael parpadeó, sorprendido por su franqueza.

—No —dijo rápidamente—. No, por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué me has estado evitando? —insistió Clarissa, sus ojos escrutando su rostro—. Desde que el señor Dalton y el Conte llegaron, apenas me has dirigido la palabra. Has estado distante y frío. No lo entiendo.

Rafael apartó la mirada, incapaz de sostener su mirada. ¿Cómo podía explicar la enredada maraña de emociones que lo habían estado atormentando? ¿El miedo, la inseguridad, el anhelo profundo del que nunca parecía poder escapar?

—He estado ocupado —dijo débilmente, la excusa sonando hueca incluso para sus propios oídos—. Mis deberes...

—No me mientas, Rafael —interrumpió Clarissa, su voz afilada—. Sé que hay algo más que eso. Él suspiró, pasándose una mano por el cabello.

—¿Qué quieres que te diga, Clarissa?

—La verdad —dijo ella simplemente—. Quiero la verdad.

Rafael cerró los ojos, apretando la mandíbula. La verdad. Lo único que no podía darle. Porque la verdad era que estaba enamorado de ella, desesperada e irrevocablemente. Y la verdad era que no era digno de ella, nunca podría ser digno de ella.

Pero mientras estaba allí, sintiendo el peso de su mirada sobre él, supo que no podía seguir huyendo de esto. De ella.

—La verdad —dijo lentamente, abriendo los ojos para contemplar su hermoso rostro, marcado por la determinación mientras lo confrontaba— es que yo...

La voz de Rafael se apagó mientras luchaba por encontrar las palabras. Se apartó de Clarissa, su mirada cayendo sobre los viñedos bañados por el sol que se extendían ante ellos. La luz dorada parecía burlarse de él, un recordatorio de toda la calidez y belleza que no podía poseer.

—No puedo competir con ellos —dijo al fin, con voz baja y áspera—. El Conte, con su título y su riqueza. Y Dalton, con su respetable educación inglesa y su historia con tu familia. Ellos pueden ofrecerte mucho más de lo que yo jamás podría.

Clarissa se acercó, con el ceño fruncido de confusión.

—Rafael, ¿de qué estás hablando? No me importan los títulos ni la riqueza. Me importas tú.

Él negó con la cabeza, dejando escapar una risa amarga.

—No deberías. Te mereces mucho más que un capitán portugués sin un céntimo, con un castillo en ruinas y un viñedo en decadencia.

—Basta —dijo Clarissa con fiereza, su mano aferrándose a su brazo—. Deja de hablar así de ti mismo. Eres el hombre más honorable, valiente y amable que he conocido. Tus circunstancias no te definen.

Rafael la miró, con el corazón dolorido por la sinceridad en sus ojos. Deseaba tanto creerle, permitirse tener la esperanza de que tal vez, solo tal vez, ella pudiera amarlo como él la amaba.

Pero las dudas aún persistían, las inseguridades que se habían arraigado en él tras años de lucha y dificultades. No podía sacudirse la sensación de que nunca sería suficiente para ella, que eventualmente se daría cuenta de la verdad y lo dejaría atrás.

—Clarissa —dijo suavemente, llevando su mano a acariciar su mejilla—. Yo...

—¡Hermano! —La voz de Isabella resonó por el viñedo, sobresaltándolos a ambos. Rafael retrocedió, el momento roto.

Isabella se apresuró hacia ellos, con el rostro enrojecido de emoción.

—¡Aquí estás! Te he estado buscando por todas partes.

Notó la tensión entre ellos, su sonrisa vacilando ligeramente.

—¿Estoy interrumpiendo algo?

—No —dijo Rafael rápidamente, forzando una sonrisa—. En absoluto. ¿Qué sucede, Isabella?

Mientras su hermana comenzaba a parlotear sobre alguna nueva idea que tenía para el viñedo, Rafael no pudo evitar lanzar una mirada furtiva a Clarissa. Ella lo observaba, sus ojos llenos de una mezcla de confusión y dolor.

Apartó la mirada, con el corazón pesado. Sabía que no podía seguir huyendo de esto para siempre. Tarde o temprano, tendría que enfrentar la verdad de sus sentimientos por ella.

Pero por ahora, haría lo que siempre hacía. Enterraría sus emociones, se concentraría en sus deberes y trataría de ignorar el dolor en su pecho que solo parecía crecer con cada día que pasaba.



Capítulo Catorce

RAFAEL APRETÓ LA MANDÍBULA, REPRIMIENDO EL IMPULSO DE responder bruscamente a Isabella por su inoportuna interrupción. Justo cuando las palabras perfectas empezaban a tomar forma en su lengua, el delicado equilibrio del momento se hizo añicos como el cristal fino.

Tomó un respiro para calmarse, deseando que su frustración se desvaneciera. No sería apropiado que su hermana lo viera tan molesto. Con esfuerzo, se volvió para mirarla, con una sonrisa tensa plasmada en su rostro.

—¿Sí, Isabella? ¿Qué sucede?

Ella se aferró a su brazo, con sus ojos oscuros brillando de emoción apenas contenida.

—¡Oh, Rafael, he tenido la idea más maravillosa! —Su voz era entrecortada, las palabras saliendo en un apresuramiento ansioso.

A pesar de sí mismo, Rafael sintió que su irritación comenzaba a suavizarse al ver sus rasgos animados. Isabella siempre había poseído un entusiasmo irreprimible por la vida, una capacidad innata para encontrar alegría y asombro incluso en las circunstancias más sombrías. Era un rasgo que a menudo había envidiado, especialmente en los días oscuros después de la muerte de su padre y su exilio a Inglaterra.

—¿Una idea, dices? —Arqueó una ceja, fingiendo interés—. ¿Y cuál podría ser, si se puede saber?

Isabella juntó las manos, prácticamente vibrando de entusiasmo.

—Bueno, estaba pensando... Sobre los viñedos, quiero decir. Y cómo podríamos hacer para restaurarlos a su antigua gloria.

Rafael se tensó, sintiendo un escalofrío de inquietud recorrer su espina dorsal. Había estado lidiando con ese mismo dilema durante semanas, examinando minuciosamente libros de

contabilidad y cuentas hasta que su visión se nublaba y le dolía la cabeza. Los viñedos eran el alma de su propiedad, la clave para el futuro de su familia. Y sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, había avanzado frustradamente poco.

—Continúa —dijo con cautela, preparándose para cualquier plan descabellado que su hermana hubiera ideado.

Isabella tomó un respiro profundo, su expresión tornándose solemne.

—Creo que deberíamos pedir ayuda al Conte Bardolino.

Rafael parpadeó, seguro de haber escuchado mal.

—¿Cómo dices?

—El Conte —repitió Isabella pacientemente—. Me ha estado contando todo sobre sus viñedos en Italia. El hombre es prácticamente una enciclopedia ambulante cuando se trata de viticultura.

—Sus ojos brillaron de admiración—. ¡Imagina el valioso consejo que podría ofrecernos!

Un músculo se tensó en la mandíbula de Rafael mientras luchaba por contener la repentina oleada de celos que lo invadió. El mero pensamiento del suave y elocuente noble italiano que había seguido a Clarissa a Portugal le hacía hervir la sangre. Y sin embargo, por mucho que le doliera admitirlo, Isabella tenía razón.

La extensa propiedad del Conte era reconocida en toda Europa por producir algunos de los mejores vinos de toda Italia. Si alguien poseía el conocimiento y la experiencia para ayudar a revivir sus viñedos en decadencia, era él, a pesar de su juventud.

Aun así, la idea de pedir ayuda irritaba a Rafael hasta lo más profundo de su ser. Era un hombre orgulloso, acostumbrado a confiar en su propio ingenio y recursos para sortear los desafíos de la vida. La noción de buscar ayuda de un forastero —especialmente uno tan insoportablemente encantador como el Conte— le resultaba como tragar una píldora amarga.

Tomó un respiro lento y constante, sopesando sus opciones. Por mucho que le doliera admitir la derrota, sabía que tenía que dejar de lado sus sentimientos personales por el bien de la propiedad. Por el bien del futuro de su familia.

—Muy bien —dijo entre dientes, las palabras sabiendo a cenizas en su lengua—. Supongo que no haría daño escuchar lo que el hombre tiene que decir.

Isabella le sonrió radiante, su rostro iluminado de triunfo.

—¡Oh, Rafael, gracias! No te arrepentirás, te lo prometo.

Él logró esbozar una sonrisa tensa en respuesta, mientras un presentimiento se asentaba como un peso de plomo en la boca de su estómago. De alguna manera, tenía la sensación de que llegaría a

lamentar esta decisión. Pero por ahora, todo lo que podía hacer era apretar los dientes y rezar para que el consejo del Conte resultara tan invaluable como Isabella parecía creer.

Rafael se acercó al Conte con el corazón apesadumbrado, sus pasos arrastrándose como si estuvieran cargados por la pura fuerza de su renuencia. Encontró al hombre recostado en una cómoda silla en la terraza, resplandeciente en un traje finamente confeccionado de seda color borgoña profundo que brillaba bajo el sol de la tarde.

—Conte —comenzó Rafael, su voz rígida de formalidad—. ¿Podría hablar con usted un momento?

El Conte se volvió para mirarlo, una sonrisa afable jugando en sus labios.

—Por supuesto, Capitán de Silva. ¿En qué puedo ayudarle?

Rafael tragó con dificultad, las palabras atascándose en su garganta como espinas.

—Es sobre nuestros viñedos —dijo al fin, la admisión arrancándose de sus labios reticentes—. Entiendo que tiene cierta... experiencia en este campo.

Los ojos del Conte se iluminaron con vivo interés.

—¡Ah, sí! He tenido la bendición de cultivar algunos de los mejores viñedos de toda Italia. Sería un gran placer compartir con usted el conocimiento que he adquirido.

Gesticuló ampliamente, sus manos dibujando formas en el aire mientras hablaba.

—Verá, la clave para un viñedo próspero radica en entender el delicado equilibrio entre la tierra, el sol y las propias vides. Con un drenaje e irrigación adecuados, una plantación estratégica para optimizar la exposición al sol y las técnicas de emparrado correctas, puede persuadir incluso a las uvas más obstinadas para que produzcan una cosecha abundante.

Mientras el Conte hablaba, Rafael se encontró relucientemente atraído por la obvia pasión del hombre por su oficio. Aunque le costaba admitirlo, el consejo parecía sensato y, lo más importante, factible.

—Ya veo —dijo lentamente, con el ceño fruncido en reflexión—. ¿Y realmente cree que estos métodos podrían ayudar a revivir nuestras vides en dificultades?

El Conte asintió, obviamente entusiasmado.

—Tengo plena confianza, Capitán. Con un poco de trabajo duro y un toque de sabiduría italiana, sus viñedos serán la comidilla de Portugal en un abrir y cerrar de ojos.

A pesar de sí mismo, Rafael sintió que una chispa de esperanza se encendía en su pecho. Quizás, con la guía del Conte, aún podrían salvar el legado familiar del borde de la ruina. Era una oportunidad remota, pero una oportunidad al fin y al cabo, y por eso, supuso que le debía al hombre su reacia gratitud.

Durante las siguientes semanas, los viñedos antes descuidados comenzaron a transformarse bajo la experta guía del Conte. Rafael observaba con una mezcla de asombro y respeto reticente cómo el caballero italiano trabajaba incansablemente junto a los trabajadores de la finca, sus elegantes trajes reemplazados por ropa de trabajo práctica y sus manos manchadas con la rica y oscura tierra.

—Con cuidado, muchachos —llamó el Conte, su voz resonando a través de las hileras de vides—. Recuerden, cada planta es una cosa delicada; trátenlas con el mismo cuidado que tendrían con una dama, y les recompensarán diez veces más.

Los trabajadores rieron ante la comparación, pero Rafael no pudo evitar notar la verdad en las palabras del hombre. Con cada día que pasaba, las vides parecían erguirse un poco más, sus hojas un poco más verdes, como si ellas también estuvieran ansiosas por demostrar su valía.

Mientras supervisaba el progreso que habían logrado, Rafael sintió una punzada de algo que podría haber sido gratitud, o quizás solo una disminución de su resentimiento anterior. Por mucho que le doliera admitirlo, la presencia del Conte había sido una bendición disfrazada. Sin su conocimiento y esfuerzos incansables, los viñedos bien podrían haberse perdido para siempre.

—Debo decir, Mario —dijo con brusquedad, colocándose junto al hombre más joven—. Tu consejo ha sido... invaluable. No soy demasiado orgulloso para admitir cuando me he equivocado, y en este caso, me equivoqué al dudar de ti.

El Conte se volvió hacia él con una cálida sonrisa, sus ojos brillando con algo parecido a la comprensión. —Eres muy amable, mi amigo. Todos tenemos nuestro orgullo, pero a veces, la mayor fortaleza radica en saber cuándo dejarlo de lado por un bien mayor.

Rafael asintió lentamente, las palabras tocando una fibra sensible dentro de él. Quizás, reflexionó, había una lección que aprender aquí, una que iba más allá del simple cuidado de uvas y vides. Quizás, al final, no era debilidad aceptar ayuda cuando se ofrecía, sino más bien un signo de verdadera sabiduría y gracia.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la vista de Marianne, su vibrante cabello brillando bajo la luz del sol mientras se arrodillaba entre las vides, determinada a arrancar las malas hierbas. A pesar de su fino vestido, parecía no preocuparse en absoluto por la suciedad y el polvo, su rostro iluminado por una especie de alegría feroz mientras trabajaba, apilando las malas hierbas en la cesta entre ella y Clarissa.

Rafael sintió de repente un nudo en la garganta, una oleada de emoción amenazando con abrumarlo. Que estas personas —su hermana, sus amigos, incluso la propia Marquesa— consideraran oportuno unirse a esta labor, trabajar codo con codo con sus propias manos... era

una bondad que nunca había esperado, y una que sabía que nunca podría recompensar completamente.

Aclarándose la garganta, alzó la voz para dirigirse a todos ellos. —Yo... no puedo agradecerles lo suficiente —dijo, sus palabras ásperas por la emoción—. A todos ustedes. Su ayuda, su apoyo... significa más de lo que puedo expresar.

Marianne levantó la mirada hacia él, sus ojos suaves con comprensión. Levantándose con gracia, se sacudió las faldas y se paró frente a él, con la cabeza inclinada hacia atrás para encontrarse con su mirada.

—Tonterías —dijo suavemente, extendiendo una mano para posarla en su brazo—. Estamos felices de ayudar, Rafael. Después de todo... —Sonrió, con un destello de picardía en sus ojos—. Eso es lo que hace la familia, ¿no?

Rafael tragó con dificultad, sintiendo una repentina opresión en el pecho. Familia. La palabra resonó en su mente, llenándolo de una calidez que no había conocido en años. Mirando alrededor a los rostros de los reunidos —Lucia e Isabella, Mario, Clarissa, Alex y Marianne, incluso el señor Dalton— se dio cuenta de que, quizás por primera vez en su vida, realmente entendía el significado de la palabra.

—Sí —dijo suavemente, su voz ronca por la emoción—. Supongo que sí.



Clarissa se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano, entrecerrando los ojos contra el sol brillante mientras observaba los extensos viñedos frente a ella. El aire estaba impregnado con el aroma embriagador de las uvas madurando, y el suave susurro de las hojas en la cálida brisa era interrumpido ocasionalmente por el canto de un pájaro.

Había estado trabajando junto a los demás durante horas, podando y atando las vides, sus manos arañadas y raspadas por la actividad poco habitual. Era un trabajo duro, pero satisfactorio de una manera que nunca antes había conocido. Había algo profundamente gratificante en cuidar la tierra, nutrir las delicadas plantas que algún día producirían el vino rico y corpulento por el que la región era famosa.

Mientras alcanzaba otra vid, sus dedos rozaron algo inesperado. Frunciendo el ceño, se inclinó más cerca, apartando las hojas para revelar un racimo de uvas verdes, cortado demasiado pronto de la vid, aplastado y rezumando contra el suelo. *Extraño*, pensó, arrugando la frente. *¿Cómo pasó esto?*

Se enderezó, escaneando las filas cercanas con un ojo más crítico. Allí, a unos metros de distancia, una vid dañada, destrozada como si manos brascas la hubieran arrancado de sus soportes y desgarrado las delicadas hojas. Y allí, cerca del final de la fila, un montón de tijeras de podar descartadas, como si alguien simplemente las hubiera arrojado a un lado en un arrebatado de enojo.

—Qué extraño —murmuró en voz alta, más para sí misma que para nadie más—. Me pregunto qué podría haber causado esto.

Pero incluso mientras las palabras salían de sus labios, una sensación inquietante de malestar comenzó a crecer en la boca de su estómago. Un racimo de uvas aplastado, una vid dañada, podría fácilmente ser descartado como un mero accidente. Pero las tijeras, dejadas tan descuidadamente... eso hablaba de algo más deliberado.

Sacudió la cabeza, tratando de apartar los pensamientos perturbadores. Probablemente no era nada, se dijo firmemente. Un trabajador torpe, quizás, o un animal salvaje que había entrado en el viñedo en busca de un bocadillo. No había necesidad de preocupar a los demás, no cuando ya habían pasado por tanto.

Pero mientras recogía las tijeras descartadas y volvía a su trabajo, no pudo sacudirse la sensación de que algo no estaba bien. Y a medida que pasaban los días y los extraños incidentes continuaban —un enrejado roto aquí, una cesta desaparecida allá— esa sensación solo se hizo más fuerte.



Rafael irrumpió furioso por el viñedo, sus botas aplastando las hojas caídas bajo sus pies. Sus ojos ardían de furia mientras observaba la destrucción ante él: filas enteras de vides, antes exuberantes y prósperas, yacían ahora en ruinas, sus ramas retorcidas y rotas sin posibilidad de reparación. La herramienta que había causado el daño yacía abandonada en el suelo, una simple hoz, brutalmente afilada. Pero ¿qué mano la había empuñado?

—¿Quién pudo haber hecho esto? —gruñó Rafael, con los puños apretados a los costados—. Atacar nuestro propio sustento, el legado de nuestra familia...

Clarissa se apresuró a seguirle el paso, sus faldas susurrando mientras se movía. —Rafael, por favor, debes calmarte. La ira no resolverá esto.

Él se giró para enfrentarla, su expresión feroz. —¿Y qué querrías que hiciera, Clarissa? ¿Quedarme de brazos cruzados y ver cómo algún cobarde ataca el corazón mismo de nuestro

hogar?

Ella le sostuvo la mirada firmemente, negándose a ser intimidada por su temperamento. —Por supuesto que no. Pero debemos ser estratégicos en nuestra respuesta. Precipitarnos ciegamente solo empeorará las cosas.

Rafael respiró hondo, luchando visiblemente por contener sus emociones. —Tienes razón, por supuesto. Perdóname, hablé sin pensar.

Clarissa puso una mano suave sobre su brazo. —No hay nada que perdonar. Tu pasión por proteger a tu familia te honra.

Una sombra de sonrisa rozó sus labios ante sus palabras, pero rápidamente se desvaneció cuando volvió su mirada hacia las vides arruinadas. —¿Qué sugieres entonces? ¿Cómo podemos esperar atrapar a este saboteador?

Clarissa meditó por un momento, con el ceño fruncido en concentración. —Tal vez podríamos vigilar el viñedo por la noche, en turnos. Si los atrapamos en el acto...

Rafael asintió lentamente, sus ojos brillando con una nueva determinación. —Sí, eso podría funcionar. Tendremos que ser cuidadosos, sin embargo; quien esté haciendo esto claramente no teme causar daño.

—No tengo miedo —declaró Clarissa, levantando la barbilla—. Yo misma haré la primera guardia.

—Absolutamente no —replicó Rafael, con un tono que no admitía discusión—. No permitiré que te pongas en peligro, ni a ninguna de las otras damas. Yo montaré guardia esta noche, y hablaré con los otros hombres por la mañana para ver si están dispuestos a ayudarme.

Clarissa abrió la boca para protestar, pero algo en su expresión la detuvo. Había una ferocidad allí, sí, pero también una vulnerabilidad, una necesidad desesperada de proteger a aquellos que amaba.

—Está bien —accedió al fin, suavizando su voz—. Pero prométeme que tendrás cuidado, Rafael. No podría soportar que te pasara algo.

Él extendió la mano para tomar la de ella, su pulgar rozando suavemente sus nudillos. —Te lo prometo, Clarissa. No dejaré que ningún daño le ocurra a nuestra familia, ni a ti. Lo juro por mi vida.

Pero a pesar de los mejores esfuerzos de Rafael, el saboteador seguía siendo escurridizo. Cada mañana, regresaban a la casa exhaustos y desanimados, solo para encontrar nuevos daños en las vides. Era como si su enemigo fuera un fantasma, entrando y saliendo sin ser visto, dejando solo destrucción a su paso.

A medida que pasaban los días sin señal del culpable, la frustración de Rafael aumentaba. Clarissa podía verlo en la tensión de su mandíbula, en la forma en que sus puños se cerraban a sus costados mientras examinaba las vides arruinadas.

—No lo entiendo —gruñó, pasándose una mano por el pelo—. ¿Cómo pueden seguir evadiéndonos así? Es como si conocieran cada uno de nuestros movimientos antes de que los hagamos. ¿Cómo pueden saber dónde patrullaremos y cuándo? ¡Hacemos un nuevo plan cada noche!

Clarissa puso una mano suave sobre su brazo, sintiendo la tensión contenida bajo su piel. —Estamos haciendo todo lo que podemos, Rafael. Tal vez... tal vez sea hora de aceptar que esto puede estar más allá de nuestro control.

Él se volvió para mirarla, sus ojos verde mar tormentosos de emoción. —No puedo aceptar eso, Clarissa. Esta tierra, este viñedo... es el legado de mi familia. No dejaré que sea destruido por algún saboteador cobarde.

—Lo sé —murmuró ella, con el corazón doliéndole por él—. Pero no podemos seguir así para siempre. Necesitamos encontrar otra manera.

Rafael suspiró, sus hombros hundiéndose en derrota. —Tienes razón, por supuesto. Es solo que... me siento tan impotente. ¿Qué clase de hombre soy si ni siquiera puedo proteger lo que es mío?

Clarissa tomó su rostro entre sus manos, obligándolo a mirarla a los ojos. —Eres un buen hombre, Rafael de Silva. Un hombre valiente, honorable y amoroso. Y encontraremos una manera de superar esto, juntos. Te lo prometo.

Él se inclinó hacia su toque, sus ojos cerrándose por un momento mientras extraía fuerza de su presencia. Cuando los abrió de nuevo, había una nueva resolución allí, un destello de esperanza en medio de la desesperación.

—Juntos —repitió, su voz ronca de emoción—. Me gusta cómo suena eso.

Al otro lado del viñedo bañado por el sol, Clarissa vio a Isabella y al Conte Bardolino sumidos en una profunda conversación. Mario gesticulaba animadamente, sin duda compartiendo más de su vasto conocimiento sobre viticultura. Isabella, con su cabello oscuro suelto de sus horquillas, escuchaba atentamente, sus ojos brillantes de gran interés.

Clarissa dio un codazo suave a Rafael. —Mira a esos dos. Son uña y carne, ¿verdad?

Rafael siguió su mirada, una sonrisa irónica tirando de la comisura de su boca. —En efecto. Confieso que al principio tenía mis reservas sobre el Conte, pero ha demostrado ser un verdadero amigo.

—Más que un amigo, creo —murmuró Clarissa, observando cómo Isabella ponía una mano en el brazo del Conte, su risa llegando hasta ellos a través del viñado—. ¿Has notado cómo se miran el uno al otro?

Las cejas de Rafael se alzaron. —¿No pensarás...?

—Sí, lo pienso —sonrió Clarissa—. Creo que Mario está bastante enamorado de tu hermana. Y a menos que me equivoque mucho, el sentimiento es totalmente mutuo.

—Hm. —Rafael pareció inseguro—. Isabella apenas tiene diecisiete años...

—Y Mario apenas tiene veinte —señaló Clarissa—. Creo que hacen muy buena pareja, Rafael. ¿No crees? Sé que tu madre está de acuerdo conmigo.

—¿Ah, sí? —Sus cejas se elevaron aún más, y volvió a mirar a Mario e Isabella—. Tal vez debería tener una conversación con mi madre sobre el asunto. Antes de que las cosas se vuelvan más serias.

—Probablemente también deberías hablar con Isabella sobre ello —señaló Clarissa en tono de broma—. Después de todo, ella tiene su propia mente y opiniones.

—Tienes razón, sin duda. —Rafael se inclinó sobre su mano—. Si me disculpas. ¡Isabella! —llamó a su hermana, quien suspiró y puso los ojos en blanco, pero obedientemente dejó el lado del Conte para acercarse a él, y los dos se dirigieron de vuelta al castillo.

—Clarissa. —Mario se acercó a su lado y le ofreció su brazo, y ella puso su mano sobre él con una sonrisa.

—Gracias. Estoy cansada, ¡y es una caminata empinada hasta allá arriba!

—Pero vale la pena por la vista cuando uno llega.

—En efecto. Un tipo de belleza diferente a la de tu hogar en el lago, pero encantadora de todos modos, ¿no crees?

—Un lugar que estoy aprendiendo a amar casi tanto como Bardolino —concordó Mario, sus ojos fijos en el hermano y la hermana que caminaban delante de ellos—. Dime... ¿tengo alguna posibilidad, Clarissa?

—¿Una posibilidad? —preguntó ella.

—De presentar mi cortejo con éxito.

Por un breve instante, Clarissa pensó que estaba insinuando proponerle matrimonio a *ella*, pero inmediatamente vio que su mirada enamorada nunca se había apartado de Isabella.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó—. Cualquier mujer tendría suerte de tenerte... pero en este caso específico, creo que tus afectos son correspondidos en igual medida.

—¿De verdad?

Habían llegado al arco de piedra que daba al patio del castillo, por el que Rafael e Isabella habían pasado un momento antes antes de desaparecer de vista. Clarissa se rio, deteniéndose y volviéndose para mirar a Mario.

—Sí, de verdad lo creo.

Se echó sobre su cuello con gritos de alegría en italiano, abrazándola fuertemente y exclamando que esperaba pronto llamarla su hermana, como había esperado antes, pero esta forma sería mucho mejor, asegurando la felicidad de todos los involucrados. Clarissa rio y le devolvió el abrazo.

—Creo que te estás precipitando un poco —respondió ella.

—¡Ya veremos!



Capítulo Quince

EL CORAZÓN DE CLARISSA DIO UN VUELCO CUANDO Rafael salió a zancadas de la entrada del castillo, sus botas resonando con fuerza contra las desgastadas piedras. Sus ojos verde mar brillaban con una intensidad que ella nunca había visto antes, las cejas fruncidas en consternación.

Se detuvo abruptamente frente a ella, con los puños apretados a los costados. El pulso de Clarissa se aceleró. Por la mirada tormentosa que nublaba las apuestas facciones de Rafael, supo al instante que debía haber escuchado parte de su conversación. Pero, ¿qué parte? Seguramente no...

—Mis disculpas por interrumpir, Lady Clarissa, Conte Ginori —dijo Rafael con brusquedad, haciendo una breve inclinación de cabeza a cada uno de ellos. Su mirada se detuvo en Clarissa, con algo insondable acechando en esas profundidades oceánicas—. Confío en que no estoy interrumpiendo un... ¿momento privado?

El estómago de Clarissa dio un vuelco. Oh, no. No podía pensar que... —En absoluto, Capitán —respondió con una alegría que no sentía, tratando de enmascarar su creciente inquietud—. El Conte y yo simplemente estábamos teniendo una charla amistosa. ¿No es así, Mario?

Mario sonrió amablemente, aparentemente ajeno a la tensión que crepitaba en el aire entre ellos. —En efecto, solo un discurso sumamente delicioso sobre los encantos del campo portugués. Lady Clarissa es una aguda observadora de la belleza natural —le guiñó un ojo con complicidad. Clarissa se sonrojó, sintiendo el calor en sus mejillas. ¿Por qué los hombres siempre tenían que ser tan sugerentes? Arriesgó una mirada a Rafael, vio que su mandíbula se tensaba casi imperceptiblemente. ¡Dios mío, se había llevado una impresión completamente equivocada! Tenía que aclarar las cosas, y rápido, antes de que esto se saliera de control.

—En realidad, Rafael, esperaba que pudiéramos hablar —abrió los ojos significativamente, deseando que él entendiera—. ¿En privado?

Un músculo saltó en su mandíbula mientras la miraba de manera inescrutable por un largo y tenso momento. Finalmente, inclinó la cabeza. —Como desee, mi lady.

Clarissa se volvió hacia el Conde con una sonrisa de disculpa. —Discúlpenos, Mario. No tardaremos mucho.

—¡Por supuesto, por supuesto! —El Conde agitó una mano magnánima—. Tómense todo el tiempo que necesiten.

Con el pulso acelerado, siguió la ancha espalda de Rafael mientras los alejaba del Conde, su mente dando vueltas. Tenía que explicarle, hacerle entrar en razón. La sola idea de que él creyera que ella aceptaría la propuesta de otro hombre la hacía sentir bastante mal.

Rafael se dio la vuelta para enfrentar a Clarissa una vez que llegaron a la relativa soledad de la terraza, sus ojos verde mar tormentosos de emoción. —¿Cómo pudiste aceptar su propuesta? —exigió, con voz baja e intensa—. Pensé... pensé que nosotros...

Se interrumpió, pasando una mano agitada por su cabello oscuro. El corazón de Clarissa se encogió ante el dolor y la confusión grabados en sus apuestas facciones. Extendió la mano instintivamente, sus dedos rozando su brazo.

—Rafael, por favor, déjame explicarte. No es lo que piensas...

Pero él se apartó de su toque como si le quemara, su mirada endureciéndose. —¿Y qué hay de Isabella? —presionó, implacable—. Está completamente enamorada del Conde, ¿y tú lo alentaste? Nunca te tomé por el tipo de persona que traicionaría a una amiga tan descaradamente. Clarissa retrocedió, dolida. ¿Cómo se atrevía a acusarla de tal cosa? La ira se encendió dentro de ella, caliente y brillante. —Escucha, Capitán —espetó, irguiéndose en toda su estatura—. ¡No he hecho tal cosa! Si tan solo escucharas...

—He oído suficiente —la cortó Rafael fríamente, dándole la espalda—. Creí conocerte, Clarissa. Pero parece que me equivoqué.

Sus palabras la golpearon como un golpe físico, quitándole el aliento. Las lágrimas le picaron en los ojos, pero las apartó furiosamente. No lloraría frente a él, no ahora.

—Rafael... —Su nombre escapó de sus labios, lastimero y pequeño.

Pero él ya se alejaba a zancadas, sus anchos hombros rígidos de tensión. Clarissa lo vio marcharse, su corazón fracturándose con cada paso que daba. ¿Cómo había salido todo tan mal, tan rápidamente?

Tenía que arreglar esto, tenía que hacerle entender. Pero mientras estaba allí, con el sol golpeando implacablemente y el aroma de las buganvillas espeso en el aire, Clarissa nunca se había sentido más perdida. Ni más sola.

Si tan solo pudiera hacerle ver la verdad en su corazón... pero ¿y si ya era demasiado tarde?

El lejano rumor de ruedas de carruaje en el patio del castillo sacó a Clarissa de sus tumultuosos pensamientos.

—¿Y ahora quién llega? —murmuró, caminando de vuelta hacia el patio y observando cómo un carruaje bastante grande se detenía. Ni Lucia ni Rafael habían mencionado que esperaran más visitantes.

La puerta se abrió de golpe, y de ella salieron el Conde y la Condesa de Creighton, sus expresiones una mezcla de alivio y desaprobación al verla. Sorprendida, Clarissa tragó saliva, su boca repentinamente seca como el pergamino.

—Mamá, Papá —logró decir, haciendo una reverencia—. ¿Qué... qué hacen aquí?

—¿Que qué hacemos aquí? —repitió la Condesa, su voz elevándose en tono—. ¡Hemos estado muy preocupados por ti, Clarissa!

La aguda mirada del Conde recorrió la fachada en ruinas del castillo, sus labios adelgazándose.

—¿Y ahora te encontramos viviendo en... en esta ruina? ¿Con una familia de desconocidos? ¿En qué demonios estabas pensando, niña?

Clarissa sintió que sus mejillas se calentaban con una mezcla de vergüenza y desafío. —No son desconocidos, Papá. Son... son amigos. Y Rafael... el Capitán de Silva... me salvó la vida.

—¿Salvó tu vida? —repitió la Condesa, llevándose la mano a la garganta—. ¿Qué demonios pasó?

Clarissa respiró hondo, preparándose. Tenía que hacerles entender, tenía que convencerlos de que este era el lugar al que pertenecía. Con Rafael y su familia.

Pero cuando abrió la boca para hablar, vislumbró a Rafael por encima del hombro de su padre. Estaba de pie en las sombras de la entrada, su rostro una máscara inescrutable.

Y en ese momento, Clarissa supo que no importaba lo que dijera, no sería suficiente. No ahora, con el peso de las expectativas de sus padres sobre ella.

Sus hombros se hundieron, la derrota la invadió como una ola fría. —Es... es una larga historia —dijo suavemente, bajando la mirada al suelo—. Pero estoy bien, de verdad. Y yo... quiero quedarme.

—Absolutamente no —declaró el Conde, su voz sin admitir discusión—. Te vienes a casa con nosotros, Clarissa. Ahora mismo.

La cabeza de Clarissa se levantó de golpe, sus ojos abiertos de consternación. —Pero Papá...

—Nada de peros —la interrumpió él, con expresión severa—. Tu reputación está en juego, y no permitiré que arruines tus perspectivas con esta... esta insensatez. Haz las maletas, y regresaremos a Lisboa de inmediato. Tengo un barco esperándonos.

Las lágrimas nublaron la visión de Clarissa, calientes y punzantes. Las parpadeó furiosamente, negándose a dejarlas caer. No aquí, no ahora.

—Por favor —susurró, con la voz quebrada—. Por favor, no hagas esto.

Pero incluso mientras las palabras salían de sus labios, sabía que era inútil. Sus padres habían tomado una decisión, y no había nada que pudiera hacer para cambiarla.

—¡Lavinia! —Una voz tranquila detrás de Clarissa hizo que la esperanza saltara repentinamente en su pecho. Marianne emergió del castillo, sonriendo con cordialidad—. ¡Qué encantador verte! Entra y sal del sol, hace un calor terrible.

Marianne, encantadora y amable, podía ablandar a casi cualquiera. Los padres de Clarissa se vieron envueltos en su saludo, encontrándose de acuerdo en que, efectivamente, hacía mucho calor y que una bebida fresca sería agradable.

Clarissa los siguió, luchando contra las lágrimas. El malentendido con Rafael había sido bastante angustiante, pero que sus padres llegaran justo en este momento podría significar la sentencia de muerte incluso para la esperanza de reconciliación.

Lucia estaba esperando en el salón con Isabella, ambas la viva imagen de la propiedad mientras daban la bienvenida al Conde y la Condesa, y Alex entró a zancadas un momento después, todo calma y autoridad.

Marianne se separó del grupo un poco más tarde y se deslizó hacia donde Clarissa estaba de pie en las sombras cerca de la puerta. Agarrando su mano, Marianne la condujo al pasillo.

—Debo hablar contigo. Envié una carta a tus padres desde Gibraltar —confesó Marianne, con las palabras saliendo atropelladamente—. Les conté sobre nuestros viajes, que es obviamente cómo supieron que estábamos aquí, pero no mencioné tu desaparición en Atenas. Pensé que sería mejor si lo escuchaban de ti, en persona.

Los ojos de Clarissa se agrandaron, una oleada de alivio la invadió. —¿Quieres decir que no lo saben? —respiró, apenas atreviéndose a tener esperanza.

Marianne asintió, con una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de su boca. —Había enviado una carta desde Florencia cuando recibimos por primera vez la noticia de que habías desaparecido, pero parece que esa carta no había llegado cuando salieron de Inglaterra. No saben sobre el secuestro, por ahora.

Clarissa se desplomó contra el asiento de terciopelo, con el corazón acelerado. Era una pequeña misericordia, pero una misericordia al fin y al cabo.

Pero incluso mientras el pensamiento cruzaba por su mente, la expresión de Marianne se tornó sobria, sus ojos escrutando el rostro de Clarissa.

—Sabes que no se les puede mantener ignorantes para siempre —advirtió suavemente—. Tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz. Y entonces...

Se interrumpió, dejando las palabras no dichas flotando en el aire entre ellas.

Clarissa asintió, con un nudo en la garganta. Sabía que Marianne tenía razón. No podía esconderse de su pasado para siempre, por mucho que deseara hacerlo.

Pero por ahora, se aferraría a este pequeño destello de esperanza, este diminuto resplandor de luz en la oscuridad.

Por ahora, era todo lo que tenía.



El respiro de Clarissa no duró más allá de la cena de esa noche. El Conde y la Condesa, algo apaciguados por su graciosa recepción y al encontrar que el interior del castillo estaba mucho menos arruinado de lo que parecía desde afuera, habían aceptado la invitación de Lucia para quedarse unos días. Sin embargo, en la cena, el Sr. Dalton se unió a ellos, y casi lo primero que dijo fue:

—Deben haber estado tan preocupados cuando se enteraron de que Lady Clarissa había desaparecido de Atenas. Qué alivio que fuera recuperada sana y salva antes de que pasaran demasiados días.

Clarissa sintió que la sangre se le iba del rostro, su estómago retorciéndose en nudos. No. No, esto no podía estar pasando.

Pero el horrorizado jadeo de su madre le dijo que era demasiado real.

—¿Desaparecida? —repitió la Condesa, su voz elevándose casi hasta un chillido—. ¿Qué quieres decir con *desaparecida*?

Se volvió hacia Alex y Marianne, sus ojos centelleando de furia.

—¿Cómo pudieron dejar que esto sucediera? —exigió, su voz temblando de ira—. ¿Cómo pudieron ser tan irresponsables como para perder de vista a mi hija? ¿Durante *días*?

Marianne se estremeció, su rostro palideciendo ante el ataque. —Lavinia, yo...

Pero la Condesa la interrumpió con un gesto brusco. —No quiero oír tus excusas —espetó—. Se suponía que debías cuidar de ella, y fallaste. Total y completamente.

—La reputación de Clarissa está en juego —declaró el padre de Clarissa, su voz resonando en el silencio sepulcral que cayó sobre la mesa—. Debe regresar a casa inmediatamente.

El corazón de Clarissa se detuvo en su pecho. —No —soltó, antes de poder contenerse—. Papá, por favor. No quiero volver.

La mirada de su padre se dirigió hacia ella, sus ojos entrecerrados. —No tienes elección en este asunto —dijo, con un tono que no admitía discusión—. Tu reputación ha sido comprometida. La única manera de salvarla es que regreses a Inglaterra y te cases de inmediato.

Clarissa negó con la cabeza, la desesperación atenazando su garganta. —Pero soy feliz aquí —suplicó, con la voz quebrada—. He encontrado un lugar donde pertenezco. Por favor, no me hagas irme.

Pero sus padres se negaron a escuchar. —Vendrás a casa con nosotros, y es definitivo —dijo su madre, con un tono cortante e inflexible—. Te encontraremos un marido adecuado, alguien que pueda ayudar a restaurar tu buen nombre.

Clarissa sintió como si el suelo se hubiera hundido bajo sus pies. ¿Un marido adecuado? El mero pensamiento le revolvía el estómago.

Miró a Marianne, esperando apoyo, pero su tía solo pudo ofrecerle una mirada comprensiva. No había nada que pudiera hacer, se dio cuenta Clarissa con el corazón hundido. Sus padres habían tomado una decisión.

Las lágrimas le escocían los ojos mientras la realidad de la situación se asentaba. Iba a ser alejada de todo lo que amaba, forzada a una vida que no quería. Y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

El Conde se aclaró la garganta, atrayendo la atención de todos. —Da la casualidad de que tengo un amigo que ha expresado interés en una alianza con nuestra familia. Lord Weatherby es un respetado miembro de la alta sociedad y sería un excelente partido para Clarissa.

—¿Lord Weatherby? No puede hablar en serio. ¡Ese hombre tiene edad suficiente para ser el abuelo de Clarissa! —Fue Alex quien habló, con el rostro torcido de disgusto.

El Conde se volvió hacia él, con el rostro enrojecido de ira. —¡No tienes voz en este asunto, Glenkellie! El futuro de Clarissa no es de tu incumbencia.

Clarissa observó el intercambio con creciente desesperación. Sabía que Alex tenía buenas intenciones, pero su intervención solo empeoraría las cosas. Su padre no era un hombre al que se pudiera contradecir, especialmente cuando se trataba de asuntos de familia y reputación.

Sintió una oleada de pánico creciendo dentro de ella. La idea de ser casada con un extraño, un hombre viejo, de pasar el resto de su vida en una unión sin amor, era demasiado para soportar. Tenía que hacer algo, cualquier cosa, para cambiar la opinión de sus padres.

Pero incluso mientras ese pensamiento cruzaba por su mente, sabía que era inútil. La palabra de su padre era ley, y no había nada que pudiera hacer para persuadirlo. Estaba atrapada, prisionera de sus propias circunstancias, sin salida.

—Clarissa regresará a Inglaterra con nosotros de inmediato —dijo el Conde, con la mirada fija en su hija—. Y se casará con Lord Weatherby, como corresponde a su posición. No habrá más discusión sobre el asunto.

No podía permanecer en esa habitación ni un momento más, con miradas de lástima y acusación dirigidas hacia ella. Poniéndose de pie de un salto, huyó de la habitación, corriendo escaleras arriba y hacia su cuarto, donde abrió la ventana de par en par y jadeó en busca de aire, sintiendo como si no pudiera respirar. Las lágrimas nublaban su visión, y se tambaleó, sintiendo que podría desmayarse. Pero entonces un par de brazos fuertes y gentiles la rodearon, y se encontró siendo atraída hacia un abrazo cálido y reconfortante.

—Shh, está bien —murmuró Marianne, con voz suave y tranquilizadora—. Te tengo, querida. Déjalo salir.

Y con esas palabras, la presa se rompió. Clarissa enterró su rostro en el hombro de Marianne y sollozó, su cuerpo temblando por la fuerza de su dolor. Se aferró a la mujer mayor como un marinero ahogándose a un salvavidas, desesperada por cualquier atisbo de consuelo o alivio.

Marianne la abrazó con fuerza, acariciando su cabello y susurrando palabras de consuelo. Pero incluso mientras lo hacía, Clarissa podía sentir la impotencia en el toque de su tía, el conocimiento de que no había nada que ninguna de las dos pudiera hacer para cambiar la situación.

—No puedo casarme con él, Marianne —sollozó Clarissa entre lágrimas—. No puedo. Preferiría morir antes que pasar mi vida con un viejo horrible.

Los brazos de Marianne se apretaron a su alrededor.

—Lo sé, querida. Lo sé. Pero debemos tener fe. Seguramente debe haber alguna manera de hacer cambiar de opinión a tu padre, de hacerlo entrar en razón.

Clarissa negó con la cabeza, sus lágrimas empapando la fina seda del vestido de Marianne.

—No tiene caso. Está decidido a verme casada, sin importar lo que yo quiera. Oh, Marianne, ¿qué voy a hacer?

Pero incluso mientras hacía la pregunta, Clarissa sabía que no había respuesta. Estaba atrapada, entre las exigencias de su familia y los deseos de su propio corazón. Solo podía aferrarse a Marianne y llorar, sus sueños de un futuro feliz destrozados más allá de toda reparación.



Capítulo Dieciséis

RAFAEL PERMANECIÓ PARALIZADO EN LA CABECERA DE LA mesa, con el corazón convertido en un doloroso vacío en su pecho mientras observaba a Clarissa huir del comedor tras el pronunciamiento de su padre. La habitación estaba brillantemente iluminada con velas y lámparas, pero Rafael solo sentía la oscuridad acechando, sofocándolo. ¡Si tan solo hubiera encontrado el valor para decirle lo que realmente sentía! Pero su maldito orgullo y sus celos infundados habían mantenido su lengua cautiva. Ahora era demasiado tarde.

Marianne se levantó de su asiento y fue tras Clarissa, dejando a todos los demás mirándose entre sí en un silencio incierto; todos excepto el señor Dalton, notó Rafael, quien tomó su cuchillo y tenedor y comenzó a cortar su carne, como si no hubieran sido sus palabras descuidadas las que habían encendido la furia del Conde y sellado el destino de Clarissa.

La cena concluyó en silencio. Ni Marianne ni Clarissa regresaron, y Rafael oyó a su madre hablar en voz baja con una criada, ordenando que se enviara comida a sus habitaciones. Se preguntó si Clarissa sería capaz de comer. Él no había podido tragar nada, simplemente empujando la comida alrededor de su plato.

Tan pronto como fue posible después de la comida, se disculpó y escapó, saliendo a la terraza para caminar en silencio desesperado.

De alguna manera, no fue sorprendente que Alex fuera tras él.

—Eres un tonto, ¿sabes? —dijo Alex suavemente, dando una fuerte palmada en el hombro de Rafael—. Un maldito tonto por no ir tras ella y declararte.

Rafael se apartó bruscamente, dejando escapar una risa sin alegría. —¿Y decir qué exactamente? ¿Que permití que mis propias inseguridades envenenaran lo que creció entre nosotros? ¿Que no puedo soportar la idea de que pertenezca a otro? —Sacudió la cabeza—. No, es mejor que se vaya pensando que soy un canalla irredimible. Al menos así podrá olvidarme con el tiempo.

—Rafael, seguramente no lo dices en serio. Clarissa te aprecia profundamente, cualquiera puede verlo. Esta no puede ser la forma en que termine vuestra historia.

—Pero debe serlo —gruñó Rafael, con la garganta apretada por una angustia apenas contenida—. Su vida está en Inglaterra, entre la brillante alta sociedad, no desperdiciada con un capitán de mar sin un céntimo que no tiene nada que ofrecer excepto un viñedo en ruinas y los sueños de un tonto.

Tragó con dificultad, forzando sus siguientes palabras más allá del nudo en su garganta. —Te agradezco a ti y a Lady Glenkellie, por todo. ¿Querrás... cuidar de ella? ¿Asegurarte de que sea feliz?

—Por supuesto —murmuró Alex en voz baja—. Marianne no lo querría de otra manera. Y no abandones toda esperanza todavía, viejo amigo. Si está destinado a ser, encontraréis el camino de vuelta el uno al otro. Amor vincit omnia, y todo eso.

Conocía algo de la historia de Alex y Marianne, cómo el padre de Marianne la había obligado a un matrimonio arreglado cuando Alex fue enviado a la guerra, y no fue hasta después de que Marianne enviudara que encontraron el camino de regreso el uno al otro. Tal posibilidad distante y nebulosa no era ningún consuelo para Rafael, sin embargo. Y el mero pensamiento de Clarissa casada con un hombre viejo que seguramente aplastaría toda la vitalidad de su espíritu le hacía querer gritar su rabia a la noche.

Alex se alejó con un murmullo silencioso de que debía ocuparse del equipaje, y dejó a Rafael solo.

Se volvió lentamente, cada paso pesado, y exhaló un profundo suspiro mientras miraba la fachada en ruinas de su hogar. Había trabajo por hacer. Siempre más trabajo. Quizás si se sumergía en los asuntos del viñedo, las reparaciones de la finca, su deber con su hermana y su madre, podría olvidar la herida abierta donde solía estar su corazón. Donde solía estar Clarissa.

Pero incluso mientras se decía a sí mismo que la dejara ir, Rafael sabía que olvidar a Clarissa sería tan imposible como olvidar cómo respirar. Ella estaba ahora en su misma médula. Todo lo que podía hacer era seguir adelante, reconstruir su vida de las cenizas de hoy, y rezar para que algún día —si la fortuna elegía sonreírle— pudiera tener la oportunidad de recuperarla.

Hasta entonces, seguiría siendo el Capitán Rafael de Silva. Hijo devoto, hermano y defensor de los mares. Pero nunca más un amante. Porque su corazón estaba a punto de zarpar hacia Inglaterra, y no sabía si alguna vez regresaría.



Rafael entró en el castillo, sus pasos resonando por los pasillos. Encontró a Isabella y Lucía en el salón, sus rostros afligidos por la tristeza. Isabella corrió hacia él, sus ojos llenos de lágrimas.

—Rafael, ¡seguramente debe haber algo que podamos hacer! Clarissa te ama, lo sé. No puedes dejarla ir tan fácilmente —suplicó Isabella, agarrando sus manos.

Rafael se desenredó suavemente de su agarre, su expresión grave. —Es inútil, Isabella. Su padre ya ha arreglado su matrimonio. No puedo interferir con eso.

Lucía se acercó, su rostro grabado con preocupación. —Pero Rafael, hijo mío, si la amas...

—No importa —interrumpió Rafael, su voz tensa—. Debemos soportar esta separación. No hay nada que hacer.

Isabella sacudió la cabeza vehementemente. —¡Me niego a creer eso! Eres el hombre más valiente que conozco. ¡No puedes simplemente rendirte!

La mandíbula de Rafael se tensó, sus ojos brillando con emoción apenas contenida. —No me estoy rindiendo, Isabella. Estoy aceptando la realidad. El lugar de Clarissa está en Inglaterra, con su familia, casándose con el lord que su padre ha elegido para ella. Nuestro lugar está aquí, reconstruyendo nuestras vidas. Debemos centrarnos en eso ahora.

Lucía puso una mano reconfortante en el hombro de Isabella. —Tu hermano tiene razón, querida. Debemos ser fuertes, por nosotros mismos y por Clarissa. Ella querría que siguiéramos adelante.

Los hombros de Isabella se hundieron, su espíritu ardiente momentáneamente apagado por el peso de sus circunstancias. Rafael atrajo a ambas mujeres en un fiero abrazo, su voz áspera por las lágrimas no derramadas.

—Soportaremos esto, como hemos soportado tanto ya. Nuestro amor mutuo, por esta tierra, nos sostendrá. Y quizás, si Dios es bondadoso, el destino aún pueda traer a Clarissa de vuelta a nosotros algún día.

Pero incluso mientras pronunciaba las palabras, Rafael no podía creerlas. Porque, ¿cómo podía el destino ser tan cruel como para traer a Clarissa a su vida, solo para arrebatársela justo cuando se daba cuenta de la profundidad de su amor por ella? No, pensó amargamente, el destino no era bondadoso. Y era un tonto por creer lo contrario alguna vez.



Rafael permanecía estoico en los escalones de la finca, observando cómo Marianne y Alex ayudaban a Clarissa a subir al carruaje que esperaba. Su corazón dolía con cada paso que ella daba, con cada centímetro de distancia que crecía entre ellos. Anhelaba correr hacia ella, estrecharla en sus brazos y suplicarle que se quedara. Pero permaneció clavado en su lugar, el deber y el honor le impedían actuar según sus deseos más profundos.

Marianne se volvió, sus ojos encontrándose con los de Rafael con una mezcla de pesar y comprensión. Se acercó a él, su voz suave pero llena de convicción.

—Rafael, ¿estás seguro de esto? No es demasiado tarde para que hables con ella.

Él tragó con dificultad, su voz tensa al responder:

—Estoy seguro, Marianne. Clarissa merece una vida de comodidad y seguridad, una que yo no puedo proporcionarle. Estoy agradecido de que os tenga a ti y a Alex para cuidar de ella.

Alex se unió a ellos, colocando una mano firme en el hombro de Rafael.

—Eres un buen hombre, Rafael. Nunca lo dudes. Y si alguna vez cambias de opinión, sabes que siempre tendrás amigos en Inglaterra.

Rafael asintió, su garganta demasiado apretada para hablar. Observó cómo la pareja regresaba al carruaje, su despedida final flotando pesadamente en el aire. Los ojos de Clarissa se encontraron con los suyos a través de la ventana del carruaje, un mundo de emociones no expresadas pasando entre ellos. En ese momento, Rafael sintió que su determinación vacilaba, el impulso de ir hacia ella casi lo abrumaba.

Pero entonces el carruaje se sacudió hacia adelante, los cascos de los caballos resonando contra los adoquines. Rafael permaneció inmóvil mientras el carruaje se llevaba a Clarissa, la distancia entre ellos creciendo con cada segundo que pasaba. Quería llamarla, decirle todas las cosas que había sido demasiado cobarde para expresar. Pero las palabras murieron en sus labios, su pelea quedó sin resolver, su futuro juntos no era más que un sueño que nunca podría ser.

Mientras el carruaje desaparecía de vista, Rafael sintió una profunda sensación de pérdida, como si una parte de su propia alma hubiera sido arrancada. Cerró los ojos, la imagen del rostro de Clarissa grabada en su memoria, un recordatorio agri dulce de todo lo que había encontrado y perdido en el lapso de unos pocos meses.

Amaba a Clarissa, con cada fibra de su ser, con una pasión que lo consumía como un fuego abrasador. Y ahora, la había perdido, casi con certeza para siempre.

Debería haberle propuesto matrimonio hace semanas. En Florencia, probablemente. Ya estaríamos casados ahora.

La realización lo golpeó como un golpe físico, sus rodillas casi cediendo bajo el peso de sus emociones. Se apoyó contra el muro de piedra del patio, su respiración entrecortada mientras luchaba por componerse. ¿Cómo pudo haber sido tan tonto, tan ciego a su propio corazón? Había dejado que su orgullo y su sentido del deber se interpusieran entre ellos, y ahora pagaría el precio por su obstinada insensatez.

Pero incluso mientras su corazón se hacía añicos en un millón de pedazos, Rafael sabía que no podía abandonar sus responsabilidades para perseguir a Clarissa. Su familia, las personas que dependían de él, todos necesitaban que fuera fuerte, que fuera el líder en el que habían llegado a confiar. No podía simplemente alejarse de sus deberes, por mucho que su alma clamara por el contacto de Clarissa.

Con un pesado suspiro, Rafael se apartó del muro, cuadrando los hombros mientras se volvía para enfrentar el castillo. Tendría que encontrar una manera de seguir adelante, de enterrar su angustia profundamente dentro de sí mismo y concentrarse en las tareas que tenía por delante. Pero incluso mientras daba ese primer paso hacia adelante, sabía que una parte de él siempre pertenecería a Clarissa, que llevaría el recuerdo de su amor consigo por el resto de sus días.

Cuando Rafael entró en el castillo con pasos pesados, fue recibido por la vista de Isabella y el Conte di Bardolino, sus rostros iluminados de alegría y emoción. El Conte dio un paso adelante, su expresión seria mientras encontraba la mirada de Rafael.

—Rafael —comenzó, su voz baja y sincera—. Vengo a ti hoy no solo como amigo, sino como un hombre profundamente enamorado de tu hermana. Te pido humildemente tu bendición para tomar la mano de Isabella en matrimonio, para apreciarla y protegerla todos los días de mi vida. Rafael parpadeó, su mente luchando por procesar las palabras del Conte. Había estado tan consumido por su propio dolor, tan perdido en sus pensamientos sobre Clarissa, que casi había olvidado el romance floreciente entre su hermana y el joven noble italiano.

Miró a Isabella, vio la expresión esperanzada en su rostro, la forma en que sus ojos brillaban de amor y anticipación. ¿Cómo podía negarle esta felicidad, especialmente después de todo lo que había sufrido?

Tragando con dificultad, Rafael forzó una sonrisa en sus labios, su voz ronca de emoción al responder:

—Mario, no puedo pensar en ningún hombre más digno de la mano de mi hermana que tú. Tienes mi bendición, y mis más profundas felicitaciones para ambos.

Isabella dejó escapar un grito de alegría, corriendo hacia adelante para abrazar a su hermano.

—¡Oh, Rafael, gracias! —exclamó, su voz ahogada contra su pecho—. Sé que esto debe ser difícil para ti, tan pronto después de la partida de Clarissa, pero tu apoyo significa todo para mí.

Rafael abrazó fuertemente a su hermana, parpadeando para contener las lágrimas que amenazaban con caer. Sabía que debería estar feliz por ella, que debería estar celebrando esta alegre ocasión. Pero todo en lo que podía pensar era en Clarissa, y en el futuro que había dejado escapar entre sus dedos.

—Estoy feliz por ti, de verdad —murmuró, su voz apenas por encima de un susurro—. Te mereces toda la felicidad del mundo, Isabella. Y sé que Mario será un esposo amoroso y devoto para ti.

Mientras el Conte e Isabella se abrazaban, sus rostros radiantes de amor y alegría, Rafael sintió una punzada de envidia y arrepentimiento. Él había tenido esa misma oportunidad de felicidad, esa misma oportunidad de construir una vida con la mujer que amaba. Pero había dejado que sus propios miedos y dudas se interpusieran en el camino, y ahora tendría que vivir con las consecuencias de sus elecciones.

Con el corazón pesado, Rafael se alejó de la feliz pareja, su mente ya corriendo con pensamientos sobre el futuro. Se entregaría a su trabajo, a reconstruir la finca de su familia y asegurar la felicidad de su hermana. Y tal vez, con el tiempo, encontraría una manera de sanar la herida que la ausencia de Clarissa había dejado en su alma.



Rafael estaba de pie en la terraza, observando cómo los sirvientes se apresuraban de un lado a otro, sus brazos cargados de flores y cintas. El aire estaba impregnado con el aroma de rosas y jazmín, y el sonido de risas y charlas llenaba el patio de abajo.

Forzó una sonrisa en su rostro cuando Isabella se acercó, sus ojos brillando de emoción.

—Oh, Rafael —exclamó, tomando sus manos entre las suyas—. ¿Puedes creerlo? ¡En solo unos pocos días, seré una mujer casada!

Rafael tragó con dificultad, su garganta repentinamente apretada.

—Estoy tan feliz por ti, Isabella —logró decir, su voz sonando tensa incluso para sus propios oídos—. Mario es un hombre afortunado.

La sonrisa de Isabella flaqueó ligeramente, y escrutó su rostro con preocupación. —Rafael, ¿estás bien? Pareces preocupado.

Él negó con la cabeza, forzándose a sostener su mirada. —Estoy bien, Isabella. Solo un poco cansado, eso es todo. Hay mucho que hacer antes de la boda, y quiero que todo sea perfecto para ti.

El rostro de Isabella se suavizó, y alzó la mano para tocar su mejilla. —Eres un buen hermano, Rafael. Sé que has sacrificado tanto por nuestra familia, y estoy agradecida por todo lo que has hecho. Pero no debes olvidar vivir tu propia vida también. Mereces ser feliz, tanto como yo.

Rafael sintió una oleada de emoción surgir dentro de él, y parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban con caer. —Gracias, Isabella —susurró, con la voz ronca por la emoción—. Intentaré recordarlo.

Mientras Isabella se apresuraba a supervisar los preparativos, Rafael volvió a mirar hacia los viñedos, con el corazón pesado de arrepentimiento. Sabía que debería estar enfocándose en la felicidad de su hermana, en el futuro que se avecinaba para su familia. Pero no podía sacudirse la sensación de que había perdido algo precioso, algo que nunca podría recuperar.

Con un suspiro, cuadró los hombros y se volvió hacia el castillo, decidido a poner buena cara por el bien de su hermana. Ya habría tiempo suficiente para los arrepentimientos más tarde, se dijo firmemente. Por ahora, tenía una boda que preparar y una familia que proteger.

Rafael caminó por los pasillos del castillo, sus pasos resonando en los suelos de piedra. El sonido de risas y charlas emocionadas llegaba desde el patio, donde los sirvientes estaban ocupados colgando guirnaldas de flores y preparando las mesas para el banquete de bodas. Se forzó a sonreír, a asentir e intercambiar cortesías con quienes se cruzaba, pero por dentro se sentía vacío, como si una parte vital de él hubiera sido arrancada.

Se encontró en la biblioteca, buscando consuelo entre los tomos polvorientos y los tapices descoloridos. La habitación estaba tenue y fresca, la única luz se filtraba a través de las estrechas ventanas. Rafael se hundió en un desgastado sillón de cuero, con la cabeza entre las manos.

—¿Qué he hecho? —susurró para sí mismo, con la voz áspera por la emoción—. La dejé ir, sin siquiera decirle lo que sentía. Y ahora la he perdido para siempre.

Pensó en Clarissa, en su feroz inteligencia y su risa contagiosa, su honestidad franca, en la forma en que sus ojos brillaban cuando lo miraba. Había sido un tonto al no decirle cuánto la amaba, cuánto la necesitaba en su vida. Y ahora era demasiado tarde.

Rafael permaneció allí durante mucho tiempo, perdido en sus pensamientos, hasta que el sonido de pasos en el pasillo lo sacó de su ensimismamiento. Se puso de pie, ajustándose la chaqueta y alisándose el cabello. Tenía un deber con su familia, con su hermana, y no los defraudaría.

—La felicidad de Isabella debe ser lo primero —se dijo con firmeza, haciendo a un lado su propio dolor—. Me concentraré en eso, y dejaré que el resto se resuelva solo.

Con un profundo suspiro, Rafael salió de la biblioteca y fue a buscar a su hermana, decidido a hacer que el día de su boda fuera una ocasión alegre, sin importar el costo para su propio corazón.

Mientras Rafael caminaba por los pasillos del castillo, su mente vagaba hacia el futuro. El otrora grandioso castillo yacía en mal estado, una sombra de su antigua gloria. Los viñedos, también, habían sufrido años de abandono, las vides estaban descuidadas y el suelo sin atender. Clarissa le había hecho ver que podría ser de otra manera, que si se dedicaba a reconstruir su propiedad, podría devolverla a lo que una vez fue. Ella había visto la posibilidad, y ahora, él determinó que completaría su visión.

—Reconstruiré este lugar —juró Rafael en silencio, con la mandíbula apretada con determinación—. Lo convertiré en un hogar digno del recuerdo de Clarissa, un testimonio del amor que nunca tuve la oportunidad de compartir con ella.

Imaginó a Clarissa caminando a su lado, su mano en la suya mientras recorrían juntos los terrenos. En su mente, podía ver los viñedos prosperando una vez más, el castillo restaurado a su antiguo esplendor. Era una visión de lo que podría haber sido, un sueño que ahora tendría que perseguir solo.

Rafael se detuvo frente a una ventana, mirando las colinas ondulantes que se extendían hasta el horizonte. El sol se estaba poniendo, pintando el cielo en tonos de naranja y rosa. Era una vista que Clarissa habría amado, lo sabía, y el pensamiento trajo una nueva oleada de dolor a su corazón.

—Nunca te olvidaré, amor mío —susurró, su voz llevada por la brisa del atardecer—. Y nunca dejaré de luchar por la vida que podríamos haber tenido juntos.

Con una última mirada prolongada a la puesta de sol, Rafael se apartó de la ventana y continuó su camino, sus pasos pesados por el peso de su dolor y su resolución. Había trabajo por hacer, y no descansaría hasta que estuviera terminado, hasta que hubiera creado un legado que honrara la visión de Clarissa como ella merecía.



Capítulo Diecisiete

CLARISSA MIRABA A TRAVÉS DE LA VENTANA EMPAPADA de lluvia de la casa de su familia en Londres, con el corazón tan oscuro y apático como la noche lluviosa. El tintineo de las cucharillas de plata sobre la fina porcelana y la charla ociosa de las damas reunidas en el salón después de la cena que su madre acababa de organizar se desvanecían en el fondo mientras sus pensamientos volaban a través del mar hacia Portugal, hacia Rafael.

Aún podía sentir la cálida caricia del sol en su piel, el dulce sabor del vino de Oporto en su lengua y la emoción que la recorría cada vez que Rafael la miraba con esos impresionantes ojos verde mar. En su presencia, se había sentido verdaderamente viva por primera vez: desafiada, apreciada y parte de algo significativo. Juntos habían cuidado los viñedos y soñado con un futuro restaurando las tierras de su familia.

Ahora de vuelta en Inglaterra, Clarissa sentía todo el peso de la estructurada y superficial sociedad presionándola. Los interminables té, bailes y visitas sociales se sentían dolorosamente vacíos. Añoraba la sencilla autenticidad de la vida en la finca de Rafael, las conversaciones estimulantes y las esperanzas compartidas que los habían unido tan profundamente en tan poco tiempo.

—Clarissa, querida, ¿qué te sucede? Has estado en otro mundo durante la última media hora —la voz de su madre interrumpió sus pensamientos.

Clarissa se sobresaltó, casi derramando su olvidada taza de té. —No es nada, mamá. Supongo que aún estoy algo cansada por el viaje.

—Bueno, espero que recuperes pronto el juicio. Tu padre ha arreglado que Lord Weatherby te lleve a montar al parque mañana por la tarde —la condesa le dirigió una mirada significativa—. Es un buen partido, ¿sabes?

Mirando a su alrededor a las otras jóvenes con sus finas sedas y rizos perfectos, Clarissa sintió una desesperación creciente. ¿Sería esta realmente su vida ahora, jugando a ser la doncella recatada, intercambiando su juventud y belleza al mejor postor titulado? Nunca podrían entender las maravillas que había experimentado, la profunda conexión que había forjado con Rafael.

—Creo que me retiraré temprano esta noche. Disculpadme —dijo abruptamente, dejando su taza y levantándose. Su madre chasqueó la lengua con desaprobación, pero no hizo ningún movimiento para detenerla.

Una vez en su habitación, Clarissa se dejó caer sobre la cama, mirando fijamente el dosel. Sin querer, una imagen del apuesto rostro de Rafael llenó su mente: la forma en que la miraba no como un premio a ganar sino como una compañera para estar a su lado, una igual en coraje y espíritu.

—Oh, Rafael —susurró a la habitación vacía—, cómo desearía estar contigo ahora, encontrando propósito y aventura en lugar de marchitarme en esta jaula dorada.

Lágrimas silenciosas se deslizaron por sus sienes hasta humedecer la almohada.



Clarissa estaba de pie, rígidamente, junto a su madre, su rostro una máscara de indiferencia educada mientras Lord Weatherby la miraba lascivamente desde el otro lado del salón. Alex le había advertido que el hombre era lo suficientemente mayor como para ser su abuelo, y de hecho debía tener al menos sesenta años, con el pelo canoso y barrigón. Se sentía enferma con solo pensar en dejar que la tocara.

La voz retumbante del conde llenaba el espacio, exaltando las virtudes del matrimonio.

—Weatherby es un hombre de medios e influencia, Clarissa. Te proveerá generosamente a ti y a cualquier hijo que puedan tener —el conde fijó en su hija una mirada severa, desafiándola a que lo contradijera.

Las manos de Clarissa se cerraron en puños a sus costados, con el impulso de gritar formándose en su garganta. Miró a su madre, esperando encontrar una aliada, pero la condesa simplemente asintió en acuerdo con su marido.

—Lord Weatherby es un buen partido, querida. Serías sabia en aceptar sus atenciones —el tono de la condesa no admitía discusión.

La bilis subió a la garganta de Clarissa cuando Weatherby se acercó, sus ojos recorriendo su figura con lujuria sin disimular. El empalagoso aroma de su colonia asaltó sus fosas nasales, y

luchó contra el impulso de retroceder.

—Mi lady —dijo Weatherby, alcanzando su mano—. Sería mi mayor placer hacerla mi esposa. Clarissa apartó su mano antes de que pudiera tocarla, al diablo con la propiedad. —No puedo casarme con usted, mi lord. No lo haré —su voz resonó, clara y desafiante.

El rostro del conde enrojeció de ira. —¡Clarissa, harás lo que se te ordena! Lord Weatherby te ha hecho una oferta generosa, y la aceptarás.

Las lágrimas escocían los ojos de Clarissa mientras se volvía hacia su madre, la desesperación arañando su corazón. —Por favor, mamá, no me obligues a hacer esto. No puedo soportar la idea de ser su esposa.

La expresión de la condesa se suavizó por un momento, pero rápidamente compuso sus facciones en una máscara de determinación. —Es por tu bien, Clarissa. Lord Weatherby te proveerá y protegerá tu reputación. Debes pensar en tu futuro.

El corazón de Clarissa se hizo añicos al darse cuenta de que sus padres no cederían. Les importaba más su capacidad de casarse que su felicidad, más su propia posición social que los sueños de su hija.

Con una última mirada angustiada a su madre, Clarissa se dio la vuelta y huyó de la habitación, ignorando los gritos de su padre y las exclamaciones sorprendidas de Weatherby. No dejaría que controlaran su destino por más tiempo.

Lavinia, la condesa de Creighton, siguió a su hija hasta la alcoba, sus faldas de seda susurrando contra el suelo pulido. —Clarissa, querida, debes ser razonable —imploró, su voz teñida de desesperación—. Piensa en la reputación de la familia. Si se llegara a saber de tu... indiscreción en Grecia, estaríamos arruinados.

Clarissa se giró para enfrentar a su madre, sus mejillas enrojecidas por la ira y las lágrimas contenidas. —¿Y qué hay de mi *vida*, madre? ¿Qué hay de mi felicidad? ¿Debo ser vendida al mejor postor, sin importar mis sentimientos?

La condesa suspiró, sus hombros hundiéndose bajo el peso de las acusaciones de su hija. —No es tan simple como eso, Clarissa. Tenemos un deber que cumplir, una posición que mantener. Y el señor Dalton... dejó claro que no guardará silencio para siempre.

Un escalofrío recorrió la espalda de Clarissa al escuchar el nombre de Dalton. El hombre que una vez pareció tan encantador y atento ahora tenía el poder de destruir su futuro con unas pocas palabras bien colocadas.

—¿Qué quiere? —susurró, temiendo la respuesta.

—Ha insinuado que estaría dispuesto a casarse contigo él mismo, para proteger tu reputación — admitió la Condesa, con voz cargada de resignación—. Pero tu padre se niega a considerarlo, al menos por ahora. No es el partido que querríamos para ti, un hijo menor sin título ni fortuna propia, pero si no aceptas a Weatherby, ¿puede que no tengas otra opción!

El corazón de Clarissa dio un vuelco ante la idea de estar encadenada a Dalton por el resto de sus días. El hombre ya casi había arruinado su vida con su lengua suelta, ¡soltándoselo a sus padres! No confiaba en él en lo más mínimo.

—No me casaré con él —declaró, con voz llena de convicción—. ¡No me casaré con ninguno de los dos! Y si eso significa que estoy arruinada, que así sea.

Los ojos de la Condesa se abrieron alarmados.

—Clarissa, no puedes hablar en serio. Tienes hermanas menores, ¡piensa en ellas! Tu padre y yo no tendríamos más remedio que repudiarte, para salvar sus reputaciones, y entonces, ¿adónde irías? ¿Cómo vivirías?

Pero la mente de Clarissa ya estaba adelantándose, evocando imágenes de una vida con Rafael en Portugal, lejos de las sofocantes expectativas de la sociedad inglesa.

—Encontraré la manera —juró, con la barbilla levantada en actitud desafiante.

Antes de que la Condesa pudiera responder, se oyó un golpe en la puerta.

—Adelante —llamó la Condesa, con voz cansada.

La puerta se abrió revelando a Marianne, resplandeciente en un vestido de seda esmeralda que resaltaba su cabello de fuego.

—Espero no estar interrumpiendo —dijo, con los ojos paseándose entre Clarissa y su madre.

—En absoluto —dijo Clarissa, sintiendo alivio al ver a su tía—. Por favor, pasa.

Marianne cruzó la habitación para abrazar a Clarissa, su perfume envolviéndolas a ambas en una suave nube de jazmín.

—He estado preocupada por ti —murmuró, apartándose para estudiar el rostro de Clarissa—. Alex y yo apenas te hemos visto desde que regresamos a Londres; hemos retrasado nuestro viaje a Escocia para asegurarnos de que estuvieras bien.

La Condesa se aclaró la garganta, atrayendo su atención.

—Marianne, tal vez tú puedas hacer entrar en razón a mi hija. Se niega a considerar la propuesta de Lord Weatherby, y me temo que está considerando algunas ideas descabelladas de escaparse.

Las cejas de Marianne se alzaron con sorpresa.

—¿Escaparse? ¿A dónde?

Clarissa dudó, de repente insegura de cuánto revelar. Pero la calidez y la preocupación en los ojos de Marianne le dieron valor.

—A Portugal —admitió, con voz apenas audible—. Con Rafael.

Los ojos de Marianne se abrieron de par en par, y miró a la Condesa, que parecía absolutamente escandalizada.

—Clarissa —dijo Marianne suavemente, tomando las manos de su amiga entre las suyas—, entiendo tus sentimientos por el Capitán de Silva, pero debes pensar bien esto. Escaparte arruinaría tu reputación, y la de tu familia también.

Clarissa retiró sus manos, sintiendo la frustración crecer en su pecho.

—¿Y qué hay de mi felicidad, Marianne? ¿Debo sacrificarla por el bien de la propiedad y las opiniones de los demás?

La Condesa dio un paso adelante, con voz severa.

—Clarissa, ya es suficiente. Cumplirás con tu deber como hija de esta familia y aceptarás la propuesta de Lord Weatherby. No habrá más charla sobre Portugal o el Capitán de Silva. Marianne —la Condesa asintió hacia la puerta, dejando claro que no tenía intención de dejarlas solas, probablemente por no confiar en Marianne.

De hecho, pensó Clarissa, le habría suplicado a Marianne que la ayudara a escapar si hubiera podido.

Marianne le lanzó a Clarissa una mirada de dolor antes de partir a regañadientes. La Condesa la siguió, cerrando la puerta con un clic decisivo, y Clarissa se hundió en el borde de su cama, con los hombros caídos en señal de derrota.

No, pensó, Marianne no la ayudaría a escapar. Eso sería pedir demasiado. Pero quizás... ¿quizás enviaría una carta?

—Podría escribirle a Rafael —dijo Clarissa en voz alta, secándose las lágrimas de los ojos y apretando obstinadamente la mandíbula—. Nunca tuve la oportunidad de decirle lo que siento por él. Si lo supiera... tal vez... —Tal vez no le importaría. Había pensado, tantas veces, que estaba a punto de pedírselo, pero nunca lo había hecho. Bueno. Enderezó los hombros. Quien no arriesga, no gana.

Se acercó a su escritorio y sacó una hoja de papel y una pluma.

Mi querido Rafael, escribió. Me temo que he cometido un terrible error al dejar Portugal, al dejarte. Cada día, me encuentro soñando con la vida que podríamos haber tenido, con el amor que podríamos haber compartido.

Las palabras brotaron de ella, un torrente de anhelo y desesperación. Le contó a Rafael su miseria, el vacío que sentía sin él a su lado. Le confesó su amor, sus sueños de un futuro juntos, lejos de las limitaciones de la sociedad inglesa.

Clarissa apretó la carta terminada contra su pecho, con el corazón acelerado por una mezcla de miedo y anticipación. Sabía que estaba corriendo un enorme riesgo, desafiando a sus padres y las expectativas de la sociedad, pero la idea de una vida sin Rafael era demasiado para soportar. Se la entregaría a Marianne tan pronto como pudiera, y confiaría en que su tía la enviaría por ella.

Con manos temblorosas, abrió el cajón de su tocador y colocó cuidadosamente la carta dentro, escondiéndola debajo de un montón de pañuelos. Era su último vínculo con Rafael, un recordatorio tangible del amor y la pasión que habían compartido.

Un repentino golpe en la puerta sobresaltó a Clarissa de su ensoñación.

—¡Clarissa, debes prepararte! ¡Nos vamos en una hora! —Era la voz de su madre, teñida de impaciencia.

—Sí, mamá —respondió Clarissa, sabiendo que debía mantener una fachada dócil por ahora, al menos. Respiró hondo, preparándose para la velada que le esperaba, y tocó la campanilla para llamar a su doncella.

El baile era un gran acontecimiento, el salón de baile brillaba con la luz de las velas y estaba lleno del parloteo de la élite londinense. Clarissa se movía entre la multitud, intercambiando saludos corteses y sonrisas forzadas, pero su corazón no estaba en ello. Sus pensamientos estaban con Rafael y la carta escondida en su tocador.

—Ah, aquí estás, querida —La voz untuosa de Lord Weatherby cortó el bullicio, y Clarissa reprimió un escalofrío cuando él tomó su mano, sus dedos húmedos envolviendo los de ella—. He estado esperando toda la noche para bailar contigo.

Clarissa miró desesperadamente alrededor de la sala, buscando una escapatoria, pero la mirada severa de su padre la atrapó desde el otro lado del salón de baile. Sabía lo que él esperaba de ella, conocía la presión bajo la que estaba para asegurar su futuro.

Pero cuando Lord Weatherby la condujo a la pista de baile, deslizándose su mano posesivamente alrededor de su cintura, Clarissa sintió que algo dentro de ella se quebró. No podía hacer esto, no podía fingir ser alguien que no era, no podía resignarse a una vida de miseria y arrepentimiento.

—Lo siento, no puedo —jadeó, liberándose del agarre de Lord Weatherby. Ignorando sus protestas entrecortadas y la mirada furiosa de su padre, recogió sus faldas y huyó del salón de baile, con lágrimas corriendo por su rostro.

Corrió ciegamente por los pasillos, con el corazón latiendo en sus oídos, hasta que se encontró en un tranquilo nicho, oculta de la vista. Se desplomó en el suelo, enterrando el rostro entre sus manos mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

—Aquí estás —dijo una voz suave, y el aroma a jazmín la envolvió mientras Marianne, resplandeciente en un vestido de seda verde esmeralda brillante, se agachaba a su lado—. Ven, querida. Alex tiene nuestro carruaje esperando. Déjame llevarte a casa.

Casa. El único hogar que deseaba era un castillo en ruinas en un acantilado portugués, junto al único hombre que alguna vez tendría su corazón. Desanimada, Clarissa dejó que Marianne la ayudara a levantarse y la guiara afuera, donde el carruaje de los Glenkellie las esperaba.

—Le avisaré a tus padres que Marianne te ha llevado a casa —dijo Alex en voz baja, ayudándola a subir al carruaje, con el rostro lleno de simpatía.

Clarissa solo pudo asentir, agradecida, pero entendiendo que esto era toda la ayuda que podían ofrecerle. Miró por la ventana en silencio, sin ver nada mientras el carruaje rodaba por las calles oscuras, inconsciente de la preocupación en el rostro de Marianne mientras su tía la observaba.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la residencia de los Creighton, Clarissa se volvió hacia su tía.

—Marianne, necesito tu ayuda. Debo enviar una carta. ¿La enviarás por mí, discretamente?

Los ojos de Marianne se abrieron con sorpresa, pero asintió sin dudarlo.

—Por supuesto, querida. Sabes que siempre puedes contar conmigo. Pero ¿qué es esta carta? ¿Y a quién se la envías?

Clarissa tomó un profundo respiro, preparándose para la confesión.

—Es para Rafael, Marianne. Lo amo, verdadera y profundamente, y no puedo soportar la idea de perderlo para siempre. Debo decirle cómo me siento, incluso si eso significa desafiar a mi padre y arriesgarlo todo.

La expresión de Marianne se suavizó, y extendió la mano para tomar las de Clarissa entre las suyas.

—Oh, mi querida niña. Lo entiendo. El amor es algo precioso y vale la pena luchar por él. Dame la carta y me aseguraré de que le llegue de manera segura.

Clarissa sintió una oleada de gratitud y afecto por su tía. Subiendo apresuradamente a su habitación, trajo la carta de vuelta y la puso en las manos de Marianne, con una única lágrima deslizándose por su mejilla.

—Gracias, Marianne. Gracias por todo.

Mientras Marianne se escabullía, con la carta oculta entre los pliegues de su falda, Clarissa sintió que un destello de esperanza se encendía en su corazón. Había dado el primer paso, se había atrevido a alcanzar el amor que tan desesperadamente anhelaba. Ahora, todo lo que podía hacer era esperar y rezar para que Rafael respondiera a su llamado, que viniera por ella y la llevara a una vida de pasión y aventura, lejos de los sofocantes confines de la sociedad londinense.

En su mente, podía ver el barco de Rafael, el Santa Dorotéia, cortando las olas, sus velas ondeando al viento. Se imaginó a sí misma de pie en la cubierta junto a él, con la sal del mar besando su rostro, la cálida brisa enredándose en su cabello.

En sus sueños, navegarían a Portugal, al castillo en ruinas y al viñedo descuidado que eran el derecho de nacimiento de Rafael. Juntos, restaurarían la propiedad a su antigua gloria, vertiendo su amor y dedicación en cada piedra y vid. Podía verse caminando de la mano con Rafael a través de los viñedos bañados por el sol, riendo y hablando, compartiendo sus esperanzas y sueños.

Por la noche, se retirarían a sus aposentos, donde Rafael la tomaría en sus brazos y la amaría con una pasión que encendería su alma. Ella se entregaría a él completamente, en cuerpo y corazón, y juntos crearían una vida llena de alegría y propósito, lejos de las intrigas superficiales y los escándalos mezquinos de la aristocracia inglesa.

Clarissa suspiró, su corazón doliendo de anhelo. Era un hermoso sueño. Pero ¿era realmente posible? ¿Podría realmente abandonar todo lo que había conocido, desafiar a su familia y su deber, por el amor?

Clarissa cerró los ojos, dejando que el sueño la inundara, llenándola de una resolución feroz e inquebrantable. Sí, pensó. Sí, iré a ti, mi amor. Enfrentaré cualquier tormenta, cualquier obstáculo, para estar contigo. Y juntos, crearemos un amor que perdurará a través de los tiempos, un amor que nunca morirá.



Capítulo Dieciocho

TORRE DO ROCHADO NO HABÍA VISTO TALES CELEBRACIONES en décadas. El castillo estaba repleto de flores e invitados celebrando la boda de Isabella.

La música se elevó cuando Isabella y su nuevo esposo, Mario, el Conte di Bardolino, ocuparon la pista de baile para su primer baile como marido y mujer. Rafael observaba desde los márgenes, agudamente consciente del espacio vacío a su lado donde Clarissa debería haber estado.

Mientras la feliz pareja giraba frente a él, Isabella captó su mirada, su radiante sonrisa desvaneciéndose en un ceño fruncido de simpatía. Se inclinó hacia Mario y le susurró algo al oído. Él asintió y la guió con gracia fuera de la pista de baile. Pasaron apenas unos momentos antes de que Isabella marchara hacia Rafael, con las manos en las caderas, su nuevo esposo siguiéndola con una expresión divertida en su rostro.

—¿Qué estás haciendo, fratello mio? ¿Por qué no estás bailando?

Rafael suspiró y dio un sorbo a su vino.

—Me temo que no estoy de humor para bailar. No dejes que mi mal humor empañe tu día, querida.

—Creo que echa de menos a Clarissa —dijo Mario con una pequeña risa.

—Oh, Rafa —Isabella sacudió la cabeza—. ¿No lo ves? ¡La pobre chica está enamorada de ti! Y tú dejas que tu tonto orgullo masculino se interponga.

—¿Enamorada de mí? —Rafael se burló—. No lo creo. ¡Se fue!

—¡Hombres! Honestamente, a veces todos son tan ciegos. —Isabella agarró su brazo, su agarre sorprendentemente fuerte para alguien tan menudo—. Escúchame, Rafael. Esa chica te miraba como... como mamá solía mirar a papá. ¡Se fue solo porque tú no le pediste que se quedara!

¿Podría ser cierto? ¿Había malinterpretado completamente la situación con Clarissa? El pensamiento lo llenó de euforia y pavor a partes iguales.

Si había arruinado las cosas con sus palabras precipitadas y suposiciones egoístas... Dio mio, nunca se lo perdonaría. Tenía que arreglar esto, al diablo con el orgullo. Incluso si ella lo rechazaba, tenía que intentarlo.

Rafael dejó su copa y besó a Isabella en la mejilla.

—Grazie, sorella. Me has dado mucho en qué pensar.

Ella sonrió y le dio una palmadita en la cara.

—Ve por ella, Rafa. Lucha por el amor que mereces.

—No te preocupes por la finca —intervino Mario—. Isabella y yo nos encargaremos de todo en tu ausencia.

El alivio y la gratitud inundaron a Rafael en igual medida.

—Gracias, hermano. Tu apoyo significa más de lo que puedo expresar.

Con renovado propósito, Rafael se dispuso a hacer los preparativos para su viaje. Mientras empacaba su baúl, su mente daba vueltas con posibilidades. ¿Y si Clarissa se negaba a verlo? ¿Y si sus sentimientos habían cambiado? No, no podía permitirse pensar así. La recuperaría, costara lo que costara.

Mientras el carruaje lo alejaba de los viñedos bañados por el sol de su tierra natal, el corazón de Rafael se elevaba con esperanza y temor. Estaba navegando en aguas desconocidas, pero por Clarissa, afrontaría cualquier tormenta. Inglaterra, y el deseo de su corazón, lo esperaban.



El carruaje se detuvo bruscamente frente a una elegante casa de la ciudad de Londres, su fachada de un blanco immaculado contra el cielo gris y brumoso. Rafael bajó, con el corazón martilleando en su pecho mientras se acercaba a la puerta. Golpeó la aldaba de bronce, el sonido resonando en la tranquila calle.

Momentos después, la puerta se abrió, revelando a un mayordomo urbano.

—¿Puedo ayudarle, señor? —Su mirada recorrió a Rafael, frunciendo el ceño al observar sus desgastadas ropas de viaje—. No creo...

—Debo hablar con el Marqués y la Marquesa de Glenkellie inmediatamente —interrumpió Rafael, su voz firme con determinación.

—Veré si están recibiendo, señor. ¿Su tarjeta?

Rafael parpadeó.

—Ah, no tengo tarjeta. Por favor, dígales que Rafael de Silva está aquí.

—Muy bien, señor. —El mayordomo lo condujo al interior, llevándolo a un bien equipado salón y dejándolo solo con una expresión que sugería que pensaba que Rafael podría poner sus botas sucias en el sofá si lo dejaban sin supervisión por mucho tiempo.

Apenas había pasado un minuto cuando la puerta se abrió de golpe, revelando a Marianne y Alex, sus expresiones una mezcla de shock y deleite.

—¡Rafael! —exclamó Marianne, apresurándose a abrazarlo—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Alex estrechó su mano, sus ojos brillando con diversión.

—Me atrevo a decir que esto es una sorpresa, amigo mío. Pensé que estabas atendiendo tu finca en Portugal.

Rafael se pasó una mano por el cabello, de repente consciente de sí mismo.

—Lo estaba, pero me di cuenta... Me di cuenta de que no podía dejar ir a Clarissa sin luchar.

El rostro de Marianne se suavizó, la comprensión brillando en sus ojos.

—Oh, Rafael. Esperaba que entraras en razón.

Hizo un gesto para que se sentara, su expresión volviéndose seria.

—Debo decirte, Clarissa te escribió hace solo unos días. Yo misma envié la carta.

El corazón de Rafael dio un salto, una chispa de esperanza encendiéndose en su pecho.

—¿Me escribió? ¿Qué decía?

Marianne negó con la cabeza, sus rizos rojos rebotando.

—Lo siento, Rafael. No era mi lugar leer su correspondencia. Pero puedo decirte esto: ha estado miserable desde que regresó a Inglaterra. Su padre está decidido a verla casada, pero ella rechaza a cada pretendiente que le presenta.

Alex se inclinó hacia adelante, sus ojos intensos.

—Rafael, si realmente la amas, debes actuar ahora. Su padre se vuelve más insistente cada día.

Rafael asintió, la determinación asentándose sobre él como un manto.

—La amo, con cada fibra de mi ser. Y no descansaré hasta que sea mía.

Se puso de pie, su postura recta y orgullosa.

—Iré a verla mañana, y rezaré para que me reciba. Pero primero, debo encontrar alojamiento y hacerme presentable.

Marianne agitó una mano, desestimando sus preocupaciones. —Tonterías, te quedarás con nosotros. Tenemos más que suficiente espacio, e insisto en ello. Eres nuestro invitado de honor, ¡es lo mínimo que podemos hacer para devolver la maravillosa hospitalidad que nos mostraste en Portugal!

La gratitud se hinchó en el pecho de Rafael, calentándolo desde dentro. —Gracias a los dos. Su amistad significa el mundo para mí.

Mientras seguía al mayordomo, repentinamente mucho más acogedor, hacia su habitación, la mente de Rafael corría con anticipación. Mañana, pondría su corazón a los pies de Clarissa, y esperaría contra toda esperanza que ella lo aceptara. Por ahora, solo podía rezar y soñar con el momento en que la tendría en sus brazos una vez más.

Apenas había cruzado el umbral cuando la voz de Alex detrás de él lo hizo volverse.

—Oye, Rafael... no habíamos planeado asistir, pero habrá un baile esta noche, y Marianne cree que Clarissa estará allí. ¿Te gustaría asistir? De lo contrario, puedes presentarte en su casa mañana.

—Pero es posible que no se me conceda la entrada a su casa —dijo Rafael, pensando rápidamente—. Sin embargo, el Conde no puede negarme hablar con ella en público. Sí, Alex, me encantaría asistir, si es posible.

—Escribiré una nota a la anfitriona ahora mismo avisando que llevaremos un invitado —Alex le dedicó una sonrisa—. ¡La ventaja de ser marqués es que a la gente le resulta muy difícil decir que no incluso si estás haciendo peticiones irrazonables! ¿Tienes ropa adecuada? De lo contrario, me atrevo a decir que mis trajes te quedarán bastante bien...

—Tengo ropa adecuada —dijo Rafael—. Después de todo, sigo siendo un oficial comisionado de la Armada portuguesa.

—Un uniforme militar siempre es aceptable —Alex inclinó la cabeza—. ¡Enviaré a mi ayudante para que te ayude a bañarte y afeitarte!

El corazón de Rafael se aceleró al entrar en el resplandeciente salón de baile, sus ojos escudriñando la multitud en busca de un vistazo de Clarissa. El mar de rostros desconocidos y el opulento entorno del baile de la sociedad londinense estaban muy lejos de la cubierta de su barco, pero navegó este nuevo mundo con la misma determinación que le había servido bien en alta mar.

Y entonces la vio.

Clarissa estaba al otro lado de la sala, resplandeciente en un vestido de seda azul pálido que acentuaba sus delicadas facciones y su cabello besado por el sol. Como si sintiera su presencia, se volvió, sus ojos encontrándose a través del abarrotado salón de baile. En ese momento, el resto del mundo desapareció, y solo estaba ella.

Rafael se abrió paso entre la multitud, sin apartar los ojos del rostro de Clarissa. A medida que se acercaba, vio el juego de emociones en sus facciones: sorpresa, alegría y una profundidad de

sentimiento que le quitó el aliento. En ese momento, supo sin lugar a dudas que ella lo amaba, igual que él la amaba a ella.

—Clarissa —suspiró, tomando su mano entre las suyas—. ¿Me concedes este baile?

Ella asintió, aparentemente incapaz de hablar, y él la llevó a la pista de baile. Mientras se movían juntos en perfecta armonía, Rafael se maravilló de tenerla en sus brazos, de cómo su mano encajaba tan perfectamente en la suya. Nunca se había sentido tan vivo como en este momento con Clarissa.

—Pensé que nunca volvería a verte —susurró Clarissa, su voz temblando de emoción.

Rafael la estrechó con más fuerza, su corazón doliendo ante el pensamiento del dolor que le había causado. —Lo siento mucho, mi amor. Fui un tonto al dejar que mi orgullo y mis celos se interpusieran entre nosotros. Pero estoy aquí ahora, y nunca volveré a dejarte.

Los ojos de Clarissa brillaban con lágrimas contenidas. —¿De verdad lo dices en serio, Rafael?

Él asintió, su mirada intensa e inquebrantable. —Te amo, Clarissa. Te he amado desde el momento en que te vi por primera vez, y te amaré hasta mi último aliento. Por favor, dime que sientes lo mismo.

Sus siguientes palabras encendieron su corazón.

—Sí, Rafael. Te amo más de lo que jamás creí posible. Pero... —Dudó, la preocupación arrugando su frente—. Mis padres nunca aprobarán nuestra unión. Tienen sus corazones puestos en que me case con Lord Weatherby.

Rafael acunó su mejilla, su pulgar enjugando suavemente una lágrima perdida. —Superaré sus objeciones, mi amor, como sea necesario. Les demostraré que soy digno de tu mano, que mi amor por ti es verdadero e inquebrantable.

Clarissa se inclinó hacia su toque, sacando fuerzas de su convicción. —Creo en ti, Rafael. Juntos, podemos enfrentar cualquier cosa.



El Conde de Creighton estaba sentado rígidamente detrás de su escritorio, sus ojos entrecerrados mientras Rafael entraba en el estudio. —Capitán de Silva —dijo fríamente—. ¿A qué debo esta... inesperada visita?

Rafael sostuvo la mirada del Conde sin pestañear, su postura erguida y orgullosa. —Mi señor, he venido a pedir la mano de su hija en matrimonio.

El rostro del Conde se tornó de un alarmante tono rojo, sus puños apretados a los costados. — ¡No puede hablar en serio! Clarissa está destinada a cosas mucho más grandes que un capitán portugués sin un centavo con un castillo en ruinas y unos pocos viñedos miserables a su nombre. La mandíbula de Rafael se tensó, pero se negó a caer en la provocación. —Puede que no tenga riquezas ni títulos, mi señor, pero tengo algo mucho más valioso: mi amor por su hija. Ella es el aire que respiro, la luz que me guía a través de la oscuridad. Daría mi vida por ella sin un momento de duda.

El Conde se burló, su labio curvándose con desdén. —Bonitas palabras, Capitán, pero no significan nada frente a la fría y dura realidad. Clarissa merece un marido que pueda proveer para ella, que pueda darle la vida para la que nació. Y ese hombre no es usted.

El corazón de Rafael latía con fuerza en su pecho, una mezcla de ira y frustración corriendo por sus venas. Se había enfrentado a corsarios y había luchado contra mares embravecidos, pero nada podría haberlo preparado para el desprecio mordaz del Conde. —Usted subestima a su hija, mi señor —dijo, con voz baja e intensa—. Clarissa no es una flor delicada para ser mimada y protegida. Es una mujer de fuerza y coraje, con un corazón tan vasto como el océano.

Los ojos del Conde brillaron de ira. —Presume demasiado, Capitán. No me quedaré aquí escuchándole hablar de mi hija como si la conociera mejor que yo. Ahora, le sugiero que se marche antes de que le haga echar.

Las manos de Rafael se cerraron en puños a sus costados, el impulso de arremeter casi abrumador. Pero sabía que la violencia no resolvería nada. Con una rígida reverencia, giró sobre sus talones y salió de la habitación, sus botas resonando en el suelo pulido.

Al salir al aire fresco de Londres, la mente de Rafael daba vueltas a las implicaciones de las palabras del conde. ¿Cómo podría convencer al hombre de que entrara en razón? ¿De que entendiera que su amor por Clarissa era puro y verdadero, sin mancha de preocupaciones por la riqueza o el estatus?

Perdido en sus pensamientos, Rafael apenas notó el carruaje que se detenía en la acera hasta que una voz familiar lo llamó.

—¿Rafael?

Levantó la mirada para ver a Marianne y Alex, sus rostros grabados con preocupación.

—Vine a pedir la mano de Clarissa —dijo, con la voz ronca por la emoción—. Pero el conde... me rechazó de plano. Dijo que no era digno de ella.

Los ojos de Marianne se agrandaron, su mano voló a su boca.

—Oh, Rafael... lo siento mucho. Pero seguramente debe entrar en razón. Después de todo, Clarissa te debe su propia vida.

Alex asintió en acuerdo, su frente arrugada en concentración.

—En efecto. Y tu carácter está más allá de todo reproche. El conde no puede objetar por esos motivos.

Rafael negó con la cabeza, una risa amarga escapando de sus labios.

—Subestimas la terquedad del hombre. Está decidido a ver a Clarissa casada con algún lord adinerado, sin importar sus propios sentimientos al respecto.

Marianne intercambió una mirada con su esposo, un brillo determinado en sus ojos.

—Ya veremos. Ven, Alex... debemos hablar con el conde nosotros mismos. Seguramente escuchará la razón si viene de nosotros.

Mientras desaparecían en la casa, Rafael solo podía rezar para que sus palabras fueran suficientes para influir en el corazón del conde. Porque sin Clarissa a su lado, sabía que su propia vida no sería más que una cáscara vacía, desprovista de toda luz y alegría.



El conde estaba sentado en su estudio, su expresión pétrea mientras Marianne y Alex eran anunciados. Apenas levantó la mirada de sus papeles, su voz fría mientras hablaba.

—Supongo que están aquí para abogar por ese... extranjero.

Marianne se erizó ante el desdén en su tono, pero mantuvo su voz calmada al responder.

—Rafael es un buen hombre, mi lord. Seguramente debe verlo. Salvó la vida de su hija, con gran riesgo para la suya propia. Y su carácter está más allá de todo reproche.

El conde resopló, finalmente levantando la mirada para encontrarse con la de ella.

—¿Carácter? ¿Qué importa el carácter, cuando no tiene título, ni fortuna de la que hablar? Clarissa merece algo mejor que un noble sin dinero de una tierra extranjera.

Alex dio un paso adelante, su propia voz firme.

—Rafael puede no tener riqueza o un título, pero tiene algo mucho más valioso: honor y un corazón que late solo por su hija. ¿No puede ver cuánto se aman?

Pero el conde solo negó con la cabeza, su mandíbula obstinadamente apretada.

—¿Amor? ¿Qué importa el amor frente a la practicidad? Clarissa se casará con Lord Weatherby, y eso es definitivo. No escucharé más argumentos sobre el asunto.

Marianne intercambió una mirada de impotencia con Alex, su corazón hundiéndose. Parecía que el conde estaba decidido a permanecer ciego a la verdad, sin importar cuán claramente se la presentaran.

Mientras se despedían, Marianne solo podía esperar que de alguna manera, de algún modo, Rafael y Clarissa encontraran la forma de estar juntos. Porque ella conocía demasiado bien el dolor de un amor negado, y no le desearía tal destino a nadie.



Capítulo Diecinueve

LOS SUSURROS APAGADOS SEGUÍAN A RAFAEL COMO UN enjambre de moscas mordaces mientras entraba en el salón de baile de Lord Moncrieffe. Las ornamentadas arañas iluminaban las muecas de desprecio en los rostros empolvados, las narices aristocráticas arrugadas ante su presencia.

—¿Un capitán portugués en nuestros círculos? ¡Qué descaro! —cuchicheó Lady Dunmore detrás de su abanico.

—Prácticamente un campesino, según he oído. Sin fortuna alguna —añadió Lord Talbot con un resoplido despectivo.

Rafael enfrentó su desdén con la cabeza alta, aunque por dentro ardía de indignación. ¿Un campesino? Si tan solo supieran el peso de la responsabilidad que cargaba, las vidas que dependían de él. Pero eso no era algo que ellos pudieran entender. Estaba aquí por Clarissa, y solo por ella.

Como si la hubiera invocado con sus pensamientos, Clarissa apareció ante él, radiante en un vestido de plata reluciente. Su sonrisa era tensa, pero sus ojos bailaban con desafío.

—Capitán de Silva. Me alegro tanto de que haya podido asistir.

—Lady Clarissa —se inclinó profundamente, agudamente consciente de las docenas de ojos que seguían cada uno de sus movimientos—. El placer es todo mío.

Ella se acercó, bajando la voz en un susurro conspiratorio.

—No les hagas caso, Rafael. Sus opiniones son tan insustanciales como la espuma del mar.

No pudo evitar reírse, maravillado por su espíritu.

—Y tan fácilmente dispersadas por el viento. ¿Deberíamos darles algo de qué hablar de verdad?

Rafael extendió su mano en abierta invitación. La sonrisa de Clarissa floreció como un amanecer mientras colocaba sus dedos enguantados en los de él. En algún lugar, un jadeo scandalizado

puntuó el momento.

Mientras la conducía hacia la pista de baile, Rafael vislumbró a la Condesa, con los labios apretados en señal de desaprobación. Sin duda, ella había orquestado esta muestra de desdén. Pero ni siquiera sus maquinaciones podían hacer tambalear su resolución. Por Clarissa, capearía cualquier tormenta.

Las primeras notas de un vals flotaron en el aire. Rafael atrajo a Clarissa hacia sí, saboreando su calidez a través de las capas de seda y encaje. Aquí, en el círculo de sus brazos, el resto del mundo se desvanecía. Ninguna lengua viperina ni ceja alzada podía alcanzarlos.

Que murmuren, pensó mientras comenzaban a bailar. Que se burlen y se mofen. Su corazón conocía la verdad, y eso era suficiente. Suficiente para soportar mil humillaciones mezquinas.

Mientras giraban por el reluciente parqué, los ojos de Clarissa brillaban con picardía.

—Creo que hemos causado bastante revuelo.

—En efecto. Temo que la Condesa pueda desmayarse por tanta impropiedad.

Ella rio, un sonido como burbujas de champán en sus oídos.

—Oh, mamá sobrevivirá. Aunque sospecho que me espera una reprimenda más tarde.

Rafael frunció el ceño.

—Odio ser la causa de conflicto entre ustedes.

—Tonterías —los dedos de Clarissa se aferraron a su hombro—. No dejaré que nadie dicte a mi corazón. Ni siquiera mi propia madre.

El orgullo lo inundó. Esta mujer valiente y hermosa lo había elegido a él, al diablo con el desprecio de la sociedad. Lo humillaba y lo exaltaba a partes iguales.

Las notas finales del vals se desvanecieron, y la realidad volvió como una fría marea. A regañadientes, Rafael dio un paso atrás, añorando ya la pérdida de su contacto.

Apenas se habían separado cuando la Condesa descendió, su rostro como una nube de tormenta.

—Clarissa. Una palabra, si me permites.

Clarissa apretó su mano, una promesa silenciosa, antes de seguir a su madre a un rincón tranquilo. Rafael las vio alejarse, preparándose para la batalla que se avecinaba.

La voz de la Condesa, aunque susurrante, se oía en la quietud.

—¿Has perdido el juicio? ¿Coqueteando con ese... ese don nadie?

—No es un don nadie —el tono de Clarissa podría haber cortado el cristal—. Es un hombre bueno y honorable.

—¡Está por debajo de ti! —La agitación de la Condesa era evidente en el susurro de sus faldas—. Estás echando por la borda tus perspectivas, tu reputación...

—Mi reputación es mía para arriesgarla.

El corazón de Rafael se hinchó hasta casi estallar. En ese momento, supo con cegadora certeza que amaría a esta mujer hasta su último aliento.



Los pasos del Conde de Creighton resonaron como disparos mientras marchaba hacia Rafael, con el rostro moteado de ira.

—Tú. De Silva.

Rafael se giró, cuadrando los hombros.

—Mi Lord.

—No me andaré con rodeos —los ojos del conde eran pedernal—. Aléjate de mi hija, o te veré en el primer barco de vuelta a Portugal. Permanentemente.

La amenaza flotó en el aire, afilada como una cuchilla. Rafael la enfrentó con una mirada firme.

—Con todo respeto, mi Lord, no puedo hacer eso.

—¿No puedes? —El Conde balbuceó—. Olvidas tu lugar, señor.

—No —la voz de Rafael era tranquila, inquebrantable—. Conozco mi lugar. Es al lado de Clarissa, mientras ella me quiera a su lado.

Los puños del conde se cerraron, sus nudillos blancos.

—Ella no te tendrá en ningún lado, cuando haya terminado contigo. No permitiré que la arruine alguien como tú.

El corazón de Rafael martilleaba, pero se mantuvo firme.

—Jamás la arruinaría. La amo, más que a mi propia vida.

—¿Amor? —se burló el conde—. ¿Qué tiene que ver el amor con esto? Eres un extranjero sin un céntimo, un don nadie. No aportas nada a esta unión.

Nada más que mi corazón, pensó Rafael. Y mi honor, por lo que valga en este mundo reluciente de fachadas.

En voz alta, dijo:

—Aporto mi devoción, mi lealtad. Trabajaré incansablemente para darle a Clarissa la vida que se merece.

—Bonitas palabras —el conde le lanzó una mirada despectiva—. Significarán poco cuando estés muriendo de hambre en el arroyo.

Rafael alzó la barbilla, su determinación endureciéndose. —No comprometeré mis valores, ni por estatus ni por aprobación. Si debo probar mi valía, lo haré a través de mis acciones, no doblegándome a los caprichos de la moda.

El rostro del Conde se oscureció hasta un tono púrpura. —Entonces Pruébate desde Portugal. Si vuelves a acercarte a Clarissa, te haré exiliar. Eso es una promesa.

Con eso, giró sobre sus talones y se alejó a zancadas, dejando a Rafael solo en el resplandeciente salón de baile, su futuro pendiendo de un hilo.

—No hagas caso a Arthur —Se volvió para ver a Marianne sonriéndole—. Su ladrido es mucho peor que su mordida. Le recordaré lo que pasó la última vez que intentó intervenir en una unión por amor.

—¿Y qué pasó, Lady Glenkellie? —Ella le hizo un gesto para que la llevara a la pista de baile, y él obedeció, ignorando las expresiones de desaprobación de aquellos que lo consideraban indigno de bailar con una marquesa.

—Un cisne —dijo Marianne críticamente, riendo ante su expresión confundida—. Déjame decirte que se hizo justicia divina y Arthur ha sido un mejor hombre desde entonces... en su mayor parte. Déjanos a él y a Lavinia a mí. Alex te llevará a su club y te presentará a algunos caballeros influyentes cuya buena opinión tendrá mucho peso en la alta sociedad.

—¿Como quiénes? —preguntó Rafael con cierta duda.

—Altos mandos militares que no se molestan con este tipo de tonterías —Marianne hizo un gesto a su alrededor, un gesto de desdén por la frivolidad y el chismorreó en el que se complacían los que les rodeaban—. Hombres que entenderán y respetarán exactamente quiénes eres, por lo que has pasado y los desafíos que ahora enfrentas, porque muchos de ellos lucharon en la Campaña Peninsular. Ya verás.

No le gustaba tener que confiar su destino y el de Clarissa a otros, pero Marianne nunca había sido más que un apoyo para su cortejo. Se inclinó ante ella al final del baile y le agradeció sinceramente.

—No hay de qué. Ahora. Aquí está mi amiga Lady Havers... Ellen, ¡permíteme presentarte al Capitán de Silva! Él amablemente nos hospedó en su hermoso castillo en Portugal, ¡un campo tan magnífico! —La voz normalmente suave de Marianne era bastante alta, y varias damas y caballeros cercanos se miraron confundidos, obviamente preguntándose si las historias que habían oído eran precisas, si la Marquesa de Glenkellie estaba alabando tan fuertemente a este caballero.

Lady Havers era una mujer hermosa de cabello oscuro de poco más de veinte años, que llevaba un impresionante vestido azul. Le sonrió cálidamente. —Cualquier amigo de Marianne es amigo mío —dijo sinceramente.

—Él y Clarissa están enamorados y Arthur está siendo difícil —dijo Marianne en voz baja, de modo que solo Ellen y Rafael la oyeron.

—¡Ya veo! Qué típico... de Arthur —Ellen rió suavemente—. Veamos qué podemos hacer, entonces. Ven a conocer a mi esposo, Capitán. Él también es extranjero —le confió, enlazando su brazo con el de él y llevándole a través de la multitud—. Americano. Causó bastante revuelo en la alta sociedad con sus ideas modernas cuando heredó el condado, te lo aseguro.

Rafael simpatizó de inmediato con Thomas Havers; el conde americano emanaba un aire de calma constante que resultaba intensamente tranquilizador. Estaba rodeado de un grupo de hombres que resultaron ser no solo impresionantemente titulados sino influyentes en la esfera política. Con la inmediata aceptación de Thomas tras la presentación de Ellen y la actitud amistosa de los caballeros que lo acompañaban, Rafael casi podía sentir que la marea de opinión en la sala comenzaba a volverse a su favor.

Incluso se oyó a Lady Belmont, una de las chismosas más notorias de la alta sociedad, comentar: —Quizás hay más en ese portugués de lo que parece a simple vista.

—Ciertamente es bastante guapo —respondió Lady Jersey—. No se puede culpar a la chica Creighton en lo más mínimo. Si yo fuera veinte años más joven...

—¡Intenta treinta! —replicó Lady Belmont, antes de que ambas damas rieran maliciosamente.

Y entonces, para total asombro de Rafael, una señora matronal con un lujoso vestido se acercó, con una joven sonrojada a su lado, empujando a Ellen para que los presentara.

—Lady Partlebury, Miss Partlebury —dijo Ellen con una pequeña sonrisa—, permítanme presentarles al Capitán Rafael de Silva.

—Capitán de Silva —gorjeó ansiosamente Lady Partlebury—. Mi hija Amelia está muy ansiosa por conocerle.

Rafael parpadeó, apenas capaz de creer el repentino cambio en su suerte. Las miradas antes hostiles se habían transformado en miradas de apreciación, las burlas reemplazadas por sonrisas coquetas.

—Es un placer conocerla, Miss Partlebury —logró decir, inclinándose cortésmente sobre su mano enguantada. Su mente daba vueltas con las implicaciones de este inesperado desarrollo. ¿Podría ser que la marea estuviera realmente cambiando? ¿Que la alta sociedad comenzara a verlo como algo más que un intruso extranjero?

Mientras más damas se acercaban, con sus ansiosas hijas a cuestas, Rafael no pudo evitar maravillarse ante el poder de la percepción. Cuán rápidamente podían cambiar las opiniones, cuán fácilmente podían influenciarse los prejuicios por el respaldo de unos pocos respetados.

Lo mismo sucedió cuando Alex lo llevó a su club. El propio Duque de Wellington estaba presente, y con una mirada al uniforme de Rafael, se levantó y le ofreció su mano. —Un honor tenerle con nosotros, Capitán —dijo en portugués fluido, incluso antes de que Alex hiciera las presentaciones.

—El honor es mío, su Gracia —respondió Rafael con una profunda reverencia.

—Nada de eso, ahora. ¡Algo de brandy! —El duque hizo un gesto al camarero—. Tome asiento y hableme de su barco, joven.



El corazón de Clarissa se hundió mientras el férreo agarre de su madre se apretaba alrededor de su muñeca, arrastrándola inexorablemente hacia la salida del salón de baile. Estiró el cuello para echar un último vistazo a Rafael.

—Vamos, Clarissa —siseó la Condesa, su voz apenas audible por encima de las notas de la orquesta—. Nos vamos en este instante.

Clarissa tropezó ligeramente, sus zapatillas de seda enganchándose en el pulido suelo de parqué.

—Pero Madre, seguramente podemos quedarnos un poco más. La velada apenas ha comenzado.

—No permitiré que te asocies con ese... ese cazafortunas —espetó su madre, tirando de Clarissa como si fuera una niña díscola.

Las mejillas de Clarissa ardieron de indignación. ¿Cómo se atrevía su madre a hablar así de Rafael?

Al llegar al guardarropa, los pensamientos de Clarissa giraban en un torbellino de emociones. El aroma de la colonia de sándalo de Rafael aún se aferraba a sus guantes tras su breve baile. Inhaló profundamente, saboreando el recuerdo de sus fuertes brazos alrededor de su cintura, sus ojos verde mar mirándola con tan tierna intensidad.

—No puedo creer que nos hayas avergonzado así, bailando con ese advenedizo portugués —murmuró su madre mientras le abrochaba bruscamente la capa a Clarissa—. ¿Qué dirá la gente?

Clarissa levantó el mentón desafiante.

—Dirán que bailé con un hombre valiente y honorable, madre. El capitán de Silva no es ningún cazafortunas.

Los ojos de la condesa se entrecerraron peligrosamente.

—No sabes nada del mundo, niña tonta. Ahora ven, nuestro carruaje nos espera.

Mientras bajaban por los escalones de mármol, el fresco aire nocturno besó las mejillas sonrojadas de Clarissa. Echó una última mirada anhelante a las ventanas iluminadas del salón de baile, preguntándose si Rafael la estaría buscando incluso ahora.

—Esto es por tu bien, Clarissa —dijo su madre, suavizando ligeramente el tono—. Me lo agradecerás algún día cuando estés felizmente casada con un respetable caballero inglés.

Clarissa se mordió la lengua para no replicar, sabiendo que caería en oídos sordos. Mientras subía al carruaje, juró en silencio que esta no sería la última vez que vería a Rafael de Silva. De alguna manera, encontraría la forma de estar con el hombre que había capturado su corazón.



Capítulo Veinte

LOS DÍAS SIGUIENTES PASARON EN UN BORRÓN DE tediosas visitas sociales y eventos cuidadosamente organizados. Clarissa se encontró añorando la vibrante energía de los grandes bailes, pero su madre se mantuvo firme en su decisión.

—La íntima velada de Lady Ashbourne esta noche, querida —anunció la condesa una tarde, ajustando el cuello de encaje de su hija—. Una reunión selecta de la compañía más refinada.

Clarissa suspiró para sus adentros.

—¿Y supongo que el capitán de Silva no asistirá?

Los labios de su madre se tensaron.

—Ciertamente no. Lady Ashbourne me lo aseguró. De verdad, Clarissa, debes sacar a ese hombre de tu mente. Ahora, siéntate y escribe una nota de agradecimiento a Lord Pembroke por las flores que te envió.

Con una última mirada severa, la condesa abandonó la habitación, dejando a Clarissa sola, obviamente esperando que su hija obedeciera mansamente.

—¡Lord Pembroke! ¡Flores! —Ni siquiera sabía cuál de la multitud de arreglos que decoraban las mesas alrededor de la habitación había enviado el lord, y no le importaba. ¡Podía silbar por su nota de agradecimiento! Clarissa recorrió el salón, sus rizos rebotando con cada paso agitado. Un golpe en la puerta hizo que se diera la vuelta, con los ojos abiertos de anticipación. ¿Había venido Rafael de alguna manera?

El mayordomo abrió la puerta y anunció:

—Su Gracia, la Duquesa de Balford.

No era Rafael, pero sí una visita verdaderamente bienvenida.

—¡Diana! —Clarissa se apresuró y abrazó fuertemente a su hermana—. Me alegro tanto de que estés aquí.

Diana devolvió el abrazo, sus ojos gentiles llenos de calidez.

—Por supuesto que vine, querida. ¿Cómo no hacerlo, después de recibir tu carta? ¡Estoy tan ansiosa por conocer a tu apuesto capitán de Silva!

Clarissa se apartó, buscando el rostro de su hermana.

—¿Y no te importa lo de Rafael? Que no sea... exactamente lo que padre tenía en mente para mí?

Diana rió, un sonido tintineante que instantáneamente tranquilizó a Clarissa.

—¿Importarme? ¿Por qué habría de importarme? Suena absolutamente encantador según tu descripción. Un apuesto capitán de mar, sirviendo noblemente a su país a pesar de la desgracia. Es todo deliciosamente romántico.

El alivio invadió a Clarissa como un bálsamo calmante. Había estado aterrada de que incluso Diana pudiera no entender sus sentimientos por Rafael. Pero debería haberlo sabido mejor. La querida y dulce Diana siempre la había apoyado, sin importar qué.

—Es encantador —dijo Clarissa con un suspiro soñador—. Y valiente, y honorable, y guapo como el pecado. Oh Diana, lo amo tanto. Apenas puedo pensar en otra cosa.

—Entonces eso es todo lo que importa. —Diana tomó las manos de Clarissa entre las suyas, su expresión volviéndose seria—. Si lo amas, y él te ama a ti, entonces debes seguir tu corazón. La vida es demasiado corta para dejar que otros dicten tu felicidad.

Las lágrimas picaron en las esquinas de los ojos de Clarissa. ¿Cómo había sido tan afortunada de tener una hermana tan maravillosa como Diana?

—Gracias —susurró—. Tu apoyo significa el mundo para mí.

Diana sonrió, luego entrelazó su brazo con el de Clarissa y comenzó a guiarla hacia el sofá.

—Ahora, debes contarme absolutamente todo sobre tu apuesto capitán. Quiero saber exactamente cómo te hizo perder la cabeza. No omitas ningún detalle, por pequeño que sea. Insisto en escuchar toda la emocionante historia.

Clarissa rió, sintiéndose más ligera de lo que se había sentido en días mientras se acomodaba junto a Diana. Con su hermana a su lado, finalmente se atrevió a esperar que de alguna manera, de algún modo, ella y Rafael encontrarían la forma de estar juntos. Sin importar los obstáculos que se interpusieran en su camino.



Al entrar en el opulento salón de Lady Ashbourne, Clarissa esbozó una sonrisa educada. El aire estaba cargado de perfume y el empalagoso aroma de demasiados cuerpos en un espacio

demasiado pequeño. Escaneó la habitación, su corazón hundiéndose al reconocer los rostros familiares de varios caballeros que sus padres habían propuesto como posibles maridos.

—¡Lady Clarissa! —Lord Pembroke se materializó a su lado, su rostro rubicundo resplandeciente—. Qué encantador verla. ¿Podría interesarle una partida de whist?

Clarissa reprimió un gemido.

—Qué amable de su parte ofrecerlo, mi lord, pero me temo que me siento bastante fatigada esta noche. ¿Quizás en otra ocasión?

Mientras se zafaba con gracia, los pensamientos de Clarissa se desviaron hacia Rafael. ¿Estaría asistiendo a otros eventos, buscándola en vano? ¿O se habría dado por vencido, concluyendo que su repentina ausencia significaba rechazo? Diana había prometido enviar una nota a Marianne explicando lo espantosos que estaban siendo los padres de Clarissa, pero Clarissa odiaba sentirse tan impotente.

—Esto es intolerable —murmuró entre dientes, aceptando una copa de limonada tibia de un lacayo que pasaba.

—¿Dijiste algo, querida? —inquirió su madre con aspereza.

Clarissa forzó una sonrisa radiante.

—En absoluto, madre. Simplemente comentaba lo... íntima que es esta reunión.

A medida que avanzaba la noche, Clarissa se encontró acorralada por un pretendiente ansioso tras otro. Añoraba el ingenio y la conversación fácil de Rafael, la forma en que sus ojos brillaban cuando reía. Estos hombres, con sus modales pulidos y su adulación vacía, palidecían en comparación.

Desesperada por un respiro, Clarissa se excusó y se dirigió a un rincón apartado, esperando un momento de paz. Al doblar la esquina, chocó con una figura alta.

—Le ruego me disculpe —comenzó, pero se quedó helada al reconocer al hombre frente a ella—. ¿Señor Dalton?

El apuesto rostro de Edward Dalton se iluminó con una sonrisa encantadora.

—¡Lady Clarissa! Qué agradable sorpresa.

La mente de Clarissa daba vueltas.

—Yo... pensé que había regresado a Durham. Con su familia.

La sonrisa de Dalton vaciló por un momento antes de recuperarse.

—Ah, sí. Verá, mi padre tenía otros planes. Me ha ordenado volver a Londres para encontrar esposa.

—Qué... conveniente —respondió Clarissa, incapaz de ocultar un dejo de sospecha en su voz. Algo en la explicación de Dalton sonaba falso, aunque no podía precisar exactamente por qué.

—En efecto —convino Dalton con tono ligero—. Y qué fortuito encontrarte aquí. He echado de menos nuestras conversaciones, especialmente nuestro tiempo en Atenas.

La garganta de Clarissa se tensó al mencionar Atenas. El recuerdo de su secuestro y el audaz rescate de Rafael inundaron su mente. Se esforzó por mantener la compostura.

—Sí, bueno, mucho ha cambiado desde entonces —dijo con frialdad.

Los ojos de Dalton se entrecerraron ligeramente.

—¿Es así? Esperaba que pudiéramos reavivar nuestra... amistad. Portugal fue... bueno, no pudimos ser tan *íntimos* como lo fuimos en Atenas, pero...

Clarissa dio un paso atrás, con el corazón acelerado.

—Señor Dalton, yo...

—¡Clarissa, querida! —La voz de la Condesa cortó la tensión como un cuchillo—. Aquí estás. Y señor Dalton, qué encantador verle de nuevo.

Clarissa se giró para ver a su madre acercarse, con un brillo calculador en los ojos. Gimió internamente, reconociendo esa mirada demasiado bien.

—Madre —dijo Clarissa, forzando una sonrisa—. El señor Dalton me estaba contando sobre su regreso a Londres.

—Y las instrucciones de mi padre para que me busque esposa —añadió el señor Dalton, inclinándose obsequiosamente.

—Qué maravilloso —sonrió la Condesa—. Debemos invitarle a cenar pronto, señor Dalton. ¿No es así, Clarissa?

La sonrisa de Clarissa se sintió frágil.

—Por supuesto, madre.

Mientras se despedían del señor Dalton y regresaban a la fiesta principal, la Condesa se acercó al oído de Clarissa.

—El señor Dalton quizás no sea exactamente lo que esperábamos en términos de riqueza y posición —murmuró—, pero es de buena familia. Y al menos es más joven que algunos de los pretendientes que tu padre favorece.

El temperamento de Clarissa se encendió.

—Madre, seguramente no hablas en serio. El señor Dalton fue quien te contó sobre el... incidente con los corsarios —siseó—. Traicionó mi confianza y puso en peligro mi reputación. No puedo confiar en él.

La Condesa hizo un gesto despectivo con la mano.

—Los hombres a menudo hablan sin pensar, querida. No es algo que debas guardarle rencor para siempre.

Clarissa apretó los puños, la frustración creciendo en su interior.

—No me casaré con él, madre —dijo con firmeza—. Ni siquiera lo consideraré.

Los ojos de la Condesa se endurecieron.

—Ya veremos, Clarissa. Ya veremos.



No tardó mucho Edward Dalton en descubrir que el Capitán Rafael de Silva estaba en Londres, aparentemente habiendo perseguido a Lady Clarissa Creighton hasta allí con la firme intención de casarse con ella.

Eso, por supuesto, no podía permitirse que sucediera. Edward había decidido, casi tan pronto como descubrió que Clarissa había escapado de alguna manera del destino que le esperaba a manos de los corsarios argelinos, que después de todo ella sería una excelente esposa para él. Era encantadora, bien dotada, y su hermana era duquesa. Su lugar en la cima de la sociedad inglesa estaría garantizado.

Primero, sin embargo, necesitaría desacreditar a ese molesto capitán portugués y enviarlo de vuelta a casa con el rabo entre las piernas. Y esta noche, había determinado que de Silva estaría en este baile, probablemente con la esperanza de que Clarissa estuviera presente. Lo cual no sería así, ya que la condesa había sido advertida de la probable presencia de de Silva... por el propio Edward, por supuesto.

Edward estaba de pie junto a la chimenea, agitando una copa de brandy mientras observaba el salón de baile con los ojos entrecerrados. Su mirada se fijó en de Silva, que acababa de entrar en la sala, presentando una figura elegante en su uniforme. Observó cómo los ojos verde mar de Rafael escudriñaban la multitud, claramente buscando a Clarissa. Los dedos de Dalton se apretaron alrededor de su copa, sus nudillos blanqueándose. Era hora de poner su plan en acción. —¡Buenas noches, Capitán! —llamó Dalton, su voz rezumando falsa cordialidad mientras se acercaba a Rafael.

Rafael se volvió, la sorpresa parpadeando en sus facciones.

—Señor Dalton, buenas noches. No esperaba verle en Londres.

—Oh, estoy lleno de sorpresas —respondió Dalton con una sonrisa burlona—. He oído que ha sido toda una sensación desde su llegada. Dígame, ¿qué trae a un oficial naval portugués a la sociedad inglesa?

Rafael vaciló, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Tengo... asuntos personales que atender.

—Asuntos personales, en efecto. Estoy seguro de que Lady Clarissa está encantada de tenerle aquí. —Notó que Rafael se tensaba al mencionar el nombre de Clarissa. *Perfecto*, pensó Dalton. *Esto será más fácil de lo que imaginaba*.

—Parece usted bien informado de los asuntos de Lady Clarissa —respondió Rafael, con tono cauteloso.

Dalton rio, el sonido hueco e insincero.

—Oh, Clarissa y yo nos conocemos desde hace mucho. Amigos de la infancia, ¿sabe? De hecho, he estado pensando que ya es hora de que me asiente. Quizás con un rostro familiar.

Observó cómo la mandíbula de Rafael se tensaba, la satisfacción corriendo por sus venas. Las semillas de la duda habían sido plantadas. Ahora, a nutrirlas hasta convertirlas en rumores de pleno derecho que destruirían cualquier oportunidad que Rafael tuviera con Clarissa.

Dalton se inclinó, bajando la voz en tono conspiratorio.

—Entre nosotros caballeros, he oído rumores sobre sus... intenciones. Algunos dicen que es usted todo un cazafortunas.

Los ojos verde mar de Rafael destellaron con ira.

—¿Cómo dice?

—Vamos, vamos —presionó Edward, deleitándose con la incomodidad del capitán—. ¿Un noble portugués sin un céntimo persiguiendo a una de las herederas más codiciadas de Inglaterra? Es bastante transparente, ¿no cree?

Los puños de Rafael se apretaron a sus costados.

—Usted no sabe nada de mis intenciones, señor Dalton. Le sugiero que se ocupe de sus propios asuntos.

Edward levantó las manos en señal de falsa rendición.

—Sin ánimo de ofender, Capitán. Simplemente repito lo que he oído en ciertos círculos. Pero estoy seguro de que un hombre de su... origen... comprende cuán rápidamente pueden propagarse los rumores en la sociedad londinense.

Cuando Rafael abrió la boca para replicar, una pelirroja impresionante con un vestido revelador se acercó a ellos. Edward reprimió una sonrisa burlona, reconociendo a la actriz que había

contratado para este propósito.

—Capitán —ronroneó, presionándose contra el brazo de Rafael—. He estado ansiando hablar con usted toda la noche.

Rafael se puso rígido, claramente incómodo.

—Señora, no creo que nos hayan presentado.

La mujer soltó una risita, sus dedos recorriendo su pecho.

—Oh, pero sí nos han presentado, cariño. ¿No recuerdas nuestro apasionado encuentro el viernes pasado por la noche?

Edward observó con satisfacción cómo los invitados cercanos se giraban para mirar, susurrando detrás de sus abanicos. El rostro de Rafael palideció mientras retiraba gentil pero firmemente la mano de la mujer.

—Debe de haber algún error —insistió Rafael, con la voz tensa—. Nunca antes la he visto.

—¿Cómo puedes decir algo así? Después de todas tus promesas... —dijo la actriz, con el labio inferior temblando de manera convincente.

Mientras la escena se desarrollaba, Edward se escabulló, con una sonrisa triunfante en los labios. La trampa estaba tendida, y la reputación de Rafael pronto quedaría hecha añicos. Clarissa no tendría más remedio que acudir a él, a Edward, en busca de consuelo y seguridad. Todo iba según lo planeado.

La satisfacción petulante de Edward duró poco. Mientras se abría paso por el salón de baile abarrotado, una voz familiar cortó el aire, haciéndole detenerse en seco.

—Puedo asegurarle, señora, que el capitán de Silva estaba conmigo en el momento en que usted afirma que ocurrió este... encuentro —declaró Alex, el marqués de Glenkellie, en voz alta y con un tono que no admitía discusión.

Edward se dio la vuelta, con el corazón hundiéndose al ver a Alex de pie junto a Rafael, con la mano firmemente apoyada en el hombro del capitán portugués.

—De hecho —continuó Alex, recorriendo la sala con la mirada—, el capitán de Silva ha estado en mi casa todas las noches de la semana pasada. Puedo proporcionar múltiples testigos que lo corroboren, ya que mi esposa, la marquesa, y yo hemos estado ofreciendo cenas todas las noches y el capitán se aloja con nosotros, como invitado de honor en nuestro hogar.

La actriz vaciló, su confiada apariencia derrumbándose.

—Pero... yo... es decir...

Un murmullo recorrió la multitud mientras la actuación de la mujer se desmoronaba.

—Ni siquiera sé su nombre, señora —dijo Rafael, con su voz profunda resonando en la sala—. Me temo que nunca la había visto hasta este momento. ¿Quizás me ha confundido con otra persona?

—Yo... —la actriz miró a su alrededor, buscando desesperadamente un rostro de apoyo o, en su defecto, una vía de escape—. Sí... tal vez lo haya hecho.

—Entonces le deseo buenas noches —dijo Rafael cortésmente.

Edward apretó los puños, viendo impotente cómo su plan cuidadosamente elaborado se deshacía ante sus ojos.

Los ojos verde mar de Rafael se encontraron con los de Edward al otro lado de la sala, con una mezcla de alivio y sospecha en sus profundidades. Edward desvió rápidamente la mirada, con la mente acelerada.

—Maldita sea —murmuró entre dientes, tirando de su corbata mientras el sudor perlaba su frente. Necesitaba una nueva estrategia, y rápido.

Una idea desesperada empezó a formarse en la mente de Edward. Si no podía destruir la reputación de Rafael, quizás podría forzar la mano de Clarissa de otra manera. Era arriesgado, pero se estaba quedando sin opciones.

—Muy bien —murmuró con gravedad—. Si así es como debe jugarse la partida, que así sea. Clarissa será mía, de una forma u otra.

Con renovada determinación, Dalton se escabulló del salón de baile, su mente ya formulando su próximo movimiento. Tenía una última carta que jugar, y tenía la intención de usarla con un efecto devastador.



Otra noche, otra aburrida cena privada donde no había posibilidad de ver a Rafael. Otra colección de potenciales pretendientes tan aburridos como el agua estancada. Clarissa quería arrancarse el pelo y gritar.

Quizás piensen que estoy loca, pensó irreverentemente. *Eso podría desanimar al menos a algunos de ellos.*

Al menos esta noche tenía la compañía de su hermana. Diana estaba sentada más arriba en la mesa, por supuesto, como duquesa era una de las invitadas más importantes. Su marido Will, el duque de Balford, acudió al rescate de Clarissa más de una vez durante la velada, desviando a algunos de sus pretendientes más persistentes.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Will en voz baja—. Pareces bastante pálida.

—Estoy odiando cada momento de esto —dijo Clarissa con franca honestidad, recordando cuánto le había gustado siempre Will cuando este le dedicó una sonrisa cómplice.

—¿Por qué no te escabulles por esa puerta detrás de ti hacia la biblioteca y te escondes unos minutos a solas? Diré que no te he visto.

—Bendito seas, hermano —le dedicó la primera sonrisa genuina que había logrado esa noche, le robó la copa de brandy de la mano y dio un trago poco femenino antes de devolvérsela—. No estaré fuera mucho tiempo, lo prometo.

La risa de Will quedó cortada por el chasquido de la puerta al cerrarse tras ella.

La biblioteca estaba bendecidamente silenciosa, completamente vacía y agradablemente bien iluminada. Lo suficiente como para que pudiera leer los títulos de los libros en los estantes, la mayoría de los cuales parecía que nunca habían sido tocados. Clarissa pasó unos felices minutos examinándolos antes de que el sonido de una puerta abriéndose la hiciera girar. Edward Dalton estaba entrando en la biblioteca por una puerta diferente a la que ella había usado, sonriéndole y luego cerrando la puerta tras de sí.

Clarissa fue repentinamente consciente de que estaban solos.

—Señor Dalton —dijo, levantando la barbilla con orgullo—. Si me disculpa —marchó hacia la otra puerta, con toda la intención de volver a la refriega. Mejor eso que estar a solas con este hombre.

Los labios de Dalton se curvaron en una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Si me permite un momento de privacidad, mi querida Lady Clarissa, me temo que tengo algunas noticias bastante angustiantes que compartir con usted.

Clarissa frunció el ceño mientras lo miraba con sospecha.

—¿Qué noticias podrían ser esas?

Él se acercó, bajando la voz a un susurro conspirativo.

—Se trata de su... desafortunada aventura en Atenas. Su secuestro por corsarios, sus días en cautiverio y su audaz rescate por el capitán de Silva. Todo un escándalo, ¿no le parece?

Las manos de Clarissa temblaron mientras luchaba por mantener la compostura.

—Cómo se atreve —siseó—. Eso es un asunto privado.

—Privado por ahora —coincidió Dalton—. Pero imagine si la noticia se extendiera por toda la sociedad londinense. Su reputación quedaría hecha añicos.

Un frío temor se instaló en el estómago de Clarissa al darse cuenta de las implicaciones completas de su amenaza.

—¿Qué quiere? —preguntó, con la voz apenas por encima de un susurro.

Los ojos de Dalton brillaron con triunfo.

—Es bastante simple, mi querida. Acceda a casarse conmigo, y me aseguraré de que esta sórdida historia nunca vea la luz del día.

La mente de Clarissa daba vueltas, dividida entre la indignación y el miedo. ¿Cómo podía siquiera considerar acceder a semejante exigencia? Y sin embargo, si la noticia de su secuestro se difundía, destruiría no solo su reputación sino también la de su familia. Sus hermanas menores podrían no llegar a casarse nunca. Incluso Diana podría verse perjudicada por los rumores.

—Es usted despreciable —escupió, con las manos apretadas en puños a los costados.

—Quizás —Dalton se encogió de hombros—. Pero también soy su única opción. ¿Qué será, Lady Clarissa? ¿Matrimonio o escándalo?



Capítulo Veintiuno

EL CORAZÓN DE CLARISSA DIO UN VUELCO CUANDO las palabras de Dalton quedaron suspendidas en el aire. De repente, algo que debería haber notado antes encajó en su mente.

—Espera —dijo, con voz apenas audible—. ¿Cómo sabías lo de los corsarios?

La sonrisa despreocupada de Dalton vaciló, sus ojos azules desviándose hacia un lado. —¿Cómo dices?

Los dedos de Clarissa se crisparon sobre su falda, amenazando con rasgar la delicada seda. — Los corsarios, Edward. Los mencionaste ahora mismo, y también se lo contaste a mis padres en Portugal, pero yo nunca te hablé de esa parte de mi... calvario.

Una gota de sudor resbaló por la sien de Dalton. Se aclaró la garganta, ajustándose el pañuelo. — Oh, estoy seguro de que debiste mencionarlo en algún momento, querida.

—No —dijo Clarissa, su voz ganando fuerza a medida que la certeza se asentaba en su pecho como una piedra—. Estoy completamente segura de que no lo hice.

Dio un paso hacia él, el crujido de su vestido sonando anormalmente fuerte en el repentino silencio entre ellos.

—Edward —dijo, con un tono engañosamente ligero—, ¿hay algo que no me estás contando?

La encantadora fachada de Dalton se resquebrajó aún más, revelando un atisbo de algo más oscuro debajo. —Clarissa, cariño, estás imaginando cosas.

Los pensamientos de Clarissa giraban como un torbellino. *¿Cómo podía saberlo? ¿Quién podría habérselo dicho?*

Dalton extendió la mano hacia ella, pero instintivamente le apartó la mano de un manotazo, dando un rápido paso atrás. —Ni se te ocurra tocarme. Dime la verdad. Ahora.

La mano de Dalton cayó inerte a su costado, su anterior confianza evaporándose. Tragó saliva con dificultad, su nuez de Adán moviéndose nerviosamente.

—Yo... yo... —balbuceó, sus ojos recorriendo la habitación como si buscara una salida—. Lady Helena me lo contó. Me refiero a la viuda de Lord Glenkellie.

Los ojos de Clarissa se entrecerraron, sus dedos cerrándose en puños a los costados. La mentira era tan transparente como el cristal. Lady Helena podía ser directa, pero nunca en cien años habría dicho algo tan indiscreto y perjudicial para la reputación de Clarissa. —¿Esperas que me crea eso? —siseó, dando un paso hacia él.

Dalton retrocedió tambaleándose, casi tropezando con una mesita. —¡Es cierto! —insistió, su voz elevándose una octava—. Ella... estaba preocupada por ti. Quería que te vigilara.

Lo absurdo de su afirmación solo alimentó la ira de Clarissa. ¿Lady Helena, traicionarla de esa manera? La mera idea era un insulto. —Edward Dalton —dijo, con voz baja y peligrosa—, eres muchas cosas, pero nunca te tomé por tonto. ¿De verdad crees que caería en una mentira tan obvia?

Su apuesto rostro se contorsionó, la desesperación reemplazando su habitual sonrisa despreocupada. —Clarissa, por favor —suplicó, extendiendo la mano hacia ella de nuevo—. Debes entender...

Ella se apartó bruscamente, con el estómago revuelto de asco. —¿Entender qué? ¿Que me has estado mintiendo? ¿Que sabes mucho más sobre mi calvario de lo que deberías? —Su voz se elevaba con cada pregunta.

Mientras Dalton luchaba por encontrar una respuesta, la mente de Clarissa trabajaba a toda velocidad. ¿Hasta dónde llegaba su engaño? Y lo más importante, ¿qué iba a hacer al respecto?

Los ojos de Clarissa se estrecharon mientras estudiaba el rostro de Dalton, buscando cualquier indicio de verdad. —No lo estás negando —dijo, con voz apenas audible—. Mentiste sobre Lady Helena.

Los hombros de Dalton se hundieron, como si toda la lucha lo hubiera abandonado. —Clarissa, yo...

Pero ella ya no escuchaba. Su mente daba vueltas, uniendo fragmentos de conversaciones, miradas extrañas y coincidencias inexplicables. La horrible revelación la golpeó como una ola.

—La única forma en que podrías saberlo... —comenzó, su voz temblando con una mezcla de furia e incredulidad—. La única explicación posible es que estuvieras involucrado de alguna manera.

Dalton palideció, confirmando sus sospechas antes de que pudiera pronunciar una palabra.

Clarissa sintió como si el suelo se hubiera desvanecido bajo sus pies. —Dios mío —susurró, más para sí misma que para él—. ¿Qué has hecho?

Enderezó la espalda, reuniendo cada onza de fuerza que poseía. —Dime la verdad, Edward —exigió, su voz resonando con una autoridad que no sabía que tenía—. Quiero escuchar cada sórdido detalle de tu participación en mi secuestro. Y que Dios se apiade de tu alma si vuelves a mentirme.

Mientras esperaba su respuesta, el corazón de Clarissa latía con fuerza en su pecho. ¿Cómo podía el hombre que una vez creyó que podría amar ser capaz de tal traición? ¿Y qué otros secretos podría estar ocultando?

El rostro de Dalton se contorsionó, una mezcla de vergüenza y desesperación grabada en sus facciones antes atractivas. —Yo... debía dinero —confesó, con la voz quebrada—. Un prestamista griego. La deuda era astronómica, Clarissa. Estaba desesperado.

El estómago de Clarissa se revolvió, el amargo sabor de la traición subiendo por su garganta. —¿Así que me *vendiste* a unos *corsarios*? —escupió, sus manos temblando de rabia.

—¡No! —exclamó Dalton—. Lo juro, pensé que solo te retendrían para pedir un rescate. La riqueza de tu padre... Nunca imaginé que te venderían.

La habitación pareció girar alrededor de Clarissa mientras procesaba sus palabras. Se apoyó en una silla cercana, sus nudillos blancos mientras se aferraba al ornamentado respaldo de madera. Otra terrible sospecha comenzó a formarse en su mente.

—Los viñedos —susurró, sus ojos abriéndose con creciente horror—. Fuiste tú, ¿verdad? Tú sabotaste los viñedos de Rafael.

El silencio de Dalton fue condenatorio. Clarissa observó cómo parecía desmoronarse ante ella, ya no la figura gallarda que una vez había admirado, sino una lamentable y cobarde sombra de hombre.

—¿Cómo pudiste? —respiró, su voz ronca de emoción—. Confié en ti, Edward. Todos lo hicimos.

Mientras el peso total de su traición caía sobre ella, la mente de Clarissa trabajaba a toda velocidad con las implicaciones. ¿Cuántas vidas había arruinado? ¿Cuánto daño habían causado sus acciones egoístas?

Con los ojos relampagueantes de ira justiciera, su voz tembló al hablar, aplastándolo con sus palabras. —Preferiría casarme con un perro callejero que con un hombre sin honor como tú, Edward Dalton.

Observó con sombría satisfacción cómo Dalton se encogía ante ella, su rostro contorsionándose de vergüenza.

—Clarissa, por favor —suplicó Dalton, extendiendo la mano hacia ella—. Aún podemos arreglar esto. Tu padre...

Ella apartó la mano bruscamente, su piel erizándose ante su contacto.

—No menciones a mi padre —siseó—. No tienes derecho.

La mente de Clarissa trabajaba a toda velocidad, considerando sus opciones. Sabía que ahora tenía el poder, y una parte de ella lo disfrutaba. Respirando hondo, clavó en Dalton una mirada acerada.

—Te arruinaré —declaró, con voz baja y peligrosa—. Todos los salones de Londres conocerán tu traición. Y Rafael... —hizo una pausa, saboreando cómo Dalton palidecía al oír el nombre—, le contaré todo.

El rostro de Dalton perdió todo el color.

—No lo harías —susurró, con terror evidente en sus ojos.

Clarissa alzó la barbilla desafiante.

—Ponme a prueba.

—¡Él... él me matará!

Clarissa no tenía la menor duda de ese hecho. Rafael no dudaría en retar a Dalton por el sabotaje a los viñedos, y mucho menos por venderla a los corsarios, y lo mataría de un disparo.

Los ojos de Dalton recorrieron la habitación como los de un animal acorralado. En un instante, se lanzó hacia la puerta, casi derribando una delicada mesita en su prisa.

Clarissa lo vio huir, con el corazón acelerado.

—Cobarde —murmuró entre dientes, alisando su falda con manos temblorosas.

—¿Clarissa? —Una voz la llamó momentos después, y al mirar vio a Diana entrar en la biblioteca—. ¿Estás bien? Will dijo que te estabas escondiendo aquí, pero mamá te está buscando.

—Estoy muy bien, gracias —Clarissa alzó la barbilla y sonrió—. Mejor aún con tu compañía, por supuesto.

Diana rio y enlazó su brazo con el de Clarissa.

—Te he echado de menos, querida —Se inclinó más cerca y dijo en tono confidencial—: Te echaré más de menos cuando vivas en Portugal, aunque planeo hacer que Will me lleve a visitarte al menos cada año o dos.

—Puede que me haya librado del señor Dalton, pero eso no me acerca más a convencer a papá de que me deje casarme con Rafael —dijo Clarissa con pesimismo.

—¿Te has librado del señor Dalton? —Las delicadas cejas de Diana se alzaron—. ¿Cómo lo has conseguido, Clarry? Parecía bastante persistente.

—¡Incluso llegó a amenazarme con chantajearme! —Sus manos aún temblaban. Clarissa intentó respirar profundamente, diciéndose a sí misma que todo había terminado, mientras su hermana exclamaba horrorizada y exigía los detalles.

Me enfrenté a él sola. Estaba orgullosa de eso, aunque al final había recurrido a amenazar a Dalton con la venganza de Rafael. Y, ciertamente, se lo contaría a Rafael... al menos lo del sabotaje de los viñedos, porque merecía saberlo. De alguna manera, no creía que Dalton se arriesgara jamás a mostrar su cara en la misma ciudad que ella o Rafael de nuevo.

Habiendo vencido a Dalton, de repente se sintió más segura sobre su capacidad para ganarse a sus padres. No la obligarían a casarse, de eso estaba segura. El ladrido de su padre era mucho peor que su mordida. Si era paciente y firme en su insistencia de que Rafael era el único hombre con quien se casaría, ellos, eventualmente, cederían.

¡Si tan solo pudiera verlo!

El pensamiento le dio una idea, y miró a su hermana.

—Di. ¿Me harías un favor?

—Lo que sea, querida, ¡solo tienes que pedirlo!

—¿Darías un baile?

Diana parpadeó desconcertada.

—¿Un baile?

—Sí. Mamá y papá difícilmente podrán negarse a permitirme asistir, y tú puedes asegurarte de que Rafael esté en la lista de invitados.

El entendimiento se hizo evidente, y Diana rio.

—Por supuesto, Clarry. Aunque podría llevar un poco de tiempo organizarlo... ¿dos semanas?

—Sería perfecto —acordó Clarissa. Dos semanas deberían darle tiempo para dejar muy claro a sus padres que ninguno de los candidatos que le seguían presentando sería aceptable... y suponía que también le daría a Edward Dalton tiempo para desaparecer de cualquier lugar donde Rafael pudiera decidir buscarlo una vez que le contara sobre el sabotaje de Dalton.



Dos semanas después, Clarissa se encontró de pie frente a un espejo dorado en la casa de Londres de Diana. La luz de las velas parpadeaba, proyectando sombras danzantes sobre la seda

esmeralda de su nuevo vestido de baile.

—Te ves radiante, querida —dijo Diana, ajustando un rizo rebelde que se había escapado del elaborado peinado de Clarissa.

Clarissa forzó una sonrisa.

—Gracias, Di —Tragó saliva, con la boca seca—. ¿Está aquí?

—Llegó hace unos minutos con Alex y Marianne —Diana enlazó su brazo con el de Clarissa—. ¿Estás lista?

—Sí —Clarissa alzó la barbilla, decidida. Esta noche iba a ver a Alex, a hablar y bailar con él, sin importar lo que su padre pudiera decir. El conde no iba a armar un escándalo en el primer baile londinense de Diana; su esposa nunca se lo perdonaría.

Mientras las hermanas descendían por la gran escalera, los sonidos de risas y música las envolvieron. Los ojos de Clarissa escudriñaron el abarrotado salón de baile, conteniendo el aliento al divisar una familiar figura alta y oscura.

Rafael.

Incluso desde la distancia, podía ver cómo destacaba entre los otros caballeros, su uniforme naval práctico pero bien cortado en marcado contraste con sus ornamentados chalecos y chaquetas de brocado.

—Clarissa —la voz severa de su padre la sobresaltó cuando llegó al final de las escaleras y comenzó a dirigirse hacia Rafael. El Conde de Creighton apareció a su lado, con expresión severa—. Debo hablar contigo.

La llevó a un rincón tranquilo del salón de baile, lejos de oídos indiscretos. El estómago de Clarissa se retorció de aprensión.

—He notado cómo miras a ese capitán portugués —dijo su padre en un tono bajo y desaprobador—. Te prohíbo que te acerques a él esta noche. ¿Entiendes?

Las mejillas de Clarissa se sonrojaron de indignación.

—Pero padre, el Capitán de Silva es un caballero y...

—Un extranjero sin un céntimo —interrumpió el Conde—. No es una compañía adecuada para ti. No permitiré ningún chisme sobre mi hija y un hombre de sus... circunstancias.

Clarissa se mordió la lengua, sabiendo que discutir solo empeoraría las cosas. Asintió rígidamente, su mente ya buscando formas de eludir el edicto de su padre.

—Sí, padre —respondió, con la voz cargada de sarcasmo apenas disimulado—. Me esforzaré por evitar a todos los hombres de honor y buen carácter esta noche.

Los ojos del Conde se estrecharon.

—Cuida tu tono, jovencita. Ahora, ve a mostrarte agradable con Lord Ashbury. Ha estado preguntando por ti.

—Absolutamente no —Clarissa alzó la barbilla desafiante—. Si no puedo casarme con el Capitán de Silva, ¡no me casaré con nadie!

Girando sobre sus talones, se alejó furiosa de su padre, perdiéndose entre la brillante multitud antes de que él pudiera empezar a gritar y causar una escena. Medio cegada por lágrimas de rabia y frustración, avanzó tambaleándose sin mirar por dónde iba, ignorando las voces que la llamaban, hasta que chocó fuertemente contra un objeto inamovible y unos brazos cálidos y fuertes la rodearon.

—Clarissa —su voz grave susurró su nombre, y ella levantó la mirada para encontrarlo observándola con preocupación escrita en todo su apuesto rostro—. ¿Estás bien, meu amor?

—Baila conmigo —le suplicó, y él no hizo preguntas, simplemente la llevó a la pista de baile. Se unieron a un grupo con Alex y Marianne, y Clarissa trató de perderse en el disfrute del baile, aunque casi comenzó a llorar de nuevo cuando Marianne le apretó suavemente la mano al pasar. Podía ver a su madre de pie al borde de la pista de baile, mirando con desaprobación, y a su padre también, con Diana y Will a su lado, probablemente lo único que impedía que el conde hiciera una escena.

—Tengo que decirte algo —comenzó, mirando a Rafael.

—¿Que tus padres están decididos a prohibirme estar contigo? —Su boca se torció en una sonrisa irónica—. Aun así, persistiré.

Ella lo amó aún más por ello. —Y si fuera necesario, lo dejaré todo atrás y me fugaré contigo —dijo, con voz baja, solo para sus oídos—. Lo único que me impide hacerlo esta noche es el pensamiento de mis hermanas menores y sus perspectivas futuras. No merecen verse envueltas en un escándalo.

—Entiendo —Rafael asintió seriamente—. Esperaré, meu amor. El tiempo que sea necesario.

Su corazón se sintió a punto de estallar cuando él la llamó *su amor* por segunda vez, y se aferró a su mano durante los preciosos segundos que permitía el patrón del baile. —Y no me casaré con nadie más que contigo, sin importar lo que puedas oír, por favor créelo. Pero no es eso lo que tengo que decirte, Rafael. He descubierto quién es el saboteador.

Sus ojos verde mar brillaron peligrosamente mientras ella le contaba lo que había descubierto, sin revelar que las acciones de Dalton habían resultado en que ella fuera vendida a los corsarios, solo que Dalton había dejado escapar accidentalmente su culpabilidad sobre el sabotaje.

—Estaba tratando de arruinarme —murmuró Rafael, antes de soltar algunas palabras en portugués que Clarissa no reconoció, pero por la expresión de diversión de Alex al pasar junto a ellos, probablemente eran palabrotas.

—Es un cobarde —dijo Clarissa—. Estoy bastante segura de que ha huido de Londres. Le dije que revelaría la verdad a ti. Dudo que alguno de nosotros vuelva a verlo.

—Más le vale que no lo haga —gruñó Rafael amenazadoramente.

—Espero que esa expresión no presagie nada malo para tu padre, Clarissa —dijo Marianne con ligereza mientras el patrón del baile las obligaba a cambiar de pareja. Clarissa podía notar por la mirada en el rostro de su tía que solo estaba bromeando a medias.

—Rafael y yo estamos de acuerdo en que esperaremos a que mi padre ceda. El tiempo que sea necesario —Saber que Rafael estaba dispuesto a esperar le dio a Clarissa un impulso de confianza. Desgastaría a su padre, eventualmente.

—Arthur está siendo bastante ridículo. Ya es hora de que hable con él —La mandíbula de Marianne se fijó con determinación—. Iré a visitarlo mañana por la mañana, Clarissa.

Clarissa no podía imaginar qué podría decir su tía que pudiera cambiar la opinión de su padre. Tendría que disfrutar de estos pocos momentos robados con Rafael, porque el baile estaba llegando a su fin y podía ver a su padre acercándose, con el rostro como una nube de tormenta.

—No puedo dejar que arruine el baile de Diana —le dijo a Rafael, y vio la comprensión en su rostro.

—Haz lo que debas —dijo Rafael, y ella quiso lanzarse a sus brazos y besarlo. En su lugar, hizo una reverencia impecable al final del baile antes de alejarse rápidamente y aferrarse al brazo de su padre.

—Por favor, no avergüences a Diana —dijo rápidamente, antes de que el conde pudiera decir una palabra.

Su padre respiró profundamente, el color moteado en sus mejillas disminuyendo. —No te apartarás de mi lado el resto de la velada —fue todo lo que dijo.

Clarissa inclinó la cabeza con arrepentimiento, pero mientras su padre la alejaba, echó un vistazo atrás a Rafael. Él la estaba observando, sonriendo cuando sus ojos se encontraron, y la calidez de esa sonrisa la acompañó durante el resto de la velada.



Capítulo Veintidós

CLARISSA ESTABA CON SU MADRE EN EL SALÓN a la mañana siguiente cuando llegó Marianne. El mayordomo la hizo pasar, pero Marianne apenas les hizo una breve reverencia antes de anunciar que estaba allí para visitar al conde, y marcharse hacia su despacho.

—Vaya —murmuró la condesa—. Marianne parece traer la mosca detrás de la oreja hoy. ¿Esto tiene algo que ver contigo, hija mía?

—Te aseguro que no tengo ni idea de a qué te refieres, mamá —Clarissa fingió inocencia, aunque por dentro se moría de ganas de saber qué le estaba diciendo su tía a su padre.

—Disculpe, mi señora —el ama de llaves entró en la habitación con una respetuosa reverencia—. Hay un pequeño problema en la cocina, si pudiera dedicarle unos minutos.

—¡Muy bien! —La condesa suspiró y se puso de pie, dejando a Clarissa sola. Esta no perdió tiempo en escabullirse al pasillo y apresurarse hacia la puerta del despacho, agachándose para escuchar por el ojo de la cerradura.

—...estás siendo completamente irrazonable, Arthur —decía Marianne en un tono cortante que denotaba su impaciencia—. La chica está claramente enamorada. Prohibir el matrimonio solo la empujará más rápido a sus brazos. ¿Es eso lo que quieres?

Clarissa contuvo la respiración, con el corazón latiendo con fuerza mientras esperaba la respuesta de su padre.

Tras una tensa pausa, el conde exhaló un pesado suspiro.

—No, por supuesto que no. Pero maldita sea, Marianne, el hombre es extranjero. Y sin un céntimo, además. ¿Cómo puedo aprobar semejante unión? Clarissa merece algo mejor.

—Eres perfectamente capaz de cambiar de opinión cuando se te muestra el error de tus decisiones, Arthur —insistió Marianne implacablemente—. Es una de tus mejores cualidades, por mucho que me cueste admitirlo.

Clarissa casi podía escuchar la indignación de su padre al otro lado de la puerta. Se lo imaginó irguiéndose en toda su estatura, con el rostro enrojecido de ultraje ante la mera idea de que él, el Conde de Creighton, pudiera estar equivocado en algo.

—¿Error en mis decisiones? —bramó—. Solo intento hacer lo mejor para la chica. Es mi hija, por el amor de Dios. Tengo el deber de asegurarme de que esté bien establecida.

—¿Y no crees que estaría bien establecida con el Capitán de Silva? —preguntó Marianne, suavizando un poco su tono—. ¿Un hombre que claramente la adora, que ha demostrado ser honorable y trabajador? Un hombre al que, debo añadir, le debe la vida. Ella no estaría aquí sin su intervención con los corsarios, Arthur, un hecho del que debes ser muy consciente.

—¡Es católico! —protestó el conde, pero Clarissa se preguntó si estaba empezando a ceder, ya que su voz era notablemente más baja.

Marianne resopló.

—¿Qué importa eso? Compra una licencia especial y cásalos en Creighton House. Lavinia sobrevivirá a la decepción de no poder ver a su hija casarse en St. George's en Hanover Square, estoy segura.

Hubo una larga y cargada pausa. Clarissa contuvo la respiración, apenas atreviéndose a tener esperanza.

Finalmente, en una voz tan baja que tuvo que esforzarse para oírla, su padre preguntó lastimeramente:

—¿Realmente crees que debería permitir esto, Marianne? ¿Que debería dar mi bendición para que Clarissa se case tan por debajo de su posición?

El corazón de Clarissa saltó a su garganta. Todo dependía de la respuesta de Marianne.

—Creo —dijo Marianne lenta y cuidadosamente— que deberías confiar en el juicio de tu hija. Y en tus propios ojos. Cualquiera puede ver que Clarissa y Rafael están profundamente enamorados. Seguramente eso cuenta para algo, ¿no?

El Conde exhaló un suspiro impaciente.

—¡Amor! ¿De qué sirve el amor cuando el hombre no tiene un centavo a su nombre? ¡Viste ese castillo en ruinas suyo!

La voz de Marianne se volvió más afilada.

—Arthur, abre los ojos y mira *realmente* a tu hija por una vez en tu vida. ¿Has visto cómo resplandece Clarissa cuando Rafael está cerca? ¿Cuán rápida es para reír, cuán ansiosa está por compartir sus pensamientos y opiniones con él?

Hubo un crujido de faldas de seda, y luego el clic de la puerta del despacho al abrirse. Clarissa se levantó apresuradamente y dio un par de pasos hacia atrás.

—Solo piensa en lo que te he dicho —instó Marianne, y luego salió al pasillo, deteniéndose brevemente al ver a Clarissa allí, antes de pasar junto a ella con una sonrisa y dirigirse hacia la puerta principal.

Clarissa apenas tuvo tiempo de darse la vuelta y fingir estar absorta en un cuadro en la pared opuesta antes de que la voz de su padre resonara.

—Clarissa, ven aquí por favor.

Ella hizo una mueca, sintiéndose como una niña traviesa atrapada con la mano en el tarro de las galletas. Componiendo sus facciones en una máscara de inocencia, se deslizó en el despacho.

—¿Sí, papá?

Su padre estaba sentado detrás de su enorme escritorio de roble, con los dedos entrelazados bajo la barbilla mientras la estudiaba con los ojos entrecerrados.

—Siéntate —ordenó, señalando con la cabeza una de las sillas dispuestas frente a él.

Clarissa se sentó en el borde del asiento, con la espalda recta como una vara, las manos recogidas pulcramente en su regazo. Por dentro, su estómago se revolvía de nervios. Encontró su mirada, decidida a no ser la primera en apartarla. El silencio se extendió entre ellos, cargado de tensión no expresada.

Clarissa tomó un aliento fortalecedor, reuniendo su coraje.

—Papá, ¿puedo preguntarte algo?

La frente de su padre se arrugó pero inclinó la cabeza.

—Adelante.

—¿Por qué es tan importante para ti que me case bien? —Las palabras salieron atropelladamente—. Ahora eres un conde. Nadie puede quitarte ese título. Tienes dinero y estatus. ¿Cuándo es suficiente, suficiente?

Los ojos del conde se abrieron ante su pregunta directa. Se reclinó en su silla, contemplándola como si la viera claramente por primera vez.

—Quiero lo mejor para ti, Clarissa. Un futuro seguro. Una posición respetada en la sociedad.

—¡Pero tendría eso con Rafael! —Su voz se elevó con pasión—. Puede que no sea rico ahora, pero tiene sangre noble, una distinguida carrera naval. Nos amamos, papá. ¿No es eso lo que realmente importa?

La mandíbula de su padre se tensó.

—¿Y qué hay de tu dote? ¿Qué pasaría si decido retenerla?

Clarissa levantó la barbilla, enfrentando directamente su mirada desafiante. —Entonces que así sea. Nunca conté con recibirla. —Pensó en Rafael, en el castillo destartado pero encantador que era su derecho de nacimiento—. Rafael y yo estamos perfectamente dispuestos a trabajar para restaurar su finca. No necesitamos una fortuna para ser felices.

El conde tamborileó con los dedos sobre el escritorio, el conflicto reflejándose en su rostro. El corazón de Clarissa latía con fuerza mientras el silencio se prolongaba.

Por fin, el conde suspiró profundamente, con los hombros caídos. —Realmente lo amas, ¿verdad?

—Con todo mi corazón —respondió Clarissa sin vacilar, su voz resonando con convicción.

La mirada de su padre se suavizó, un destello de comprensión asomando en sus ojos. —Supongo que me he centrado demasiado en los adornos del estatus y la riqueza. Pero viéndote ahora, tan resuelta, tan... —Hizo un gesto con la mano, buscando la palabra adecuada—. ...llena de propósito, me doy cuenta de que quizás he estado midiendo el éxito con los estándares equivocados.

Clarissa contuvo la respiración, casi sin atreverse a tener esperanzas. ¿Realmente estaba cediendo?

El conde se levantó de su silla y se paró frente a ella, colocando sus manos sobre sus hombros. —Si el Capitán de Silva es el hombre que trae tanta alegría y determinación a tus ojos, ¿quién soy yo para interponerme en tu camino? —Una sonrisa irónica tiró de sus labios—. Sospecho que encontrarías la manera de casarte con él con o sin mi bendición.

Lágrimas de alivio y felicidad brotaron en los ojos de Clarissa. —¡Oh, papá! —Se lanzó a sus brazos, abrazándolo con fuerza—. Gracias. Gracias por entender.

Él le devolvió el abrazo, dándole palmaditas afectuosas en la espalda. —Y tendrás tu dote, querida. Úsala para construir la vida que sueñas con tu capitán.

Clarissa rio, un sonido de pura alegría desenfrenada. Dio un paso atrás, secándose las mejillas húmedas. —¡Apenas puedo esperar para contarle a Rafael! ¡Estará encantado!

—Entonces ve con él —la instó su padre, con los ojos arrugados en las comisuras—. E invítalo a cenar esta noche. Creo que ya es hora de que conozca adecuadamente a mi futuro yerno.

—¡Arthur! —El chillido desde la puerta hizo que ambos se giraran—. ¡No puedes estar considerando seriamente esta... esta *aberración*!

—Siéntate, Lavinia. —El conde palmeó el hombro de Clarissa, instándola suavemente hacia la puerta—. Ve a escribir una nota a tu tía, diciéndole a ella y a Glenkellie que vengan a cenar y que traigan al buen capitán con ellos —dijo en voz baja—. Déjame a tu madre a mí.

Mientras Clarissa huía agradecida del estudio, escuchó a su padre decir firmemente: —Lavinia, querida, una de nuestras hijas puede haberse casado con un duque, pero es bastante irrazonable esperar que todas tengan tal éxito...

Resultó que Marianne no había abandonado la casa en absoluto; quizás había visto a Clarissa entrar en el estudio y decidió esperar en el salón para descubrir el resultado. Una mirada a las mejillas sonrojadas y la sonrisa jubilosa de Clarissa, y Marianne se adelantó para abrazarla.

—¡Oh, mi querida niña! ¿Cedió?

—Lo hizo. Muchas gracias por hablar con él. —Clarissa abrazó fuertemente a su tía.

—Bah. —Marianne rechazó su agradecimiento—. Habría entrado en razón eventualmente, pero me alegra si pude ayudar a acelerar tu felicidad aunque sea un poco.

—¡Una gran cantidad, querida tía! Vaya, si no nos hubieras invitado a Diana y a mí a tu viaje de bodas a Italia, ¡nunca habría conocido a Rafael en primer lugar!

—Supongo que eso es cierto —dijo Marianne, pareciendo un poco sorprendida—. Y me atrevo a decir que Diana tampoco se habría casado con Balford. Hice exactamente lo que insinué a tu madre que podría hacer: encontrarles a ambas los maridos perfectos, aunque esa nunca fue mi intención. Solo quería ofrecerles la oportunidad de ver más del mundo.

—Una oportunidad por la que estaré eternamente agradecida. —Clarissa la abrazó una vez más—. Tú, y el tío Alex, por supuesto, siempre serán invitados de honor en Torre da Rochedo.

—Estaré encantada de ver cómo florecen los viñedos para su nueva señora. Ahora, ¿por qué no escribes una nota para que yo se la entregue a Rafael, con tus buenas noticias?



La luz del sol que se filtraba por las ventanas del gran salón de baile de Creighton House proyectaba una luz dorada brillante sobre el vestido de marfil de Clarissa mientras permanecía de pie en la entrada, con el corazón aleteando como un pájaro enjaulado. Respiró hondo, inhalando el aroma de los lirios y las rosas, cuyos enormes arreglos adornaban cada superficie, y apretó su agarre en el brazo de su padre.

—¿Lista, querida? —preguntó el Conde de Creighton con voz ronca, su habitual comportamiento estoico traicionado por un ligero temblor en su voz.

Clarissa asintió, incapaz de formar palabras mientras el cuarteto de cuerdas comenzaba a tocar. Mientras daban sus primeros pasos por el pasillo entre las filas de invitados sentados, vislumbró a Rafael al frente de la sala con el vicario que oficiaría la ceremonia, sus ojos verde mar fijos en

ella con una intensidad que le hacía flaquear las rodillas. En su uniforme naval, presentaba una figura gallarda contra el telón de fondo de flores blancas y candelabros dorados.

—Nunca pensé que vería este día —murmuró su padre mientras caminaban—. Mi pequeña rebelde, toda crecida y casándose con un capitán de mar portugués.

Clarissa no pudo evitar soltar una risita. —¿Alguna vez imaginaste que me conformaría con algo menos aventurero, papá?

El conde refunfuñó, pero Clarissa sintió que su brazo se apretaba alrededor del suyo. Al llegar al frente de la sala, se volvió para mirarla, con los ojos sospechosamente brillantes. —Clarissa, mi niña —dijo, con la voz áspera por la emoción—, te amo. Y no importa a dónde te lleven tus aventuras, siempre tendrás un hogar aquí.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Clarissa mientras abrazaba a su padre. —Gracias, papá —susurró.

Mientras su padre colocaba su mano en la de Rafael, Clarissa sintió una oleada de emoción recorrerla. Miró a su futuro esposo, maravillándose de cómo el destino los había unido.

—Te ves radiante, meu amor —murmuró Rafael, su acento enviando escalofríos por su columna vertebral.

Clarissa sonrió con picardía. —Y tú, mi Capitán, te ves absolutamente apuesto.

El vicario se aclaró la garganta. —Queridos hermanos —comenzó—, nos hemos reunido hoy aquí...

Mientras la ceremonia comenzaba, la mente de Clarissa divagó hacia la vida que les esperaba en Portugal. Los desafíos de restaurar la finca familiar de Rafael parecían menos abrumadores ahora, con la promesa de enfrentarlos juntos. Y mientras intercambiaban sus votos, Clarissa supo que sin importar lo que les deparara el futuro, su amor sería la brújula que los guiaría a casa.

Cuando la pareja recién casada se volvió para enfrentar a sus invitados, Clarissa vio a su madre secándose los ojos con un pañuelo de encaje. Los hombros de Lady Creighton se sacudían con sollozos silenciosos, su rostro una mezcla de alegría y tristeza.

—Oh, mamá —susurró Clarissa, con el corazón encogido. No esperaba que su madre se emocionara tanto.

Antes de que pudiera moverse para consolarla, Diana se deslizó al lado de su madre, con el rostro resplandeciente de una alegría secreta. Clarissa observó cómo su hermana se inclinaba cerca, susurrando algo que hizo que los ojos de Lady Creighton se abrieran de sorpresa.

—¿Qué crees que le está diciendo Diana? —murmuró Rafael, con su mano cálida en la parte baja de la espalda de Clarissa.

Clarissa negó con la cabeza, desconcertada. —No estoy segura, pero sea lo que sea, parece haber hecho maravillas.

En efecto, las lágrimas de Lady Creighton habían cesado, reemplazadas por una sonrisa radiante mientras abrazaba fuertemente a Diana. Clarissa cruzó la mirada con su hermana, alzando una ceja en silenciosa pregunta. Diana simplemente le guiñó un ojo, dando una palmadita discreta a su estómago.

—¡Oh! —exclamó Clarissa, cayendo en la cuenta—. Creo que pronto seremos tía y tío, mi querido esposo.

Rafael se rio entre dientes. —Parece que la línea Balford está asegurada. Will debe estar rebosante de alegría.

Como si hubiera sido invocado por sus palabras, el Duque de Balford apareció al lado de Diana, con el pecho hinchado de orgullo. Clarissa no pudo evitar reírse ante la escena.

—Nunca pensé que vería el día en que mi hermana me eclipsara en mi propia boda —bromeó, con los ojos brillantes de diversión.

Rafael le besó la mejilla. —Imposible, meu amor. Tú eclipsas al sol mismo.

Su tierno momento fue interrumpido por una risa familiar. Clarissa se giró para ver a Marianne acercándose, su vibrante cabello rojo en marcado contraste con su elegante vestido.

—Felicidades a los dos —dijo Marianne cálidamente, abrazando a Clarissa—. Espero que me perdonen por no haber estado con ustedes. Los gemelos me han agotado por completo.

Clarissa apretó la mano de su amiga. —Por supuesto, querida. Nos honra que hayas podido venir.

Los ojos de Clarissa recorrieron la sala, observando los rostros alegres de su familia y amigos. Sin embargo, una punzada de tristeza tiró de su corazón. Se volvió hacia Rafael, su voz baja y teñida de pesar.

—Oh, Rafael, cómo desearía que tu madre e Isabella pudieran estar aquí para compartir este momento con nosotros.

Los ojos de Rafael se suavizaron mientras miraba a su novia. Acunó su rostro suavemente, su pulgar calloso acariciando su mejilla. —Mi querida Clarissa, no dejes que eso te preocupe. Tendremos una gran celebración cuando volvamos a casa. Una que hará palidecer incluso a la boda portuguesa más extravagante.

Clarissa se inclinó hacia su toque, sus labios curvándose en una pequeña sonrisa. —¿Lo prometes?

—Por mi honor como de Silva —juró Rafael, su voz rica en sinceridad—. Isabella estará positivamente eufórica de emoción. Me ha estado acosando sobre la planificación de una festa desde que le escribí sobre nuestro compromiso.

Clarissa se rio, imaginando a la enérgica hermana de Rafael ocupándose de las decoraciones y las listas de invitados. —Me lo puedo imaginar. ¿Y tu madre? ¿Aprobará que su hijo se case con una impertinente chica inglesa?

La risa de Rafael fue cálida y reconfortante. —Mi madre ya te adora, meu amor. Ha estado rezando durante años para que encontrara una mujer lo suficientemente fuerte como para igualar mi naturaleza testaruda. ¡Ella e Isabella casi me empujaron fuera de Torre da Rochedo para que navegara a Inglaterra a buscarte!

—Bueno —dijo Clarissa, sus ojos brillando con picardía—, supongo que tendré que hacer todo lo posible para estar a la altura de sus expectativas.



Cuatro semanas después

Clarissa estaba de pie en el timón del Santa Dorotéia, sus manos agarrando los pulidos radios de madera, con Rafael como una presencia constante a su espalda mientras ella dirigía el barco a través de las olas del Atlántico. La brisa salada del mar azotaba su cabello, y podía saborear el sabor a sal en sus labios.

—Deberíamos discutir nuestros planes cuando lleguemos a casa —murmuró Rafael en su oído—. El viñedo no se restaurará solo, después de todo, y creo que Mario querrá llevar a Isabella a su casa en Italia más pronto que tarde, así que perderemos su experiencia.

Clarissa asintió, su mente ya corriendo con ideas. —He estado pensando en eso. ¿Y si...

La voz de Clarissa se apagó cuando el Santa Dorotéia dio un repentino bandazo. Ella tropezó, pero los fuertes brazos de Rafael la atraparon, estabilizándola contra su pecho.

—¿Y si qué, meu amor? —insistió Rafael, repartiendo cálidos besos en su mejilla.

Clarissa reunió sus pensamientos, apoyándose contra él para poder mirar su rostro. —¿Y si diversificamos? He estado leyendo sobre nuevas técnicas agrícolas. Tal vez podríamos introducir algunos cultivos diferentes junto a las uvas.

Las cejas de Rafael se alzaron, una mezcla de sorpresa y admiración cruzando sus facciones. —Estoy impresionado. Ciertamente has estado poniendo esa mente vivaz tuya a buen uso.

—Bueno —replicó ella con una sonrisa—, no podía dejarte toda la diversión de planear nuestro futuro, ¿verdad?

Un grito desde el nido de cuervo hizo que ambos miraran al frente, y en solo unos minutos la costa de Portugal comenzó a materializarse en el horizonte. Clarissa sintió un aleteo de emoción en su estómago. Esto era: el comienzo de su nueva vida juntos.

—Es tan hermoso —suspiró, bebiendo la vista de los acantilados bañados por el sol y el mar resplandeciente.

El brazo de Rafael se apretó alrededor de su cintura. —Bienvenida a mi hogar, mi amor.

Clarissa se volvió para mirarlo, con el corazón lleno. —Nuestro hogar —corrigió suavemente.

Mientras sus labios se unían en un tierno beso, Clarissa supo que cualquier desafío que les esperara, lo enfrentarían juntos. Con Rafael a su lado, estaba lista para cualquier aventura que la vida pudiera traer.

Fin

¡Espero que hayas disfrutado la serie *Las Novias Sonrojadas*! ¡Estate atento a mi nueva serie *Las Novias de Belle Haven*, que llegará pronto!



Otros libros de la autora Catherine Bilson

LA SERIES Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen

Un Marqués para Marianne

Un Duque para Diana

Un Capitán para Clarissa